Natalia Ginzburg

Léxico familiar

Prólogo de
Elena Medel

Lumen

Léxico familiar

Natalia Ginzburg

Prólogo de
Elena Medel

Traducción de
Mercedes Corral

Lumen
narrativa

Me llamo Natalia Ginzburg…

Me llamo Natalia Ginzburg.

Mi padre, Beppino, ama la ciencia y la naturaleza.

Lidia, mi madre, disfruta en cambio con «el placer de narrar». Tengo tres hermanos y una hermana. Vivirán lejos y me bastará la ficción para saber qué les ocurre. Cumpliré con los ritos: nacer, crecer, reproducirme. Algún día moriré. También escribiré libros. Quizá, incluso, plante el cerezo de aquella primavera triste de Pavese.

Oigo el ruido de los huesos arrojados contra la pared. Es la voz de todos los que me formaron: una abuela que amaba el orden, Natalina, la fiel, Leone Ginzburg, mi marido, en los tiempos en que yo aún me llamaba Natalia Levi, y tantos otros.

Me llamo Natalia Ginzburg: soy aquellos que fueron antes de mí.

Yo no soy Natalia Ginzburg… No me pertenece la voz que parlotea sobre juegos, costumbres o huidas, así que hablaré desde lejos de su escritura prodigiosa, de esa manera de narrar que convierte lo íntimo y lo cotidiano en una experiencia común, compartida por quienes la leen. Con la experiencia de su propia tragedia —la de una familia herida por la dictadura y por la guerra—, Ginzburg logra el milagro de la identificación.

Yo, Elena, nací con otro nombre y en otros años y en otra lengua, y en cambio todos los recuerdos que Natalia evoca en *Léxico familiar* se corresponden con los míos. No he viajado a las ciudades que menciona, pero yo también he construido mi memoria según los buzones con mi nombre en todas las casas que he habitado, y sus veranos en el pueblo los he caminado a la orilla de una playa de mi sur. Cambia la gente, cambian los espacios, cambian los tiempos, y los recuerdos en cambio son cómplices.

La nostalgia de la infancia, el terror de las épocas duras, la distancia del amor que ya no existe. Cuando leo a Natalia Ginzburg no la siento extraña, sino propia. Escribiendo sobre sí misma, Ginzburg escribe sobre mí. Es más, por un momento, durante la lectura de este libro extraordinario, olvidamos que existió la mujer que describía el paseo de los valientes por la avenida Re Umberto, la calle por la que ella misma se dirigiría cada mañana a su mesa en la editorial Einaudi. Y es que la historia —la de su familia, la de su país, la de su época — se ensancha: Ginzburg define nuestra forma de imaginar.

Esa mujer menuda de mirada penetrante no nos cuenta nada que no le haya ocurrido, y no nos cuenta nada que no nos haya ocurrido, y por eso *Léxico familiar* nos asombra. Ahí estamos, atentos al decir serenísimo con el que Ginzburg se refiere a su marido, a quien identificamos desde la primera aparición, y a cómo se transforma la actitud conforme la relación cambia. Y nos estremece la muerte, incrustada en el centro de este vocabulario íntimo, que «se unió indisolublemente en mi pensamiento a aquella forma alegre vestida de lana gris que solía venir a vernos a la montaña durante el verano». En Natalia Ginzburg, en *Léxico familiar*, lo cotidiano nos explica.

Lo curioso es que en *Léxico familiar* se cuenta una verdad disfrazada de invención, y estas memorias tan peculiares se leen igual que una rara novela; así lo pide Ginzburg. Un párrafo se abre cuando la memoria lo pide, y los relatos se encadenan dentro del retrato de familia. Ginzburg se regodea en el detalle, abre paréntesis en la trama fundamental, expone a esa mujer que aprende a vivir conforme la vida transcurre. La autora construye el refugio de la casa familiar, se sonríe de la torpeza del hogar de los suyos y de ese léxico que une a la tribu y aleja a los indeseados… Natalia Ginzburg nunca modifica ese rumbo en apariencia modesto, privado, y sin embargo allí estamos todos.

Su escritura tiene que ver con el tono propio de las confidencias entre amigos, con ese salto entre una y otra anécdota de quien desgrana sus recuerdos sin perder el hilo, porque se trata de su vida, y se la sabe. «¡La de veces que he oído contar esa historia!», se despide. Porque *Léxico familiar* se lee desde la intimidad, con la sensación culpable de quien hurga en los secretos de alguien a quien no conoce, y al mismo tiempo es un libro exterior: un tratado íntimamente político.

La historia de compromiso de los Levi se desarrolla en las cuatro paredes de una casa, en las conversaciones telefónicas, en los detalles nimios —esos paquetes de ropa interior acarreados en las idas y venidas de la cárcel— que duelen, más que por el peso de la historia, por su proximidad. Natalia Ginzburg traza un recuerdo de dignidad y resistencia con palabras domésticas, lejos de la épica y cerca de lo que es suyo y nuestro.

Me llamo Natalia Ginzburg por las emociones encontradas que por fin encuentran cobijo, por los dialectos que se mezclan al oír el pasado, por esas palabras que solo yo y mi familia conocemos y reconocemos. No soy ella,

pero aquí —en esta lectura, ante este libro—, por arte de literatura, me siento Natalia Ginzburg, quizá porque haya dicho algo de mí que yo no sospechaba, y espero que, al cerrar la última página de *Léxico familiar*, todos sus lectores nos reconozcamos en ella.

ELENA MEDEL

Nota de la autora

Todos los lugares, hechos y personas que aparecen en este libro son reales. Nada es ficticio. Siempre que, debido a mi costumbre de novelista, inventaba algo, me sentía obligada a destruirlo.

Hasta los nombres son reales. Al escribir, sentía tan profunda intolerancia por cualquier invención, que no he podido cambiar los nombres verdaderos. Me han parecido inseparables de las personas que los llevan. Puede que a alguien no le guste encontrarse aquí con nombre y apellido. Pero a esto no puedo responder nada.

Sólo he escrito lo que recordaba. Por eso, quien intente leerlo como si fuera una crónica, encontrará grandes lagunas. Y es que este libro, aunque haya sido extraído de la realidad, debe leerse como se lee una novela, es decir, sin pedir más, ni menos tampoco, de lo que una novela puede ofrecer.

También he omitido muchas de las cosas que recordaba, sobre todo las que me atañían directamente.

No deseaba hablar de mí. Ésta no es mi historia, sino (incluso con vacíos y lagunas) la de mi familia. Debo añadir que ya en la infancia y adolescencia me propuse escribir un libro sobre las personas que entonces me rodeaban. En parte, puedo decir que éste es el libro. Pero sólo en parte, porque la memoria es débil, y los libros que se basan en la realidad con frecuencia son sólo pequeños atisbos y fragmentos de cuanto vivimos y oímos.

Léxico familiar

Cuando yo era pequeña y vivía en casa de mis padres, si mis hermanos o yo volcábamos un vaso encima del mantel o se nos caía un cuchillo, mi padre[1] tronaba: «¡No hagáis groserías!».

Si mojábamos el pan en la salsa, gritaba: «¡No rebañéis los platos! ¡No hagáis mejunjes!».

Los cuadros modernos también eran, según mi padre, cochinadas y mejunjes; no los podía soportar.

Decía: «¡No sabéis comportaros en la mesa! ¡No se os puede llevar a ningún sitio!».

Y decía: «Si fuerais a una *table d'hôte* de Inglaterra, os echarían enseguida por hacer cochinadas».

Tenía en gran estima a Inglaterra. Consideraba que era el mayor ejemplo de civilización del mundo.

Durante las comidas solía hablar de las personas que había visto ese día; era muy severo en sus juicios y todo el mundo le parecía estúpido. Para él, un estúpido era «un tonto». «Me ha parecido un grandísimo tonto», decía de alguien a quien acababa de conocer. Además de los tontos, estaban los «palurdos». Para mi padre los «palurdos» eran las personas que se comportaban torpe y tímidamente, las que se vestían de forma inapropiada, las que no sabían montañismo y las que no sabían idiomas.

Llamaba «palurdez» a cada acto o gesto nuestro que juzgaba fuera de tono. «¡No seáis palurdos! ¡No hagáis palurdeces!», nos gritaba continuamente. La gama de las palurdeces era muy amplia. Llamaba «palurdez» a ir con zapatos de ciudad a las excursiones al monte, a entablar conversación, en el tren o por la calle, con un compañero de viaje o con un transeúnte, a hablar con los vecinos desde la ventana, a quitarse los zapatos en el salón y calentarse los pies en el radiador, a quejarse de sed, de cansancio o de rozaduras en los pies durante las excursiones al monte y a llevar a ellas comidas grasientas y servilletas para limpiarse los dedos.

A las excursiones sólo se podía llevar un determinado tipo de alimentos: queso fontina, mermelada, peras y huevos duros, y sólo se podía tomar el té que él mismo preparaba en el hornillo de gas. Inclinaba sobre éste su cabeza absorta con el pelo rojo cortado a cepillo y protegía la llama del viento con su chaqueta de lana de color hollín, chamuscada y pelada por la zona de los bolsillos; todas las vacaciones llevaba la misma.

No permitía que nos lleváramos coñac ni terrones de azúcar a las excursiones, porque decía que eso era «de palurdos», y no nos podíamos parar a merendar en los chiringuitos porque era una palurdez. También era una palurdez ponerse un pañuelo o un sombrero de paja para que no nos diera el sol en la cabeza, cubrirnos con impermeables con capucha cuando llovía y anudarnos bufandas al cuello. Todas estas protecciones eran muy importantes para mi madre, que todas las mañanas, antes de salir de excursión, las metía en la mochila, pero mi padre, nada más verlas, las volvía a sacar encolerizado.

Durante las excursiones, nosotros, con nuestros zapatos de clavos duros y pesados como el plomo, medias de lana, pasamontañas, gafas de nieve sobre la frente, y el sol cayendo de plano sobre nuestras sudorosas cabezas, mirábamos con envidia a los «palurdos» que subían, ligeros, con zapatillas de tenis, o se sentaban a tomar nata en los chiringuitos.

Mi madre decía que ir de excursión al monte era «la diversión que el diablo daba a sus hijos», y siempre intentaba quedarse en casa, sobre todo cuando se trataba de comer fuera, porque, después de comer, le gustaba leer el periódico y echarse la siesta en el sofá.

Pasábamos todos los veranos en la montaña, donde alquilábamos una casa por tres meses, de julio a septiembre. Solían ser casas alejadas del pueblo, y mi padre y mis hermanos iban todos los días con la mochila a la espalda a hacer la compra a la aldea. Como no había ningún tipo de diversión o distracción, nos pasábamos toda la tarde metidos en casa: mi madre, mis hermanos y yo alrededor de la mesa, y mi padre leyendo en la parte opuesta de la casa. De vez en cuando se asomaba desconfiado y frunciendo el ceño a la habitación donde estábamos charlando y jugando, y se quejaba a mi madre de que nuestra criada Natalina le había desordenado los libros. «Tu querida Natalina es una demente», decía, sin importarle que ésta pudiese oírlo desde la cocina. De todos modos, Natalina ya estaba acostumbrada a esa frase y no se ofendía en absoluto.

A veces, al atardecer, mi padre se preparaba para sus excursiones y sus escaladas. Arrodillado en el suelo, untaba sus zapatos y los de mis hermanos con grasa de ballena: pensaba que sólo él sabía untar los zapatos con aquella grasa. Después se oía por toda la casa un gran estruendo metálico: era él buscando los ganchos, los clavos y los piolets. «¿Dónde habéis escondido mis piolets? —tronaba—. ¡Lidia! ¡Lidia! ¿Dónde habéis metido mis piolets?»

Salía para las escaladas a las cuatro de la mañana, unas veces solo y otras con guías amigos suyos o con mis hermanos, y al día siguiente, como estaba cansado, no había quien lo tratara. Se quedaba leyendo el periódico sin decir ni una palabra, con la cara roja e hinchada por la reverberación del sol sobre los glaciares, los labios cortados y sangrantes, la nariz untada con una pomada amarilla que parecía mantequilla, el ceño fruncido y la frente arrugada y tempestuosa. Entonces bastaba una insignificancia para que explotara en una cólera

espantosa. Cuando volvía de las escaladas con mis hermanos decía que éstos eran «unos mostrencos» y «unos palurdos» y que ninguno de ellos había heredado de él la pasión por la montaña, excepto Gino, el mayor, que era un gran alpinista y coronaba cimas dificilísimas con un amigo suyo. Mi padre hablaba de Gino y de aquel amigo con una mezcla de orgullo y de envidia, y decía que él ya no tenía tanto aguante porque estaba envejeciendo.

Mi hermano Gino era su predilecto, pues le daba gusto en todo: le interesaba la historia natural, coleccionaba insectos, cristales y minerales, y además, era muy estudioso. Más tarde se matriculó en ingeniería, y cuando volvía a casa después de algún examen diciendo que había sacado un diez, mi padre le preguntaba: «¿Cómo es que has sacado un diez? ¿Cómo no has sacado diez y matrícula de honor?».

Y si había sacado diez y matrícula de honor, mi padre decía: «¡Bah!, era un examen muy fácil».

Cuando estábamos en la montaña mi padre se iba a «andar» todos los días, excepto cuando tenía alguna excursión que duraba hasta la tarde o una escalada. Se marchaba por la mañana temprano y vestido de la misma forma que para las escaladas, pero sin cuerda, ganchos ni piolets. Casi siempre se iba solo, porque, según él, nosotros y mi madre éramos «unos poltronas», «unos mostrencos» y «unos palurdos». Se iba con las manos a la espalda, con el pesado paso de sus zapatos de clavos y con la pipa entre los dientes. Algunas veces obligaba a mi madre a ir con él: «¡Lidia! ¡Lidia! —tronaba por la mañana—, ¡vamos a andar! ¡Si estás siempre en los prados te apoltronas!». Entonces mi madre lo seguía dócilmente unos pasos más atrás, con su bastoncito, el jersey atado a la cintura y agitando su rizado pelo gris, que llevaba cortísimo a pesar de que mi padre la tenía tomada con la moda del pelo corto. Tanto es así, que el día que se lo cortó, le montó tal bronca que pareció que se iba a caer la casa. «¡Te has vuelto a cortar el pelo! ¡Qué borrica eres!», le decía mi padre cada vez que ella volvía de la peluquería. En el lenguaje de mi padre, «borrico» no significaba ser un ignorante, sino alguien que hacía feos y desaires: sus hijos éramos «unos borricos» cuando hablábamos poco o contestábamos de malos modos.

«¡Te habrás dejado influir por Frances!», le decía a mi madre cuando veía que se había vuelto a cortar el pelo. En realidad, mi padre quería mucho a esta amiga de mi madre, entre otras cosas porque era la mujer de un compañero de estudios, amigo suyo desde la infancia, pero para mi padre tenía el defecto de haber iniciado a mi madre en la moda del pelo corto. Frances iba a menudo a París porque tenía familia allí, y un invierno volvió diciendo: «En París se lleva el pelo corto. En París se lleva la ropa deportiva». «En París se lleva la ropa deportiva», repitieron mi madre y mi hermana durante todo aquel invierno, imitando la erre gangosa con que hablaba Frances. Se acortaron todos los vestidos y mi madre se cortó el pelo; mi hermana no, porque lo tenía rubio y hasta la cintura y porque tenía demasiado miedo a mi padre.

Normalmente, mi abuela, la madre de mi padre, también pasaba las vacaciones en la montaña, pero no vivía con nosotros, sino en un hotel del pueblo.

Cuando íbamos a verla al hotel nos la encontrábamos sentada en la plazuela debajo de una sombrilla. Era muy bajita y tenía unos pies minúsculos, calzados con unas botitas negras llenas de botoncitos. Estaba muy orgullosa de aquellos pies tan pequeños, que le asomaban por debajo de la falda, y también de su pelo blanco y crespo, que llevaba recogido en un abultado rodete. Mi padre la llevaba todos los días a «andar un poco»; íbamos por los caminos reales, porque ella era muy mayor y no podía andar por los senderos, sobre todo con aquellas botitas de tacón. Él iba delante con sus grandes zancadas, con las manos a la espalda y la pipa en la boca, y ella iba detrás, con su vestido haciendo «frufrú» y con los pasitos de sus taconcitos. Mi abuela no quería ir nunca por el camino por donde había ido el día anterior, porque quería siempre caminos nuevos. «Éste es el camino de ayer», se quejaba. Y mi padre le contestaba distraídamente sin volverse: «No, éste es otro». Pero ella seguía repitiendo: «Es el camino de ayer. Es el camino de ayer. Tengo una tos que me ahogo —decía poco después a mi padre, que iba siempre delante y no se volvía—. Tengo una tos que me ahogo», repetía, llevándose las manos a la garganta. Solía repetir las cosas dos o tres veces. Decía: «¡Esa infame señora Fantecchi, que me ha convencido para hacerme el vestido marrón! ¡Yo lo quería azul! ¡Lo quería azul!», y golpeaba con rabia el paraguas contra el empedrado. Mi padre le decía que mirase la puesta de sol en las montañas, pero ella, en un arrebato de ira contra la señora Fantecchi, su modista, seguía golpeando la punta del paraguas contra el suelo. Venía a la montaña sólo para estar con nosotros, pues vivía en Florencia durante todo el año y nosotros en Turín, y así al menos nos veía durante el verano. Pero no soportaba la montaña, y su sueño habría sido pasar las vacaciones en Fiuggi o en Salsomaggiore, lugares donde habían transcurrido los veranos de su juventud.

Mi abuela había sido muy rica, pero había perdido mucho dinero durante la Primera Guerra Mundial, pues, como tenía una confianza ciega en Francisco José y pensaba que Italia no vencería, quiso conservar las acciones que tenía en Austria y así había perdido mucho dinero. Mi padre, que era irredentista,[2] había tratado de convencerla de que las vendiera, pero fue inútil. Mi abuela solía hablar de «mi desgracia» para referirse al dinero que había perdido, y por las mañanas se paseaba desesperada, retorciéndose las manos, de un lado a otro de la habitación. Pero no era tan pobre, pues tenía una casa muy bonita en Florencia, con muebles indios y chinos y alfombras turcas, porque un abuelo suyo, el abuelo Parente, había sido coleccionista de objetos de valor. Tenía colgados en las paredes los retratos de sus antepasados: del abuelo Parente, de la tía Vandea[3] (la llamaban así porque había sido reaccionaria y reunía en su tertulia a retrógrados y

reaccionarios), y de muchas tías y primas, todas llamadas Margherita o Regina, nombres habituales en las familias judías de antes. Pero entre los retratos no estaba el del padre de mi abuela; de él no se podía hablar, porque un día, tras quedarse viudo, se peleó con sus dos hijas, ya adultas, y para fastidiarlas, les dijo que se casaría con la primera mujer que se encontrara en la calle, y así lo hizo, o al menos eso es lo que se contaba en la familia. Lo que no sé es si se casó exactamente con la primera mujer que se encontró nada más salir por el portal. Con su nueva mujer tuvo otra hija, a la que mi abuela no quiso conocer nunca y a la que llamaba, muy disgustada, «la niña de papá». A la «niña de papá», una distinguida señora que debía rondar los cincuenta años, la veíamos a veces durante las vacaciones, y mi padre le decía a mi madre: «¿Has visto? ¿Has visto? ¡Era la niña de papá!».

«Para vosotros todo es la casa de Tócame Roque. Ésta es la casa de Tócame Roque», decía siempre mi abuela (queriendo decir que para nosotros no había nada sagrado), frase que se hizo célebre en la familia y que solíamos repetir cada vez que nos entraba la risa en los entierros o en los funerales. A mi abuela le daban un asco horrible los animales, y se exasperaba cada vez que nos veía jugando con un gato, pues decía que cogeríamos alguna enfermedad y que se la contagiaríamos a ella. «Ese infame animalejo», decía, golpeando el suelo con los pies y con la punta del paraguas.

Le daba asco todo y le daban mucho miedo las enfermedades, pero estaba sanísima; tanto es así, que murió con más de ochenta años sin haber necesitado nunca un médico ni un dentista. Temía siempre que alguno de nosotros la bautizase para molestarla, porque una vez uno de mis hermanos, en broma, había hecho como que la bautizaba. Todos los días rezaba sus oraciones en hebreo sin entender nada de lo que decía, porque no conocía esa lengua. Sentía aversión, como a los gatos, a las personas que no eran judías como ella. La única que se salvaba de esta aversión era mi madre; era la única persona no judía por la que sintió afecto en toda su vida. También mi madre la quería, y decía que, dentro de su egoísmo, era inocente e ingenua como un niño de pecho.

Mi abuela era guapísima de joven; según ella, la segunda chica más guapa de Pisa. La primera era una amiga suya, una tal Virginia del Vecchio. Una vez fue a Pisa un tal señor Segrè, que quiso conocer a la chica más guapa de la ciudad para pedir su mano. Virginia no quiso casarse con él y entonces le presentaron a mi abuela, pero ésta le dio calabazas diciendo que ella no recogía «las sobras de Virginia».

Después se casó con mi abuelo, el abuelo Michele, que debía de ser muy dulce y suave. Se quedó viuda muy joven. Y una vez que le preguntamos por qué no había vuelto a casarse, nos respondió con una estridente carcajada y una brutalidad que nunca habríamos esperado de aquella vieja quejica y lastimera: «¡Cucú! ¡Para comerme sola todo lo mío!».

Durante aquellas vacaciones en la montaña, mi madre y mis hermanos se quejaban a veces de aburrimiento, porque la casa estaba demasiado aislada y no tenían ni distracciones ni amigos. Yo, como era la más pequeña, me divertía con poca cosa: aún no experimentaba el aburrimiento de las vacaciones.

«Os aburrís porque no tenéis vida interior», decía mi padre.

Un año estuvimos especialmente mal de dinero y parecía que nos tendríamos que quedar a pasar el verano en la ciudad, pero después, en el último momento, alquilamos una casa que no costaba mucho en un barrio de un pueblo llamado Saint-Jacques d'Ajas. No había luz eléctrica, sino lámparas de petróleo. Debía de ser muy pequeña y muy incómoda, porque mi madre no hizo más que repetir todo aquel verano: «¡Condenada casa! ¡Endiablado Saint-Jacques d'Ajas!». Nos salvaron ocho o diez libros encuadernados en piel: una colección de fascículos de no sé qué revista que contenían jeroglíficos, acertijos y novelas de terror. Se los había prestado a mi hermano Alberto un amigo suyo, un tal Frinco. Nos alimentamos de los libros de Frinco durante todo aquel verano. Después mi madre se hizo amiga de una señora que vivía en la casa de al lado. Entablaron conversación cuando no estaba mi padre, pues él decía que hablar con los vecinos era «de palurdos». Pero después resultó que esta señora, la señora Ghiran, vivía en Turín en la misma casa de Frances y que la conocía de vista, por lo que fue posible presentársela a mi padre, y a partir de entonces se volvió amabilísimo con ella. Mi padre era muy suspicaz con la gente desconocida, desconfiaba siempre de ella, pues temía que fuese «gente equívoca», pero en cuanto descubría que había alguna amistad común se sentía seguro.

Mi madre no hacía más que hablar de la señora Ghiran, y comíamos platos que esta señora le enseñaba. «Nuevo astro que surge», decía mi padre cada vez que nombrábamos a la señora Ghiran. «Nuevo astro que surge» o sólo «nuevo astro» era siempre su ironía cada vez que nosotros nos entusiasmábamos con alguien. «No sé qué hubiéramos hecho sin los libros de Frinco y sin la señora Ghiran», dijo mi madre al acabar aquel verano. Ese año nuestra vuelta a la ciudad quedó marcada por el siguiente episodio. Después de un par de horas de autobús, y una vez llegados a la estación ferroviaria, subimos al tren y nos instalamos. De pronto nos dimos cuenta de que todo nuestro equipaje se había quedado en tierra. El jefe de estación, subiendo la bandera, dio la señal de partida. «¡Y un cuerno!», dijo entonces mi padre con un grito que retumbó por todo el vagón, y el tren no se movió hasta que el último de nuestros baúles fue cargado.

Ya en la ciudad, tuvimos que separarnos con gran dolor de los libros de Frinco, porque éste nos pidió que se los devolviéramos. Y en cuanto a la señora Ghiran, no la volvimos a ver. «¡Hay que invitar a la señora Ghiran! ¡Es una grosería no hacerlo!», decía de vez en cuando mi padre. Pero mi madre era muy inconstante e inestable en sus simpatías y relaciones: o veía todos los días a alguien o no quería verlo nunca. Era incapaz de

cultivar relaciones sociales por puro espíritu de urbanidad. Siempre tenía mucho miedo de aburrirse o de que la gente fuera a verla cuando ella quería salir de paseo.

Mi madre veía siempre a las mismas amigas. Además de Frances y de algunas mujeres de los amigos de mi padre, mi madre tenía amigas jóvenes, bastante más jóvenes que ella: eran jóvenes recién casadas y pobres a las que podía dar consejos y recomendarles costureras. Le horrorizaban «las viejas», como decía ella para referirse a las mujeres de su misma edad. Le horrorizaba tener que recibir a alguien. Si una de sus antiguas conocidas le avisaba de que iría a visitarla, el pánico se apoderaba de ella. «Entonces ¡hoy no podré irme de paseo!», decía desesperada. En cambio, a sus amigas jóvenes podía llevárselas de paseo o al cine; eran manejables, disponibles y dispuestas a mantener con ella una relación sin ningún ceremonial. Y si tenían niños pequeños mejor, porque ella quería mucho a los niños. A veces estas amigas suyas iban a verla todas juntas por la tarde. En el lenguaje de mi padre, las amigas de mi madre se llamaban «las comadres». Cuando se acercaba la hora de la cena, mi padre aullaba desde su despacho: «¡Lidia! ¡Lidia! ¿Se han ido todas las comadres?». Entonces veíamos a la última comadre deslizarse asustada por el pasillo y salir pitando por la puerta: a aquellas amigas de mi madre les daba mucho miedo mi padre. Durante la cena, mi padre decía a mi madre: «¿No te aburres de comadrear? ¿No te aburres de charlotear?».

Algunas noches venían a nuestra casa los amigos de mi padre: eran profesores de universidad como él, biólogos y científicos. Cuando se anunciaban aquellas veladas, mi padre preguntaba a mi madre durante la cena: «¿Has preparado algún refrigerio para ofrecerles?». El refrigerio consistía en té y galletas, porque los licores no entraban nunca en nuestra casa. A veces mi madre no había preparado refrigerio y entonces mi padre se enfadaba: «¿Cómo es que no hay refrigerio? ¡No se puede recibir a la gente sin darle un refrigerio! ¡No se pueden hacer palurdeces!».

Entre los amigos más íntimos de mis padres estaban los Lopez, es decir, Frances y su marido, y los Terni. El marido de Frances se llamaba Amedeo, pero tenía el apodo de Lopez desde la época en que estudiaba con mi padre. A mi padre, cuando era estudiante, le llamaban Pom, por *pomodoro*,[4] a causa de su pelo rojo, pero se enfadaba muchísimo cuando le llamaban así; a mi madre era a la única que se lo permitía. Cuando los Lopez hablaban de nosotros, nos llamaban «los Pom», de la misma forma que nosotros les llamábamos a ellos los Lopez. Nadie ha sabido explicarme por qué a Amedeo le habían puesto ese apodo; creo que el motivo se había perdido en la noche de los tiempos. Amedeo era gordo, tenía el pelo blanco y fino como la seda y hablaba con la erre gangosa, lo mismo que su mujer y sus tres hijos varones, nuestros amigos. Los Lopez eran mucho más elegantes, finos y modernos que nosotros. Vivían en una casa mucho más bonita que la nuestra, con ascensor y teléfono, que entonces nadie tenía. Frances, que iba a menudo a París, traía de allí las últimas novedades en cuestión de modas. Un año trajo un juego chino que se llamaba «ma-jong» y que estaba metido en una caja pintada con unos dragones. Todos ellos aprendieron a jugar al ma-jong, y Lucio, que era el hijo pequeño de los Lopez, siempre estaba alardeando del ma-jong conmigo, pero nunca quiso enseñármelo. Decía que era demasiado complicado y que su madre no dejaba tocar la caja a nadie. Y yo me moría de envidia cuando veía en su casa la preciosa caja prohibida y llena de misterio.

Cuando mis padres iban por la noche a casa de los Lopez, mi padre, al volver, alababa la casa, los muebles y el té que servían en bellas tazas de porcelana encima de un carrito. Y decía que Frances «sabía hacerlo», es decir, sabía cómo encontrar muebles y tazas bonitas, cómo amueblar una casa y cómo servir el té.

Pero no estábamos seguros de si los Lopez eran más ricos o más pobres que nosotros. Mi madre decía que eran mucho más ricos, pero mi padre decía que no, que no tenían tanto dinero, que eran como nosotros, que lo que pasaba es que Frances «sabía hacerlo» y no era «una cataplasma como vosotros». De todas formas, mi padre se sentía pobrísimo, sobre todo por la mañana temprano, cuando se despertaba. Entonces despertaba también a mi madre y le decía: «No sé cómo haremos para ir tirando. Ya has visto que las Inmobiliarias han bajado». Las Inmobiliarias siempre estaban bajando, nunca subían. «Esas endiabladas Inmobiliarias», decía siempre mi madre. Y se lamentaba de que mi padre no tuviera vista para los negocios, pues en cuanto había alguna acción sin valor, la compraba. Solía rogarle que se hiciera aconsejar por un agente de cambio y bolsa, pero entonces él se enfurecía, porque en este asunto, como en todo lo demás, siempre quería hacer lo que se le metía entre ceja y ceja.

Los Terni eran muy ricos. Pero Mary, la mujer de Terni, llevaba una vida sencilla. Veía a muy poca gente y se pasaba los días contemplando a sus dos niños con su niñera Assunta, que iba toda vestida de blanco. Y tanto Mary como la niñera, que la imitaba, susurraban con admiración: «¡Ssst! ¡Ssst!». Terni también hacía siempre «ssst, ssst» cuando contemplaba a sus hijos, pero en realidad hacía «ssst, ssst» por todo: ante nuestra criada Natalina, cualquier cosa menos guapa, y ante algunos vestidos viejos que veía a mi hermana y a mi madre. Según él, todas las mujeres que veía tenían un rostro «muy interesante» y se parecían a algún cuadro famoso. Después de quedarse en estado de contemplación durante algunos minutos, se quitaba el monóculo y lo limpiaba con un pañuelo muy fino y blanquísimo. Terni era biólogo, a lo cual mi padre daba mucha importancia, ya que daba mucho valor a que la gente tuviera una carrera; pero solía decir «ese tonto de Terni», porque encontraba que era un *poseur*. «Terni posa —decía siempre después de haber estado con él—. Me parece que tiene mucha pose», volvía a decir al cabo de un momento. Cuando Terni venía a casa, se paraba casi siempre junto a nosotros en el jardín para hablar de novelas. Era culto, había leído todas las novelas modernas: fue el primero que trajo a casa *À la recherche du temps perdu.* Creo que con aquel monóculo y con su costumbre de descubrir semejanzas entre nosotros y cuadros famosos trataba de imitar a Swann. Mi

padre lo llamaba a voces desde su despacho para hablar con él de tejidos celulares. «¡Terni —gritaba—, venga aquí! ¡No haga tanto el tonto! ¡No haga el payaso!», le aullaba, cuando Terni, con sus susurros admirativos, metía la nariz en las cortinas viejas y llenas de polvo de nuestro comedor y preguntaba si eran nuevas.

Mi padre admiraba y apreciaba el socialismo, Inglaterra, las novelas de Zola, la fundación Rockefeller, la montaña y los guías del valle de Aosta. Mi madre amaba el socialismo, la poesía de Paul Verlaine y la música, sobre todo *Lohengrin*, que nos solía cantar después de cenar.

Mi madre era milanesa, pero de origen triestino. Al casarse con mi padre, también lo había hecho con muchas expresiones triestinas. El milanés se mezclaba en su forma de hablar cuando contaba sus recuerdos de infancia.

Un día, cuando era pequeña, había visto en Milán a un señor tieso, como un palo, inmóvil delante del escaparate de una peluquería. Este señor miraba fijamente la cabeza de un maniquí y decía para sí: «Bella, bella, bella. Demasiado largo el cuello».[5]

Muchos de sus recuerdos eran simples frases que había oído. Un día que iba de paseo con sus compañeras de colegio y con su maestra, una de las niñas se apartó de pronto de la fila y corrió a abrazar a un perro que pasaba por allí, y mientras lo abrazaba decía: *L'è le, l'è le, l'è la sorella della mia cagna!*[6]

Mi madre había estado en un internado muchos años y allí se había divertido muchísimo.

Recitaba, cantaba y bailaba en las fiestas, había actuado en una comedia disfrazada de mona y había cantado en una opereta que se llamaba *La pantufla perdida en la nieve.*

Había compuesto una ópera que comenzaba así:

Yo soy don Carlos Tadrid,
¡y soy estudiante en Madrid!
Mientras iba una mañana
por la calle Berzuellina,
¡a una joven maestra
vi de pronto en la ventana!

Y había escrito una poesía que decía:

¡Salve, oh ignorancia!
Al recordarte me cesa el dolor de panza.
Salud reina donde tú estés,
¡dejemos el estudio para los lelos!
Bebamos, dancemos y no pensemos,
¡hagamos fiesta!
Oh tú, Musa, inspírame un concepto,
dime tú lo que me dice el corazón.
Dime que el filósofo es molesto
y que en el ignorante se encuentra el amor.

También había parodiado a Metastasio:[7]

Si a cada uno el interior afán
se le leyese en la frente escrito,
¡cuántos que a pie van
irían en landó![8]

Estuvo interna hasta los dieciséis años. Los domingos iba a ver a un tío materno al que llamaban «el Bigotudo». Siempre comían pavo. Después de comer, el Bigotudo señalaba a su mujer las sobras del pavo y le decía: «Eso nos lo comeremos tú y yo mañana por la mañana».[9]

A la mujer del Bigotudo, la tía Celestina, la llamaban la Barita.[10] Como alguien le había dicho que en todas partes había barita, señalaba por ejemplo el pan encima de la mesa y decía: «¿Ves ese pan? Es todo barita».[11]

El Bigotudo era un hombre muy tosco y tenía la nariz roja. «Tiene la nariz como el Bigotudo», solía decir mi madre cuando conocía a alguien que tenía la nariz roja. Después de comer el pavo, el Bigotudo decía a mi madre: «Lidia, entre tú y yo, que sabemos química, ¿a qué apesta el ácido sulfhídrico? Apesta a pedo. El ácido sulfhídrico apesta a pedo».[12]

El verdadero nombre del Bigotudo era Perego. Sus amigos le habían escrito estos versos:

Por la mañana y al atardecer
la casa y la bodega de Perego son dignas de ver.

A las hermanas del Bigotudo las llamaban «las Beatas», porque eran muy mojigatas.

Mi madre tenía además otra tía, la tía Cecilia, que era famosa por la siguiente anécdota. Una vez mi madre le contó que habían estado preocupados por mi abuelo, porque como tardaba en volver a casa, temían que le hubiera pasado algo. La tía Cecilia había preguntado rápidamente: «¿Y qué teníais para comer, arroz o pasta?».[13] «Pasta», había contestado mi madre. «Menos mal que no teníais arroz, porque si no se hubiera pasado.»[14]

Mis dos abuelos maternos murieron antes de que yo naciera. Mi abuela materna, la abuela Pina, pertenecía a una familia humilde y se había casado con mi abuelo, que era su vecino. Mi abuelo era un jovencito gafudo, un distinguido abogado en los inicios de su profesión, al que mi abuela oía preguntar todos los días a la portera: «¿Hay *létere*[15] para mí?». Mi abuelo decía *létere* con una sola «t» y pronunciando las «e» muy cerradas; esta forma de pronunciar aquella palabra le parecía a mi abuela un signo de distinción. Se casó con él por esto y porque deseaba hacerse un abrigo de terciopelo negro para el invierno. No fue un matrimonio feliz.

Mi abuela Pina había sido muy rubia y muy mona de joven, y una vez había actuado en una compañía de teatro de aficionados. Nada más alzarse el telón, aparecía con un pincel y un caballete y decía: «No puedo seguir pintando; mi alma no se doblega al trabajo y al arte; vuela muy lejos de aquí y se alimenta de ideas dolorosas».

Después mi abuelo se metió de lleno en el socialismo: era amigo de Bissolati,[16] de Turati[17] y de Anna Kuliscioff.[18] Mi abuela Pina se mantuvo siempre ajena a la vida política de su marido, y como éste siempre le tenía la casa llena de socialistas, solía decir con mucho dolor, refiriéndose a su hija: «Esta muchacha terminará casándose con uno de los encargados del gas». Acabaron viviendo separados. En los últimos años de su vida, mi abuelo abandonó la política y volvió a trabajar como abogado; pero dormía hasta las cinco de la tarde, y cuando venían los clientes decía: «¿A qué vienen? ¡Que se vayan!».

Mi abuela Pina vivió en Florencia durante los últimos años de su vida, y a veces iba a ver a mi madre, que se había casado y vivía también allí. Pero a mi abuela Pina le daba mucho miedo mi padre. Un día vino a ver a mi hermano Gino, todavía en pañales, que tenía un poco de fiebre y, para tranquilizar a mi padre, que estaba muy nervioso, le dijo que era posible que la fiebre fuera causada por los dientes. Mi padre se enfadó, porque sostenía que los dientes no podían dar fiebre. Cuando mi abuela ya se iba por las escaleras, se encontró con mi tío Silvio, que también venía a nuestra casa, y le susurró: «No le digas que son los dientes».[19]

Excepto «no le digas que son los dientes», «esa muchacha terminará casándose con uno de los encargados del gas» y «no puedo seguir pintando», no sé nada más de mi abuela y no me han llegado más palabras suyas. Bueno, sí, me acabo de acordar de esta otra frase suya que se solía repetir en nuestra casa: *Tuti i dí ghe ghe n'è una, tuti i dí ghe ghe n'è una, la Drusilla ancuei l'a rompú gli ociai*.[20]

Tuvo tres hijos: Silvio, mi madre y Drusilla, que era miope y a quien siempre se le estaban rompiendo las gafas. Murió sola en Florencia, después de una vida de muchos sufrimientos: su hijo mayor, Silvio, se suicidó una noche. Tenía treinta años y lo hizo disparándose un tiro en la sien en los jardines públicos de Milán.

Después de salir del internado, mi madre dejó Milán y se fue a vivir a Florencia. Se matriculó en Medicina, pero no acabó nunca la carrera, porque conoció a mi padre y se casó con él. Mi abuela, la madre de mi padre, no aprobaba aquel matrimonio, porque mi madre no era judía y, además, alguien le había contado que era una católica muy devota y que, cada vez que veía una iglesia, hacía una gran reverencia y se santiguaba. Esto no era cierto, pues nadie de la familia de mi madre iba a la iglesia ni se santiguaba. Mi abuela se opuso durante algún tiempo a aquel matrimonio, pero después aceptó conocer a mi madre. Y una noche quedaron en el teatro para ver juntas una comedia. En ella aparecía una mujer blanca que vivía con los moros, y una mora, celosa de ella, afilaba los dientes y, mirándola con unos ojos terribles, decía: «¡Costillita señora blanca! ¡Costillita señora blanca!». Y mi madre, después, siempre que comía costillas decía: «¡Costillita señora blanca!». Les dieron invitaciones para aquella comedia porque el hermano de mi padre, el tío Cesare, era crítico teatral.

El tío Cesare, completamente distinto a mi padre, era gordo y tranquilo y siempre estaba alegre. Como crítico teatral no era nada severo, y nunca quería decir nada negativo de ninguna comedia; al contrario, en todas encontraba algo bueno. Y cuando mi madre le decía que una comedia le había parecido estúpida, se enfadaba y decía: «Prueba tú a escribir una comedia como ésta». El tío Cesare se casó después con una actriz, lo cual fue una gran tragedia para mi abuela, y durante muchos años no quiso que el tío Cesare le presentara a su mujer. Porque una actriz le parecía aún peor que una mujer que se santiguaba.

Cuando mi padre se casó, trabajaba en Florencia, en la clínica de un tío de mi madre al que llamaban «el Demente», porque era médico de locos. En realidad, el Demente era un hombre muy inteligente, culto e irónico; no sé si alguna vez se llegó a enterar de que en su familia le llamaban así. En casa de mi abuela paterna, mi madre conoció la variada corte de Margheritas y Reginas, primas y tías de mi padre; y también a la famosa Vandea, que por aquellos años aún vivía. Pero no pudo conocer al abuelo Parente, a su mujer, Dolcetta, ni a Beppo el Mozo, pues hacía tiempo que habían muerto. De la abuela Dolcetta se sabía que era bajita y gorda como una pelota, y que tenía siempre indigestión, porque comía demasiado. Cuando se encontraba mal, vomitaba y se metía en la cama, pero después, enseguida, se la encontraban comiendo un huevo: «Es fresco»,[21] decía para justificarse.

El abuelo Parente y la abuela Dolcetta tenían una hija que se llamaba Rosina. A esta Rosina se le había

muerto el marido dejándola con niños pequeños y muy mal de dinero, por lo cual volvió a casa de sus padres. Y al día siguiente, mientras estaban sentados a la mesa, la abuela Dolcetta dijo mirándola: «¿Qué le pasa hoy a nuestra Rosina, que no está del mismo humor de siempre?».[22]

Mi madre fue quien nos contó con detalle la historia del huevo de la abuela Dolcetta y la historia de nuestra Rosina, porque mi padre las historias las contaba mal, de forma confusa y entremezclando siempre en la narración aquellas estruendosas risotadas suyas, porque los recuerdos de su familia y de su infancia le alegraban. Por lo cual, nosotros nunca entendíamos casi nada de sus narraciones, siempre interrumpidas por sus grandes carcajadas.

A mi madre le alegraba contar historias, porque amaba el placer de narrar. Comenzaba a contar algo en la mesa dirigiéndose a uno de nosotros, y tanto si contaba algo de la familia de mi padre como de la suya, ponía mucha pasión y siempre era como si relatase aquella historia por vez primera a oyentes que no la conocían. «Yo tenía un tío al que llamaban "el Bigotudo".» Y si entonces alguien decía: «¡Esa historia ya me la sé! ¡La he oído muchas veces!», ella se dirigía a otro y continuaba en voz baja. «¡La de veces que he oído esa historia!», tronaba mi padre, cogiendo al vuelo alguna palabra. Pero mi madre seguía contándola en voz baja.

El Demente tenía en su clínica a un loco que creía ser Dios. El Demente le saludaba todas las mañanas: «Buenos días, distinguido señor Lipmann». Y el loco le respondía: «¡Distinguido puede que sí, pero Lipmann seguramente no!», porque creía que era Dios.

Y estaba también la famosa frase de un director de orquesta, conocido de Silvio, que, encontrándose de gira en Bérgamo, les dijo a los cantantes distraídos o indisciplinados: «No hemos venido a Bérgamo de campamento, sino para dirigir *Carmen*, obra maestra de Bizet».

Somos cinco hermanos. Vivimos en distintas ciudades y algunos en el extranjero, pero no solemos escribirnos. Cuando nos vemos, podemos estar indiferentes o distraídos los unos de los otros, pero basta que uno de nosotros diga una palabra, una frase, una de aquellas antiguas frases que hemos oído y repetido infinidad de veces en nuestra infancia, nos basta con decir: «No hemos venido a Bérgamo a hacer campamento» o «¿A qué apesta el ácido sulfhídrico?», para volver a recuperar de pronto nuestra antigua relación y nuestra infancia y juventud, unidas indisolublemente a aquellas frases, a aquellas palabras. Una de aquellas frases o palabras nos haría reconocernos los unos a los otros en la oscuridad de una gruta o entre millones de personas. Esas frases son nuestro latín, el vocabulario de nuestros días pasados, son como jeroglíficos de los egipcios o de los asirio-babilonios: el testimonio de un núcleo vital que ya no existe, pero que sobrevive en sus textos, salvados de la furia de las aguas, de la corrosión del tiempo. Esas frases son la base de nuestra unidad familiar, que subsistirá mientras permanezcamos en el mundo, recreándose y resucitando en los puntos más diversos de la tierra. De tal forma que, cuando uno de nosotros diga: «Distinguido señor Lipmann», la voz impaciente de mi padre resonará en nuestros oídos: «Dejad esa historia. ¡La he oído ya muchas veces!».

No sé cómo mi padre y su hermano Cesare, que no tenían ningún sentido de los negocios, podían proceder de una estirpe de banqueros como los antepasados y parientes de mi padre. Mi padre dedicó toda su vida a la investigación científica, profesión que no le proporcionaba dinero. Del dinero tenía una idea confusa y vaga en la que predominaba una absoluta indiferencia. Por eso, cuando lo tuvo alguna vez, lo perdió siempre, o por lo menos hizo todo lo posible para perderlo. Y si no lo perdió y le fue bien, sólo se puede atribuir a la casualidad. Durante toda su vida tuvo la preocupación de encontrarse, de un momento a otro, tirado en la calle, preocupación irracional que vivía en él unida a otros arrebatos de malhumor y pesimismo, como el pesimismo sobre el éxito y la suerte de sus hijos. Preocupación que pesaba sobre él como un sombrío amasijo de nubes negras sobre rocas y montañas y que, sin embargo, en lo más profundo de su espíritu, no llegaba a influir en su sustancial y absoluta indiferencia por el dinero. Decía «una gran suma» refiriéndose a cincuenta liras o, como decía él, cincuenta francos, porque su unidad monetaria era el franco y no la lira. Por las tardes se daba una vuelta por las habitaciones y nos gritaba por haber dejado las luces encendidas, pero después perdía millones casi sin darse cuenta, o con algunas acciones que compraba o vendía así como así, o con editores, a los que cedía sus trabajos sin preocuparse de pedir por ellos una justa compensación.

Después de Florencia, mis padres se fueron a vivir a Cerdeña, porque a mi padre le habían dado un puesto de profesor en Sassari. Vivieron allí durante algunos años. Más tarde se trasladaron a Palermo, donde nací yo, la última de cinco hermanos. Mi padre fue a la guerra como oficial médico, estuvo en el Carso.[23] Al final nos fuimos a vivir a Turín.

Los primeros años en Turín fueron difíciles para mi madre. Acababa de terminar la Primera Guerra Mundial, era tiempo de posguerra, de carestía, teníamos poco dinero. En Turín hacía frío, y mi madre se quejaba de éste y de la casa húmeda y oscura, que mi padre, sin consultar a nadie, había alquilado antes de que nosotros llegáramos. Mi madre, según mi padre, se había quejado en Palermo y se había quejado en Sassari: siempre había encontrado algún motivo por el que gruñir. En Turín hablaba de Palermo y de Sassari como de un paraíso terrenal. Tanto en Sassari como en Palermo tenía muchas amistades, a las que, sin embargo, no escribía, porque era incapaz de mantener relaciones con personas lejanas. Allí había llevado una vida cómoda

y fácil, había tenido casas bonitas y soleadas y mujeres de servicio buenísimas. Al llegar a Turín no consiguió encontrar mujeres de servicio, hasta que un día, no sé cómo, llegó Natalina a nuestra casa: se quedó treinta años.

En realidad, mi madre había sido muy feliz en Sassari y en Palermo, aunque refunfuñara y se quejara, pues tenía un temperamento alegre y en todas partes hallaba personas a las que querer y que la quisieran. En todas partes encontraba la forma de divertirse con lo que tenía a su alrededor y de ser feliz. También era feliz durante aquellos primeros años en Turín, años difíciles y duros en los que a menudo lloraba por los arrebatos de malhumor de mi padre, por el frío, por la nostalgia de otros lugares, por sus hijos, que se hacían mayores y necesitaban libros, abrigos y zapatos, y porque no teníamos suficiente dinero. Pero sin embargo era feliz, porque apenas dejaba de llorar se ponía otra vez muy contenta y cantaba a voz en grito por toda la casa el *Lohengrin, La pantufla perdida en la nieve* y *Don Carlos Tadrid.* Y cuando más tarde recordaba aquellos años, aquellos años en los que todavía tenía a todos sus hijos en casa, en que no teníamos dinero, las Inmobiliarias bajaban siempre y la casa era húmeda y oscura, hablaba de ellos como años preciosos y alegres. «Los años de la calle Pastrengo», decía luego, para recordar aquella época: la calle Pastrengo era donde vivíamos entonces.

La casa de la calle Pastrengo era muy grande. Tenía diez o doce habitaciones, un patio, un jardín y un mirador que daba al jardín. Era muy oscura y obviamente húmeda, porque un invierno crecieron dos o tres setas en el retrete. De aquellas setas se habló mucho en la familia. Mis hermanos dijeron a mi abuela paterna, que estaba pasando una temporada con nosotros, que las cocinaríamos y nos las comeríamos; y mi abuela, aunque no se lo llegó a creer, estaba asustada y asqueada, y decía: «Ésta es la casa de Tócame Roque».

En esa época yo era muy pequeña y sólo tenía un vago recuerdo de Palermo, mi ciudad natal, de la que había partido a los tres años. Pero me imaginaba que yo también sentía nostalgia de Palermo, como mi hermana y mi madre; nostalgia de la playa de Mondello, adonde íbamos a bañarnos; de una tal señora Messina, amiga de mi madre, y de una chiquilla llamada Olga, amiga de mi hermana, y a la que yo llamaba «Olga viva» para distinguirla de una muñeca mía que también se llamaba Olga. Y cada vez que veíamos a esta niña en la playa, yo decía: «Me da vergüenza Olga viva». Éstas eran las personas que había en Palermo y en Mondello. Acunándome en la nostalgia, o en una ficción de nostalgia, escribí la primera poesía de mi vida, compuesta de dos únicos versos:

Palermín Palermín
eres más bello que Turín.

Esta poesía fue recibida en casa como señal de una precoz vocación poética. Y yo, animada por tanto éxito, escribí rápidamente otras dos brevísimas que trataban de unos montes, de los que oía hablar a mis hermanos:

Viva la Grivola
si nunca se rola,
viva el monte Blanco
si no te cansas tanto.

Por otra parte, en nuestra casa estaba muy extendida la costumbre de hacer poesías. Mi hermano Mario había escrito una vez un poema sobre ciertos chiquillos Tosi, que jugaban con él y a los que no podía soportar:

Y cuando llegan los señores Tosi,
todos antipáticos y todos sosos.

Pero la poesía más famosa y más bonita era una que había escrito mi hermano Alberto, a los diez u once años, y que no estaba relacionada con ningún suceso real: había sido creada de la nada, fruto de su invención poética:

La vieja solterona,
nada pechugona,
ha tenido un niñito
muy graciosito.

En nuestra casa se recitaba *La hija de Jorio.*[24] Pero había una poesía que solíamos recitar casi siempre por la noche, alrededor de la mesa. Mi madre nos la había enseñado a todos, porque la había oído en su infancia en un recital de beneficencia en favor de los supervivientes de una inundación en la llanura del Po:

¡Hacía bastantes días que todos temblaban!
Y los viejos decían: «¡Virgen santa, los ríos
crecen de hora en hora!

Hacednos caso, hijitos: ¡marchad con los enseres!».
¡Pero cómo dejarlos solos, pobres viejos buenos!
El padre no quería; y además el padre es valiente y joven, y no pensaba
que pudiera suceder aquello tan terrible.
Aquella noche volvió a decir a la madre: «Rosa,
haz que se acuesten los niños, y tú duerme también en paz.
El Po está tranquilo como un gigante que yace
en el gran lecho de tierra que le ha excavado Dios.
Vete, duerme; muchos espíritus seguros como el mío
velan sobre la orilla; muchos hombros robustos
están allí para defender este pobre valle».

Mi madre había olvidado cómo seguía, y creo que recordaba con poca exactitud incluso este principio, porque, por ejemplo, donde dice «el padre es valiente y joven» el verso se alarga sin respetar ninguna métrica. Pero suplía las imprecisiones con el énfasis que ponía en las palabras:

¡Muchos hombros robustos
están allí para defender este pobre valle!

Mi padre no soportaba esta poesía, y cuando nos oía declamarla con mi madre se enfadaba, decía que hacíamos «teatrito» y que éramos incapaces de ocuparnos de cosas serias.

Casi todas las noches nos venían a ver los Terni y algunos amigos de mi hermano mayor, Gino, que en aquellos años estudiaba en el instituto. Sentados alrededor de la mesa, recitábamos poesías y cantábamos.

Yo soy don Carlos Tadrid
y soy estudiante en Madrid

cantaba mi madre, y mi padre, que se quedaba leyendo en su despacho, se asomaba de vez en cuando a la puerta del comedor, desconfiado, con el ceño fruncido y con la pipa en la mano, y exclamaba: «¡Siempre diciendo tonterías! ¡Siempre haciendo teatrito!».

Los únicos temas de conversación que mi padre toleraba eran los científicos, la política y los traslados de profesores de una facultad a otra, cuando llamaban a algún profesor a Turín, según él injustamente pues se trataba de un «tonto», y cuando, injustamente, no llamaban a Turín a otro al que él consideraba «de gran valor». Cuando hablaba de temas científicos y de lo que sucedía en la facultad, ninguno de nosotros era capaz de seguirlo. A pesar de eso, informaba todos los días a mi madre durante la comida de lo que había pasado en la facultad, o de lo que había sucedido en su laboratorio con ciertos cultivos de tejidos que había puesto en un portaobjetos para examinarlos. Y si ella se mostraba distraída, se enfadaba. Mi padre comía muchísimo cuando se sentaba a la mesa, pero tan deprisa que parecía todo lo contrario, pues vaciaba su plato en un abrir y cerrar de ojos. Sin embargo, él estaba convencido de que comía poco y había transmitido esta convicción a mi madre, que siempre le rogaba que comiese más. Él, en cambio, le gritaba a ella, porque decía que lo hacía en exceso: «¡No comas tanto! ¡Te dará una indigestión!». «¡No te arranques los padrastros!», tronaba de vez en cuando. Mi madre, desde pequeña, tenía el vicio de arrancarse los padrastros, porque una vez, en el internado, había tenido un panadizo y después se le había pelado el dedo.

Según mi padre, todos nosotros comíamos demasiado y nos iba a dar una indigestión. Cuando no le gustaba algo, decía que sentaba mal y que era muy pesado para el estómago, pero si le gustaba decía que sentaba muy bien y que «excitaba la peristalsis».

Si servían un plato que no le gustaba, se enfadaba: «¡Por qué hacéis la carne de este modo! ¡Sabéis que no me gusta!». Pero si preparaban uno especial sólo para él, también se enfadaba: «¡No quiero cosas especiales! ¡No me hagáis cosas especiales! Yo como de todo —decía—. No soy tan complicado como vosotros. ¡Pues sí que me importa a mí mucho la comida!».

«¡No se habla siempre de comidas! ¡Es una vulgaridad!», tronaba cuando nos oía hablar del tema. «Cuánto me gusta el queso», decía mi madre cada vez que nos lo servían en la mesa. Y mi padre decía: «¡Qué monótona eres! ¡No haces más que repetir siempre las mismas cosas!».

A mi padre le gustaba la fruta muy madura; por eso, cuando a nosotros nos tocaba alguna pera un poco pasada, se la dábamos. «¡Ah, me dais vuestras peras pochas! ¡Qué borricos sois!», decía con una gran carcajada que retumbaba por toda la casa; y se comía la pera de dos bocados.

«Las nueces —comentaba mientras las cascaba— sientan muy bien. Excitan la peristalsis.»

«Tú también eres muy monótono —le decía mi madre—. Tú también repites siempre las mismas cosas.»

Entonces mi padre se ofendía: «¡Qué borrica! —decía—. ¡Me has dicho que soy monótono! Eres muy borrica».

En nuestra casa se entablaban unas discusiones tremendas sobre política, que siempre acababan en arrebatos, en servilletas arrojadas al aire y en portazos que hacían retumbar toda la casa. Eran los primeros años del fascismo. No me explico por qué mis padres y mis hermanos discutían con tanto furor, pues, según

creo, todos estaban en contra del fascismo. Hace poco se lo pregunté a mis hermanos, y aunque todos se acordaban de aquellas peleas, ninguno ha sabido aclarármelo. Creo que mi hermano Mario defendía de alguna forma a Mussolini, pero sólo por llevar la contraria a mis padres, lo cual, claro está, sacaba de quicio a mi padre, que discutía con él por todo, pues siempre opinaba lo contrario que él.

Para mi padre, Turati era un ingenuo. Y mi madre, que no veía por qué la ingenuidad debía ser un defecto, asintiendo con la cabeza, suspiraba y decía: «Mi pobre Filippèt». En esa época, Turati vino una vez a nuestra casa, pues estaba en Turín de paso. Lo recuerdo en nuestro salón: gordo como un oso y con la barba gris cortada en redondo. Lo vi dos veces: entonces y más tarde, cuando tuvo que huir de Italia y vivió escondido durante una semana en nuestra casa. Sin embargo, no puedo recordar ni una sola palabra de lo que dijo aquel día en nuestro salón. Sólo recuerdo muchas voces y una enorme discusión.

Mi padre siempre volvía a casa como una fiera, o porque había visto alguna manifestación de camisas negras o porque en las juntas de la facultad había descubierto a nuevos fascistas entre sus conocidos. «¡Payasos! ¡Bribones! ¡Payasadas!», decía sentándose a la mesa. Golpeaba la servilleta, golpeaba el plato, golpeaba el vaso y resoplaba con desprecio. Solía expresar sus opiniones por la calle y en voz alta a conocidos suyos que le acompañaban a casa, y aquéllos miraban a su alrededor asustados. «¡Bellacos! ¡Palurdos!», tronaba mi padre en casa, hablando del miedo que aquellos conocidos suyos habían pasado. Creo que por una parte le divertía hablar en voz alta para asustarlos, pero por otra no sabía controlar el timbre de su voz, siempre fortísimo incluso cuando él creía que susurraba.

Terni y mi madre, a propósito del timbre de su voz, que no sabía controlar, contaban que un día, durante una solemnidad académica de la universidad, mi madre le preguntó en voz baja a mi padre el nombre de un profesor que se hallaba a unos pasos de ellos: «¿Que quién es? —gritó de tal manera que todos se volvieron a mirarle—. ¿Que quién es? ¡Yo te diré quién es! ¡Es un perfecto imbécil!».

Mi padre, en general, no toleraba los chistes que contábamos nosotros y nuestra madre: en nuestra casa a los chistes se les llamaba «bromitas», y nosotros disfrutábamos muchísimo contándolas y oyéndolas. Pero mi padre se enfadaba, pues sólo toleraba las bromitas antifascistas y algunas que él y mi madre se sabían de su época, y que algunas noches recordaban con los Lopez, que también se las sabían. Algunas de estas bromitas le parecían muy procaces, aunque pienso que debían de ser de lo más inocentes. Y cuando nosotros estábamos delante las contaba susurrando o, por lo menos, ésa era su intención. Su voz se volvía entonces un ruidoso zumbido en el cual podíamos entender bastante bien muchas palabras: entre ellas la palabra *cocotte*, que siempre formaba parte de aquellas bromitas del siglo pasado, y que él trataba de bisbisear con más fuerza que las otras y con especial malicia y placer.

Mi padre siempre se levantaba a las cuatro de la mañana. Su primera preocupación al despertarse era ir a mirar si el *mezzorado* había salido bien. El *mezzorado* era leche agria que había aprendido a hacer en Cerdeña con unos pastores. Era simplemente yogur. En esos años el yogur no estaba todavía de moda; no se encontraba a la venta, como ahora, en las lecherías o en los bares. Mi padre, en lo de tomar yogur, como en muchas otras cosas, era un pionero. En esa época no estaban todavía de moda los deportes invernales, y puede ser que mi padre fuera el único que los practicaba en Turín. Apenas caía un poco de nieve, salía la tarde del sábado con los esquís al hombro para Clavières. Por entonces no existían ni Sestrières ni los hoteles de Cervinia. Mi padre solía dormir en un refugio de Clavières llamado Cabaña Mautino. A veces se llevaba a mis hermanos o a algunos asistentes suyos tan apasionados de la montaña como él. Mi padre llamaba «eskis» a los esquís. Había aprendido a esquiar cuando era joven, una vez que viajó a Noruega. Cuando volvía el domingo por la tarde, decía siempre que la nieve no estaba bien. Para él, la nieve siempre estaba o demasiado derretida o demasiado dura. Lo mismo que el *mezzorado*, que no salía nunca como debía ser, y siempre le parecía o demasiado líquido o demasiado espeso.

«¡Lidia! ¡El *mezzorado* no ha “salido”!», tronaba por el pasillo. El *mezzorado* estaba en la cocina, dentro de una sopera, cubierto con un plato y envuelto en un viejo chal de color salmón que había pertenecido a mi madre. A veces no «salía» en absoluto y había que tirarlo: era sólo una agüilla verde con algunos bloques de un blanco marmóreo. El *mezzorado* era delicadísimo, y bastaba una nimiedad para que no «saliese»; bastaba que el chal que lo envolvía se hubiese movido un poco y hubiera dejado filtrarse un poco el aire. «Hoy tampoco ha “salido”. ¡Toda la culpa es de tu Natalina!», tronaba desde el pasillo a mi madre, que estaba aún medio dormida y le respondía con palabras inconexas desde la cama. Cuando nos íbamos de vacaciones teníamos que acordarnos de llevar «la madre del *mezzorado*», que era una tacita de *mezzorado* muy bien envuelta y atada con una cuerda. «¿Dónde está la madre? ¿Habéis cogido la madre? —preguntaba mi padre ya en el tren, rebuscando en la mochila—. ¡No está! ¡Aquí no está!», gritaba. Y a veces la madre se nos había olvidado y había que volver a crearla de la nada con levadura de cerveza.

Mi padre se daba una ducha fría todas las mañanas, y ante el latigazo del agua lanzaba siempre un grito, una especie de prolongado rugido. Después se vestía y engullía grandes tazas de aquel *mezzorado* gélido, al que echaba muchas cucharadas de azúcar. Salía de casa cuando las calles estaban todavía oscuras y casi desiertas. Salía a la niebla, al frío de aquellos amaneceres de Turín, con una ancha boina en la cabeza, que casi le formaba una visera sobre la frente, con una larga y ancha gabardina llena de bolsillos y de botones de cuero, con las manos detrás de la espalda, la pipa, y con aquella forma suya de caminar torcido, con un

hombro más alto que el otro. Por las calles no había aún casi nadie, pero como caminaba con el ceño fruncido y la cabeza baja, conseguía chocarse con las pocas personas con que se cruzaba.

A aquellas horas no había nadie en su laboratorio, probablemente sólo Conti, su ayudante, un hombrecillo con bata gris, sumiso y tranquilo, que quería mucho a mi padre. Mi padre también le quería mucho. A veces venía a nuestra casa, cuando había que arreglar un armario, cambiar una válvula de la luz o atar los baúles. Conti, a fuerza de estar en el laboratorio, había aprendido anatomía, y en época de exámenes soplaba a los estudiantes. Mi padre se enfadaba, pero después contaba complacido a mi madre que Conti sabía más anatomía que los estudiantes. En el laboratorio, mi padre se ponía una bata gris como la de Conti e iba gritando por los pasillos como solía hacerlo por los de casa.

Yo soy don Carlos Tadrid
y soy estudiante en Madrid

cantaba mi madre a voz en grito, mientras se levantaba y se cepillaba el pelo aún mojado. También se daba, como mi padre, una ducha fría, y los dos tenían unos guantes muy duros con los que se frotaban después de ducharse para entrar en calor. «¡Estoy helada! —decía mi madre, pero lo decía alegremente, porque le gustaba mucho el agua fría—. ¡Sigo helada! ¡Qué frío hace!» Y se iba a dar una vuelta por el jardín, envuelta en el albornoz y con su taza de café en la mano. En ese momento había en la casa un poco de paz, porque todos mis hermanos estaban en la escuela. Mi madre cantaba y se secaba el pelo al aire de la mañana y después iba al cuarto de la plancha a hablar con Natalina y Rina.

Al cuarto de la plancha se le llamaba también «el cuarto de los armarios». En él había una máquina de coser, y Rina se pasaba muchos ratos allí cosiendo. Esta Rina era una especie de sastra, pero sólo servía para volver del revés los abrigos y poner parches a los pantalones, pues no hacía vestidos. Cuando no venía a nuestra casa, iba a la de los Lopez; mi madre y Frances la compartían. Era una mujer bajísima, una especie de enana. Llamaba a mi madre «señora *maman*», y cuando veía a mi padre por el pasillo escapaba como un ratón, porque él no la podía soportar.

«¡Rina! ¡Hoy también está Rina! —se enfurecía mi padre—. ¡No la aguanto! ¡Es una cotilla! ¡Y además, no sirve para nada!» «Pero los Lopez también la llaman», se justificaba mi madre.

Rina tenía un humor variable. Cuando volvía a nuestra casa después de una temporada en que había dejado de venir, se mostraba muy amable y se prodigaba en mil trabajos. Proyectaba volver a hacer todos nuestros colchones y almohadones, lavar las cortinas y quitar con los posos del café las manchas de las alfombras, como había visto que hacían en casa de Frances. Pero enseguida se enfurruñaba y se aburría. Entonces se enfadaba conmigo y con Lucio, que estábamos a su alrededor, porque antes nos había prometido llevarnos de paseo y darnos caramelos (Lucio, el hijo pequeño de Frances, venía casi todos los días a jugar a nuestra casa). «¡Dejadme en paz! ¡Tengo que trabajar!», decía enfadada mientras cosía a máquina y se peleaba con Natalina.

«¡Esa endiablada Rina!», decía mi madre las mañanas que Rina, sin haber avisado, no aparecía; nadie sabía dónde se había metido, pues Frances tampoco la había visto. Todo el «cuarto de los armarios» estaba lleno de colchones y almohadones deshechos bajo su iniciativa, de copos de lana amontonados y de alfombras con manchas amarillentas gracias a los posos del café. «¡Esa endiablada Rina! ¡No le vuelvo a decir que venga!» Pero Rina, al cabo de algunas semanas, volvía alegre y cargada de promesas. Mi madre olvidaba enseguida sus culpas y se quedaba en el cuarto de los armarios a escuchar el parloteo de Rina, que cosía a máquina con rapidez, accionando el pedal con su minúsculo pie de enana calzado con una zapatillita de paño.

Según mi madre, Natalina se parecía a Luis XI. Era bajita y grácil, y tenía la cara alargada. Unas veces llevaba el pelo arreglado y liso y otras suntuosamente rizado con las tenacillas. «Mi Luis XI», decía mi madre cuando la veía entrar en su dormitorio por las mañanas: torva, con una bufanda al cuello y con el cubo y el cepillo en la mano, Natalina confundía los pronombres femeninos y masculinos. Decía a mi madre: «Ella ha salido esta mañana sin el abrigo». «¿Quién es ella?» «El señorito Mario, él debe decírselo.» «¿Quién es él?» «Él, señora Lidia», decía Natalina ofendida, dando golpes con el cubo.

Mi madre explicaba a sus amigas que Natalina era «un rayo» y «un terremoto», porque hacía las faenas de la casa con una rapidez extraordinaria, pero con mucha violencia y armando mucho ruido. Tenía el aspecto de un perro apaleado, porque había tenido una infancia muy infeliz. Era huérfana y había crecido en orfanatos y hospicios. Después había estado al servicio de señoras carentes de piedad que, según contaba, le propinaban tales bofetadas que se pasaba varios días con dolor de cabeza. Pero sentía un fondo de nostalgia hacia ellas, pues en Navidad les escribía suntuosas postales doradas y a veces incluso les enviaba regalos. Nunca tenía un céntimo en el bolsillo, porque era generosa y espléndida, y siempre estaba dispuesta a hacer préstamos a algunas amigas suyas con las que salía los domingos. Su aspecto de perro apaleado lo conservó siempre; sin embargo, desahogaba con nosotros, y sobre todo con mi madre, una energía suya sarcástica, despótica y testaruda. Natalina trataba a mi madre de una forma áspera, sarcástica y nada servil. Pero, sin embargo, las dos se querían tiernamente. «Menos mal que él es una señora, si no, no sé cómo haría para ganarse la vida, él que no sirve para nada», decía a mi madre. «¿Él, quién?» «¡Él, usted, usted!»

En casa vivíamos siempre con la pesadilla de los arrebatos de mi padre, que explotaban de repente y casi

siempre por los motivos más nimios: por un par de zapatos que no encontraba, por una bombilla fundida, por un ligero retraso en la comida o por un alimento demasiado cocido. Pero vivíamos también con la pesadilla de las peleas entre mis hermanos Alberto y Mario, que también explotaban de repente. Se oía primero en su cuarto un ruido de sillas arrojadas al aire y de paredes golpeadas, y después gritos desgarradores y salvajes. Alberto y Mario ya eran dos chicos mayores y fortísimos que, cuando se peleaban a puñetazos, se hacían daño y acababan con las narices sangrando, los labios hinchados y la ropa rota. «¡Se están matando! —gritaba mi madre—. ¡Beppino, ven, se están matando!», gritaba, llamando a mi padre.

La intervención de mi padre era tan violenta como todos sus actos. Se arrojaba en medio de aquellos dos que, agarrados, se pegaban, y les abofeteaba. Yo era pequeña, y recuerdo con terror a aquellos tres hombres luchando salvajemente. Los motivos por los que Alberto y Mario se pegaban eran insignificantes (lo mismo que los motivos por los que explotaban las cóleras de mi padre): por un libro que no encontraban, por una corbata o por quién de los dos entraba antes a lavarse. Una vez que Alberto apareció en la escuela con la cabeza vendada y un profesor le preguntó qué le había pasado, él se levantó y dijo: «Mi hermano y yo nos queríamos bañar».

Mario era el mayor y el más fuerte de los dos. Tenía las manos duras como el hierro, y cuando se encolerizaba le entraba una rabia nerviosa que hacía que se le pusieran rígidos los músculos, los tendones y las mandíbulas. De niño había sido un poco endeble, y mi padre lo llevaba a caminar a la montaña para robustecerlo, como hacía, por otro lado, con todos nosotros. Mario acumuló un odio sordo por la montaña y, apenas pudo sustraerse al dominio de mi padre, dejó de ir totalmente. Pero en esos años todavía tenía que ir. Sus cóleras se descargaban de vez en cuando sobre las cosas. A veces no era Alberto el objeto de su rabia, sino cualquier cosa que no obedeciera al furor de sus manos. La tarde del sábado bajaba al sótano por sus esquís y, mientras los buscaba, se iba apoderando de él una ira silenciosa, o porque no los encontraba o porque no conseguía abrir las fijaciones a pesar de romperlas con las manos. En su cólera, naturalmente, estaban presentes Alberto y mi padre, aunque no estuvieran allí en ese momento. Alberto porque usaba sus cosas y mi padre porque se obstinaba en llevarlo a la montaña cuando él la odiaba, y porque le hacía llevar esquís viejos y fijaciones oxidadas. A veces se probaba las botas y, si no conseguía metérselas, se daba a todos los diablos en aquel sótano; nosotros oíamos el estruendo desde arriba. Tiraba al suelo todos los esquís de la casa, arrojaba fijaciones, botas y pieles de foca; rompía cuerdas y vaciaba cajones, y daba patadas a las sillas, a las paredes y a las patas de las mesas. Recuerdo haberlo visto un día leyendo el periódico tranquilamente en el salón. De pronto se apoderó de él una de esas rabias suyas silenciosas y se puso a hacer trizas el periódico furiosamente. Le rechinaban los dientes, daba patadas en el suelo y destrozaba el periódico. Aquella vez ni Alberto ni mi padre tenían culpa alguna. Simplemente en una iglesia cercana tocaban las campanas, y aquel sonido insistente le había exasperado.

Una vez, en la mesa, por una bronca que le había echado mi padre, aunque no de las más terribles, cogió el cuchillo del pan y se puso a hacerse rasguños en el dorso de la mano: brotaron regueros de sangre. Recuerdo el susto, los gritos y las lágrimas de mi madre; y recuerdo asimismo a mi padre con gasas esterilizadas y tintura de yodo gritando también asustado.

Mario, después de haber discutido y haberse pegado con Alberto, permanecía durante algunos días «de morros», o con «murria», como decíamos en nuestra casa. Venía a la mesa pálido, con los párpados hinchados y los ojos pequeñísimos. Mario tenía siempre los ojos pequeños, estrechos y rasgados, de chino, pero en esos días de «murria» se le quedaban reducidos a dos rendijas invisibles. No decía ni una sola palabra. En general se ponía de morros porque le parecía que en nuestra casa se le daba siempre la razón a Alberto y no a él. Y además consideraba que era demasiado adulto para que mi padre tuviese aún el derecho de emprenderla con él a bofetadas. «¿Has visto los morros que pone Mario? ¿Has visto qué murria? —decía mi padre a mi madre, apenas Mario salía de la habitación—. ¿Qué le pasa para tener esa murria? ¡No ha dicho ni una sola palabra! ¡Qué borrico!»

Después, una mañana, a Mario se le había pasado la murria. Entraba en el salón, se sentaba en la butaca, se acariciaba las mejillas sonriendo ensimismado y con los ojos cerrados, y empezaba a decir: «El baco del calo del malo». Era una bromita suya que le gustaba mucho y que repetía insaciablemente. «El baco del calo del malo. El beco del quelo del melo. El bico del quilo del milo.» «¡Mario! —gritaba mi padre—, ¡no digas palabrotas!»

«El baco del calo del malo», volvía a decir Mario en cuanto salía mi padre. Se quedaba hablando en el salón con mi madre y con Terni, que era su gran amigo. «¡Qué cariñoso es Mario y qué bueno —exclamaba mi madre—. ¡Qué simpático es! Se parece a Silvio.»

Silvio era aquel hermano de mi madre que se había suicidado. Su muerte estaba rodeada de un gran misterio en nuestra casa. Ahora sé que se suicidó, pero desconozco el motivo. Creo que aquel halo de misterio en torno a la figura de Silvio lo difundía sobre todo mi padre, tal vez porque no quería que nosotros supiéramos que en nuestra familia había habido un suicidio, o tal vez por otras razones que ignoro. En cuanto a mi madre, siempre hablaba de Silvio con alegría; porque mi madre tenía un temperamento tan alegre que acogía bien todo. De todas las cosas y de todas las personas recordaba sólo lo bueno y lo alegre, y dejaba el dolor y lo malo en la sombra, dedicándoles tan sólo, de cuando en cuando, un breve suspiro.

Silvio había sido músico y literato. Había puesto música a algunos poemas de Verlaine: a *Les feuilles mortes* y a otros más. Sabía tocar poco y mal y murmuraba sus cantos acompañándose al piano con un solo dedo. Y,

mientras tanto, decía a mi madre: «Oye, tú, estúpida, escucha qué bonito es esto». «Aunque tocase tan mal y cantase con un hilo de voz, era muy bonito oírle», decía mi madre. Silvio era muy elegante, se vestía con mucho esmero. ¡Ay si no tenía los pantalones bien planchados y con la raya bien derecha! Tenía un bonito bastón con empuñadura de marfil, y salía por Milán con su bastón y con su sombrero de paja: iba a ver a sus amigos y a discutir de música en los cafés. Silvio, en aquellas historias de mi madre, era siempre un personaje alegre, y su final, cuando supe los detalles, me pareció incomprensible. Encima de la cómoda de mi madre había una fotografía de él con un sombrero de paja y con los bigotitos vueltos hacia arriba. Estaba al lado de otra fotografía de mi madre junto a Anna Kuliscioff, las dos bajo la lluvia, con un velito y grandes sombreros de plumas.

Además había en casa una obra de su propiedad, incompleta, el *Peer Gynt*.[25] Eran unos grandes fascículos encarpetados con cintas que estaban en lo alto del armario. «¡Qué chistoso era Silvio! —decía siempre mi madre—. ¡Qué simpático era! ¡Y el *Peer Gynt* era una obra valiosa!»

Mi madre esperaba que por lo menos uno de sus hijos fuese músico como Silvio; esperanza que quedó frustrada, porque todos nosotros demostrábamos no tener ningún oído para la música, y cuando tratábamos de cantar desentonábamos muchísimo. Sin embargo, todos queríamos intentarlo, y Paola, mientras arreglaba su cuarto por las mañanas, cantaba con su triste voz de gato los fragmentos de óperas y las canciones que oía a mi madre. Paola iba a veces con mi madre a los conciertos, porque decía que amaba la música, pero mis hermanos decían que en realidad era todo un teatro y que la música le daba igual. En lo que se refiere a mí y a mis hermanos, cuando nos llevaban de prueba a algún concierto, nos quedábamos siempre adormilados. Y cuando nos llevaban a la ópera, después nos quejábamos «de toda aquella música que no dejaba oír la letra». Una vez que mi madre me llevó a oír *Madame Butterfly*, me llevé el *Corriere dei Piccoli* y estuve leyendo todo el tiempo, tratando de descifrar las palabras a la tenue luz del proscenio y tapándome los oídos con las manos para no oír el estruendo.

Sin embargo, cuando mi madre cantaba, todos la escuchábamos con la boca abierta. Una vez alguien preguntó a Gino si conocía las obras de Wagner. «Sí, naturalmente —dijo—, el *Lohengrin* se lo he oído cantar a mi madre.»

A mi padre no sólo no le gustaba la música, sino que incluso la odiaba. Odiaba todo tipo de instrumento que produjese música, ya fuera un piano, una armónica o un tambor. Una vez, justo después de la guerra, estando yo en un restaurante de Roma con él, entró una mujer a pedir limosna. El camarero hizo ademán de echarla, pero mi padre se enfureció con él y le gritó: «¡Le prohíbo que eche a esa pobre mujer! ¡Déjela!», y dio una limosna a la mujer. El camarero, ofendido y enfadado, se retiró a un rincón con su servilleta en el brazo. Entonces la mujer sacó una guitarra de debajo de su abrigo y comenzó a tocar. Mi padre, a los pocos momentos, empezó a mostrar señales de impaciencia, las mismas señales de impaciencia que mostraba en la mesa: cambiaba el vaso de sitio, cambiaba de sitio el pan, cambiaba de sitio los cubiertos y se daba golpes con la servilleta en las rodillas. La mujer seguía tocando, echándose sobre él con su guitarra, agradecida porque la había protegido, y de la guitarra salían largos gemidos melancólicos. De repente, mi padre explotó: «¡Ya está bien de música! ¡Váyase! ¡No aguanto oír tocar!». Pero la mujer continuaba. Y el camarero, triunfante, callaba inmóvil desde su rincón contemplando la escena.

Además del suicidio de Silvio, en nuestra casa había otro asunto que se rodeaba siempre de un vago misterio, aunque estuviese relacionado con personas de las que se hablaba continuamente: era el hecho de que Turati y Anna Kuliscioff vivieran juntos sin ser marido y mujer. También en esta clase de misterio reconozco la intención y el pudor de mi padre, porque mi madre, por sí misma, seguramente no habría pensado en ello. Hubiera sido más sencillo que nos mintieran diciéndonos que estaban casados. Pero no, a nosotros, o por lo menos a mí, que todavía era pequeña, se me ocultaba el que vivieran juntos. Y yo, como oía que les nombraban siempre en pareja, preguntaba sobre el tipo de relación que tenían el uno con el otro: si eran marido y mujer, si hermano y hermana, o qué eran. Me respondían de forma confusa. No entendía de dónde había salido Andreina, amiga de la infancia de mi madre e hija de Anna Kuliscioff, y por qué se apellidaba Costa. Como tampoco entendía qué tenía que ver Andrea Costa,[26] muerto hacía tiempo y al que, sin embargo, se le nombraba junto a aquellas personas.

Turati y Anna Kuliscioff estaban siempre presentes en los recuerdos de mi madre; y yo sabía que los dos estaban vivos, que vivían en Milán (quizá juntos, quizá en dos casas distintas), y que ahora se dedicaban a la política, a luchar contra el fascismo. Pero en mi imaginación se mezclaban con otras figuras que también estaban siempre presentes en los recuerdos de mi madre: sus padres, Silvio, el Demente, el Bigotudo. Personas que ya habían muerto, o que, si aún vivían, debían de ser viejísimas. Sin embargo, todas seguían viviendo, porque formaban parte de historias ocurridas hacía muchísimo tiempo, cuando mi madre era pequeña y había oído decir «la hermana de mi perra» o «a qué apesta el ácido sulfhídrico». Personas a las que ahora no se podía ver ni tocar y que, aunque se pudieran tocar o ver, ya no eran las mismas que cuando yo las había pensado, y que, aunque estuvieran vivas, se habían contagiado de la cercanía de los muertos, con los que vivían en mi alma: habían tomado el paso inalcanzable y ligero de los muertos.

«Oh, pobre Lidia», suspiraba de vez en cuando mi madre. Se compadecía de sí misma por los problemas que tenía, por el poco dinero, por las broncas de mi padre, por Alberto y por Mario, que siempre se estaban

pegando, por Alberto, que no tenía ganas de estudiar y se iba siempre a jugar al fútbol, por nuestras malas caras y por las malas caras de Natalina.

A veces yo también ponía mala cara o cogía rabietas. Pero era una niña, y mis caras y mis rabietas no turbaban demasiado a mi madre en aquel tiempo. «¡Me pica, me pica!», empezaba diciendo por la mañana mientras mi madre me vestía y me ponía jerséis de lana que me irritaban la piel. «¡Pero si son jerséis buenos! —decía mi madre—. ¡Son de Neuberg! ¡No querrás que los tire a la basura!»

Mi madre compraba nuestros jerséis en Neuberg. Si un jersey era de Neuberg tenía que ser bueno y suave por fuerza, y no era posible que irritara la piel. Los jerséis se compraban en Neuberg, los abrigos se le mandaban a hacer al sastre Maccheroni y de nuestros zapatos de invierno se ocupaba mi padre, se le encargaban a un zapatero que se llamaba «el señor Castagneri» y que tenía una tienda en la calle Saluzzo.

Yo entraba en el comedor aún con mala cara por el jersey de Neuberg, y mi madre, al verme entrar sombría y enfadada, decía: «¡Aquí está María Temporal!».

Mi madre odiaba el frío, y por eso compraba todos aquellos jerséis en Neuberg. Odiaba el frío, aunque se diera todas las mañanas aquella ducha helada que tanto le gustaba. Odiaba el frío constante y penetrante de los días invernales. «¡Qué frío! —decía continuamente, poniéndose una chaqueta encima de otra y estirándose las mangas por encima de las manos—. ¡Qué frío hace! ¡No puedo soportar el frío!» Y me estiraba hacia abajo el jersey de Neuberg, mientras yo me debatía. «¡Toda de lana, Lidia!», decía, imitando a una antigua compañera suya de escuela. Y decía: «Me consuela verte abrigada con ese bonito jersey».

Pero también odiaba el calor. Cuando hacía calor comenzaba a resoplar y a separarse el cuello del vestido. «¡Qué calor! ¡No aguanto el calor!», decía. Y mi padre le contestaba: «¡Qué intolerante eres! ¡Qué intolerantes sois todos!».

Cuando iba con mi padre de viaje, mi madre se llevaba muchos jerséis y muchos vestidos de distinto grosor, y en cuanto el tiempo variaba un poco no hacía nada más que desnudarse y volver a vestirse. «Nunca encuentro la temperatura justa», decía. Y mi padre le contestaba: «¡Qué pesada eres con el calor y el frío! ¡Siempre tienes algo de qué refunfuñar!».

Yo nunca quería desayunar por las mañanas. Detestaba la leche, y no digamos el *mezzorado*. Sin embargo, mi madre sabía que cuando yo merendaba en casa de Frances o de los Terni tomaba leche. En realidad, yo bebía aquella leche en casa de los Terni y de Frances con mucho asco, pero lo hacía por obediencia y por timidez al hallarme fuera de casa. A mi madre se le había metido en la cabeza que la leche de Frances me gustaba. Por eso, por las mañanas, me traían una taza de leche, y yo, por sistema, me negaba a tomarla. «¡Pero si es de Frances! —decía mi madre—. ¡Es la leche de Lucio! ¡Es la vaca de Lucio!» Me daba a entender que aquella leche la habían ido a coger a casa de Frances, que Lucio tenía una vaca suya particular, y que en su casa no se compraba la leche en la lechería, sino que se la hacían traer diariamente de unas tierras que tenían en Normandía, de un campo llamado «el Grouchet».

«¡Es la leche del Grouchet! ¡Es la leche de Lucio!», continuaba durante un buen rato mi madre. Pero como yo me negaba a bebérmela, Natalina acababa haciéndome una sopa.

Yo no iba a la escuela, aunque ya tuviese edad, porque mi padre decía que en la escuela se cogían microbios. Mis hermanos, por la misma razón, también habían seguido los estudios de grado elemental en casa, con maestras. A mí me daba clase mi madre. Yo no entendía la aritmética, no conseguía comprender la tabla pitagórica. Mi madre se desgañitaba y, para explicármela, utilizaba caramelos o guijarros que cogía en el jardín, y los alineaba encima de la mesa. En nuestra casa no tomábamos caramelos, porque mi padre decía que estropeaban los dientes, y tampoco había chocolate u otros dulces, porque estaba prohibido comer «entre horas». Los únicos dulces que se comían, pero siempre en la mesa, eran unos fritos que se llamaban *smarren*, que había enseñado a hacer a mi madre una cocinera alemana. Parece ser que eran económicos, pero los comíamos tanto que ya no los podíamos soportar. También tomábamos un pastel que sabía hacer Natalina, y que se llamaba «el pastel de Gressoney», quizá porque Natalina había aprendido a hacerlo cuando estábamos en Gressoney, en la montaña.

Mi madre compraba caramelos sólo para enseñarme la aritmética; pero a mí la aritmética me repugnaba aún más unida a aquellos guijarros y a aquellos caramelos. Mi madre se suscribió a una revista escolar que se llamaba *Los derechos de la escuela* para aprender métodos didácticos modernos. No sé lo que aprendería de los sistemas pedagógicos en aquella revista, seguramente nada. Pero encontró en ella una poesía que le gustaba mucho y que solía recitar a mis hermanos:

Y todos gritaremos:
¡Viva la mano gentil
de la niña señoril
que practica la virtud!

Mientras me enseñaba geografía, mi madre me contaba cosas de todos los países en los que había estado mi padre de joven. Había estado en la India (donde había cogido el cólera y creo que también la fiebre amarilla), en Alemania y en Holanda. Y también había estado en Spitzberg.[27] Allí se había metido en el cráneo de una ballena para buscar los ganglios cerebro-espinales, pero no había conseguido encontrarlos. Se había manchado de la cabeza a los pies con la sangre de la ballena y había traído de allí la ropa sucia y dura por la sangre seca.

En nuestra casa había muchas fotografías de mi padre con las ballenas. Y mi madre me las enseñaba, pero a mí me decepcionaban un poco porque estaban desenfocadas, y mi padre sólo aparecía al fondo como una minúscula sombra. De la ballena no se veía ni el hocico ni la cola; sólo se veía una especie de colina dentada, gris y nebulosa: la ballena era aquello.

En primavera crecían en nuestro jardín muchas rosas. No sé cómo podían crecer, ya que a ninguno de nosotros se nos pasaba nunca por la cabeza ni regarlas ni podar los rosales. Un jardinero venía una vez al año y se ve que eso bastaba.

«¡Las rosas, Lidia! ¡Las violetas, Lidia!», decía mi madre paseando por el jardín e imitando a aquella compañera suya de escuela. En primavera venían a nuestro jardín los niños de Terni con su niñera Assunta, que llevaba un delantal blanco y medias blancas de hilo de Escocia, y que se quitaba los zapatos en el prado y los colocaba a su lado. Cucco y Lullina, los hijos de Terni, llevaban también vestidos blancos, y mi madre les ponía mis babis para que jugaran sin ensuciarse. «¡Ssst, ssst! ¡Mirad lo que hace Cucco!», decía Terni, admirando a sus niños que jugaban con la tierra. También Terni se quitaba los zapatos y la chaqueta para jugar a la pelota en el prado, pero volvía a ponérselos enseguida si oía llegar a mi padre.

En el jardín teníamos un cerezo, y Alberto se subía a él a comer cerezas con sus amigos: Frinco, el de los libros, torva figura con jersey y gorra de visera, y los hermanos de Lucio.

Lucio venía por la mañana y se iba por la tarde: cuando hacía buen tiempo estaba siempre en nuestra casa, porque ellos no tenían jardín. Lucio era delicadito y frágil, y a la hora de las comidas nunca tenía hambre: comía un poco, suspiraba y dejaba el tenedor: «Estoy cansado de masticar», decía con la misma erre gangosa que el resto de su familia. Lucio era fascista, y mis hermanos le hacían rabiar hablándole mal de Mussolini: «No hablemos de política», decía Lucio apenas veía llegar a mis hermanos. De pequeño tenía grandes rizos negros arreglados en largos tirabuzones que le caían sobre la frente. Después le cortaron el pelo, y entonces llevaba el pelo arreglado, liso y satinado de brillantina. Iba siempre vestido como un hombrecito, con chaquetitas ceñidas y pajaritas. Había aprendido a leer al mismo tiempo que yo, pero yo tenía un montón de libros y él muy pocos, porque leía despacio y se cansaba. Sin embargo, cuando estaba en nuestra casa también leía, porque yo de vez en cuando, aburrida de jugar, me tumbaba con un libro en el prado. Después Lucio iba a presumir ante mis hermanos de haberse leído un libro entero, pues ellos siempre se estaban burlando de él porque leía poco. «Hoy he leído dos liras. Hoy he leído cinco liras», decía complacido, mostrando el precio de la cubierta. Por la tarde lo venía a recoger la mujer que se ocupaba de él, una tal Maria Buoninsegni: una mujercita vieja y arrugada, con un zorro despeluchado alrededor del cuello. Esta Maria Buoninsegni era muy devota y nos llevaba a mí y a Lucio a la iglesia y a las procesiones. Era amiga del padre Semeria[28] y siempre estaba hablando de él. Una vez, en no sé qué ceremonia religiosa, nos presentó a mí y a Lucio al padre Semeria, que nos acarició la cabeza y le preguntó si éramos sus hijos. «No, son los hijos de unos amigos», respondió ella.

Ni a Lopez ni a Terni les gustaba la montaña, y a veces mi padre hacía las excursiones y las escaladas con un amigo suyo que se apellidaba Galeotti.

Galeotti vivía con su hermana y su sobrino en una finca que se llamaba Pozzuolo. Mi madre había estado una vez en aquella finca y se había divertido mucho. Siempre estaba hablando de los días que había pasado en Pozzuolo. Allí había pollos y pavos y se servían grandes comilonas. Adele Rasetti, la hermana de Galeotti, había paseado mucho con mi madre, enseñándole los nombres de las hierbas, de las plantas y de los insectos, pues en aquella familia eran todos entomólogos y botánicos. Después, Adele había regalado a mi madre un cuadro suyo en el que se veía un lago alpino: lo teníamos colgado en nuestro comedor. Por la mañana, Adele se levantaba temprano para hacer las cuentas con el administrador o para pintar, o bien se iba a los prados a «herborizar»: bajita, delgada, con la nariz puntiaguda y con su sombrero de paja. «¡Qué estupenda es Adele! ¡Se levanta temprano, pinta! ¡Va a herborizar!», decía siempre mi madre, llena de admiración, porque ella no sabía pintar y no distinguía la albahaca de la achicoria. Mi madre era perezosa y admiraba muchísimo a la gente activa, y cada vez que veía a Adele Rasetti se ponía a leer manuales de ciencias para aprender también ella algo de insectos y de botánica; pero después se aburría y lo dejaba.

Durante el verano, Galeotti venía a vernos a la montaña con su sobrino, que era hijo de Adele y amigo de mi hermano Gino. Por la mañana, mi abuela paseaba angustiada de un lado a otro de la habitación preguntándose qué se pondría. «Póngase el vestido gris con botoncitos», le decía mi madre. «¡No, que Galeotti ya me lo ha visto!», decía mi abuela, retorciéndose las manos por la incertidumbre.

Galeotti no miraba a mi abuela ni por casualidad, porque siempre estaba hablando ensimismado con mi padre y proyectando marchas y escaladas. Mi abuela, por otra parte, a pesar de la preocupación de que la viera «con el vestido de ayer», no soportaba a Galeotti porque lo encontraba grosero y simple y porque temía que llevase a mi padre a sitios peligrosos.

El sobrino de Galeotti se llamaba Franco Rasetti.[29] Estudiaba ciencias físicas, pero también tenía la manía de coleccionar insectos y minerales y se la había pegado a Gino. Siempre volvían de las excursiones con terrones de musgo envueltos en el pañuelo y con la mochila llena de escarabajos muertos y de cristales. Franco Rasetti hablaba sin parar durante la comida, pero siempre de física, de geología y de coleópteros, y, mientras hablaba, jugaba con las migajas que había en el mantel. Tenía la nariz puntiaguda y la barbilla

afilada, un color siempre un poco verde de lagarto y un hirsuto bigote. «Es muy inteligente —decía mi padre de él—. ¡Pero es árido! ¡Muy árido!» Sin embargo, Franco Rasetti, aun siendo árido, había escrito una poesía una vez al volver con Gino de una excursión, mientras estaban en un caserón abandonado esperando que cesase de llover:

Cae la lluvia uniforme y lenta
sobre los prados verdes y sobre las rocas negras.
En el aire se diluyen vagas formas,
veladas por calígenes ligeras.

Gino no escribía poesías: no le gustaban demasiado ni las poesías ni las novelas. Pero aquélla le gustaba mucho y la recitaba siempre. Era más larga, pero yo, por desgracia, sólo recuerdo esta estrofa.

A mí también me parecía preciosa la poesía de las rocas negras, y me moría de envidia por no haberla escrito yo. Era sencilla: prados verdes, rocas negras. Yo los había visto muchas veces en la montaña, pero no se me había ocurrido que se pudiese hacer algo con ellos, los había visto y ya está. Las poesías eran así: sencillas, hechas con nada, hechas con las cosas que se veían. Miraba a mi alrededor con los ojos bien abiertos: buscaba cosas que se pudieran parecer a aquellas rocas negras, a aquellos prados verdes; esta vez no dejaría que me los quitara nadie.

«¡A Gino y Rasetti se les da muy bien el montañismo! —decía mi padre—. ¡Han subido a l'Aiguille Noire de Peteré! ¡Muy bien! ¡Qué pena que ese Rasetti sea tan árido! No habla de política, no le interesa. ¡Es árido!»

«Pero Adele no, no es árida —decía mi madre—. ¡Qué estupenda es, se levanta temprano, pinta! ¡Me gustaría ser como Adele!»

Galeotti estaba siempre contento. Era más bien bajo y regordete, y siempre iba vestido de lana gris. Tenía el bigote blanco y corto, el pelo entre blanco y rubio y la cara tostada. Todos nosotros le queríamos, pero de él no recuerdo nada más.

Un día Terni y mi madre estaban de pie en la antesala, y mi madre lloraba. Nos dijeron que Galeotti había muerto.

Las palabras «ha muerto Galeotti» se me quedaron grabadas para siempre. Desde que yo existía en el mundo no había muerto nadie a quien nosotros conociéramos tanto. La muerte se unió indisolublemente en mi pensamiento a aquella forma alegre vestida de lana gris que solía venir a vernos a la montaña durante el verano.

Galeotti había muerto de repente, de una pulmonía.

Muchos años más tarde, después de que se descubriera la penicilina, mi padre solía decir: «Si hubiera existido la penicilina en la época del pobre Galeotti, éste no hubiera muerto. Se murió de una pulmonía de estreptococos, que ahora se cura con la penicilina».

Mi padre, nada más morirse una persona, añadía inmediatamente a su nombre la palabra «pobre», y se enfadaba con mi madre porque no lo hacía así. Esta costumbre del «pobre» se respetaba mucho en la familia de mi padre: mi abuela siempre que hablaba de una hermana suya que había muerto, decía «pobrecita Regina»; nunca se refería a ella de otra forma.

Galeotti se convirtió así en «el pobre Galeotti» apenas una hora después de su muerte. A mi abuela se le dio con mucho cuidado la noticia de su muerte, porque a ella, como siempre tenía miedo de morirse, no le gustaba nada que la muerte anduviese rondando cerca, entre la gente que conocía.

Después de la muerte de Galeotti, mi padre decía que ya no disfrutaba en las escaladas. Las seguía haciendo, pero sin el mismo placer de antes. Y él y mi madre hablaban de los tiempos en que aún vivía Galeotti como de una época feliz y alegre: cuando ellos eran más jóvenes, cuando las montañas conservaban intacto su encanto para mi padre, cuando el fascismo parecía que iba a acabar pronto.

«¡Qué mono es, qué simpático es Mario!», decía mi madre alisándole el pelo a Mario, que se acababa de levantar y tenía los ojos pequeños, casi invisibles por el sueño.

«El baco del calo del malo», decía Mario con una ensimismada sonrisa, acariciándose las mandíbulas. Era su forma de anunciar que no estaba enfadado y que charlaría con mi madre, con mi hermana y conmigo.

«¡Qué mono es Mario! ¡Qué guapo es! —decía mi madre—. ¡Se parece a Silvio! ¡Se parece a Suess Aja Cawa!»

Suess Aja Cawa era un actor de cine muy conocido en aquellos tiempos. Mi madre, cuando veía en la pantalla los ojos mongoles y las mejillas huesudas de Suess Aja Cawa, exclamaba: «¡Es Mario! ¡Es clavado a él!».

«¿No encuentras tú también que Mario es muy guapo?», preguntaba a mi padre.

«Yo no lo encuentro tan guapo. Es más guapo Gino», respondía mi padre. «Gino también es guapo —decía entonces mi madre—. ¡Qué simpático es Gino! ¡Mi Ginetto! A mí me gustan sólo mis hijos. ¡Yo me divierto solamente con mis hijos!»

Y cuando Gino o Mario llevaban un traje nuevo del sastre Maccheroni, mi madre les abrazaba y decía: «Yo quiero más a mis hijos cuando llevan un traje nuevo».

En nuestra casa se entablaban grandes discusiones sobre la belleza y la fealdad de la gente. Aún se seguía discutiendo sobre si una tal señora Gilda, ama de llaves de una familia de amigos nuestros de Palermo, era guapa o no lo era. Mis hermanos sostenían que era feísima, una especie de cara de perro, pero mi madre decía que era de una belleza extraordinaria.

«¡Pero qué va! —gritaba mi padre con una de aquellas atronadoras risotadas suyas que resonaban por toda la casa—. ¡Pero qué va a ser guapa!»

Y siempre se discutía durante mucho tiempo sobre si eran más feos los Colombo o los Coen, unos amigos nuestros a los que veíamos en la montaña durante el verano.

«¡Son más feos los Coen! —gritaba mi padre—. ¿Cómo vas a comparar a los Coen con los Colombo? No hay color. Los Colombo son mejores. ¡No tienes ojos! ¡Vosotros no tenéis ojos!»

Mi padre solía decir que todas aquellas primas suyas que se llamaban Margherita o Regina eran muy guapas. «Regina de joven —comenzaba— era una mujer muy guapa.» Y mi madre decía: «¡No, Beppino! ¡Tenía una mandíbula enorme!».

Y sacaba hacia fuera la barbilla y el labio inferior para mostrar la desproporcionada mandíbula que tenía aquella Regina. Entonces mi padre se enfadaba: «Tú no entiendes nada de bellezas ni de fealdades. ¡No sé cómo puedes decir que los Colombo son más feos que los Coen!».

Gino era serio, estudioso y tranquilo. No pegaba a ninguno de sus hermanos y se le daba muy bien el montañismo. Era el predilecto de mi padre. De él mi padre nunca decía que era «un borrico», pero sí que «daba poco cordel». El dar cuerda a alguien se decía en nuestra casa «dar cordel». Gino, efectivamente, daba poco cordel, porque siempre estaba leyendo, y cuando se le dirigía la palabra respondía con monosílabos y sin levantar la cabeza del libro. Si Alberto y Mario se pegaban no se inmutaba y continuaba leyendo. Y mi madre tenía que llamarlo y zarandearlo para que fuese a separarlos. Mientras leía, comía pan muy despacio, una hogaza tras otra. Se comía aproximadamente un kilo después de las comidas.

«¡Gino! —gritaba mi padre—. ¡No das cordel! ¡No cuentas nada! ¡Y además, no comas tanto pan! ¡Te va a dar una indigestión!»

Gino solía tener indigestiones: se ponía ceñudo, se le enrojecía la cara y sus orejas de soplillo se le ponían rojas como el fuego. «¿Por qué tiene Gino tan mala cara? —decía mi padre a mi madre, despertándola durante la noche—. ¿Qué le pasa? ¿No se habrá metido en algún lío?» Mi padre nunca sabía diferenciar en sus hijos el malhumor de una indigestión, y ante una verdadera indigestión sospechaba oscuras historias de mujeres, de *cocottes*, como él decía.

Algunas noches llevaba a Gino a casa de los Lopez, porque le parecía el más serio, el más educado y el más presentable de sus hijos. Pero como Gino tenía el vicio de dormirse después de comer, también lo hacía en casa de los Lopez en un sillón. Mientras Frances le hablaba, se le iban empequeñeciendo los ojos, su cabeza se mecía dulcemente, y al poco rato se dormía con una sonrisa desvanecida y feliz y con las manos en el regazo.

«¡Gino! —gritaba mi padre—. ¡No te duermas! ¡Estás durmiéndote!»

«¡A vosotros —decía mi padre—, no se os puede llevar a ningún sitio!»

Por un lado estaban Gino y Rasetti, con las montañas, las «rocas negras», los cristales y los insectos. Por otro lado estaban Mario, mi hermana Paola y Terni, que detestaban la montaña y adoraban las habitaciones cerradas y tibias, la penumbra y los cafés. Les gustaban los cuadros de Casorati,[30] el teatro de Pirandello, los poemas de Verlaine, las ediciones de Gallimard y Proust. Eran dos mundos incomunicables.

Yo no sabía aún si escogería el uno o el otro. Los dos me llamaban la atención. No había decidido aún si me dedicaría a estudiar los coleópteros, la química y la botánica o si, por el contrario, pintaría cuadros y escribiría novelas. En el mundo de Rasetti y de Gino era todo claro, todo se desarrollaba a la luz del sol, todo era plausible, no había misterios o secretos. En cambio, en las conversaciones que mantenían Terni, Paola y Mario en el sofá del salón había algo misterioso e impenetrable que ejercía sobre mí una mezcla de fascinación y de miedo.

«¿Qué están tramando Terni, Mario y Paola? —preguntaba mi padre a mi madre—. Están siempre confabulando en un rincón. ¿Qué son todos esos chismes?»

Los chismes eran para mi padre los secretos, y no toleraba ver a la gente hablando enfrascada y no saber qué se decían.

«Estarán hablando de Proust», le contestaba mi madre.

Mi madre había leído a Proust y le gustaba muchísimo, tanto como a Terni y a Paola. Y le contó a mi padre que este Proust era uno que quería mucho a su madre y a su abuela, que tenía asma y nunca podía dormir, y que como no soportaba los ruidos, había forrado de corcho las paredes de su cuarto.

Mi padre dijo: «¡Debía de ser un cataplasma!».

Mi madre no había elegido ninguno de esos dos mundos, pero vivía un poco en uno y un poco en el otro, y en ambos estaba con alegría, porque su curiosidad nunca rechazaba nada, se nutría de todo tipo de bebida o de alimento.

Mi padre en cambio solía lanzar sobre todo lo que fuera nuevo y desconocido una mirada torva y llena de

recelo, y temía siempre que los libros que Terni traía a casa no fueran «adecuados» para nosotros. «¿Será adecuado para Paola?», preguntaba a mi madre mientras hojeaba *À la recherche* y leía algunas frases de aquí y de allá. «Debe de ser una cosa aburrida», decía después tirando el volumen. Y el hecho de que fuese una «cosa aburrida» le tranquilizaba un poco.

En cuanto a los cuadros de Casorati, de los que Terni nos traía las reproducciones, mi padre no los podía sufrir. «¡Garabatos! ¡Cochinadas!», decía. La pintura no le interesaba en absoluto. Iba con mi madre a los museos cuando estaban de viaje y sólo otorgaba cierta legitimidad a los pintores antiguos, como Goya y Tiziano, por el hecho de estar reconocidos universalmente. Pero quería que aquellas visitas a los museos fueran rapidísimas, y no permitía a mi madre que se parase delante de los cuadros. «¡Lidia, ven, vamos!», decía arrastrándola fuera. Cuando estaba de viaje siempre tenía mucha prisa.

Por otra parte, a mi madre tampoco le interesaba demasiado la pintura. Conocía a Casorati personalmente y lo encontraba simpático. «Qué cara más hermosa tiene Casorati», decía siempre. Y como encontraba que tenía una cara hermosa, también aceptaba sus cuadros.

«He estado en el estudio de Casorati», decía mi hermana al volver a casa.

«¡Qué simpático es Casorati! ¡Qué cara más hermosa tiene!», decía mi madre.

«¿Qué demonios va a hacer Paola al estudio de Casorati?», preguntaba mi padre, desconfiado y frunciendo el ceño. Mi padre siempre temía que nos metiéramos en algún «lío», es decir, que nos encontrásemos entrampados en oscuras tramas amorosas, de modo que por todas partes veía amenazas a nuestra castidad.

«Nada, ha ido con Terni. Han ido a saludar a Nella Marchesini», le explicaba mi madre.

El nombre de Nella Marchesini, amiga de la infancia de mi hermana y a la que mi padre conocía y estimaba, bastaba para tranquilizarlo. Nella Marchesini estudiaba pintura con Casorati, y mi padre consideraba legítima su presencia en aquel estudio. En cambio, la compañía de Terni no habría sido suficiente para tranquilizarlo, porque no lo consideraba una protección fiable para nosotros.

«Cuánto tiempo para perder tiene ese Terni —observaba—. Mejor sería que acabase su trabajo sobre la patología de los tejidos. Hace un año que le oigo hablar de ello.»

«¿Sabes que Casorati es antifascista?», decía mi madre. Conforme pasaba el tiempo había menos antifascistas, y cuando mi padre oía que había alguno, enseguida se alegraba.

«¡Ah! ¿Es antifascista? ¿De verdad? —preguntaba con interés—. Pero sus cuadros son unas grandes cochinadas. ¡Cómo es posible que a la gente le gusten!»

Terni era muy amigo de Petrolini,[31] y cuando éste vino a Turín para dar una serie de representaciones, tenía invitaciones de platea casi todas las noches y se las regalaba a mis hermanos y a mi madre. «¡Qué belleza! —decía mi madre durante el día—. Esta noche también vamos a ver a Petrolini. Vamos a platea. ¡Cómo me gusta ir a platea al teatro! ¡Es tan simpático Petrolini, es tan gracioso! ¡A Silvio también le hubiera gustado mucho!» «¡Ah, entonces esta noche también me dejas solo!», decía mi padre. Y mi madre le contestaba: «Ven tú también, Beppino». «¡Qué dices! ¡Ir a ver a Petrolini! ¡Pues sí que me importa mucho a mí Petrolini! ¡Es un payaso!»

«Hemos ido con los Terni a saludar a Petrolini a su camerino —le contaba mi madre al día siguiente—. Vino también Mary. Ellos son muy amigos de Petrolini.»

La presencia de Mary, la mujer de Terni, era a los ojos de mi padre fiable y tranquilizadora, porque él profesaba hacia Mary una gran admiración y estima. Su presencia confería legitimidad y decoro a aquellas noches de teatro, e incluso también un poco a la figura de Petrolini. Sin embargo, a éste le seguía despreciando, porque se imaginaba que para actuar tenía que ponerse una nariz postiza y teñirse el pelo. «No entiendo por qué Mary es tan amiga de Petrolini —decía con gran estupor—. No entiendo por qué se divierte tanto escuchando a Petrolini. Os puedo entender a vosotros y a Terni, porque os gustan los tontos, pero no a ella. Y, ¿cómo es que ellos son tan amigos de Petrolini? ¡Debe de ser una persona equívoca!»

Para mi padre, un actor, y en especial un actor cómico, que hacía muecas en escena para hacer reír a la gente, debía de ser «una persona equívoca». Sin embargo, mi madre le recordaba que su hermano Cesare se había pasado la vida en compañía de actores y se había casado con una actriz. Todas aquellas personas a las que su hermano solía tratar no podían ser siempre «gente equívoca», aunque salieran disfrazados en escena o se tiñeran el pelo y los bigotes. «¿Y Molière? —le decía mi madre—. ¿Molière no era también actor? ¡No me dirás que era una persona equívoca!» «¡Ah, Molière! —decía mi padre, que sentía hacia Molière una gran admiración—. ¡Molière es maravilloso! ¡El pobre Cesare era un apasionado de Molière! Pero ¿no querrás comparar a Molière con Petrolini?», gritaba al final con una de aquellas atronadoras risotadas que hacían recaer sobre Petrolini su más hondo desprecio.

Al teatro iban normalmente mi madre, Paola y Mario, casi siempre con los Terni, que, si no tenían invitaciones como para Petrolini, les invitaban a un palco que reservaban cada temporada. Por eso mi padre no podía decir: «No quiero que tiréis el dinero en el teatro». Además, veía con benevolencia que mi madre pasara la velada con Mary. «Vas siempre a divertirte —le decía sin embargo a mi madre—. Me dejas siempre plantado.» «Pero tú por la tarde te quedas siempre encerrado en tu despacho —decía mi madre—. No me das cordel. No me haces compañía.» «¡Qué borrica! —contestaba mi padre—. Sabes que tengo cosas que hacer. No tengo tiempo para perder como vosotros. ¡Y además, no me he casado contigo para hacerte compañía!»

Mi padre trabajaba por las tardes en su despacho, es decir, corregía las pruebas de sus libros y encolaba algunas ilustraciones. Pero, a veces, también leía novelas. «¿Es bonita esa novela, Beppino?», le preguntaba mi

madre. «¡Qué va! ¡Es un aburrimiento! ¡Una tontería!», respondía encogiéndose de hombros. Pero leía con mucha atención y, mientras tanto, fumaba su pipa y sacudía la ceniza de la página. Cuando volvía de algún viaje, traía novelas policíacas que compraba en los quioscos de las estaciones y que terminaba de leer en su despacho por las tardes. Normalmente estaban en inglés o en alemán, tal vez porque le parecía menos frívolo leer aquellas novelas en un idioma extranjero. «Una tontería», decía encogiéndose de hombros, pero se leía hasta el último renglón. Más tarde, cuando empezaron a publicar las novelas de Simenon, se convirtió en un asiduo lector de ellas. «No está nada mal Simenon —decía—. Describe bien esa provincia francesa. ¡El ambiente de provincias está muy bien descrito!» Pero por entonces, en los años de la calle Pastrengo, las novelas de Simenon no existían aún. Y lo que mi padre traía de sus viajes eran unos libritos brillantes con mujeres degolladas en la portada. Mi madre, al encontrárselos en los bolsillos del abrigo, decía: «¡Pero hay que ver las tonterías que lee Beppino!».

Terni había creado entre Paola y Mario una complicidad que persistía incluso cuando él se iba. Por lo que yo podía entender, era una complicidad consagrada a la melancolía. Paola y Mario daban paseos melancólicos, los dos juntos o cada uno por separado, en el crepúsculo, en recogida soledad. Y leían juntos poesías tristes, murmurándolas con un dolorido bisbiseo.

En cuanto a Terni, si mal no recuerdo, no era nada melancólico, no se sentía atraído de forma especial por los lugares abandonados y silenciosos, y tampoco daba nunca paseos melancólicos y solitarios. Terni vivía de un modo completamente normal: en su casa, con su mujer Mary, la niñera Assunta y sus hijos Cucco y Lullina, a los que él y su mujer mimaban, y ante los que ambos solían extasiarse. Pero Terni había introducido en nuestra casa el gusto por la melancolía, por las actitudes melancólicas, lo mismo que había traído la *Nouvelle Revue Française* y las reproducciones de Casorati. Y Paola y Mario habían aceptado esa invitación. Pero no sucedió así con Gino, al que no le gustaba Terni ni a Terni él. Y tampoco con Alberto, al que le daban igual la poesía y la pintura, y que después de «la vieja solterona, nada pechugona» no había vuelto a escribir poesías, y sólo pensaba en jugar al fútbol. Ni conmigo, porque no me interesaba demasiado Terni y sólo le veía como el padre de Cucco, un niño con el que a veces jugaba.

Paola y Mario, inmersos en su melancolía, mostraban una gran impaciencia ante el despotismo de mi padre y ante las costumbres de nuestra casa, demasiado sencillas y austeras. Tenían el aire de sentirse en el exilio en nuestra casa, pues soñaban con otra casa y con otras costumbres. Su enorme impaciencia se traducía en ponerse de morros, en miradas apagadas y caras impenetrables, en respuestas a base de monosílabos, en rabiosos portazos que hacían temblar la casa y en rotundas negativas a ir el sábado y el domingo a la montaña. Apenas salía mi padre de la habitación, se tranquilizaban, porque su impaciencia no incluía a mi madre, sólo estaba dedicada a mi padre. Escuchaban las historias de mi madre y declamaban con ella en voz muy alta el poema de la inundación:

¡Hacía muchos días que todos temblaban!

Mario había querido estudiar Derecho, pero mi padre le obligó a matricularse en Económicas, pues le pareció, no sé por qué, que la Facultad de Derecho era poco seria y que no tenía porvenir. Mario, durante años, le guardó por ello un mudo rencor. En cuanto a Paola, estaba en general descontenta de la vida que llevaba y habría querido tener más vestidos. Los suyos no le gustaban, pues le parecían masculinos y sin gracia, porque mi padre quería que todos nos vistiéramos en el sastre Maccheroni, un sastre de hombre que no cobraba mucho, o por lo menos a él se le había metido eso en la cabeza. Mi madre tenía también una modistilla, Alice, a la que a veces recurríamos, pero mamá decía que no cosía bien. «¡Cómo me gustaría tener un bonito vestido de seda pura!», decía mi hermana a mi madre, cuando charlaban en el salón. Y ésta respondía: «¡A mí también!», y hojeaban revistas de moda. «¡Querría —decía mi madre— un bonito vestido de seda pura!», y mi hermana decía: «¡Yo también!». Pero no podían comprar seda pura, porque nunca teníamos dinero, y, además, la modistilla Alice la hubiera estropeado, porque no sabía cortar.

Paola habría querido cortarse el pelo y llevar zapatos de tacón, no los zapatos masculinos y fuertes que hacía «el señor Castagneri», ir a bailar a casa de sus amigas y jugar al tenis. Pero no le dejaban hacer nada de esto y en cambio la obligaban a ir a la montaña el sábado y el domingo con Gino y con mi padre. Paola encontraba aburridos a Gino y a Rasetti. En general todos los amigos de Gino le parecían aburridísimos y la montaña insoportable. Sin embargo, esquiaba muy bien, sin estilo, decían, pero con mucha resistencia y valor, y se tiraba por las pendientes con el ímpetu de una leona. A juzgar por el ímpetu y por el furor con que se lanzaba por las pendientes, me inclino a pensar que se divertía esquiando y que disfrutaba muchísimo. Mostraba un profundo desprecio por la montaña: decía que odiaba los zapatos de clavos, las medias de lana y las diminutas pecas que le salían por el sol en su naricita delicada; y para hacer desaparecer aquellas diminutas pecas solía empolvarse la cara con unos polvos blancos después de haber estado en la montaña. Habría querido tener poca salud, un aspecto frágil y un rostro de palidez lunar, como tienen las mujeres de los cuadros de Casorati. No le gustaba que le dijeran que «estaba lozana como una rosa». Cuando mi padre le veía la cara tan blanca, le decía que estaba anémica y le hacía tomar hierro. No podía sospechar que se diera polvos.

Mi padre se despertaba durante la noche y le decía a mi madre: «Qué murria tienen Paola y Mario. Han formado una gran alianza los dos. Me parece que ese tonto de Terni les ha hecho ponerse contra mí».

Yo no sabía lo que se susurraban Terni, Paola y Mario en aquel sofá, y sigo sin saberlo. Pero a veces hablaban realmente de Proust. Entonces también mi madre participaba en sus conversaciones. «*La petite phrase!*[32] —decía mi madre—. ¡Qué bonito es cuando dice *la petite phrase*! ¡Cómo le habría gustado también a Silvio!» Terni se quitaba el monóculo y lo limpiaba en el pañuelo como Swann; y hacía «¡Ssst! ¡Ssst!». «¡Qué gran cosa! ¡Qué cosa tan bella!», decía siempre Terni, y Paola y mi madre se pasaban el día imitándole.

«¡Vaniloquio! —decía mi padre cogiendo al vuelo algunas palabras al pasar—. ¡Estoy harto de ese vaniloquio vuestro! —continuaba diciendo mientras se dirigía a su despacho. Y cuando estaba allí gritaba—: ¡Terni! ¡Todavía no ha acabado su trabajo sobre la patología de los tejidos! ¡Pierde demasiado tiempo en tonterías! Usted es un perezoso. No trabaja lo suficiente. ¡Es muy perezoso!»

Paola estaba enamorada de un compañero suyo de la universidad: un joven bajito, delicado, amable y con voz seductora. Daban paseos juntos por el Lungo Po y por los jardines de Valentino y hablaban de Proust, porque aquel joven era un ferviente proustiano, es más, era el primero que había escrito algo en Italia sobre este autor. Aquel joven escribía cuentos y ensayos de crítica literaria. Creo que Paola se enamoró de él porque era exactamente lo contrario de mi padre: tan bajito, tan amable y con la voz tan dulce y persuasiva. No sabía nada de patología de los tejidos y nunca había puesto el pie sobre un esquí. Mi padre se enteró de aquellas salidas y montó en cólera: en primer lugar, porque sus hijas no debían salir con hombres; en segundo lugar, porque, para él, un literato, un crítico, un escritor, representaba algo despreciable, frívolo e incluso equívoco, era un mundo que le repugnaba. Pero Paola, a pesar de la prohibición de mi padre, siguió dando aquellos paseos. A veces, los Lopez y otros amigos la veían y se lo contaban a mi padre, pues conocían su prohibición. Pero si era Terni el que la veía no iba a decírselo a mi padre, porque Paola se había confiado a él en el sofá en secretos bisbiseos.

Mi padre gritaba a mi madre: «¡No la dejes salir! ¡Prohíbele salir!». Mi madre tampoco estaba contenta con aquellos paseos y también desconfiaba de aquel joven, pues mi padre le había contagiado una confusa y oscura repulsión hacia el mundo de los literatos, mundo desconocido en nuestra casa, pues en ella sólo entraban biólogos, científicos o ingenieros. Además, mi madre estaba muy unida a Paola y, antes de que Paola tuviera la historia con aquel joven, solían dar vueltas las dos juntas por la ciudad durante largo tiempo y mirar en los escaparates «los vestidos de seda pura» que ni la una ni la otra podían comprarse. Ahora Paola raras veces tenía tiempo para salir con mi madre, y cuando estaba libre y salían charlando del brazo, acababan hablando de aquel joven y volvían a casa enfadadas. Porque mi madre no concedía a aquel joven —al que por otra parte apenas conocía— toda la simpatía y la cordialidad que Paola exigía. A pesar de eso, mi madre era absolutamente incapaz de prohibir algo a alguien. «¡No tienes autoridad!», le gritaba mi padre despertándola por la noche. Pero por otro lado, él también demostró no tenerla, porque Paola continuó paseando durante años con aquel joven bajito, y lo dejó cuando la cosa se apagó sola, poco a poco, como se apaga la luz de una vela. Y no por la decisión de mi padre, sino por otras cosas ajenas a sus gritos y a sus prohibiciones.

Mi padre se ponía hecho una furia no sólo con Paola y el joven bajito, sino también con los estudios de mi hermano Alberto, que en lugar de hacer los deberes se iba siempre a jugar al fútbol. El único deporte que mi padre admitía era el montañismo. Los otros deportes le parecían o mundanos o frívolos, como el tenis, o aburridos y estúpidos, como la natación, pues él odiaba el mar, las playas y la arena. En cuanto al fútbol, lo veía como un juego de chicos de la calle, y ni siquiera lo consideraba un deporte. Gino estudiaba mucho y Mario también. Paola no estudiaba, pero a mi padre no le preocupaba, pues era una chica. Él tenía la idea de que no pasaba nada porque las chicas no tuvieran ganas de estudiar, pues después se casaban. Tampoco sabía que yo iba muy mal en aritmética, y la única que se desesperaba era mi madre al tenérmela que explicar. Alberto no estudiaba nada, y mi padre, al que sus otros hijos varones tenían muy mal acostumbrado, cuando llevaba a su casa un mal boletín de notas o le echaban de la escuela por faltas de indisciplina, se encolerizaba muchísimo. Mi padre estaba preocupado por el porvenir de todos sus hijos varones y, despertándose por la noche, le decía a mi madre: «¿Qué hará Gino? ¿Qué hará Mario?». Pero con respecto a Alberto, que iba todavía al instituto clásico, mi padre no sólo estaba preocupado, sino que incluso el pánico se apoderaba de él. «¡Ese granuja de Alberto! ¡Ese sinvergüenza de Alberto!» Ni siquiera decía «ese borrico de Alberto», porque Alberto era algo más que un borrico. Sus defectos le parecían a mi padre inauditos, monstruosos. Alberto o se pasaba el día en los campos de fútbol, de los que volvía sucio y, a veces, con las rodillas o la cabeza sangrando o vendadas, o se iba por ahí con sus amigos y volvía a comer siempre tarde. Mi padre se sentaba a la mesa y empezaba a dar golpes con el vaso, el tenedor y el pan, y no se sabía con quién la tenía tomada, si con Mussolini o con Alberto, que todavía no había vuelto. «¡Granuja! ¡Sinvergüenza!», decía cuando Natalina entraba con la sopa. Y su cólera aumentaba a medida que transcurría la comida. Alberto llegaba fresco, sonrosado y sonriente al postre. Alberto no tenía nunca murria y estaba siempre alegre. «¡Granuja! —tronaba mi padre—. ¿Dónde has estado?» «En la escuela —respondía Alberto con su voz ligera y fresca—. Y después he ido un momento a acompañar a un amigo.» «¡A un amigo! ¡Granuja, que no eres más que un granuja! ¡Y el "toque" pasado!» Para mi padre la una era el «toque», y el hecho de que Alberto volviera «después del toque» le parecía algo inaudito.

Mi madre también se quejaba de Alberto. «¡Va siempre sucio! —decía—. ¡Parece un malhechor! ¡No hace

más que pedirme dinero! ¡No estudia!»

«Voy un momento a casa de mi amigo Pajetta.»[33] «Voy un momento a casa de mi amigo Pestelli.» «Mamá, por favor, ¿me darías dos liras?» Éstas eran las palabras que Alberto decía en casa, y no decía muchas más; pero no porque no fuese comunicativo, al contrario, era el más comunicativo, expansivo y alegre de todos nosotros, sino porque nunca estaba en casa. «¡Siempre con Pajetta!, ¡con Pajetta!, ¡con Pajetta!», decía mi padre, repitiendo aquel nombre con una especial rapidez rabiosa, seguramente para indicar la rapidez con que Alberto huía de casa. Dos liras eran también entonces una pequeña cantidad, pero Alberto pedía dos liras varias veces al día, y mi madre, suspirando, abría con las llaves el cajón de su cómoda. A Alberto no le bastaba nunca el dinero. Cogió la costumbre de vender los libros de casa, de tal forma que nuestras estanterías poco a poco se iban quedando vacías. De vez en cuando mi padre buscaba un libro y no lo encontraba, y mi madre, para que no se enfadara, le decía que se lo había prestado a Frances, pero todos sabíamos que había ido a parar a un puesto de libros usados. A veces Alberto se llevaba la plata de casa al Monte de Piedad, y mi madre, cuando no encontraba una cafetera, se ponía a llorar. «¡Has visto lo que ha hecho Alberto! —le decía a Paola—. ¡Has visto lo que ha hecho! ¡Pero no puedo decírselo a papá, porque si no le regaña!» Y tenía tal miedo a las cóleras de mi padre, que buscaba los recibos del Monte de Piedad en los cajoncitos de Alberto y mandaba a Rina en secreto a desempeñar sus cafeteras, sin decírselo a mi padre.

Alberto ya no era amigo de Frinco, no se había vuelto a saber nada de éste ni de sus libros de terror. Tampoco era amigo de los hijos de Frances. Ahora los amigos de Alberto eran Pajetta y Pestelli,[34] compañeros suyos de escuela, que sin embargo eran estudiosos. Mi madre decía que Alberto escogía siempre a sus amigos mejores que él. «Pestelli —le explicaba mi madre a mi padre— es un chico estupendo. Es de muy buena familia. Su padre es el Pestelli[35] que escribe en *La Stampa*. Y su madre es Carola Prosperi»,[36] decía con ilusión por poder dejar en un buen lugar a Alberto ante los ojos de mi padre. No le parecía que a Carola Prosperi, una escritora que a mi madre le gustaba, se la pudiera incluir en el dudoso mundo de los literatos, porque también escribía libros para niños, y sus novelas para adultos, según mi madre, estaban «muy bien escritas». Y mi padre, que no había leído nunca los libros de Carola Prosperi, se encogía de hombros.

A Pajetta, cuando era todavía un chiquillo que iba al colegio en pantalones cortos, lo detuvieron por repartir folletos contra el fascismo entre los bancos de la escuela. Y a Alberto, que se contaba entre sus amigos más íntimos, lo llamaron a la comisaría y le interrogaron. Pajetta fue a la cárcel, a un reformatorio para menores. Y mi madre, ufana, dijo a mi padre: «¿Has visto cómo yo tenía razón, Beppino? ¿Has visto que Alberto siempre elige bien a sus amigos? Son siempre más estupendos y más serios que él».

Mi padre se encogió de hombros. Pero él también estaba orgulloso del hecho de que a Alberto le hubiesen interrogado en la comisaría, y durante algunos días se abstuvo de llamarle granuja.

«¡Un delincuente! —decía mi madre cuando Alberto volvía del fútbol sucio, con su pelo rubio manchado de barro y con la ropa rota—. ¡Un delincuente! ¡Fuma y tira la ceniza al suelo! —se quejaba a sus amigas—. ¡Se tumba en la cama con los zapatos puestos y me ensucia la colcha! ¡Siempre está pidiendo dinero, nunca tiene suficiente!»

«¡Era tan mono de pequeño! —se lamentaba—. ¡Era tan dulce, tan suave! ¡Era como una ovejita! Yo lo vestía todo de puntillas. ¡Tenía aquellos rizos tan bonitos! ¡Y ahora mira en lo que se ha convertido!»

Los amigos de Alberto y de Mario raramente aparecían por nuestra casa. Gino, en cambio, traía siempre a sus amigos a casa por la noche.

Mi padre les invitaba a quedarse a cenar. Mi padre siempre estaba dispuesto a invitar a comer o a cenar a la gente, aunque hubiera poco que ofrecer. En cambio, temía que nosotros «comiéramos de gorra» en casa de otros. «¡Has comido de gorra en casa de Frances! ¡No me gusta!» Y si alguien nos invitaba a comer a uno de nosotros y al día siguiente decíamos que esta persona era aburrida o antipática, mi padre protestaba: «¡Antipático! ¡Pero bien que has comido de gorra!».

Nuestras cenas consistían normalmente en una tortilla y una sopa de Liebig, que le gustaba mucho a mi madre y que Natalina hacía siempre demasiado aguada. Los amigos de Gino compartían con nosotros estas cenas tan poco variadas, y después, alrededor de la mesa, escuchaban las historias y las canciones de mi madre. Entre estos amigos había uno que se llamaba Adriano Olivetti.[37] Recuerdo la primera vez que entró en nuestra casa vestido de soldado, pues en aquel tiempo hacía el servicio militar, al igual que Gino, con quien compartía dormitorio. Adriano tenía entonces barba, una barba descuidada y rizada de color leonado. Llevaba el pelo rubio muy largo, rizado por la parte de la nuca, y era gordo y pálido. El uniforme militar le sentaba muy mal sobre sus hombros gordos y redondos. Nunca he visto a nadie vestido de caqui y con una pistola en la cintura tan patoso y tan poco marcial como él. Tenía aspecto melancólico, quizá porque no le gustaba ser soldado. Era tímido y silencioso, pero, cuando hablaba, lo hacía durante mucho tiempo y en voz bajísima, y decía cosas confusas y oscuras, mirando al vacío con sus ojitos azules, fríos y soñadores a un tiempo. Por aquel entonces Adriano parecía la personificación de lo que mi padre solía definir como «un cataplasma», pero nunca dijo de él que fuera ni «un cataplasma», ni «un mostrenco» ni «un palurdo». Nunca pronunció ninguna de estas palabras para referirse a él. Me pregunto por qué, y pienso que quizá mi padre tenía una agudeza psicológica mucho mayor de lo que nosotros sospechábamos, y entrevió en aquel muchacho tímido la imagen del hombre en que Adriano se convertiría más tarde. Pero tal vez no le llamó cataplasma porque sabía que iba

a la montaña, y porque Gino le había dicho que era antifascista y que era hijo de un socialista que también era amigo de Turati.

Los Olivetti tenían una fábrica de máquinas de escribir en Ivrea. Hasta entonces nunca habíamos conocido a ningún industrial. El único industrial del que se hablaba en casa era un hermano de Lopez, llamado Mauro, que estaba en Argentina y era riquísimo. Mi padre pensaba mandar a trabajar a Gino a la fábrica de aquel tal Mauro. Los Olivetti eran los primeros industriales a los que veíamos de cerca. A mí me impresionaba la idea de que aquellos anuncios que veía por la calle y que representaban una máquina de escribir corriendo sobre los raíles de un tren, estuvieran estrechamente relacionados con aquel Adriano vestido de caqui que solía tomar insípidas sopas con nosotros por la noche.

Cuando Adriano acabó el servicio militar continuó viniendo a nuestra casa por la noche. Y se hizo aún más melancólico, más tímido y más silencioso, porque se había enamorado de mi hermana Paola, que por aquel entonces no se fijaba en él. Adriano tenía coche, era el único de nuestros conocidos que lo tenía. En aquella época ni siquiera Terni, que también era muy rico, poseía uno. Cuando mi padre tenía que salir, Adriano se ofrecía enseguida a acompañarlo en coche, y mi padre se enfurecía, porque no podía soportar los automóviles y tampoco, como él decía, las amabilidades.

Adriano tenía muchos hermanos y hermanas, todos pecosos y pelirrojos, y mi padre, que también era pelirrojo y pecoso, sentía mucha simpatía por ellos. Sabíamos que eran muy ricos, pero tenían costumbres sencillas, iban vestidos modestamente y subían a la montaña con esquís viejos como nosotros. Pero disponían de muchos automóviles y se ofrecían en cualquier momento a acompañarnos a todos los sitios. Y cuando íbamos en automóvil por la ciudad y veíamos a un viejo que caminaba cansinamente, parábamos y lo invitábamos a subir. Mi madre no hacía más que decir que eran muy buenos y muy educados.

Después acabamos conociendo a su padre, que era bajito, gordo y con una gran barba blanca, por debajo de la cual se ocultaba un rostro bello, delicado y noble, iluminado por unos ojos azules. Mientras hablaba solía jugar con su barba y con los botones de su chaleco, y tenía una vocecita de falsete ácida e infantil. Mi padre, seguramente a causa de aquella barba blanca, lo llamaba siempre «el viejo Olivetti», pero él y mi padre tenían la misma edad. Tenían en común el socialismo y su amistad con Turati, y se dispensaron mutuo respeto y admiración. Sin embargo, cuando se veían, querían hablar los dos al mismo tiempo. Y gritaban, uno alto y el otro bajito, uno con voz de falsete y el otro con voz de trueno. En las conversaciones del viejo Olivetti se mezclaban la Biblia, el psicoanálisis y los discursos de los profetas, cosas que en el mundo de mi padre no tenían ninguna cabida y con respecto a las cuales en el fondo no se había formado ninguna opinión. A mi padre le parecía que el viejo Olivetti tenía mucho ingenio, pero también una gran confusión de ideas.

Los Olivetti vivían en Ivrea, en una finca llamada «El Convento», porque en el pasado había sido un convento de frailes, y tenían bosques y viñedos, vacas y un establo. Casi todos los días hacían dulces con la nata de la leche de sus vacas. Nosotros nos habíamos quedado con las ganas de comer nata desde la época en que mi padre, en la montaña, nos prohibía pararnos a comerla en los chiringuitos. Solía prohibírnoslo, entre otras cosas, por temor a que cogiéramos la fiebre de Malta. Pero allí, en casa de los Olivetti, que tenían sus propias vacas, el peligro de esta fiebre no existía, así que nosotros nos desquitábamos comiendo toda la nata que no habíamos podido tomar en aquella época. Sin embargo, mi padre decía: «¡No tenéis que dejar que os inviten siempre los Olivetti! ¡No debéis comer de gorra!». Estábamos tan obsesionados con lo de comer de gorra que una vez que Gino y Paola fueron invitados a Ivrea a pasar el día, a pesar de la insistencia de los Olivetti, rechazaron quedarse a cenar y a que los acompañasen en automóvil. Se fueron en ayunas y tuvieron que esperar el tren de la noche. En otra ocasión yo tuve que hacer un viaje en automóvil con los Olivetti y nos paramos a comer en un restaurante. Mientras que todos ellos pedían *tagliatelle* y filetes, yo pedí sólo un huevo. Después le dije a mi hermana que había pedido sólo un huevo «porque no quería que el ingeniero Olivetti hiciese demasiado gasto». Se lo contaron al viejo ingeniero y le divirtió mucho. Solía reírse con frecuencia al recordarlo: en su risa estaba contenida toda la alegría de ser muy rico, de saberlo y de descubrir que había alguien que aún no lo sabía.

Cuando Gino acabó el instituto, se le ofrecieron dos posibilidades. Una de ellas era ir a trabajar con aquel tal Mauro que tenía una fábrica en Argentina y al que nosotros llamábamos familiarmente «el tío Mauro», imitando a los chicos de Lopez. Mi padre, desde hacía meses, mantenía una asidua correspondencia con el tío Mauro para tratar del porvenir de Gino. La otra era ir a trabajar a Ivrea, a la fábrica del ingeniero Olivetti. Gino escogió esta última.

Gino, pues, dejó nuestra casa y se fue a vivir a Ivrea. Pocos meses después anunció a mi padre que había conocido allí a una chica y que se habían hecho novios. Mi padre montó en cólera. Cada vez que uno de nosotros anunciaba que quería casarse, montaba en cólera, fuera quien fuera la persona elegida. Siempre encontraba un pretexto. O decía que la persona que habíamos elegido tenía una salud muy frágil o decía que no tenía dinero, o bien decía que tenía demasiado. Mi padre siempre nos prohibió casarnos, pero no consiguió nada, pues al final todos acabamos haciéndolo.

Gino entonces fue enviado a Alemania a estudiar y a olvidar. Mi madre le pidió que fuera a ver a Grassi a Friburgo. Grassi era una amiga de infancia de mi madre. Era la que decía: «¡Toda de lana, Lidia!» y «¡Las violetas, Lidia!». Grassi había conocido en Florencia a un librero de Friburgo y se había casado con él. Éste le

leía a Heine y le enseñó a amar las violetas. También le enseñó a amar las telas «de pura lana» cuando la llevó a Alemania después de la Primera Guerra Mundial, porque allí, en aquella época, la lana pura era imposible de encontrar.

Al volver a Friburgo finalizada la guerra, el librero exclamó: «¡Ya no reconozco mi Alemania!».

Frase famosa en nuestra casa y que mi madre solía declamar cada vez que no reconocía algo o a alguien.

Aquel verano, y con motivo de aquella boda, mi padre mantuvo desde la montaña una asidua correspondencia con Gino, que estaba en Alemania, con los Lopez, los Terni y el ingeniero Olivetti. Mi padre escribía a los Lopez, a los Terni y al ingeniero Olivetti para que intentaran disuadir a Gino de casarse, porque con veinticinco años no tenía aún el futuro resuelto.

«¿Habrá visto a Grassi?», decía de vez en cuando mi madre aquel verano pensando en Gino, y mi padre se enfurecía: «¡Grassi! ¡Pues sí que me importa mucho que haya visto a Grassi! ¡Parece que en Alemania sólo está Grassi! ¡No quiero de ninguna manera que Gino se case!».

Sin embargo, Gino se casó al volver de Alemania, tal y como había dicho, y mi madre y mi padre fueron a su boda. Pero éste seguía diciendo al despertarse por la noche: «Si lo hubiera mandado con Mauro a Argentina en lugar de a Ivrea, ¡quién sabe! ¡Tal vez en Argentina no se hubiera casado!».

Nos habíamos cambiado de casa, y mi madre, que se había quejado siempre de la casa de la calle Pastrengo, ahora se quejaba de la nueva, que estaba en la calle Pallamaglio. «¡Qué nombre más feo! —decía siempre mi madre—. ¡Qué calle más fea! ¡No soporto estas calles, calle Campana, calle Saluzzo! ¡En la calle Pastrengo por lo menos teníamos jardín!»

La nueva casa estaba en un último piso y daba a una plaza en la que había una iglesia grande y fea, una fábrica de barnices y un establecimiento de baños públicos. Y a mi madre le parecía tristísimo ver desde la ventana a los hombres entrar en ellos con una toalla debajo del brazo. Mi padre había comprado aquella casa porque decía que costaba poco y que, a pesar de que no era bonita, tenía sus ventajas: estaba muy cerca de la estación, era grande y tenía muchas habitaciones.

Mi madre dijo: «¿Y qué más da que estemos cerca de la estación si nosotros no viajamos nunca?».

Nuestra situación económica debía de haber mejorado algo, porque en casa se hablaba un poco menos de dinero. Según mi padre, las Inmobiliarias bajaban siempre, y yo pensaba que a esas alturas debían de estar en las profundidades de la tierra. Ahora sin embargo mi madre y mi hermana se hacían más vestidos. Ahora nosotros también teníamos teléfono como los Lopez, y ya no se hablaba de carestía ni del precio del pan. Gino vivía con su mujer en Ivrea. Mario tenía un empleo en Génova y sólo venía a casa los sábados.

A Alberto, después de muchas dudas y discusiones, lo habían metido en un internado. Mi padre esperaba que con aquel severo castigo se disgustara, se arrepintiese y se corrigiera. Mi madre en cambio le decía a Alberto: «¡Verás qué bien estás allí! ¡Verás como te diviertes! ¡Verás qué bien se está en el internado! ¡Cómo me divertía yo en el internado! ¡Qué bonito era!».

Alberto fue contentísimo al internado, como siempre. Cuando venía de vacaciones a casa contaba que el día que comían tortilla de pronto sonaba la campanilla y a continuación entraba el director en el comedor diciendo: «Advierto que la tortilla no se corta con el cuchillo». Después volvía a sonar la campanilla y el director desaparecía.

Mi padre ya no iba a esquiar, decía que era demasiado viejo. Mi madre siempre había dicho: «¡Endiablada montaña!», pues como no sabía esquiar se quedaba en casa. Pero ahora le disgustaba que mi padre no esquiase.

Anna Kuliscioff había muerto. Mi madre hacía muchos años que no la veía, pero estaba contenta sabiendo que existía. Fue a Milán para el funeral con su amiga Paola Carrara,[38] que de chiquilla también estaba siempre en casa de Anna Kuliscioff. Trajo de allí un libro ribeteado en negro con fotografías y escritos dedicados a su memoria.

De esta manera mi madre volvió a ver Milán después de tantos años. Pero allí ya no conocía a nadie. Todos los suyos habían muerto. Encontró la ciudad cambiada y fea, y dijo: «¡Ya no reconozco mi Alemania!».

Los Terni tuvieron que abandonar Turín e irse a vivir a Florencia. Mary y los niños se marcharon antes. Terni se quedó aún algunos meses. «¡Qué pena que se vayan de Turín! —le decía mi madre—. ¡Qué pena que Mary se haya ido! Ya no volveré a ver a los niños. ¿Se acuerda del jardín de la calle Pastrengo, cuando usted jugaba a la pelota con Cucco? ¿Y de cuando venían los amigos de Gino y jugábamos al escondite inglés? ¡Qué bonito era!» Al escondite inglés se jugaba así: uno de nosotros se ponía de cara al tronco de un árbol y se volvía de repente. Los demás tenían que avanzar unos pasos sin que el otro los viera.

«¡No me gusta esta casa! —decía mi madre—. ¡No me gusta la calle Pallamaglio! ¡Me gustaba tener jardín!»

Pero la tristeza se le pasaba pronto. Por la mañana se levantaba cantando e iba a encargar la compra. Después cogía el tranvía número siete, iba hasta el final de trayecto y volvía sin bajarse.

«¡Qué bonito es ir en tranvía! —decía—. ¡Es más bonito que ir en coche! Ven tú también —me decía por la mañana—, ¡vamos a Pozzo Strada!»

Pozzo Strada era el final de trayecto del tranvía número siete. Allí se veía un descampado con un quiosco de helados y las últimas casas de la periferia. En la lejanía, campos de trigo y amapolas.

Por la tarde mi madre leía el periódico tumbada en el sofá. Me decía: «Si eres buena te llevo al cine. Veamos si hay una película “adecuada” para ti». Pero la que tenía ganas de ir al cine era ella, y aunque yo tuviera que estudiar, iba de todas formas, sola o con sus amigas.

Regresaba corriendo, porque mi padre volvía del laboratorio a las siete y media y quería encontrarla en casa. Si no estaba, se ponía a esperarla en el balcón. Mi madre llegaba sin respiración, con el sombrero en la mano.

«¿Dónde demonios has estado? —chillaba mi padre—. ¡Me has tenido preocupado! ¡Apuesto a que hoy también has estado en el cine! ¡Te pasas la vida en el cine!»

«¿Has escrito a Mary?», le preguntaba. Ahora que Mary se había ido a vivir a Florencia, llegaban a veces sus cartas. Y mi madre no se acordaba nunca de contestarla. La quería mucho, pero nunca tenía ganas de escribir cartas. Ni siquiera escribía a sus hijos.

«¿Has escrito a Gino? —le gritaba mi padre—. ¡Escribe a Gino! ¡Ay de ti si no escribes a Gino!»

Yo estuve enferma durante todo aquel invierno. Tuve una otitis y después una mastoiditis. Mi padre me cuidó durante los primeros días de mi enfermedad.

En su despacho tenía un armarito que llamaba «la farmacia», y en él guardaba las pocas medicinas e instrumentos que usaba para curar a sus hijos, a sus amigos y a los hijos de sus amigos. Eran los siguientes: tintura de yodo para los rasguños, azul de mitilene para el dolor de garganta y el «bir» para los padrastros. El bir era una tira de goma que se ataba muy fuerte al dedo enfermo hasta que éste se ponía de un color azulado.

Pero el bir nunca estaba en «la farmacia» cuando hacía falta. Y mi padre iba gritando por toda la casa: «¡Dónde está el bir! ¡Dónde habéis puesto el bir!».

Decía: «¡Qué desordenados sois! ¡Nunca he visto a nadie tan desordenado como vosotros!».

Al final, el bir solía estar en el cajón de su escritorio.

Se enfadaba si alguien le pedía consejos sobre su salud. Decía ofendido: «¡Yo no soy médico!».

Quería curar a la gente, pero con la condición de que no le pidieran que les curara.

Decía un día en la mesa: «Ese tonto de Terni tiene gripe. Se ha metido en cama. Uf, no tendrá nada. Tengo que ir a verlo».

«¡Qué exagerado es Terni! —decía por la noche—. ¡No tiene nada! ¡Está en la cama con jersey de lana! ¡Yo nunca me pongo jerséis de lana!»

«Estoy preocupado por Terni —decía pasados algunos días—. No le desaparece la fiebre. ¡Temo que tenga un derrame pleural! Quiero que Stroppeni lo vea.»

«¡Tiene un derrame pleural! —gritaba por la tarde al llegar, buscando a mi madre por todas las habitaciones —. Lidia, ¿sabes que Terni tiene un derrame pleural?»

Y llevaba a Stroppeni y a todos los médicos que conocía hasta el lecho de Terni.

«¡No fume! —le gritaba a Terni, que ya estaba curado y tomaba el sol en el mirador de su casa—. ¡No debe fumar! ¡Fuma demasiado! ¡Siempre ha fumado demasiado! ¡Se ha arruinado la salud a fuerza de fumar!»

Mi padre fumaba como un carretero, pero no quería que los demás fumasen.

Cuando sus amigos y sus hijos estaban enfermos se comportaba con ellos dulce y amablemente, pero apenas se curaban volvía a tratarlos mal.

Como mi enfermedad era muy grave, mi padre pronto dejó de cuidarme y llamó a médicos de su confianza. Al final me llevaron al hospital.

Para que el hospital no me impresionara, mi madre me explicó que era la casa del doctor, y que todos los demás enfermos eran hijos, primos y sobrinos suyos. Yo me lo creí por obediencia, pero al mismo tiempo sabía que se trataba de un hospital. Esa vez, al igual que más tarde, la verdad y la mentira se entremezclaron en mí.

«Ahora tienes las piernas más delgadas que Lucio —dijo mi madre—. ¡Ahora Frances estará contenta!»

Frances solía comparar mis piernas con las de Lucio, y normalmente se enfurruñaba, porque las piernas de Lucio, dentro de aquellos calcetines blancos sujetos con una goma de terciopelo negro, eran delgadas y pálidas.

Una noche oí que mi madre hablaba con alguien en la antesala y que abría el armario de las sábanas. Por detrás de la puerta de cristales pasaban sombras.

Por la noche oí toser en el cuarto de al lado. Era el cuarto reservado para Mario cuando venía los sábados, pero no podía ser él, pues no era sábado, y además parecía la tos de un hombre viejo y gordo.

Cuando mi madre vino a mi cuarto la mañana del día siguiente, me dijo que había dormido allí un tal don Paolo Ferrari, que estaba cansado, viejo y enfermo, que tenía tos y que no había que hacerle demasiadas preguntas.

Don Paolo Ferrari estaba en el comedor bebiendo té. Al verlo reconocí a Turati, que una vez había venido a la calle Pastrengo. Pero como me habían dicho que se llamaba Paolo Ferrari, creí por obediencia que al mismo tiempo era Turati y Ferrari. Y de nuevo la verdad y la mentira se entremezclaron en mi interior.

Ferrari era viejo, grande como un oso y con una barba gris cortada en redondo. Llevaba el cuello de la camisa muy ancho y la corbata atada como si fuera una cuerda. Tenía las manos pequeñas y blancas, y hojeaba una recopilación de los poemas de Carducci encuadernada en rojo.

Después hizo una cosa muy rara. Cogió el libro a la memoria de Anna Kuliscioff y escribió en él una larga dedicatoria a mi madre. Firmó así: «Anna y Filippo». Yo cada vez tenía las ideas más confusas. No entendía cómo él podía ser Anna y al mismo tiempo Filippo, si, según decían, era Paolo Ferrari.

Mis padres parecían contentísimos de que él estuviera allí. Mi padre no montaba broncas y todo el mundo

hablaba en voz baja.

Apenas sonaba el timbre, Paolo Ferrari recorría el pasillo a toda prisa y se refugiaba en un cuarto del fondo. Normalmente eran Lucio o el lechero, porque esos días no venía nadie más a nuestra casa.

Corría por el pasillo, tratando de ir de puntillas: enorme sombra de oso a lo largo de las paredes.

Paola me dijo: «No se llama Ferrari. Es Turati. Tiene que huir de Italia. Está escondido. No se lo digas a nadie, ni siquiera a Lucio».

Juré no decir nada a nadie, ni siquiera a Lucio, pero cuando éste venía a jugar conmigo me moría de ganas de contárselo.

Pero Lucio no era nada curioso. Y cuando yo me ponía a preguntarle cosas de su casa siempre me decía que yo era una cotilla. Todos los Lopez eran muy reservados y no les gustaba contar cosas de su familia. Nosotros nunca sabíamos si eran ricos o pobres, cuántos años cumplía Frances, y ni siquiera lo que habían comido ese día.

Lucio me dijo con indiferencia: «En tu casa hay un hombre con barba que se va del salón cuando yo llego». «¡Sí, Paolo Ferrari!», le dije. Deseaba que me hiciese más preguntas, pero Lucio no me preguntó nada más y se puso a dar golpes con el martillo en la pared para colgar un cuadrito que había hecho él y que me había regalado. Era un cuadrito que representaba un tren. Lucio era un apasionado de los trenes desde muy pequeño, y siempre en redondo por el cuarto bufando y resoplando como una locomotora. En casa tenía un gran tren eléctrico que le había mandado el tío Mauro desde Argentina.

Le dije: «¡No des tantos golpes con el martillo! ¡Es viejo, está enfermo, está escondido! ¡No hay que molestarlo!».

«¿A quién?» «¡A Paolo Ferrari!»

«¿Ves el ténder? —dijo Lucio—. ¿Has visto que he pintado también el ténder?»

Lucio siempre estaba hablando del ténder, y yo ahora me aburría con él. Aunque teníamos la misma edad, me parecía más pequeño que yo.

Sin embargo, nunca quería que se fuera. Cuando venía Maria Buoninsegni a buscarlo, me desesperaba y le pedía que le dejara quedarse un poco más en nuestra casa.

Mi madre nos hacía bajar a los dos a la plaza con Natalina a esperar a Maria Buoninsegni. Decía: «Así tomáis un poco el aire». Pero yo sabía que era para que Maria Buoninsegni no se encontrara con Paolo Ferrari en el pasillo.

En mitad de la plaza había un rectángulo de hierba con algunos bancos. Natalina se sentaba en uno de ellos balanceando sus cortas piernas y sus largos pies; y Lucio, bufando y resoplando, hacía el tren alrededor de la plaza.

Cuando llegaba Maria Buoninsegni con su zorro, Natalina se deshacía en amabilidades y sonrisas, pues sentía hacia ella una gran veneración. Pero Maria Buoninsegni apenas la miraba, y se ponía a hablar con Lucio en su toscano refinado y rebuscado. Le hacía ponerse el jersey, pues le parecía que estaba sudoroso.

Creo que Paolo Ferrari se quedó en nuestra casa unos ocho o diez días. Fueron unos días extrañamente tranquilos. Yo oía siempre hablar de una lancha motora. Una noche cenamos pronto, y comprendí que Paolo Ferrari debía irse. Durante aquellos días había estado siempre alegre y sereno, pero aquella noche parecía ansioso y se rascaba la barba.

Después vinieron dos o tres hombres con gabardina. Yo sólo conocía a Adriano, que empezaba a perder el pelo y ahora tenía la cabeza casi calva, cuadrada y rodeada de rizos encrespados y rubios. Aquella noche, su cara y su escaso pelo parecían haber sido azotados por un golpe de viento. Tenía la mirada asustada, animada y alegre. Le vi aquella mirada dos o tres veces en mi vida. Era la de cuando ayudaba a alguien a escapar, de cuando había peligro y era necesario llevar a alguna persona a algún lugar seguro.

Paolo Ferrari, mientras le ayudaban a ponerse el abrigo en la antesala, me dijo: «Nunca digas a nadie que he estado aquí». Salió con Adriano y con los otros hombres de gabardina y nunca lo volví a ver, porque murió en París algunos años después.

Al día siguiente, Natalina preguntó a mi madre: «¿Con esa barca, ella a estas horas habrá llegado a Córcega?».

Mi padre, al oír estas palabras, se enfureció con mi madre: «¡Has ido a confiarte a esa demente de Natalina! ¡Es una demente! ¡Hará que nos metan a todos en la cárcel!».

«¡No, Beppino! ¡Natalina ha entendido perfectamente que no debe decir nada!»

Más tarde llegó una postal desde Córcega con recuerdos de Paolo Ferrari.

En los meses siguientes oí decir que habían sido detenidos Rosselli[39] y Parri,[40] los que habían ayudado a escapar a Turati. Adriano estaba aún libre, pero en peligro, decían. Probablemente vendría a esconderse a nuestra casa.

Adriano, en efecto, se quedó escondido en nuestra casa durante varios meses, y dormía en el cuarto de Mario, en el mismo que había dormido Paolo Ferrari. Paolo Ferrari estaba a salvo en París, pero ahora en casa se habían aburrido de llamarlo Ferrari y lo llamaban por su verdadero nombre. Mi madre decía: «¡Qué simpático era! ¡Cómo me gustaba tenerlo aquí!».

Adriano no fue detenido y se marchó al extranjero. Él y mi hermana se escribían porque se habían hecho novios. El viejo Olivetti vino a ver a mis padres para pedir la mano de mi hermana para su hijo. Vino de Ivrea en motocicleta, con una gorra de visera y con muchos periódicos en el pecho, pues para protegerse del viento

solía forrarse el pecho de periódicos. Pidió la mano de mi hermana en un segundo, pero después se quedó sentado durante bastante rato en un sillón de nuestro salón, jugueteando con su barba y contándonos cosas de él. Nos habló de cómo había sacado adelante su fábrica con muy poco dinero, de cómo había educado a todos sus hijos y de cómo leía la Biblia todas las noches antes de dormirse.

Mi padre regañó después a mi madre, porque no aprobaba aquella boda. Decía que Adriano era demasiado rico y que estaba demasiado obsesionado con el psicoanálisis. Todos los Olivetti tenían aquella obsesión. A mi padre le gustaban los Olivetti, pero les consideraba un poco extravagantes. Ellos por su parte decían de nosotros que éramos demasiado materialistas, sobre todo mi padre y Gino.

Pasado algún tiempo, comprendimos que no nos detendrían ni a nosotros ni a Adriano. Éste volvió del extranjero y se casó con mi hermana Paola, que, nada más casarse, se cortó el pelo. Mi padre no dijo nada, porque ya no podía decirle nada. Ya no podía prohibirle ni mandarle nada.

Sin embargo, al poco tiempo volvió a gritarle. Ahora también gritaba a Adriano. Le parecía que gastaban demasiado dinero y que iban demasiado en automóvil de Ivrea a Turín.

Cuando tuvieron su primer hijo, les criticaba su modo de cuidarle, decía que el niño tenía que tomar más el sol, pues si no se volvería raquítico. «¡Lo volverán raquítico! —le gritaba a mi madre—. ¡No lo tienen al sol! ¡Diles que lo tengan al sol!»

Además, cuando el niño caía enfermo temía que lo llevaran a los curanderos. Adriano no creía demasiado en los médicos, y una vez que tuvo una ciática fue a que le curara un búlgaro mediante la imposición de manos. Después le preguntó a mi padre su opinión sobre estos masajes y si conocía a aquel búlgaro. Mi padre no sabía nada de aquel búlgaro y los masajes aéreos lo enfurecían. «¡Será un charlatán! ¡Un curandero!» Y cuando el niño tenía un poco de fiebre se preocupaba: «¿No le llevarán a ese curandero, verdad?».

Aquel niño, Roberto, le gustaba mucho. Lo consideraba muy guapo y se reía al verle, porque le encontraba idéntico al viejo Olivetti. «¡Me parece estar viendo al viejo Olivetti! —decía también mi madre—. ¡Es idéntico al viejo ingeniero!» Mi padre, apenas Paola llegaba de Ivrea, le decía: «¡Cuéntame cosas de Roberto!».

«¡Roberto es muy guapo!», decía siempre. Paola tuvo después una niña, pero a él no le gustaba. Cuando se la llevaban para que la viera, apenas la miraba. Decía: «¡Es más guapo Roberto!». Entonces Paola se ofendía y ponía mala cara. Y él, cuando ella ya se había ido, le decía a mi madre: «¿Has visto qué borrica es Paola?».

Cuando Paola se casó, mi madre lloraba a menudo, porque ya no la tenía en casa. Mi madre y Paola estaban muy unidas y se contaban siempre muchísimas cosas. Mi madre a mí no me contaba nada, porque me consideraba pequeña, y además decía que yo «le daba poco cordel». Yo iba entonces al colegio y ya no me enseñaba aritmética. Y aunque yo seguía sin entender la aritmética, ella ya no me podía ayudar porque no la recordaba.

«¡No da cuerda! ¡No habla!», decía mi madre de mí. Lo único que podía hacer conmigo era llevarme al cine, pero yo no aceptaba siempre sus invitaciones.

«¡No sé qué hará mi jefa! ¡Ahora veré qué quiere hacer mi jefa!», decía mi madre cuando hablaba con sus amigas por teléfono. Siempre me llamaba «su jefa», porque yo era la que decidía lo que haríamos por la tarde y si iría o no al cine con ella.

«¡Me aburro! —decía mi madre—. Ya no tengo nada que hacer, ya no hay nada que hacer en esta casa. Se han ido todos. ¡Me aburro!»

«Te aburres —le decía mi padre— porque no tienes vida interior.»

«¡Mi Mariolino! —decía mi madre—. ¡Menos mal que hoy es sábado y vendrá mi Mariolino!»

Mario venía casi todos los sábados. Abría su maleta encima de la cama del cuarto donde había dormido Paolo Ferrari, y sacaba con mucho cuidado su pijama de seda, sus jaboncitos y sus pantuflas marroquíes. Siempre tenía cosas nuevas y bonitas, y elegantes trajes de tela inglesa. «Toda de lana, Lidia», decía mi madre tocando la tela de aquellos trajes. Y decía: «Tú también tienes tu ropita», imitando a mi tía Drusilla, que solía decirlo.

Mario decía aún «el baco del calo del malo» mientras se sentaba un momento conmigo y con mi madre en el salón y se acariciaba las mandíbulas. Pero enseguida se iba al teléfono y, hablando en voz baja, concertaba misteriosas citas. «Adiós, mamá», decía desde la antesala, y no lo volvíamos a ver hasta la hora de la cena.

Mario raramente traía a sus amigos a nuestra casa, y cuando venían no los hacía pasar al salón, sino que se encerraba con ellos en su cuarto. Aquellos amigos suyos eran hombres de aspecto decidido y atareado, y Mario también tenía ahora aquel aspecto. Parecía que sólo pensaba en abrirse camino en el mundo de los negocios y que las demás cosas no le importaban nada. Ya no era amigo de Terni y ya no leía ni a Proust ni a Verlaine. Sólo tenía libros de economía y finanzas. Pasaba sus vacaciones en el extranjero, en cruceros y viajes. Ya no venía con nosotros de veraneo, sino que se iba por su cuenta y, a veces, ni siquiera sabíamos dónde estaba. «¿Dónde estará Mario? —preguntaba mi padre cuando hacía ya algún tiempo que éste no escribía—. ¡No sabemos nada de él, no sabemos qué demonios de vida hace! ¡Qué borrico!»

Pero, a través de Paola, supimos que Mario iba con frecuencia a Suiza, pero no para esquiar, pues no había vuelto a calzarse unos esquíes desde el día en que se marchó de casa. En Suiza tenía una amante delgadísima que no pesaba más de treinta y cinco kilos, pues a él le gustaban sólo las mujeres delgadísimas y muy elegantes. Paola nos contaba que aquella chica se bañaba dos o tres veces al día, lo mismo que Mario, que no hacía otra cosa que bañarse, afeitarse y perfumarse con agua de lavanda. Siempre tenía mucho miedo de estar sucio y de oler mal. Le daba asco todo, un poco como a mi abuela, y cuando Natalina le servía el café, cogía la

taza y la miraba detenidamente para ver si estaba bien aclarada.

Mi madre decía de él de vez en cuando: «¡Me gustaría que se casase con alguna chica maravillosa!». Y mi padre se enfadaba: «¡De casarse nada! ¡Faltaría más! ¡No quiero en absoluto que Mario se case!».

Murió mi abuela y todos fuimos a Florencia para su funeral. Fue enterrada allí, en el panteón familiar, con el abuelo Parente, con la «pobrecita Regina» y con todas las demás Margheritas y Reginas.

Mi padre, cuando ahora la nombraba, decía «mi pobrecita madre», y lo decía con un particular tono de afecto y conmiseración. Mientras vivía la había tratado siempre como a una estúpida, como por otra parte a todos nosotros, pero ahora que había muerto, sus defectos le parecían inocentes y pueriles y merecedores de piedad y compasión.

Mi abuela nos dejó sus muebles en herencia. Mi padre decía que eran muebles «de mucho valor», pero a mi madre no le gustaban. No obstante, Piera, la mujer de Gino, también dijo que eran preciosos, y mi madre se quedó un poco sorprendida, porque se fiaba mucho de ella y, según decía, Piera entendía mucho de muebles. Pero mi madre los encontraba demasiado mamotretos. Entre ellos había unas butacas de madera negra llena de agujeritos y con unas cabezas de elefantes en los brazos, que el abuelo Parente había mandado traer de la India. Y también había unas sillitas negras y doradas, creo que eran chinas, un montón de objetos decorativos y de porcelanas, y plata y platos con un escudo, que habían pertenecido en otra época a nuestros primos Dormitzer. A estos primos les habían dado el título de barones por haber prestado dinero a Francisco José.

Cuando Alberto venía del internado durante las vacaciones, mi madre siempre temía que se llevase algo al Monte de Piedad. Por lo cual mandó hacer un armarito de vitrina que se podía cerrar con llave, y allí puso todas aquellas pequeñas porcelanas. Pero decía que aquellos muebles de mi abuela no se adaptaban a nuestra casa, que estorbaban y no quedaban nada bien.

«Son muebles —repetía todos los días— que desentonan en la calle Pallamaglio.»

Entonces mi padre decidió que nos cambiáramos de casa. Nos fuimos a vivir a la avenida Re Umberto, a una casa baja y más bien vieja que daba a los viales de la avenida. Nuestra vivienda estaba en la planta baja. Mi madre estaba muy contenta de vivir de nuevo en una planta baja, porque así se sentía más cerca de la calle y podía entrar y salir sin tener que subir y bajar escaleras. «Puedo salir —decía— incluso sin sombrero.» Su sueño era siempre salir «sin sombrero», pero mi padre se lo tenía prohibido. «¡Pero en Palermo —decía mi madre— salía siempre sin sombrero!» «¡En Palermo, en Palermo! —decía mi padre—. ¡En Palermo era hace quince años! ¡Mira a Frances! ¡Frances nunca sale sin sombrero!»

Alberto dejó el internado y vino a Turín a examinarse para sacarse el diploma del liceo. Hizo unos buenos exámenes y aprobó con unas notas óptimas. En casa nos quedamos estupefactos. «¡Ves cómo te lo decía yo, Beppino! —dijo mi madre—. ¡Ya ves que cuando quiere estudia!»

«¿Y ahora? —dijo mi padre—. ¿Ahora qué haremos con él?»

«Pero ¿qué haréis vosotros con Alberto?», dijo mi madre, imitando a mi tía Drusilla, que siempre le estaba diciendo esto mismo. Mi tía Drusilla también tenía un hijo que no estudiaba, por lo que mi madre solía decirle a su vez: «Pero ¿qué haréis con Andrea?». Drusilla era aquella que decía: «¡Pero tú también tienes tu ropita!». Algunos veranos venía al mismo lugar que nosotros. Alquilaba una casa cerca de la nuestra, y entonces enseñaba a mi madre la ropa de su hijo y decía: «¿Sabes? Andrea también tiene su ropita». Drusilla, nada más llegar a la montaña, iba al establo en el que vendían la leche y les decía: «Yo estaría dispuesta a pagar un poco más, pero querría que me trajesen la leche un poco antes que a los demás». Al final se la llevaban a la misma hora que a nosotros, pero se la cobraban más cara.

«Pero ¿qué haréis vosotros con Alberto?», repitió mi madre durante todo aquel verano. Aquel año Drusilla no estaba, porque hacía tiempo que había perdido la costumbre de venir con nosotros a la montaña. Pero mi madre sentía el eco de su voz. Cuando se lo preguntaron a Alberto, dijo que estudiaría medicina.

Lo dijo encogiéndose de hombros, entre indiferente y resignado. Alberto era un chico alto, delgado, rubio y con la nariz larga. Tenía mucho éxito con las chicas. Cuando mi madre rebuscaba en sus cajones para ver si encontraba las papeletas del Monte de Piedad, siempre hallaba un montón de cartas y de fotografías de chicas.

Ya no veía a Pestelli, que se había casado; y tampoco a Pajetta, que, después de salir del reformatorio, había sido detenido de nuevo y, tras ser procesado en el Tribunal Especial,[41] había sido enviado a la cárcel de Civitavecchia. Ahora tenía un amigo que se llamaba Vittorio.[42] «Ese Vittorio —decía mi madre— es un chico estupendo. ¡Tan estudioso! ¡Es de muy buena familia! ¡Alberto es un zorro, pero siempre elige bien a sus amigos!» Alberto ya había conseguido el diploma del liceo, pero en el lenguaje de mi madre seguía siendo «un delincuente» y «un crápula» (esto último no sé muy bien lo que quería decir).

«¡Granuja! ¡Sinvergüenza!», gritaba mi padre por la noche cuando volvía Alberto. Y se había acostumbrado de tal forma a gritarle así, que le gritaba incluso cuando, por casualidad, volvía temprano. «Pero ¿dónde demonios has estado hasta estas horas?» «He ido a acompañar a un amigo mío un momento», respondía siempre Alberto con su voz fresca, risueña y ligera.

Alberto iba detrás de las modistillas, pero también de las chicas de buena familia. Iba detrás de todas las chicas, le gustaban todas. Y como era alegre y amable, cortejaba por alegría y amabilidad incluso a las chicas que no le gustaban. Se matriculó en medicina, y mi padre se lo encontraba en el aula de anatomía. No le gustaba nada verlo allí delante. Una vez que el aula estaba a oscuras porque mi padre estaba poniendo

diapositivas, vio un cigarrillo encendido en medio de la oscuridad. «¿Quién está fumando? —gritó—. ¿Quién es el animal que se ha puesto a fumar?» «Soy yo, papá», respondió la conocida voz ligera. Y todo el mundo se echó a reír.

Cuando Alberto tenía un examen, mi padre se ponía de pésimo humor desde por la mañana. «¡Me hará quedar fatal! ¡No ha estudiado nada!», decía a mi madre. «¡Espera, Beppino! —respondía ella—. ¡Espera! Todavía no lo sabemos.»

«Ha sacado un diez», le decía mi madre a mi padre. «¿Un diez? —se enfurecía—. ¡Un diez! ¡Se lo han dado porque es mi hijo! ¡Si no fuera mi hijo le habrían suspendido!»

Y se ponía más nervioso que nunca.

Alberto llegó a ser con el tiempo un médico muy bueno, pero mi padre nunca estuvo convencido de ello. Y cuando mi madre o alguno de nosotros no se sentía bien y expresaba el deseo de que Alberto lo visitara, mi padre prorrumpía en aquellas atronadoras risotadas suyas: «¡Alberto! ¡Qué queréis que sepa Alberto!».

Alberto y su amigo Vittorio paseaban por la avenida Re Umberto.

Vittorio tenía el pelo negro, los hombros cuadrados y la barbilla ancha y prominente. Alberto tenía el pelo rubio, una larga nariz y la barbilla corta y huidiza. Alberto y Vittorio hablaban de chicas, pero también hablaban de política, porque Vittorio era un conspirador político. Alberto no parecía interesarse en absoluto por la política. No leía los periódicos, nunca expresaba sus opiniones y nunca intervenía en las discusiones que seguían estallando a veces entre Mario y mi padre. Sin embargo, se sentía atraído por los conspiradores. Desde la época de Pajetta, cuando él y Pajetta iban en pantalón corto, se había sentido atraído por la conspiración, pero sin tomar parte en ella para nada. Le gustaba ser amigo y confidente de los conspiradores.

Cuando mi padre veía a Alberto y a Vittorio por la avenida les saludaba con un frío movimiento de cabeza. No le pasaba por la imaginación que aquellos dos pudieran ser el uno un conspirador y el otro su confidente. Por otro lado, las personas que solía ver en compañía de Alberto le inspiraban un suspicaz desprecio. Y además mi padre no pensaba que pudieran existir aún conspiradores en Italia, pues creía que él era uno de los pocos antifascistas que quedaban. Los demás eran los que solía ver en casa de Paola Carrara, aquella amiga de mi madre que había sido, como ella, amiga de Anna Kuliscioff. «Esta noche —decía mi padre a mi madre— vamos a casa de los Carrara. Estará Salvatorelli.»[43] «¡Qué bien! —decía mi madre—. ¡Tengo curiosidad por ver qué dice Salvatorelli!»

Después de haber pasado una velada en compañía de Salvatorelli en el salón de Paola Carrara (lleno de muñecas, porque se dedicaba a fabricarlas para una obra de beneficencia de la que se ocupaba), mi padre y mi madre se sentían un poco consolados, a pesar de que allí no se hubiera dicho nada nuevo. Muchos de los amigos de mis padres se habían hecho fascistas, o por lo menos no eran tan abierta y declaradamente antifascistas como éstos hubieran deseado. Por lo cual, con el paso de los años, se sentían cada vez más solos.

Para mi padre los únicos antifascistas que quedaban en el mundo eran Salvatorelli, los Carrara y el ingeniero Olivetti, los cuales compartían con él recuerdos de la época de Turati y de otra forma de vida que parecía haber desaparecido de la faz de la tierra. Para mi padre, el estar en compañía de estas personas significaba respirar una bocanada de aire puro. Además estaban Vinciguerra,[44] Bauer[45] y Rossi,[46] encarcelados desde hacía un año por haber conspirado en otros tiempos contra el fascismo. Mi padre pensaba en ellos con veneración y pesimismo, pues creía que no saldrían nunca. También estaban los comunistas, pero mi padre no conocía a ninguno, salvo a aquel Pajetta al que recordaba en pantalón corto, que asociaba a las faltas de Alberto y que le parecía un pequeño y receloso aventurero. De todos modos, en aquel tiempo mi padre no tenía una opinión demasiado definida respecto a los comunistas. No pensaba que hubiera nuevos conspiradores entre las generaciones más jóvenes, y si hubiese sospechado que los podía haber, le habrían parecido unos locos. Según él, contra el fascismo no había nada, absolutamente nada que hacer.

En cuanto a mi madre, era optimista por naturaleza, y esperaba algún buen golpe de mano. Confiaba en que un día alguien «hiciese» caer a Mussolini de alguna forma. Y salía por la mañana diciendo: «Voy a ver si el fascismo está todavía en pie. Voy a ver si han hecho caer a Mussolini». Recogía alusiones y rumores en las tiendas y traía presagios animosos. Decía a mi padre durante la comida: «Por ahí se nota un gran descontento. La gente no puede más». «¿Quién te lo ha dicho?», gritaba mi padre. «Me lo ha dicho mi verdulero», respondía mi madre. Y mi padre resoplaba con gran desprecio.

Paola Carrara recibía semanalmente el *Zurnàl de Zenève* (así es como pronunciaba el francés). En Ginebra tenía a su hermana Gina y a su cuñado Guglielmo Ferrero,[47] exiliados desde hacía años por motivos políticos. Paola Carrara viajaba de vez en cuando a Ginebra. Pero a veces le retiraban el pasaporte, y entonces no podía ir a casa de Gina. «¡Me han retirado el pasaporte! ¡No puedo ir a casa de Gina!» Pero después se lo restituían y podía marcharse, y al cabo de varios meses volvía llena de esperanzas y de noticias tranquilizadoras. «¡Mira, mira lo que me ha dicho Guglielmo! ¡Mira lo que me ha dicho Gina!» Mi madre, cuando quería volver a alimentar su propio optimismo, iba a casa de Paola Carrara. Pero a veces se la encontraba toda enfurruñada en su salón en penumbra y lleno de perlitas, de postales y de muñecas. O le habían retirado el pasaporte o no le había llegado el *Zurnàl de Zenève* y ella pensaba que se lo habrían intervenido en la frontera.

Mario dejó su empleo en Génova, pues se puso de acuerdo con Adriano y se incorporó a Olivetti. Mi padre

en el fondo se alegró, pero en un principio se enfadó, pues temía que le hubiesen colocado por ser cuñado de Adriano y no por sus especiales méritos.

Paola tenía ahora una casa en Milán. Había aprendido a conducir e iba y venía con su coche entre Turín, Milán e Ivrea. Mi padre lo desaprobaba, porque le parecía que nunca estaba quieta en un sitio. Por otra parte, ninguno de los Olivetti estaban nunca quietos en un sitio y siempre estaban metidos en el coche. Mi padre lo desaprobaba.

Así que Mario se fue a vivir a Ivrea. Alquiló una habitación y se pasaba las tardes con Gino discutiendo problemas de la fábrica. Con Gino siempre había tenido una relación fría, pero en aquel período estrecharon su amistad. Sin embargo, Mario se aburría mortalmente en Ivrea.

Mario había hecho un viaje a París durante el verano. Había ido a ver a Rosselli y le había pedido que le pusiera en contacto con los grupos de Justicia y Libertad de Turín. De pronto había decidido hacerse conspirador.

A Turín venía los sábados. Seguía siendo igual de misterioso y meticuloso al colgar sus trajes en el armario y al colocar sus pijamas y sus camisas de seda en los cajones. Estaba poco en casa, se ponía su gabardina con aire decidido y atareado, salía y de él no se sabía nada.

Un día mi padre lo vio en la avenida Re Umberto con uno al que conocía de vista, un tal Ginzburg.[48] «¿Qué es lo que hará Mario con ese Ginzburg?», preguntaba a mi madre. Mi madre llevaba algún tiempo estudiando ruso «para no aburrirse» y, junto a Frances, recibía clases de la hermana de Ginzburg. «Ginzburg es un hombre —dijo mi madre— cultísimo y muy inteligente, y hace unas bellísimas traducciones del ruso.» «Pero es muy feo —dijo mi padre—. Ya se sabe, los judíos son todos feos.» «¿Y tú? —le preguntó mi madre—. ¿Tú no eres judío?»

«De hecho yo también soy feo», respondió mi padre.

La relación entre Alberto y Mario continuaba siendo muy fría. Entre ellos ya no estallaban aquellas antiguas peleas furibundas y salvajes, pero jamás intercambiaban ni una sola palabra, y cuando se veían en el pasillo no se saludaban. Mario torcía la boca despreciativamente cuando le nombraban a Alberto.

Pero ahora Mario conocía a Vittorio, el amigo de Alberto. Y un día que Mario y Alberto se encontraron en la avenida con Ginzburg y Vittorio, Mario les invitó a los dos a tomar el té en casa.

Aquel día mi madre se puso muy contenta, porque veía a Alberto y a Mario juntos y que además tenían los mismos amigos. Le parecía haber vuelto a la época de la calle Pastrengo, cuando venían los amigos de Gino y la casa siempre estaba llena de gente.

Mi madre, además de las clases de ruso, recibía clases de piano. Se las daba un profesor que le había recomendado una tal señora Donati, que también había comenzado a estudiar piano ya un poco mayor. La señora Donati era alta, grande, guapa y con canas, y también estudiaba pintura en el estudio de Casorati. La pintura le gustaba aún más que el piano. Idolatraba la pintura, a Casorati, a la mujer y al niño de éste, y también su estudio y su casa, donde a veces la invitaban a comer. Quería convencer a mi madre de que también tomara clases con Casorati, pero ella se resistía. La señora Donati la llamaba todos los días y le contaba lo mucho que se había divertido pintando. «Pero tú —decía la señora Donati a mi madre—, ¿tú no sientes los colores?» «Sí —contestaba mi madre—, me parece que siento los colores.» «Y los volúmenes —continuaba la señora Donati—, ¿sientes los volúmenes?» «No.» «¡Pero los colores! ¡Los colores sí los sientes!»

Mi madre, ahora que había más dinero en casa, se hacía vestidos. Además del piano y del ruso ésa era su constante ocupación. En el fondo era una forma de no aburrirse, porque luego no sabía cuándo ponérselos, pues nunca tenía ganas de ir a ver a nadie, excepto a Frances o a Paola Carrara, a las que podía visitar con el vestido que llevaba puesto en casa. Mi madre se hacía los vestidos o bien en «casa del señor Belom» (un viejo sastre que, de joven, había sido un pretendiente de mi abuela en Pisa, durante la época en que ella buscaba marido pero no quería las «sobras de Virginia»), o bien se los hacía en casa una modistilla que se llamaba Tersilla. Rina ya no venía a casa; hacía mucho tiempo que no sabíamos nada de ella; pero mi padre, cuando veía a Tersilla por el pasillo, se enfurecía del mismo modo que cuando veía a Rina. Sin embargo, Tersilla era más valiente que Rina y, cuando pasaba con las tijeras en la cintura junto a mi padre, le saludaba con su sonrisa educada dibujándose en su cara piamontesa, diminuta y rosada. Mi padre le respondía con un frío movimiento de cabeza.

«¡Está Tersilla! Pero cómo, ¡hoy también está Tersilla!», gritaba después a mi madre. «Ha venido —decía mi madre— a arreglarme un abrigo viejo. Un abrigo del señor Belom.» Mi padre, al oír ese nombre, callaba tranquilizado. Estimaba al señor Belom porque había sido un pretendiente de su madre, pero no sabía que era uno de los sastres más caros de Turín.

Mi madre no se decidía ni por el señor Belom ni por Tersilla, unas veces recurría a uno y otras veces al otro. Cuando encargaba un vestido en la sastrería del señor Belom, después le parecía que no estaba tan bien cortado y que «le sentaba mal de hombros». Entonces llamaba a Tersilla y se lo mandaba deshacer entero y rehacerlo. «¡Ya no iré nunca más a la sastrería del señor Belom! ¡Me lo haré todo con Tersilla!», decía probándose ante el espejo el vestido deshecho y vuelto a hacer. Pero había vestidos que nunca le sentaban bien, que «le hacían siempre algún defecto», y entonces se lo regalaba a Natalina. También Natalina tenía ahora muchos vestidos, y los domingos salía con un largo abrigo negro y abotonado del señor Belom, con el que parecía un párroco.

Paola también se hacía muchos vestidos, pero siempre estaba discutiendo con mi madre por este motivo.

Decía que mi madre se hacía vestidos equivocados, que se hacía muchos pero todos iguales, y que cuando le gustaba un vestido del señor Belom se lo mandaba hacer a Tersilla hasta la náusea. Pero a mi madre le gustaba así. Decía que cuando sus niños eran pequeños, les hacía siempre muchos babis, todos idénticos, y que ahora quería tener como ellos muchos babis para el verano y para el invierno. A Paola la idea de los vestidos como babis no le convencía en absoluto.

Si Paola venía de Milán con un vestido nuevo, mi madre la abrazaba y decía: «Yo a mis hijos los quiero más cuando tienen un vestido nuevo». Y también a ella le entraban ganas de hacerse uno pero no como el de Paola, porque los vestidos de ésta le parecían siempre demasiado complicados. Mi madre se lo encargaba «más estilo babis». Lo mismo le pasaba conmigo. Cuando encargaba que me hiciesen un vestido, inmediatamente le apetecía hacerse uno para ella. Pero no nos lo confesaba ni a mí ni a Paola, porque las dos solíamos decirle que se hacía demasiados. Guardaba la tela bien doblada en su cómoda, y una mañana la veíamos entre las manos de Tersilla.

Le gustaba tener a Tersilla en casa, porque le agradaba su compañía. «¡Lidia! ¡Lidia! ¿Dónde estás?», tronaba mi padre al volver. Mi madre estaba en el cuarto de la plancha, hablando con Natalina y Tersilla.

«¡Estás siempre con las criadas! —gritaba mi padre—. ¡Hoy también está Tersilla!»

«¿Qué hará Mario siempre con ese ruso?», decía de vez en cuando mi padre. «Nuevo astro que surge», decía cuando había visto a Mario con Ginzburg en la avenida. Sin embargo, ahora veía a este último con mejores ojos, y ya no le inspiraba tanto recelo, pues lo había visto un día con Salvatorelli en el salón de Paola Carrara. Pero no entendía qué tenía Mario que ver con él. «¿Qué hará Mario con ese Ginzburg? —decía—. ¿Qué demonios se dirán?»

«Es feo —le decía a mi madre, hablando de Ginzburg—, porque es un judío sefardita. Yo, como soy un judío askenazi,[49] soy menos feo.»

Mi padre se expresaba siempre de forma bastante favorable con respecto a los judíos askenazi. Adriano en cambio solía hablar muy bien de los mestizos que, según decía, eran muy personas. De los mestizos, los que más le gustaban eran los hijos de padre judío y madre protestante, como él.

En aquel tiempo se jugaba a este juego en mi casa. Se lo había inventado Paola, y ella y Mario eran los que más jugaban a él, pero a veces también participaba mi madre. Consistía en dividir a los conocidos en minerales, animales y vegetales.

Adriano era un mineral-vegetal. Paola era un animal-vegetal. Gino era un mineral-vegetal. Rasetti, al que hacía tantos años que no veíamos, era un mineral puro, y Frances también.

Mi padre era un animal-vegetal, lo mismo que mi madre.

«¡Vaniloquio! —decía mi padre, cogiendo al vuelo alguna palabra—. ¡Siempre este vaniloquio vuestro!»

En cuanto a los vegetales puros, los imaginativos puros, había poquísimos en el mundo. Sólo algunos grandes poetas habrían sido vegetales puros. Por más que buscáramos, no encontrábamos ni un solo vegetal puro entre nuestros conocidos.

Paola decía que ella se había inventado este juego, pero alguien le dijo después que Dante, en *De vulgari eloquentia*,[50] ya había hecho una subdivisión de este tipo. Ignoro si era cierto.

Alberto fue a hacer el servicio militar a Cuneo, y ahora Vittorio se paseaba solo por la avenida, porque él ya lo había hecho.

Cuando mi padre volvía a casa, encontraba a mi madre intentando silabear el ruso. «Uf, este ruso», decía. Mi madre seguía silabeando el ruso en la mesa y recitando poesías rusas que había aprendido. «¡Ya está bien de ruso!», tronaba mi padre. «¡Pero me gusta tanto, Beppino! —decía mi madre—. ¡Es tan bonito! ¡Frances también lo estudia!»

Un sábado Mario no vino de Ivrea, y tampoco apareció el domingo, pero mi madre no se preocupó, porque otras veces tampoco había venido. Pensó que se habría ido a Suiza a ver a aquella amante suya tan delgada.

El lunes por la mañana vinieron Gino y Piera a decirnos que Mario había sido detenido con un amigo suyo en la frontera suiza. El lugar donde lo habían detenido se llamaba Ponte Tresa, pero no se sabía nada más. Gino había obtenido esta noticia de alguna persona de la filial Olivetti de Lugano.

Mi padre no estaba en Turín aquel día, pero llegó a la mañana siguiente. Mi madre apenas tuvo tiempo de contarle lo que había sucedido, pues la casa se llenó enseguida de policías que venían a hacer un registro.

No hallaron nada. El día anterior habíamos estado mirando con Gino en los cajones de Mario para ver si había algo que quemar, pero no habíamos encontrado nada, sólo sus camisas, «su ropita», como decía mi tía Drusilla.

Los agentes se fueron y dijeron a mi padre que debía acompañarlos a la comisaría para ser sometido a un interrogatorio. Por la noche mi padre aún no había vuelto. Comprendimos que le habían metido en la cárcel.

A Gino le detuvieron al volver a Ivrea y después le enviaron a la cárcel de Turín.

Adriano vino a decirnos más tarde que a Mario y a aquel amigo suyo les paró en Ponte Tresa la policía de aduanas (que estaba buscando cigarrillos), y que al registrarles el coche les encontraron propaganda antifascista. Les obligaron a bajar para llevarlos al puesto de policía, pero al ir hacia allí, Mario de pronto se escapó, se tiró vestido al río y nadó hacia la frontera suiza. Al final unos guardias suizos fueron a su encuentro en una barca. Ahora Mario estaba a salvo en Suiza.

Adriano tenía la misma mirada que el día de la huida de Turati, la mirada feliz y asustada de cuando había peligro, y puso a disposición de mi madre un coche con un conductor. Pero mi madre no sabía qué hacer con él, porque no sabía adónde ir.

Mi madre unía las manos a cada momento y decía entre feliz, admirada y asustada: «¡Al agua con el abrigo!». Aquel amigo que estaba con Mario en Ponte Tresa y que tenía coche (Mario ni tenía coche ni sabía conducir) se llamaba Sion Segre.[51] Lo habíamos visto a veces por casa con Alberto y Vittorio. Era un chico rubio y siempre un poco encorvado con aspecto dulce e indolente. Era amigo de Alberto y de Vittorio, pero no sabíamos que también lo fuera de Mario. Paola, que vino rápidamente en coche de Milán, nos dijo que ella ya lo sabía, pues Mario había confiado en ella. Mario ya había hecho bastantes viajes con Sion Segre entre Italia y Suiza para traer propaganda, y siempre le había salido bien. De ese modo se había ido confiando y llenando cada vez más el coche de propaganda y de periódicos, olvidando cualquier norma de prudencia. Cuando se tiró al río un policía desenfundó la pistola, pero otro le gritó que no disparase. Mario le debía la vida a este último. Las aguas del río estaban muy turbulentas, pero él nadaba muy bien y, además, estaba acostumbrado al agua helada. De hecho, mi madre recordó que durante uno de aquellos cruceros suyos se había bañado en el mar del Norte con el cocinero del barco, y que los demás pasajeros les aplaudieron desde el puente. Y después, cuando se enteraron de que era italiano, se pusieron a gritar: «¡Viva Mussolini!».

En el río Tresa, sin embargo, estuvo a punto de perder las fuerzas al final a causa de la emoción y de que las ropas le estorbaban, pero en ese momento los policías suizos enviaron una barca para recogerlo.

Mi madre, uniendo las manos, decía: «¿Le dará de comer en Suiza esa amiga suya tan delgada?».

Sion Segre se hallaba ahora en la cárcel de Turín. También habían detenido a su hermano, a Ginzburg y a mucha gente que había tenido relación con Mario en Turín.

A Vittorio no le habían detenido. Dijo a mi madre que le extrañaba porque él solía tratarse con todas esas personas, y su alargado rostro de barbilla prominente estaba pálido, tenso y perplejo.

Él y Alberto, que había venido a casa con algunos días de permiso, iban y venían por la avenida Re Umberto.

Mi madre no sabía qué hacer para que mi padre tuviera en la cárcel ropa interior y comida, y, además, esperaba ansiosa alguna noticia. Me dijo que buscara en la guía de teléfonos el número de los familiares de Segre, pero aquel Segre era huérfano y no tenía a nadie, salvo a aquel hermano, a quien también habían detenido. Mi madre sabía que los hermanos Segre eran primos de Pitigrilli,[52] y me dijo que le llamara para saber cómo se las arreglaba él para llevar ropa interior y libros a sus primos a la cárcel. Pitigrilli respondió que vendría a nuestra casa.

Pitigrilli era novelista. Alberto era un gran lector de sus novelas y cuando mi padre encontraba por casa una novela de Pitigrilli, parecía que hubiera visto una serpiente. «¡Lidia! ¡Esconde rápidamente ese libro!», gritaba. Temía que yo pudiese leerlo, pues las novelas de Pitigrilli no eran nada «adecuadas» para mí. Pitigrilli dirigía asimismo una revista llamada *Grandes Firmas*,[53] que, encuadernada en grandes fascículos, se hallaba en la estantería de la habitación de Alberto junto a los libros de medicina.

Así pues, Pitigrilli vino a nuestra casa. Era alto, gordo, con largas patillas grises, y llevaba un grueso abrigo de color claro que no se quitó. Se sentó en el sofá gravemente y habló a mi madre en un tono austero, con acento de comedida tristeza. Como años antes había estado una vez en la cárcel, pudo explicárnoslo todo: los alimentos que podían llevarse a los detenidos en determinados días de la semana, cómo había que cascar en casa las nueces y las avellanas, pelar las manzanas y las naranjas y cortar el pan en rebanadas muy finas, porque dentro de la prisión estaban prohibidos los cuchillos. Nos lo explicó todo, y después, con las piernas cruzadas, con el gran abrigo desabrochado y su espeso ceño fruncido, se quedó hablando cortésmente con mi madre. Ella le dijo que yo escribía novelas, y quiso que yo le enseñase un cuadernito en el que yo había copiado con mucho cuidado mis tres o cuatro novelas. Pitigrilli, siempre con aquel aspecto misterioso, altivo y apesadumbrado, lo hojeó un poco.

Después llegaron Alberto y Vittorio, y mi madre se los presentó a Pitigrilli. Éste, con su paso pesado, su aire altivo y apesadumbrado, y el gran abrigo largo sobre los hombros, salió a la avenida Re Umberto flanqueado por los dos.

Creo que mi padre estuvo en la cárcel quince o veinte días, y Gino dos meses. Mi madre iba todas las mañanas a la cárcel con un paquete de ropa interior, y con paquetes de naranjas peladas y de nueces cascadas los días en que se podía llevar comida.

Después se dirigía a la comisaría, donde unas veces la recibía un tal Finucci y otras un tal Lutri: estos dos personajes le parecían poderosísimos, creía que tenían en sus manos la suerte de nuestra familia. «¡Hoy estaba Finucci!», decía contenta al volver a casa, porque Finucci la había tranquilizado. Le había dicho que no había ningún cargo contra mi padre ni contra Gino y que pronto les soltarían. «¡Hoy estaba Lutri!», decía igual de contenta, porque aunque Lutri era más áspero, ella lo tenía por más sincero. Se sentía halagada por el hecho de que estos dos personajes nos llamaran a todos por nuestro nombre de pila y parecieran conocernos a fondo. Decían «Gino», «Mario», «Piera», «Paola». A mi padre le llamaban «el profesor», porque ella les explicaba que era un científico que nunca se había metido en política y que sólo pensaba en sus tejidos celulares. Ellos asentían y le decían que estuviese tranquila. Pero, poco a poco, mi madre empezó a asustarse, porque mi padre no volvía a casa y Gino tampoco. Y además, en un determinado momento, salió en el periódico un artículo con el siguiente titular: «Descubierto en Turín un grupo de antifascistas compinchados con los

exiliados de París». «¡Compinchados!», repetía angustiada mi madre, palabra que le sonaba cargada de oscuras amenazas. Lloraba en el salón, rodeada por sus amigas Paola Carrara, Frances, la señora Donati y las otras más jóvenes que ella, a las que solía proteger, cuidar y consolar cuando no tenían dinero o cuando sus maridos les gritaban. Ahora eran ellas quienes la cuidaban y la consolaban. Paola Carrara decía que había que enviar una carta al *Zurnàl de Zenève*.

«¡Ya le he escrito a Gina! —decía—. ¡Ahora verás como sale una protesta en el *Zurnàl de Zenève*!»

«¡Es como el *affaire* Dreyfus![54] —no hacía más que repetir mi madre—. ¡Es como el *affaire* Dreyfus!»

En casa, entre Paola, Adriano, Terni (que había venido a propósito de Florencia), Frances, Paola Carrara y Piera (que vivía con nosotros y estaba embarazada y de luto por su padre), siempre estaba entrando y saliendo gente. Natalina, excitada y alegre, corría entre la cocina y el salón llevando tazas de café, porque siempre que había algún alboroto, gente en casa, ruido, días dramáticos, llamadas a la puerta y muchas camas que hacer, era feliz.

Después mi madre se fue con Adriano a Roma, porque Adriano se había enterado de que en Roma estaba un tal doctor Veratti, médico de cabecera de Mussolini, que era antifascista y estaba dispuesto a ayudar a los antifascistas. Era difícil verlo, pero Adriano había localizado a dos que lo conocían, Ambrosini y Silvestri, y esperaba acceder a él por medio de ellos.

Piera y yo nos quedamos solas en casa con Natalina, y una noche nos despertó un timbrazo y nos levantamos asustadísimas. Eran unos militares que venían a buscar a Alberto, alumno oficial en Cuneo, porque no había vuelto al cuartel y no se sabía dónde estaba.

Piera decía que podían procesarle por deserción. Estuvimos toda la noche pensando dónde se podría haber metido, y Piera pensaba que se habría asustado y escapado a Francia. Pero Vittorio nos dijo al día siguiente que Alberto simplemente había ido a ver a una chica a la montaña. Se le había pasado el tiempo esquiando tranquilamente con ella y se le había olvidado volver al cuartel. Ahora había vuelto a Cuneo y le habían arrestado.

Mi madre volvió de Roma mucho más asustada, pero, de alguna forma, se había divertido, porque los viajes le divertían siempre. Ella y Adriano habían estado alojados en casa de una tal señora Bondi, prima de mi padre, y habían tratado de entrar en contacto, además de con el doctor Veratti, con Margherita,[55] la cual era una de las muchas Margheritas y Reginas que formaban parte de la parentela de mi padre. Esta Margherita era famosa por su amistad con Mussolini, pero mi padre y mi madre no la veían desde hacía años. Mi madre no había podido verla, porque no se hallaba en Roma en esas fechas. Tampoco había conseguido hablar con el doctor Veratti. Sin embargo, Silvestri y Ambrosini le habían dado esperanzas. Adriano tenía otro informador —«un informador mío», decía siempre— que le había asegurado que tanto mi padre como Gino saldrían pronto. De entre las personas detenidas, los únicos realmente comprometidos eran Sion Segre y Ginzburg, y se decía que les procesarían. Mi madre no hacía más que repetir: «¡Es como el *affaire* Dreyfus!».

Después, una tarde, mi padre volvió a casa. Venía sin corbata y sin cordones en los zapatos, porque en la cárcel los quitaban. Bajo el brazo traía un hatillo de ropa interior sucia envuelta en una hoja de periódico, llevaba la barba muy larga y estaba muy contento de haber estado en prisión.

En cambio Gino permaneció en la cárcel dos meses más. Y un día que mi madre y la madre de Piera fueron a llevarle ropa interior y algo de comer, el taxi en el que iban chocó contra otro coche. Ni a mi madre ni a la de Piera les ocurrió nada, pero de pronto se encontraron sentadas en el taxi averiado, con los paquetes en las rodillas, con el taxista que maldecía y con toda una multitud de gente y de guardias a su alrededor. Se hallaban a muy pocos metros de la cárcel, y el único temor de mi madre era que la gente se diese cuenta de que ellas iban a la cárcel con aquellos paquetes y pensaran que eran familiares de algún asesino. Cuando le contaron a Adriano lo que les había ocurrido, éste dijo que en la constelación de mi madre había alguna conjunción de astros, y que por eso le estaban sucediendo en aquel período tantas y tan peligrosas aventuras.

Después Gino también fue liberado. Y mi madre dijo: «¡Ahora vuelve a empezar la vida aburrida!».

Mi padre se enfureció cuando supo que Alberto estaba detenido y que corría el peligro de pasar al Tribunal de Guerra. «¡Granuja! —decía—. ¡Mientras su familia estaba en prisión él se iba con las chicas a esquiar!»

«¡Estoy preocupado por Alberto! —decía despertándose por la noche—. ¡No es ninguna broma que lo pasen al Tribunal de Guerra!»

«¡Estoy preocupado por Mario! —decía—. ¡Estoy muy preocupado por Mario! ¿Qué hará?»

Pero mi padre estaba feliz de tener un hijo conspirador. No se lo esperaba, pues nunca había pensado que Mario pudiera ser un antifascista. Mario solía llevarle la contraria cuando discutían y hablaba mal de los socialistas de antes, a los que mi padre y mi madre apreciaban. Solía decir que Turati había sido un gran ingenuo y que había cometido un error tras otro. Y mi padre, que opinaba lo mismo, cuando lo oía de boca de Mario, se ofendía a muerte.

«¡Es fascista! —le decía a veces a mi madre—. ¡En el fondo es fascista!»

Ahora ya no podía decirlo. Ahora Mario se había convertido en un famoso exiliado político. Pero a mi padre le disgustaba que su detención y fuga hubieran ocurrido mientras era un empleado de la fábrica Olivetti, porque temía que hubiese comprometido a la fábrica, a Adriano y al viejo ingeniero.

«¡Ya decía yo que no debía entrar en la Olivetti! —gritaba a mi madre—. ¡Ahora ha comprometido a la fábrica!»

«¡Qué bueno es Adriano! —decía—. Ha hecho mucho por mí. ¡Es muy bueno! ¡Todos los Olivetti son

buenos!»

Paola recibió a través de alguna filial de la Olivetti —como siempre— una noticia escrita con la conocida letra minúscula y casi ilegible de Mario. La notita decía así: «A mis amigos vegetales y minerales: Estoy bien y no necesito nada».

Sion Segre y Ginzburg fueron procesados y condenados por el Tribunal Especial, uno a dos años y el otro a cuatro, pero les fue rebajada la pena a la mitad gracias a una amnistía. Ginzburg fue enviado a la penitenciaría de Civitavecchia.

Al final a Alberto no le pasaron al Tribunal de Guerra y regresó a casa al acabar el servicio militar. Reanudó sus paseos por la avenida con Vittorio, y mi padre, cuando le oía volver, gritaba: «¡Granuja! ¡Sinvergüenza!». Y, ya por costumbre, le gritaba así a cualquier hora que lo oyera regresar.

Mi madre volvió a recibir clases de piano. Su profesor, un hombre de bigotes negros, temía mucho a mi padre y salía disparado de puntillas por el pasillo con sus partituras.

«¡No puedo soportar a ese profesor tuyo de piano! —gritaba mi padre—. ¡Tiene un aspecto equívoco!»

«¡Pero no, Beppino! ¡Es un hombre excelente! ¡Quiere mucho a su hija! —decía mi madre—. ¡Le enseña latín! ¡Es pobre!»

Mi madre había dejado de estudiar ruso, pues hubiera sido comprometedor que la hermana de Ginzburg le diera clases. En nuestra casa habían entrado nuevas palabras. «¡No se puede invitar a Salvatorelli! ¡Es comprometedor! —decían—. ¡No se puede tener este libro en casa! ¡Es comprometedor! ¡Pueden hacer un registro!» Y Paola decía que nuestro portal estaba «vigilado», que siempre había en él un tipo con gabardina, y que se sentía «seguida» cuando iba por ahí.

Por otra parte, la «vida aburrida» no duró mucho, porque un año después vinieron a detener a Alberto a casa. Y se supo que también habían detenido a Vittorio y a otra mucha gente.

Vinieron por la mañana temprano, serían las seis. Comenzó el registro, y Alberto estaba allí en pijama entre dos agentes que lo vigilaban, mientras los otros rebuscaban entre sus libros de medicina, las *Grandes Firmas* y las novelas policíacas.

Aquellos agentes me dieron permiso para ir a la escuela, y mi madre, en el vano de la puerta, me metió dentro de la cartera los sobres de sus cuentas, pues temía que durante el registro cayeran ante los ojos de mi padre y que éste le gritase porque gastaba demasiado.

«¡A Alberto! ¡Han encarcelado a Alberto! ¡Pero si mi Alberto nunca ha estado metido en política!», decía aturdida mi madre. Mi padre decía: «¡Lo han metido en la cárcel porque es hermano de Mario! ¡Porque es mi hijo! ¡No porque sea él!».

Mi madre volvió a ir a la cárcel a llevar ropa interior a Alberto. Y allí se encontraba con los padres de Vittorio y con los familiares de otros detenidos. «¡Es gente muy respetable! —decía de los padres de Vittorio —. ¡Es una familia muy respetable! Y han dicho que Vittorio es un muchacho excelente. Acababa de hacer estupendamente los exámenes de procurador. ¡Alberto ha elegido siempre a unos excelentes amigos!»

«¡Carlo Levi[56] también está en la cárcel!», decía con una mezcla de miedo, de alegría y de orgullo, porque le espantaba el hecho de que hubiera dentro tantas personas y de que tal vez se preparara un gran proceso. Pero, al mismo tiempo, la idea de que hubiera tanta gente en prisión la tranquilizaba. Y le halagaba que Alberto se hallase entre gente adulta, respetable y famosa. «¡El profesor Giua[57] también está en la cárcel!»

«¡Pero los cuadros de Carlo Levi no me gustan!», decía rápidamente mi padre, que nunca perdía la ocasión de declararlo. «¡Pero no, Beppino! ¡Al contrario, son bonitos! —decía mi madre—. El retrato de su madre es muy bonito. ¡Tú no lo has visto!»

«¡Cochinadas! —decía mi padre—. ¡No soporto la pintura moderna!»

«¡A Giua lo soltarán enseguida! —dijo mi padre—. ¡No está comprometido!»

Mi padre nunca comprendía cuáles eran los verdaderos conspiradores, porque después de algunos días se oyó decir que en casa de los Giua habían encontrado cartas escritas con tinta simpática, y que Giua era el que corría más peligro de todos.

«¡Con tinta simpática! —dijo mi padre—. ¡Claro, él es químico y sabe cómo se hace la tinta simpática!»

Y estaba muy extrañado, puede que incluso tuviera un poco de envidia, porque aquel Giua, al que solía ver en casa de Paola Carrara, siempre le había parecido una persona reposada, tranquila y reflexiva. Ahora Giua se convertía de pronto en el centro de aquel suceso político. Decían que Vittorio se hallaba en una posición extremadamente peligrosa.

«¡Rumores! —dijo mi padre—. ¡Todo son rumores! ¡Nadie sabe nada!»

También habían detenido a Giulio Einaudi[58] y a Pavese,[59] a los que mi padre conocía poco, o tan sólo de nombre. Pero él (lo mismo que mi madre) se sentía halagado por el hecho de que Alberto estuviera con ellos. Porque al verle mezclado con aquel grupo (del que sabía que hacían una revista llamada *La Cultura*),[60] le parecía que de pronto había entrado a formar parte de una sociedad más digna.

«¡Lo han metido en la cárcel con los de *La Cultura*! ¡A él, que sólo lee las *Grandes Firmas*!», decía mi padre.

«¡Tenía que hacer el examen de biología comparada! Ahora ya no lo hará. ¡Ya no obtendrá la licenciatura!», decía a mi madre por la noche.

Después, Alberto, Vittorio y los demás fueron enviados esposados a Roma, en el tren militar. Los llevaron a

la cárcel de Regina Coeli.

Mi madre volvió a ir a la comisaría para ver a Finucci y a Lutri, pero éstos decían que el caso ya había pasado a la comisaría de Roma y que ellos no sabían nada.

Adriano supo por aquel informador suyo que todas las llamadas de teléfono entre Alberto y Vittorio habían sido grabadas. Vittorio y Alberto se telefoneaban continuamente durante los raros intervalos en que no estaban juntos paseando por la avenida.

«¡Mira que haber grabado una por una esas llamadas tan estúpidas!», dijo mi madre.

Mi madre no sabía lo que se decían durante aquellas llamadas, porque Alberto cuando estaba al teléfono hablaba susurrando. Sin embargo, estaba convencida de que siempre hablaba de tonterías. Mi padre también tenía ese convencimiento. «¡Alberto es un personaje tan frívolo! —decía mi padre—. ¡Mira que meterlo en la cárcel a él, que es la frivolidad en persona!»

Se volvió a hablar del doctor Veratti y de Margherita. Pero mi padre no quería ni oír nombrar a esta última. «¡No pienso ir a verla! ¡No iré! ¡Ni siquiera se me pasa por la cabeza!» Esta Margherita había escrito años antes una biografía de Mussolini, y a mi padre le parecía inaudito que una de sus primas fuera biógrafa de Mussolini. «¡Tal vez no quiera recibirme! ¡No esperes que vaya a mendigar favores a Margherita!»

Mi padre fue a Roma para conseguir noticias en la comisaría. Pero no creo que lograse hablar apenas con nadie ni recabar información alguna, pues, además de hablar siempre tronando con su voz fuerte y profunda, carecía absolutamente del más mínimo sentido de la diplomacia. Le recibió un tal De Stefani, y mi padre, que siempre confundía los nombres, al hablar después de él con mi madre le llamaba «Di Stefano». Le describió cómo era este Di Stefano y mi madre dijo: «¡Pero ése no es De Stefani, Beppino! ¡Ése es Anchise! ¡Yo también estuve el año pasado allí!». «¡Pero qué Anchise! ¡Me ha dicho que se llamaba Di Stefano! ¡No puede haberme dado datos falsos!» Mi padre y mi madre se peleaban siempre a causa de Di Stefano y de Anchise, y mi padre continuó llamándolo Di Stefano, aunque, por lo que decía mi madre, no había ninguna duda de que era Anchise.

Alberto nos escribía desde Roma diciéndonos que sentía no poder visitar la ciudad. Sólo había visto Roma durante media hora cuando tenía tres años.

Una vez escribió diciendo que se había lavado el pelo con leche y que después apestaba toda la celda. El director de la cárcel intervino la carta y le dijo que escribiera menos tonterías.

Alberto fue confinado en un pueblo llamado Ferrandina, en Lucania. En cuanto a Giua y Vittorio, fueron procesados y les cayeron quince años a cada uno.

Mi padre decía: «Si Mario volviese a Italia, ¡le caerían quince o veinte años!».

Mario ahora escribía desde París cartas breves y concisas con su letra minúscula e ilegible que mis padres a duras penas conseguían descifrar.

Fueron a verlo. Mario vivía en una buhardilla. Iba vestido aún con la ropa que llevaba cuando se arrojó al agua en Ponte Tresa, y que ahora estaba desteñida y raída. Mi madre quiso que se comprara un traje, pero él se negó a quitarse aquella ropa desteñida. Enseguida pidió noticias de Sion Segre y de Ginzburg, que estaban aún en la cárcel. De Ginzburg hablaba con admiración, como de una persona lejana a la que su pensamiento y su afecto no habían olvidado, pero sí dejado un poco aparte. Y en cuanto a su propia aventura y fuga, parecía haberlas olvidado completamente.

Él mismo se lavaba la ropa. Sólo tenía dos camisas viejas y las lavaba con mucho cuidado, con la misma meticulosidad con que en otro tiempo colocaba su ropa interior de seda en los cajones.

Él mismo barría su buhardilla con esmero. Iba siempre bien lavado, bien afeitado y limpio, incluso con su ropa vieja, y parecía más que nunca un chino, dijo mi madre.

Tenía un gato en un rincón de la buhardilla con una cajita con serrín. Mario aseguró que era un gato muy limpio y que nunca se hacía caca en el suelo. Mi padre dijo que Mario estaba obsesionado con aquel gato y que se levantaba muy pronto todas las mañanas para ir a comprarle leche. Mi padre, como mi abuela, no podía soportar los gatos. A mi madre tampoco le gustaban demasiado, prefería los perros.

Mi madre le preguntó: «¿Por qué no tienes un perro?». «¡Pero qué perro! —gritó mi padre—. ¡Sólo le faltaría tener un perro!»

Mario había roto en París con los grupos de Justicia y Libertad. Los había frecuentado durante una temporada y había colaborado en su periódico, pero después se había dado cuenta de que no le gustaban tanto.

Mario era aquel que de pequeño había escrito una poesía sobre los chicos Tosi, con los que no le gustaba jugar:

> *Y cuando llegan los señores Tosi,*
> *todos antipáticos y todos sosos.*

Para él los chicos Tosi eran ahora los grupos de Justicia y Libertad. Le irritaba todo lo que decían, pensaban y escribían. No hacía más que criticarles. Y decía:

> *… que entre los ácidos arándanos*
> *no conviene que madure el dulce higo.*[61]

El dulce higo era él, y los ácidos arándanos eran los de Justicia y Libertad. «¡Es verdad! —decía—. ¡Es exactamente así!»

> *… que entre los ácidos arándanos*
> *no conviene que madure el dulce higo.*

Lo decía riéndose y acariciándose las mandíbulas, del mismo modo en que antes decía «el baco del calo del malo».

Se había puesto a leer a Dante. Había descubierto que era bellísimo. También había comenzado a estudiar griego y a leer a Herodoto y a Homero.

Pero en cambio no podía sufrir ni a Pascoli[62] ni a Carducci.[63] Este último le sacaba de quicio. «¡Era monárquico! —decía—. Primero era republicano y después se hizo monárquico, ¡todo porque se enamoró de la tonta de la reina Margherita!»[64]

«¡Y pensar que es de la misma época que Baudelaire, del mismo siglo! Leopardi[65] sí que era un gran poeta. ¡Los únicos poetas modernos son Leopardi y Baudelaire! ¡Es ridículo que en las escuelas italianas se siga estudiando a Carducci!»

Mis padres fueron a visitar el Louvre, y Mario les preguntó si habían visto a Poussin.

No habían visto a Poussin, habían visto otras cosas.

«¡Cómo! —dijo Mario—. ¡No habéis visto a Poussin! ¡Entonces no os ha servido de nada ir al Louvre! ¡Lo único que vale la pena en el Louvre es Poussin!»

«Es la primera vez que oigo hablar de este Poussin», dijo mi madre.

En París Mario había entablado amistad con un tal Cafi.[66] Sólo hablaba de él.

«Nuevo astro que surge», dijo mi padre.

Cafi era medio ruso y medio italiano, pobrísimo y de poca salud, vivía exiliado en París desde hacía muchos años.

Cafi había escrito una gran cantidad de folios y se los daba a sus amigos para que los leyeran, pero no se preocupaba de publicarlos. Decía que cuando uno escribía algo no era necesario publicarlo, bastaba con haberlo escrito y leérselo a los amigos. No había ninguna necesidad de que quedase para la posteridad, porque

la posteridad no tenía ninguna importancia.

Mario no explicaba bien lo que había escrito en aquellos folios, pero, según él, todo estaba escrito, todo.

Cafi no comía. Vivía del aire, de una mandarina, y llevaba los trajes hechos trizas y los zapatos destrozados. Pero cuando tenía algo de dinero compraba manjares exquisitos y champán.

«¡Qué intolerante es ese Mario! —decía después mi padre a mi madre—. ¡Critica a todo el mundo, nadie le parece bien! ¡Sólo le parece bien Cafi!»

«¡Parece haber descubierto que Carducci es aburrido! Yo ya lo sabía desde hacía bastante tiempo», dijo mi madre.

Mis padres se sentían ofendidos por el hecho de que Mario no pareciera sentir nostalgia alguna de Italia. Estaba enamorado de Francia y de París. Cuando hablaba introducía continuamente palabras francesas. Hablaba de Italia torciendo la boca, con profundo desprecio.

Mis padres nunca habían sido nacionalistas, al contrario, odiaban el nacionalismo bajo todas sus formas. Pero les parecía que aquel desprecio por Italia les incluía a ellos, a todos nosotros, a nuestras costumbres, a toda nuestra vida.

Además, a mi padre le disgustaba que Mario hubiese roto sus relaciones con los grupos de Justicia y Libertad. El jefe de los grupos de Justicia y Libertad era Carlo Rosselli, que había alojado en su casa a Mario y le había dado dinero cuando éste llegó a París. Mis padres conocían a los Rosselli desde hacía muchos años, y eran amigos de su madre, doña Amelia, que vivía en Florencia. «¡Ay de ti si le haces algún feo a Rosselli!», le dijo mi padre a Mario.

Mario, aparte de Cafi, tenía otros dos amigos. Uno era Renzo Giua,[67] el hijo de aquel Giua que estaba en la cárcel: un chico pálido de ojos brillantes y con un mechón de pelo sobre la frente, que había huido solo de Italia, atravesando las montañas. El otro era Chiaromonte,[68] al que mi madre había conocido algunos años antes en casa de Paola, en Forte dei Marmi, durante un verano. Chiaromonte era gordo, robusto y con rizos negros. Estos dos amigos de Mario habían roto su relación con Justicia y Libertad, y los dos eran amigos de Cafi. Se pasaban los días escuchándolo leer sus folios escritos a lápiz que nunca llegarían a ser libros, porque él despreciaba los libros publicados.

Chiaromonte tenía a su mujer muy enferma y era muy pobre, pero ayudaba a Cafi cuando podía. Mario también le ayudaba. Vivían así, en una estrecha amistad, compartiendo lo poco que tenían, sin apoyarse en ningún grupo, sin hacer proyectos para el futuro, pues no había ningún futuro posible. Probablemente estallaría la guerra y la vencerían los estúpidos, porque los estúpidos, decía Mario, vencían siempre.

«Ese Cafi —dijo mi padre a mi madre— debe de ser un anarquista. ¡Mario también es un anarquista! ¡En el fondo siempre ha sido un anarquista!»

Después de París mi padre y mi madre fueron a Bruselas, a un congreso de biología. Allí se encontraron con Terni, con otros amigos de mi padre y con sus alumnos y asistentes. Y mi padre se sintió reanimado, porque la compañía de Mario le cansaba.

«¡Me lleva siempre la contraria! —decía de Mario—. ¡En cuanto abro la boca me lleva la contraria!»

A mi padre de vez en cuando le gustaba mucho hacer aquellos viajes para ir a los congresos. Y le gustaba volver a ver a los biólogos, discutir rascándose la cabeza y la espalda, y arrastrar a mi madre con mucha prisa, sin dejarla pararse nunca en las galerías o en los museos. También le gustaba pasar algunos días en hoteles. Se despertaba siempre muy pronto y siempre hambriento. Hasta que no desayunaba estaba de un humor terrible, daba vueltas por la habitación, y miraba fuera, al acecho de las primeras luces del amanecer. Cuando por fin eran las cinco, cogía el teléfono y pedía a gritos el desayuno: *Deux thés! Deux thés complets! Avec de l'eau chaude!* Generalmente se olvidaban de traerle *l'eau chaude* o la mermelada, porque los camareros a esas horas estaban todavía medio dormidos. Por fin, cuando ya había conseguido todo, devoraba su desayuno con mermelada y brioches y después hacía levantarse a mi madre: «¡Lidia, vamos, es tarde! Vamos a visitar la ciudad».

«¡Qué borrico es Mario —decía de vez en cuando—. ¡Ha sido siempre un borrico! ¡Ha sido siempre un intolerante! ¡Me fastidiaría que le hiciera algún feo a Rosselli!»

«¡Siempre con ese Cafi! ¡Cafi! ¡Cafi!», decía mi madre cuando estaban de nuevo en casa, y nos contaban cosas de Mario a Paola y a mí. Decía «con Cafi» como antes decía «con Pajetta» cuando se quejaba de Alberto. Y le preguntaba a Paola por Poussin: «Pero ¿es verdad que Poussin es tan bonito?».

Paola también fue a ver a Mario. Se pelearon, ya no se caían bien. Ahora ya no jugaban juntos al juego de los minerales y de los vegetales. Ya no estaban de acuerdo en nada. Tenían una opinión distinta de todo. Paola se compró un vestido en París. Mario siempre la había considerado elegante, siempre había elogiado sus vestidos, su gusto; y de los dos, Paola era en general quien opinaba y Mario le daba la razón. A Mario no le gustó aquel vestido que Paola se compró en París, y le dijo que con él parecía la mujer de un «prefecto». Paola se ofendió mucho. Ahora tampoco se encontraba a gusto con Chiaromonte, al que solía ver en el pasado, durante los veraneos en la costa en Forte dei Marmi. No reconocía en aquel nuevo personaje de emigrado político —sin dinero, con su mujer tan enferma y tan amigo de Cafi— a aquel Chiaromonte que antaño solía visitarla en la costa, que remaba, nadaba, cortejaba a sus amigas, hacía bromas de todo e iba a bailar por la noche a la Cabañita. Mario le dijo que ella era una burguesa. «Sí, soy una burguesa —contestó Paola—. ¡Y no me importa

nada!»

Fue a visitar la tumba de Proust. Mario nunca había ido. «¡Ya no le importa nada Proust! —le contó después Paola a mi madre a su vuelta—. Ni siquiera se acuerda de él, ya no le gusta. ¡Sólo le gusta Herodoto!»

Al ver que Mario no tenía gabardina, le había comprado una, y él se la había regalado inmediatamente a Cafi, porque decía que éste estaba enfermo del corazón y no podía mojarse cuando llovía.

«¡Cafi! ¡Cafi! ¡Cafi!», repetía también Paola, disgustada. Y estaba de acuerdo con mi padre en que Mario había hecho muy mal en alejarse del grupo de Rosselli. También decía que Mario y Chiaromonte eran dos incomunicados en París y que no tenían ningún contacto con la realidad.

Alberto había vuelto del confinamiento, se había licenciado y se había casado. Contra todas las previsiones de mi padre, se hizo médico y comenzó a curar a la gente.

Ahora tenía una consulta. Se enfadaba con Miranda, su mujer, si la consulta no estaba ordenada y si había periódicos tirados. Se enfadaba si no había ceniceros, porque él fumaba siempre un cigarrillo detrás de otro, pero ya no tiraba las colillas al suelo.

Iban los enfermos y, mientras los reconocía, le contaban su vida. Él les escuchaba, porque le gustaban las historias de la gente.

Después, con su bata blanca y el estetoscopio colgado al cuello, iba al cuarto contiguo. Allí estaba Miranda, echada en un sofá, con una bolsa de agua caliente y envuelta en una manta, porque era muy friolera y muy perezosa. Él ordenaba que le hiciesen un café.

Siempre estaba nervioso y bebía continuamente cafés, como cuando era pequeño. Fumaba sin parar, a sorbetones, sin respirar, como si se bebiese el cigarrillo.

Sus amigos iban a verlo, y él les tomaba la tensión y les regalaba muestras de medicinas.

A todos les descubría enfermedades. Únicamente a su mujer no le encontraba ninguna. Ella le decía: «¡Dame un reconstituyente! Debo de estar enferma. A mí siempre me duele la cabeza. ¡Me siento cansada!». Y entonces él decía: «No estás enferma. Lo único que te pasa es que estás hecha de un material de mala calidad».

Miranda era bajita, delgada, rubia y con los ojos azules. Solía estar muchas horas en casa con una bata de Alberto y envuelta en mantas de viaje. Decía: «¡Estoy por irme a Ospedaletti, a casa de Elena!».

Siempre estaba soñando con irse a Ospedaletti, donde Elena, su hermana, pasaba los meses de invierno. Su hermana, rubia y parecida a ella, pero un poco más enérgica, estaba en ese momento en Ospedaletti tumbada en una hamaca tomando el sol con gafas negras y con una manta de viaje sobre las piernas. O tal vez jugando al bridge.

Miranda y su hermana eran unas excelentes jugadoras de bridge. Habían ganado campeonatos. Miranda tenía su casa llena de los ceniceros que había ganado en ellos.

Miranda se sacudía la pereza cuando jugaba al bridge. Inclinaba sobre las cartas su naricilla torcida, ponía una cara maliciosa y alegre y le brillaban los ojos.

Pero muy raras veces conseguía separarse de su sillón y de su manta de viaje. Por las tardes se levantaba, iba a la cocina y miraba dentro de una olla en la que se cocía un pollo. Alberto decía: «Pero ¿por qué en esta casa se come siempre el pollo cocido?». Alberto también jugaba al bridge, pero perdía siempre.

Miranda se sabía todo lo referente a la bolsa, porque su padre era un agente de cambio y bolsa. Decía a mi madre: «¿Sabes que seguramente venderé mis Incet? ¡Tú también deberías vender tus Inmobiliarias! ¿Qué esperas para vender tus Inmobiliarias?».

Mi madre decía a mi padre: «¡Hay que vender las Inmobiliarias! ¡Lo ha dicho Miranda!». Mi padre decía: «¡Miranda! ¡Pero qué quieres que sepa Miranda!».

Pero después, cuando veía a Miranda, le preguntaba: «Tú que entiendes de bolsa, ¿crees realmente que haría bien en vender las Inmobiliarias?».

Y decía después a mi madre: «¡Qué cataplasma es Miranda! ¡Siempre le duele la cabeza! ¡Pero entiende de bolsa! ¡Tiene mucha vista para los negocios!».

Mi padre montó una bronca enorme cuando Alberto anunció que se iba a casar. Pero después se resignó. Decía despertándose por la noche: «¿Cómo se las van a arreglar si no tienen ni un céntimo? ¡Y Miranda es una cataplasma!».

Realmente no tenían mucho dinero. Pero después Alberto empezó a ganarse bien la vida. Iban mujerucas a que las reconociera y le contaban sus achaques. Él las escuchaba con mucho interés. Estaba dotado de curiosidad y paciencia. Le gustaban los achaques y las enfermedades de la gente.

Ahora sólo leía revistas médicas. Ya no leía las novelas de Pitigrilli. Se las había leído todas. Pitigrilli no había escrito más, porque había desaparecido y nadie sabía dónde estaba.

Alberto ya no iba a pasear por la avenida Re Umberto. Su amigo Vittorio se hallaba en la cárcel, y sólo tenía noticias suyas de vez en cuando, cuando los padres de Vittorio sufrían bronquitis y lo mandaban llamar.

Alberto encargaba sus trajes a un sastre que se llamaba Vittorio Foa. Alberto decía mientras el sastre le probaba el traje: «¡Yo vengo aquí por su apellido!». Y el sastre, complacido, se lo agradecía.

De hecho, Vittorio, el amigo de Mario, se apellidaba Foa, como el sastre.

Alberto le decía a Miranda: «¡Siempre bronquitis! ¡Siempre enfermedades estúpidas! ¡Nunca me toca curar alguna enfermedad bonita y rara, un poco complicada, un poco fuera de lo común! ¡Me aburro! ¡En el fondo

me aburro! ¡No me divierto lo suficiente!».

En realidad se divertía ejerciendo de médico, pero no quería confesarlo. Mi madre decía: «¡A Alberto le apasiona la medicina!».

Decía: «Quiero ir a que me vea Alberto. Hoy me duele un poco el estómago».

Y mi padre decía: «¡Pero qué quieres que sepa ese majadero de Alberto!». Y añadía: «¡Te duele el estómago porque ayer comiste demasiado! ¡Tómate una píldora! ¡Yo te doy una píldora!».

Mi madre pasaba todos los días por casa de Alberto, que vivía no muy lejos de nuestra casa, y se encontraba a Miranda en el sillón. Alberto salía un momento de la consulta, en mangas de camisa, con el estetoscopio en el pecho, y se acercaba al radiador para entrar en calor. Él y mi madre tenían el mismo vicio de estar siempre pegados al radiador.

Miranda se quedaba envuelta en su manta de viaje. Mi madre le decía: «¡Muévete! ¡Lávate la cara con agua fresca! Vámonos de paseo. ¡Te llevo al cine!».

Miranda contestaba: «No puedo, tengo que quedarme en casa. Estoy esperando a mi prima. Y además, me duele demasiado la cabeza».

Entonces Alberto decía: «A Miranda le falta vida. Es perezosa. Está hecha de un material de mala calidad».

Miranda siempre estaba esperando a sus primas, tenía muchas. Alberto decía: «¡Estoy harto de curar a tus primas!».

Y decía: «¡Qué ciudad más aburrida es Turín! ¡Cómo se aburre uno aquí! Nunca pasa nada. ¡Antes por lo menos nos detenían! ¡Ahora ya no nos detienen! Nos han olvidado. ¡Me siento olvidado, dejado en la sombra!».

Ahora Paola también se había venido a vivir a Turín. Vivía en la colina, en una gran casa blanca con una terraza que daba al Po.

Paola amaba el Po, las calles y la colina de Turín, y los paseos del Valentino, por donde antes solía pasear con el joven bajito. Había sentido siempre una gran nostalgia de todo esto. Pero ahora también a ella le parecía que Turín se había vuelto más gris, más aburrido, más triste. Mucha gente y muchos de sus amigos estaban lejos, en la cárcel. Paola no reconocía las calles de su juventud, de cuando tenía muy pocos vestidos y leía a Proust.

Ahora tenía muchos vestidos. Se los hacía en las modistas, pero también llamaba a Tersilla para que fuera a su casa. Ella y mi madre siempre se la estaban disputando. Paola decía que Tersilla le daba sensación de seguridad. Le daba la sensación de la continuidad de la vida.

A veces invitaba a comer a Alberto, a Miranda y a Sion Segre, que había vuelto de la cárcel. Sion Segre tenía una hermana, Ilda, que vivía en Palestina con su marido y sus hijos, pero venía a Turín de vez en cuando.

Paola e Ilda se habían hecho amigas. Ilda era alta, guapa y rubia, y Paola y ella iban a pasear por la ciudad.

Los hijos de Ilda se llamaban Ben y Ariel, e iban a la escuela en Jerusalén. Ella llevaba allí una vida austera y sólo hablaba de los problemas judíos, pero cuando venían a Turín a pasar algunos días a casa de su hermano, le gustaba hablar también de vestidos e ir de paseo.

Mi madre siempre tenía celos de las amigas de Paola, y cuando Paola tenía una amiga nueva se ponía de muy malhumor, porque se sentía dejada de lado.

Se levantaba entonces con la cara gris y los párpados hinchados, y decía: «Tengo la alquitranacia». Mi madre llamaba «alquitranacia» a aquella mezcla de melancolía y de sensación de soledad, unida generalmente a una indigestión. Cuando tenía «alquitranacia» se quedaba metida en el salón y, como tenía frío, se envolvía en sus chales de lana. Y pensaba que Paola ya no la quería, porque salía con sus amigas a divertirse y no venía a verla.

«¡Me aburro! —decía mi madre—. ¡No me divierto! ¡Estoy aburrida! ¡No hay nada peor que aburrirse! ¡Si por lo menos tuviera alguna enfermedad bonita!»

A veces tenía gripe y se ponía contenta, porque le parecía que la gripe era una enfermedad más noble que sus habituales indigestiones. Se tomaba la temperatura: tenía treinta y siete con cuatro. «¿Sabes que estoy enferma? —le decía muy contenta a mi padre—. ¡Tengo treinta y siete con cuatro!»

«¿Treinta y siete con cuatro? ¡Es poco! —decía mi padre—. ¡Yo voy al laboratorio hasta con treinta y nueve!»

Mi madre decía: «¡Ya veremos esta tarde!». Pero no esperaba a la tarde, y se tomaba a cada momento la temperatura. «¡Todo el tiempo treinta y siete con cuatro, y, sin embargo, me encuentro mal!»

Paola por su parte también tenía celos de las amigas de mi madre, pero no de Frances ni de Paola Carrara. Tenía celos de sus amigas jóvenes, aquellas a las que mi madre protegía y cuidaba y se llevaba con ella de paseo y al cine. Cuando Paola venía a ver a mi madre y le decían que había salido con una de aquellas amigas jóvenes, se enfadaba: «¡Siempre está por ahí! ¡No está nunca en casa!».

Paola también se enfadaba cuando mi madre prestaba a Tersilla a alguna de sus amigas jóvenes. «No le debías haber prestado a Tersilla —le decía—. ¡La necesitaba yo para arreglar los abrigos de los niños!»

«¡Nuestra madre es demasiado joven! —se me quejaba Paola a veces—. ¡A mí en cambio me gustaría tener una madre vieja, gorda y con el pelo blanco! Una madre que estuviera siempre en casa y que bordase manteles

como la madre de Adriano. ¡Me daría tanta sensación de seguridad tener una madre vieja y tranquila! ¡Una madre que no tuviera tantos celos de mis amigas! ¡Yo la vendría a ver y ella estaría aquí, siempre serena, con su bordado, toda vestida de negro, y me daría buenos consejos!»

Le decía: «Si te aburres tanto, ¿por qué no aprendes a bordar? ¡Mi suegra borda! ¡Se pasa el día bordando!».

Y mi madre le contestaba: «¡Pero tu suegra es sorda! ¿Qué le voy a hacer yo si no soy sorda como tu suegra? ¡Me aburro estando siempre encerrada en casa! ¡Me apetece ir a divertirme!».

Decía: «¡Yo aprender a bordar! ¡No valgo! ¡No sé coser! ¡Cuando zurzo los calcetines de papá me salen unos puntos muy feos y después los tiene que deshacer Natalina!».

Había comenzado de nuevo a estudiar ruso ella sola y a silabear en el sofá. Y cuando Paola venía a verla, le decía frases de la gramática silabeando.

Paola decía: «¡Uf! ¡Qué pesada se pone mamá con el ruso!».

Paola también tenía celos de Miranda. Decía a mi madre: «¡Siempre vas a casa de Miranda! ¡A la mía nunca vienes!».

Miranda tuvo un niño al que llamaron Vittorio. Paola una niña en la misma época.

Paola decía que el niño de Miranda era feo. «Tiene las facciones feas y ordinarias —decía—. Parece el hijo de un ferroviario.»

Cuando mi madre iba a ver al niño de Miranda, decía: «¡Voy a ver cómo está el ferroviario!».

A mi madre le gustaban todos los niños pequeños y le gustaban también las amas.

Las amas le recordaban la época en que sus niños eran pequeños. Había tenido una colección de amas secas y de cría y le habían enseñado canciones. Cantaba por la casa y decía: «¡Esta canción era del ama de Mario! ¡Ésta era del ama de Gino!».

Arturo, el niño de Gino —que había nacido el año en que detuvieron a mi padre—, venía de vacaciones con nosotros, y también venía su ama. Cuando el ama de Arturo estaba en casa, mi madre siempre estaba charlando con ella.

Mi padre decía: «¡Estás siempre con las criadas! ¡Pones la excusa de cuidar a los niños para hablar con las criadas!».

«¡Pero Beppino, es una mujer tan simpática! ¡Es antifascista! ¡Piensa como nosotros!»

«¡Te prohíbo hablar de política con las criadas!»

A mi padre el único que le gustaba de sus nietos era Roberto. Cuando le enseñaban un nuevo nieto decía: «¡Pero es más guapo Roberto!».

No cabía duda de que al ser Roberto su primer nieto era al único que había mirado con un poco de atención.

Cuando llegaba la época de las vacaciones, mi padre alquilaba una casa, siempre la misma. Hacía años que no quería cambiar de sitio. Era una casa grande de piedra gris que daba a un prado, y estaba en Gressoney, en el término municipal de Perlotoa.

Los niños de Paola y el niño de Gino venían con nosotros. Pero al niño de Alberto, al ferroviario, lo llevaban a Bardonecchia, porque Elena, la hermana de Miranda, tenía allí una casa.

Mis padres despreciaban Bardonecchia, pero no sé por qué. Decían que no hacía sol y que era un sitio horrible. Al oírles, parecía que fue un retrete.

Mi padre decía: «¡Miranda es una tonta! ¡Podría venir aquí! Seguro que el niño estaría mejor aquí que en Bardonecchia».

Y mi madre decía: «¡Pobre ferroviario!».

El niño volvía de Bardonecchia estupendamente. Era un niño muy guapo, fuerte y rubio. No parecía en absoluto un ferroviario.

Mi padre decía: «No está nada mal. Qué raro, Bardonecchia no le ha sentado mal».

Con anterioridad habíamos ido algunos veranos a Forte dei Marmi, porque Roberto necesitaba tomar el aire del mar. Pero mi padre en el mar se encontraba a disgusto. Se ponía a leer debajo de la sombrilla vestido como en la ciudad, enfadado porque no le gustaba la gente en traje de baño. Mi madre se bañaba, pero en la orilla, porque no sabía nadar. Y mientras estaba dentro del agua disfrutaba y cogía olas. Pero después, cuando volvía a sentarse junto a mi padre, ponía también mala cara. Tenía celos de Paola, que se iba en patinete hasta alta mar y tardaba una eternidad en volver.

Paola iba a bailar por las noches a la Cabañita. Y mi padre decía: «¿Todas las noches vas a bailar? ¡Qué borrica!».

En cambio en la montaña, en la casa de Perlotoa, mi padre siempre estaba contento, lo mismo que mi madre. Paola y Piera sólo venían a hacernos breves visitas: estaban sólo los niños. Mi madre se encontraba estupendamente con los niños, Natalina y las amas.

Yo también iba a aquellos veraneos y me aburría mortalmente. Lucio y Frances ocupaban la casa contigua a la nuestra, e iban todos vestidos de blanco a jugar al tenis al pueblo.

También Adele Rasetti estaba en un hotel del pueblo: siempre igual, bajita, delgada, con la cara de color verde y estirada, idéntica a la de su hijo, y los ojos penetrantes como puntas de alfiler. Recogía insectos en su pañuelo y los ponía en un terrón de musgo encima del alféizar de su ventana.

Mi madre decía: «¡Cómo me gusta Adele!».

Su hijo trabajaba ahora en Roma, con Fermi,[69] y era un físico muy famoso.

Mi padre decía: «Siempre he dicho que Rasetti es muy inteligente, ¡pero árido! ¡Muy árido!».

Frances, con la raqueta metida en la funda y la cabeza ceñida con una cinta blanca, venía a sentarse junto a mi madre en un banco del prado. Hablaba de una cuñada suya, la mujer del tío Mario, que estaba en Argentina, y decía imitándola: *Commo no!*

Mi padre le decía: «¿Se acuerda de cuando éramos jóvenes e íbamos de excursión con Paola Carrara, y ella llamaba a los socavones "esos agujeros donde uno se cae"?».

Y mi madre decía: «¿Y te acuerdas de cuando Lucio era pequeño, y le explicábamos que en las excursiones no había que tener nunca sed, y él decía: "Tengo sed pero no lo digo"?».

Y Frances decía: *Commo no!*

«¡Lidia, no te arranques los pellejitos! —tronaba de vez en cuando mi padre—. ¡No cometas torpezas!»

Pero cuando Paola venía a ver a sus niños, mi madre se ponía de pronto inquieta y malhumorada. Seguía a Paola a cada paso que daba y la veía sacar sus cajitas de cremas para la piel. Mi madre tenía también muchas cremas, las mismas, pero nunca se acordaba de ponérselas.

«Tienes la piel toda agrietada —le decía Paola—. Cuídatela un poco. Debes ponerte una buena crema nutritiva todas las noches.»

En la montaña mi madre llevaba gruesas faldas de lana, y Paola le decía: «¡Te vistes demasiado de suiza!».

«¡Qué tristeza me dan estas montañas! —decía Paola—. ¡No las soporto!»

«¡Todos minerales! —me decía después, recordando el juego al que solíamos jugar con Mario—. Adele Rasetti es un mineral puro. ¡Yo con la gente tan mineral ya no puedo estar!»

Volvía a marcharse algunos días después, y mi padre le decía: «¿Por qué no te quedas un poco más? ¡Qué borrica eres!».

En otoño mi madre y yo fuimos a ver a Mario, que ahora vivía en un pueblecito cerca de Clermont-Ferrand. Era maestro de un internado.

Se había hecho muy amigo del director del internado y de su mujer. Decía que eran unas personas extraordinarias, cultísimas y honestas como sólo se encontraban en Francia.

En el internado tenía un cuartito con una estufa de carbón. Desde sus ventanas se veía el campo cubierto de nieve. Mario escribía largas cartas a Chiaromonte y a Cafi a París. Traducía a Herodoto y trasteaba con la estufa. Debajo de la chaqueta llevaba un jersey oscuro de cuello alto que le había hecho la mujer del director. Él, para corresponder, le había regalado a su vez un cestito de costura.

En el pueblo le conocía todo el mundo, y él se paraba a hablar con todos y le invitaban a las casas a beber «*le vin blanc*».

Mi madre decía: «¡Qué francés se ha vuelto!».

Por las noches jugaba a las cartas con el director del internado y su mujer. Escuchaba sus discursos y discutía con ellos los sistemas de enseñanza. También hablaban largo y tendido de la *soup* que habían servido en la cena, sobre si tenía o no bastante cebolla.

«¡Qué paciente se ha vuelto! —decía mi madre—. ¡Qué paciencia tiene con los de aquí! Con nosotros nunca tenía paciencia. Cuando estaba en casa nos encontraba aburridos. ¡A mí me parece que éstos son incluso más aburridos que nosotros!»

Y decía: «¡Tiene paciencia con ellos porque son franceses!».

Al final del invierno, Leone Ginzburg volvió a Turín del penitenciario de Civitavecchia, donde había cumplido su pena. Llevaba un abrigo demasiado corto y un sombrero muy usado ladeado sobre sus negros cabellos. Caminaba despacio, con las manos en los bolsillos, y escrutaba a su alrededor con sus ojos negros y penetrantes, sus labios apretados, el ceño fruncido y sus gafas con montura de concha negra, un poco caídas sobre su gran nariz.

Se fue a vivir con su hermana y su madre a un hotel situado en la zona de la avenida Francia. Era vigilado especial, es decir, debía volver al hotel apenas oscureciera, y los agentes iban a controlar si estaba.

Se pasaba las tardes con Pavese, eran amigos desde hacía muchos años. Pavese hacía poco que había vuelto del confinamiento y estaba muy triste, porque había sufrido un desengaño amoroso. Iba a ver a Leone todas las tardes. Colgaba en el perchero su bufanda lila y su abrigo y se sentaba a la mesa. Leone se acomodaba en el sofá, apoyando el codo en la pared.

Pavese explicaba que no iba allí por valentía, porque él no era nada valiente, y tampoco por espíritu de sacrificio. Iba porque si no no habría sabido cómo pasar las tardes, y no soportaba pasarlas solo.

Y explicaba que no iba allí para oír hablar de política, pues a él la política «le importaba un bledo».

Unas veces fumaba en pipa toda la tarde en silencio y otras contaba sus cosas, enrollándose el pelo alrededor de los dedos.

Leone… Su capacidad de escuchar era inmensa. Sabía escuchar a los demás con gran atención, incluso cuando estaba profundamente ensimismado pensando en sí mismo.

Después la hermana de Leone les servía el té. Ella y su madre le habían enseñado a Pavese a decir en ruso: «A mí me gusta el té con azúcar y limón».

A medianoche, Pavese cogía su bufanda del perchero, se la echaba rápidamente al cuello y cogía el abrigo. Se iba por la avenida Francia, alto, pálido, con las solapas levantadas, la pipa apagada entre sus dientes blancos y fuertes, su paso largo y rápido y su huraña espalda.

Leone aún se quedaba un buen rato de pie junto a la estantería, sacaba un libro y comenzaba a hojearlo, y leía como al azar durante mucho tiempo, con el ceño fruncido. Se quedaba leyendo así, como al azar, hasta las tres.

Leone empezó a trabajar con un editor amigo suyo.[70] Eran sólo él, el editor, un almacenista y una dactilógrafa, la señorita Coppa.[71] El editor era un joven sonrosado y tímido, y se sonrojaba con frecuencia. Pero cuando llamaba a la dactilógrafa lanzaba un grito salvaje: «¡Coppaaaa!». Trataron de convencer a Pavese para que trabajara con ellos. Pavese se resistía y decía: «¡Me importa un bledo!».

Decía: «No necesito un sueldo. No tengo que mantener a nadie. A mí me basta con tener un plato de sopa y tabaco».

Tenía una suplencia en un liceo. Ganaba poco, pero le bastaba.

Además, traducía del inglés. Había traducido *Moby Dick*. Decía que lo había hecho por gusto. Le habían pagado, pero lo hubiera hecho incluso a cambio de nada, es más, él mismo habría pagado por poder traducirlo.

Escribía poemas. Sus poemas tenían un ritmo lento, arrastrado, perezoso, una especie de amarga cantilena. El mundo de sus poemas era Turín, el Po, las colinas, la niebla y los mesones.

Al final se convenció y entró también a trabajar con Leone en aquella pequeña editorial.

Se convirtió en un empleado puntilloso y meticuloso que gruñía contra los otros dos porque llegaban tarde por la mañana y se iban a comer a las tres. Él defendía un horario distinto: empezaba temprano y se iba a la una en punto, porque a esa hora la hermana con la que vivía llevaba la sopa a la mesa.

Leone y el editor de vez en cuando se peleaban y no se hablaban durante algunos días. Después se escribían largas cartas y se reconciliaban. A Pavese «le importaba un bledo».

Leone… Su verdadera pasión era la política. Sin embargo, además de esta vocación, fundamental para él, tenía otras pasiones: la poesía, la filología y la historia.

Había venido a Italia de niño y hablaba el italiano tan bien como el ruso, pero en su casa hablaba siempre en ruso con su hermana y su madre. Ellas salían poco y nunca veían a nadie. Y él les contaba detalladamente todo lo que había hecho y a todas las personas a las que había visto durante el día.

Antes de ir a la cárcel le gustaba frecuentar los salones. A pesar de su ligero tartamudeo, era un brillante conversador. Y aunque siempre estaba profundamente ensimismado pensando en graves asuntos, estaba dispuesto sin embargo a escuchar los chismes de la gente, aun los más frívolos, porque sentía curiosidad por las personas y poseía además una gran memoria que retenía incluso las mayores frivolidades.

Pero cuando volvió de la cárcel ya no le invitaban a los salones y la gente le evitaba, pues ahora era conocido en Turín como un peligroso conspirador. No le importaba en absoluto, parecía haber olvidado por completo aquellos salones.

Leone y yo nos casamos y nos fuimos a vivir a la casa de la calle Pallamaglio.

Cuando mi madre le dijo a mi padre que Leone quería casarse conmigo, él montó la misma bronca que solía montar siempre con todas nuestras bodas. Esta vez no dijo que Leone era feo. Dijo: «¡No tiene una posición estable!».

Leone ciertamente no tenía una posición estable, al contrario, era muy insegura. Podían volver a detenerlo y a encarcelarlo. Podían confinarlo bajo cualquier pretexto. Pero mi madre dijo que si acababa el fascismo, Leone se convertiría en un gran político. Además, aunque la editorial en la que trabajaba fuera muy pequeña y pobre, estaba llena de energías que presagiaban un futuro prometedor.

Dijo mi madre: «¡También imprimen los libros de Salvatorelli!».

El nombre de Salvatorelli estaba dotado de poderes mágicos para mis padres. Cuando mi padre oía este nombre se volvía benévolo y pacífico.

Me casé, e, inmediatamente después de casarme, mi padre decía cuando hablaba de mí con desconocidos: «Mi hija Ginzburg». Porque estaba siempre dispuestísimo a definir los cambios de situación, y solía dar enseguida el apellido del marido a las mujeres que se casaban. Tenía dos asistentes, un hombre y una mujer; él se llamaba Olivo y ella Porta. Olivo y Porta se casaron más tarde, pero nosotros seguíamos llamándolos «Olivo y Porta», y mi padre siempre se enfadaba: «¡Ya no es Porta! ¡Llamadla Olivo!».

El hijo de Giua, aquel chico pálido de ojos brillantes que en París estaba siempre con Mario, había muerto en combate, en España. Su padre, en la cárcel de Civitavecchia, corría el peligro de quedarse ciego a causa de un tracoma.

La señora Giua venía con frecuencia a ver a mi madre: se habían conocido en casa de Paola Carrara y se habían hecho amigas. Decidieron tutearse, pero mi madre siguió llamándola «señora Giua», y le decía: «Tú, señora Giua», porque lo había hecho así desde un principio y le resultaba difícil cambiar.

La señora Giua venía con su hija, que se llamaba Lisetta y era unos siete años más joven que yo.

Lisetta era idéntica a su hermano Renzo: alta, delgada, pálida, esbelta, con los ojos brillantes, el pelo corto y un mechón cayéndole sobre la frente. Salíamos juntas en bicicleta, y me contó que a veces veía en el liceo

D'Azeglio a un antiguo compañero de escuela de su hermano Renzo, que iba a buscarla, le prestaba los libros de Croce,[72] y era muy inteligente.

Así es como yo oí hablar de Balbo[73] por primera vez. «Es conde», me dijo Lisetta. Me lo mostró en una ocasión por la calle, en la avenida Re Umberto; era bajito y tenía la nariz roja. Balbo se convertiría muchos años después en mi mejor amigo, pero yo entonces no lo sabía, y miré sin ningún interés a aquel conde bajito que prestaba a Lisetta los libros de Croce.

A veces veía pasar por la avenida Re Umberto a una chica que me parecía odiosa y guapísima, con un rostro como esculpido en bronce, una naricita aquilina que cortaba el aire, los ojos entrecerrados y una forma de caminar lenta y altanera. Le pregunté a Lisetta si sabía quién era. «Ésa —me dijo Lisetta— es una del D'Azeglio que sabe mucho de montañismo y se da muchos aires.» «Es odiosa —dije—, odiosa y muy guapa.» La chica odiosa vivía en una bocacalle de la avenida, en un piso bajo. Y yo la veía a veces durante el verano asomada a la ventana, mirándome con los ojos semicerrados, un mohín de desdén y disgusto, el pelo oscuro cortado a tazón alrededor de sus bronceadas mejillas, y la expresión aburrida y misteriosa.

Le dije a Lisetta: «¡Tiene cara de bofetada!».

Durante muchos años, mientras estuve lejos de Turín, conservé la imagen de aquella cara de bofetada. Y cuando más tarde me dijeron que la «cara de bofetada» estaba empleada en la editorial, y que trabajaba con Pavese y con el editor, me sorprendió que una chica tan soberbia y desdeñosa se hubiera dignado a tratarse con personas tan humildes y tan cercanas a mí. Después supe que había sido detenida con un grupo de conspiradores, y todavía me quedé más extrañada. Pero debían pasar aún muchos años antes de que nos volviéramos a ver, y antes de que ella, la «cara de bofetada», se convirtiera en mi amiga más querida.

Lisetta, además de leer los libros de Croce, leía también las novelas de Salgari. En aquella época debía de tener catorce años, una edad en la que se va y se viene continua, incesantemente, de la madurez a la infancia. Yo había leído las novelas de Salgari, pero ya las había olvidado, y Lisetta me las contaba cuando dejábamos las bicicletas en la hierba y nos sentábamos a descansar en el campo. En sus sueños y en sus conversaciones se entremezclaban marajás indios, flechas envenenadas, los fascistas y aquel conde bajito llamado Balbo que iba a verla los domingos y le llevaba los libros de Croce. Y yo la escuchaba entre divertida y distraída. En cuanto a mí, de Croce no había leído nada, excepto *La letteratura della nuova Italia*, o mejor dicho, de *La letteratura della nuova Italia* sólo había leído los resúmenes de las novelas y las citas. Pero cuando tenía trece años había escrito a Croce una carta enviándole algunas de mis poesías, y él me había contestado con mucha educación explicándome muy amablemente que mis poesías no eran demasiado bonitas.

Me guardaba mucho de confesar a Lisetta que no conocía los libros de Croce, porque, en vista de la admiración que me tenía, no quería desilusionarla. Y me tranquilizaba el pensar que, aunque yo no había leído a Croce, Leone se lo había leído todo, desde el principio hasta el final.

El fascismo no tenía aspecto de ir a acabar pronto. Al contrario, parecía que no iba a acabar nunca.

Los hermanos Rosselli habían sido asesinados en Bagnoles-de-l'Orne.

Desde hacía algunos años Turín estaba llena de judíos alemanes huidos de Alemania. Incluso mi padre tenía a algunos como asistentes en su laboratorio.

Eran unos apátridas. Seguramente, dentro de poco, nosotros figuraríamos entre el gran número de los apátridas, obligados a ir de un país a otro, de una comisaría a otra, sin trabajo ni raíces, sin familia, sin casa.

Cuando llevaba algún tiempo casada, Alberto me preguntó: «¿Te sientes más rica o más pobre, ahora que te has casado?».

«Más rica», contesté.

«¡Yo también! ¡Y pensar que sin embargo somos más pobres!»

Yo compraba la comida, y me parecía que todo costaba poco. Me extrañaba, porque siempre había oído decir que los precios estaban por las nubes. Sólo a veces, a final de mes, me quedaba sin un céntimo, porque, de treinta en treinta céntimos, me había gastado todo el dinero que tenía.

Ahora me alegraba que nos invitaran a comer, aunque fueran personas que no me gustaban. Me alegraba poder comer, muy de vez en cuando, alimentos imprevistos y gratuitos que yo no había pensado, comprado ni visto cocinar.

Tenía una criada que se llamaba Martina. Me resultaba muy simpática, pero yo pensaba: «¿Limpiará bien? ¿Quitará bien el polvo?».

Debido a mi total falta de experiencia, no conseguía comprender si mi casa estaba limpia o no.

Cuando iba a visitar a Paola o a mi madre, veía en sus casas vestidos colgados en el cuarto de la plancha preparados para cepillarlos y quitarles las manchas con gasolina. Y me preguntaba preocupada: «¿Cepillará alguna vez Martina nuestros vestidos y les quitará las manchas?». En la cocina de nuestra casa había un cepillo y una botellita de gasolina tapada con un trapo, pero siempre estaba llena, no veía que Martina la utilizase jamás.

A veces quería decir a Martina que hiciera limpiezas generales en casa como veía hacer en casa de mi madre, cuando Natalina, con un turbante en la cabeza como un pirata, ponía boca arriba los muebles y los

sacudía con los zorros. Pero nunca encontraba el momento oportuno de dar órdenes a Martina. Yo era tímida con ella, que a su vez también era timidísima, además de dulce.

Cuando me cruzaba con ella por el pasillo, intercambiábamos largas y cariñosas sonrisas, pero siempre dejaba para otro día mi propósito de sugerirle limpiezas generales. No me atrevía a darle ninguna orden, yo que de niña, en casa de mi madre, daba órdenes con indiferencia y expresaba a cada momento mi voluntad. Recordaba que cuando veraneábamos en la montaña hacía que me trajeran al dormitorio todas las mañanas grandes cubos y jarras de agua caliente, porque como no había baño me lavaba en mi cuarto en una especie de baño de asiento. Mi padre decía que había que lavarse con agua fría, pero ninguno de nosotros, excepto mi madre, teníamos la costumbre de hacerlo, es más, todos nosotros lo odiábamos desde nuestra más tierna infancia sólo por llevar la contraria.

Ahora me sorprendía haber podido obligar a Natalina a que calentara agua en la estufa de leña y a que subiera las escaleras con aquellos grandes cubos. A Martina ni siquiera me habría atrevido a ordenarle que me trajera un vaso de agua. Al casarme, había descubierto de pronto el cansancio y el trabajo y me había entrado una pereza que debilitaba mi voluntad y anquilosaba en mi pensamiento a las personas que me rodeaban. Por lo cual, sólo soñaba con una inercia absoluta a mi alrededor, y estudiaba cómo ordenar a Martina comidas que fueran rápidas de preparar y con las que se ensuciaran pocos cacharros. También había descubierto el dinero: no es que me hubiera vuelto avara —he sido siempre una manirrota como mi madre—, pero detrás de las cosas había identificado la presencia del dinero como una cansada y tortuosa complicación que, siguiendo el rastro de los treinta céntimos, podía llevar quién sabe dónde, a qué destino ignoto. Y esto también me producía una sensación de cansancio, de pereza y de languidez. Sin embargo, cuando tenía dinero en las manos, me lo gastaba enseguida, arrepintiéndome inmediatamente después.

Había tenido tres amigas en mi adolescencia. Mi familia llamaba a estas tres amigas mías «las niñas góticas». Niñas góticas significaba en el lenguaje de mi madre chiquillas ñoñas y vestidas de perifollos. A mí me parecía que aquellas amigas mías no eran ni tan gesticuleras ni tan emperifolladas; pero mi madre las llamaba así para referirse a una época de mi infancia y a algunas niñas gesticuleras y emperifolladas que entonces debían de jugar conmigo. «¿Dónde está Natalia?» «¡Está en casa de las niñas góticas!», decían siempre en mi casa. Tenía aquellas amigas desde los años del liceo, y antes de casarme, me pasaba el día entero con ellas. Eran pobres. Una de las cosas que más debían de atraerme de ellas era su pobreza, que yo no conocía, pero que me gustaba y habría querido conocer. Después de casarme seguí yendo con aquellas tres chicas, pero un poco menos. Se me pasaban los días sin ir a verlas, y ellas solían echármelo en cara, aun comprendiendo que era inevitable que así fuera. Pero de vez en cuando me gustaba verlas, porque me devolvían por un momento a mi adolescencia, que sentía huir a mis espaldas.

Mis tres amigas vivían por varias razones en una abierta discordia con la sociedad. Ésta se configuraba a sus ojos como la vida fácil, ordenada, burguesa, hecha de horarios regulares, de curas reconstituyentes y de estudios sistemáticos y controlados dentro de la familia. Yo, antes de casarme, llevaba esta vida fácil y gozaba de muchos de sus privilegios, pero no me gustaba y aspiraba a salir de ella. Con aquellas amigas mías buscaba los lugares más tristes de la ciudad para nuestras reuniones: los más desolados parques públicos, las lecherías más sórdidas, los cines más sucios, los cafés más desnudos y desiertos. Y en el fondo de aquellas sórdidas penumbras o en aquellos fríos bancos nos sentíamos como en un barco que hubiera roto las amarras y navegara a la deriva.

Dos de aquellas niñas góticas eran hermanas y vivían solas con un padre viejo que había sido riquísimo en el pasado, pero que se había arruinado y siempre se traía muchos trajines con los abogados por un pleito. Siempre estaba absorto escribiendo largos memoriales y yendo y viniendo entre Turín y Sassi, porque allí conservaba aún una pequeña propiedad. Cocinaba complicados platos judíos que a sus hijas no les gustaban. Este padre viejo vivía sin saber nada de lo que sus hijas hacían que, por otro lado, no era nada extraordinario, porque se habían creado un código de vida en el cual la autoridad paterna, que sólo consistía en algún grito ocasional y triste, no tenía el más mínimo peso. Eran dos chicas altas, guapas, morenas y lozanas: una era perezosa y siempre estaba tumbada en la cama y la otra, enérgica y decidida. La perezosa trataba a su padre con una bondadosa impaciencia. La otra lo trataba con una impaciencia tajante y altanera.

La perezosa tenía ojos rasgados, de mora, rizos negros y suaves, tendencia a la obesidad y una gran afición por los colgantes y por los pendientes; y aunque afirmaba detestar su obesidad, no hacía nada para combatirla, y, con su obesidad y todo, estaba profundamente alegre y serena; y solía decir de sí misma con una sonrisa que le descubría unos dientes blancos, grandes y salidos: *Nigra sum, sed formosa.*[74] La otra era delgada, y quería serlo todavía más mientras examinaba preocupada sus piernas, fuertes como columnas, delante del espejo; pues dentro de su delgadez, conquistada a fuerza de voluntad, seguía teniendo las caderas anchas y un sólido y fuerte esqueleto. Si tenía una cita con un chico que le importaba algo, no comía o sólo se tomaba una manzana, porque se hacía ella misma los vestidos, y eran tan estrechos que temía que se le desgarraran si tomaba una comida completa. Dedicaba a aquellos vestidos una atención meticulosa y nerviosa, con la frente arrugada y la boca llena de alfileres. Y quería que fueran lo más sencillos y sobrios posible, porque, además de su obesidad, odiaba la tendencia de su hermana a vestirse con sedas llamativas.

El padre, cada vez que salía, solía dejar encima de la mesa de la cocina largas cartas recriminatorias, escritas con su afilada letra notarial, contra la criada, «que había recibido a su novio con la gracia de medio melón desaparecido que verifiqué esta noche», o contra la campesina de Sassi, que había dejado morir por

incuria a unos conejos «pequeños y graciosos», o contra una vecina, que se había ofendido por una manta que ellos le habían pedido prestada y que le habían devuelto chamuscada, «la había reprobado y no había tenido para nada palabras de protección».

Las chicas se veían con prófugos judíos alemanes, con los que a veces compartían aquellas oscuras comidas que su padre solía cocinar y que dejaba en la cocina, en cacerolas negras y anchas. Yo veía a veces en su casa a aquellos estudiantes que vivían al día y no sabían lo que harían el mes siguiente, si conseguirían marcharse a Palestina o si se reunirían con algún primo desconocido en América. Aquella casa siempre abierta a todo el mundo, con su estrecho y oscuro pasillo en el que uno se tropezaba con la bicicleta del padre, con su salón lleno de muebles fastuosos y estropeados, de lámparas hebreas y de manzanitas rosa de la propiedad de Sassi extendidas en el suelo sobre viejas alfombras, ejercía en mí una fascinación profunda y constante. A veces se veía al viejo padre por las escaleras o por el pasillo, siempre absorto en sus trajines de abogados y de papeles timbrados y continuamente atareado en transportar escaleras arriba y abajo cestas llenas de manzanas y de pimientos. Solía hablarnos en piamontés de su pleito, mientras se atusaba su descuidada barba gris, y, levantándose el sombrero, secaba su noble frente de viejo profeta, y sus hijas, impacientes, le decían que se fuera a su habitación.

Normalmente en aquella casa se sucedían mujeres de servicio espectrales e idiotas a las que no se las dejaba cocinar, porque el padre quería reinar él solo en las comidas. No se entendía muy bien lo que hacían allí, pues tampoco les dejaban barrer el salón para que no rompieran las lámparas hebreas y para que no robaran las manzanas. Por otra parte, las iban despidiendo una tras otra después de algunas semanas, y las sustituían por otras no menos idiotas y espectrales.

La casa estaba en la calle Governolo. Fue destruida durante la guerra, y cuando, una vez finalizada ésta, volví a Turín, fui a visitarla. Sólo quedaba un montón de ruinas en el viejo patio y el pasamanos de las escaleras despanzurradas, aquellas escaleras por donde el viejo padre subía y bajaba con la bicicleta y los cestos. El viejo padre había muerto hacía tiempo, durante la guerra, pero antes de la ocupación alemana. Cayó enfermo y fue ingresado en el hospital judío, adonde se llevó un pollo que esperaba que le permitieran cocinar. Murió solo, porque una de las hijas vivía en África, donde se había casado, y la otra, la decidida, vivía en Roma, donde estudiaba Derecho.

Mi otra amiga se llamaba Marisa, y vivía al final de la avenida Re Umberto, en un punto donde la avenida formaba una especie de descampado con hierba, donde acababan los paseos y estaban los finales de trayecto de los tranvías. Era bajita y graciosa, y no hacía más que fumar y tejerse bonitos gorritos de lana que se ponía después con mucha gracia sobre su cabeza pelirroja llena de rizos. También se hacía jerséis. «Me havé un bonito pullovev», decía con su defecto de pronunciación, y tenía muchos de estos «bonitos pullovers» de cuello alto y vuelto, que llevaba debajo de su abrigo de pelo de camello. Tuvo una infancia de niña rica, pasó temporadas en estaciones termales y en hoteles de lujo, y bailó en los balnearios siendo prácticamente una niña. Después su familia se arruinó. Ella conservaba de aquella vida reciente, pero ya antigua, un recuerdo cariñoso y al mismo tiempo irónico, totalmente ajeno a la amargura o el pesar. Tenía un carácter indolente, confiado y sereno.

Durante la ocupación alemana, Marisa fue partisana y demostró un valor extraordinario que nadie hubiera sospechado en aquella chiquilla perezosa y frágil. Más tarde se hizo funcionaria del partido comunista, al que consagró su vida, pero permaneció en la sombra, porque carecía de cualquier tipo de ambición y era modesta, humilde y generosa. Sólo hablaba de temas relacionados con el partido, decía «el pavtido» con su defecto de pronunciación, y lo decía con el mismo tono de espera serena y confiada con el que decía: «Me havé un bonito pullovev». Nunca quiso casarse, porque le pareció que ningún hombre coincidía con el ideal que ella tenía y que conservaba con el tiempo, un hombre al que no sabía describir, pero cuyas señas eran inconfundibles en su imaginación.

Aquellas tres amigas mías eran judías. En Italia comenzó la persecución racial, pero ellas, al ir con aquellos judíos extranjeros, se habían preparado inconscientemente para un futuro incierto. Por otra parte, eran tan irreflexivas que aceptaban esta situación sin el más mínimo temor. Ellas y yo íbamos todavía a la universidad, pero, excepto la enérgica y decidida, estudiábamos con desorden y sin ningún interés.

Al comenzar la persecución racial, el viejo padre de mis dos amigas de la calle Governolo recibió un formulario en el que estaba escrito lo siguiente: «Señalar condecoraciones y méritos especiales». Respondió de esta forma:

«En 1911 formé parte del club de los “rari nantes”[75] y me tiré al Po en pleno invierno.

»Con ocasión de ciertos trabajos efectuados en mi casa, el ingeniero Casella me nombró maestro albañil».

Mi madre no sentía tantos celos de mis amigas como de las de Paola. Ni sufrió tanto cuando me casé como sufrió y lloró cuando se casó Paola. Tampoco tenía conmigo una relación de igual a igual, pero en cambio era maternal y protectora, y no me echó de menos en casa, porque yo, como decía ella siempre, «no le daba cordel», y porque, al haber envejecido, ya se había resignado al vacío que dejan los hijos cuando se van, y había defendido y acolchado su vida para no sentir demasiado el golpe de aquella separación.

Parecía que los únicos optimistas que quedaban en el mundo eran Adriano y mi madre. Paola Carrara, enfadada en su salón, seguía invitando a Salvatorelli por las noches, esperando de él, inútilmente, palabras de

esperanza. Salvatorelli se mostraba sombrío. Todos estaban cada vez más sombríos y tétricos, y ya no se decían los unos a los otros palabras de esperanza. Por todas partes se sentía un oscuro miedo.

Sin embargo, Adriano sabía «por su informador» que al fascismo le quedaba poca vida. A mi madre le alegraba escucharle y aplaudía; pero a veces tenía la sospecha de que ese famoso informador era en realidad una quiromántica. Adriano solía consultar a algunas quirománticas, tenía una en cada ciudad donde iba, y decía que algunas eran excelentes y que habían adivinado cosas de su pasado. Algunas incluso leían el pensamiento. Por otra parte, Adriano consideraba bastante normal el hecho de que la gente «leyese el pensamiento». Si hablaba de algo que su padre sabía y le preguntaban cómo había hecho éste para enterarse, respondía tranquilamente: «Lo ha leído en el pensamiento». Mi madre siempre recibía a Adriano con una enorme alegría, porque lo quería y porque siempre esperaba de él noticias que alimentaran su optimismo. Adriano solía pronosticar para todos nosotros el más alto y afortunado destino. Leone llegaría a ser, decía, un excelente hombre de gobierno. «¡Qué bien! —decía mi madre uniendo sus manos como si ya hubiera sucedido —. ¿Llegará a ser presidente del gobierno? ¿Y Mario? —preguntaba—. ¿Mario, qué llegará a ser?» Adriano, sobre Mario, tenía proyectos más modestos. No sentía demasiada simpatía por él, decía que tenía demasiado espíritu crítico. Y también consideraba que había hecho mal en separarse del grupo de Rosselli. Y puede que, inconscientemente, le guardara rencor por haberse colocado en la fábrica, muchos años antes, para enseguida conspirar, ser detenido y huir. «¿Y Gino? ¿Y Alberto?», continuaba preguntando mi madre, y Adriano, pacientemente, emitía sus pronósticos.

Mi madre no creía en los quirománticos, pero todas las mañanas, mientras tomaba en bata su café en el comedor, hacía muchos *solitaires*. Decía: «Veamos si Leone llega a ser un importante hombre de gobierno. Veamos si Alberto llega a ser un médico importante. Veamos si alguien me regala una bonita casa con jardín». No estaba muy claro quién debía regalarle una bonita casa con jardín; mi padre, claramente, no, porque estaba siempre preocupado por el dinero, y ahora, con la persecución racial, le parecía que volvía a tener poquísimo. «Veamos si el fascismo dura mucho tiempo», decía mi madre mientras barajaba las cartas, sacudía su pelo gris, siempre mojado por las mañanas, y se servía más café.

Los Lopez se habían marchado a Argentina al iniciarse la persecución racial. Todos los judíos que conocíamos se habían marchado o se disponían a hacerlo. Nicola, el hermano de Leone, había emigrado con su mujer a América. Allí tenían un tío, el tío Kahn, un viejo tío al que nunca habían visto, porque se había marchado de Rusia cuando era aún un chiquillo. A veces Leone y yo hablábamos de irnos también «a América, a casa del tío Kahn». Pero nos habían quitado el pasaporte a los dos. Él había perdido la nacionalidad italiana, se había convertido en un apátrida. «¡Si tuviéramos el pasaporte Nansen! —decía yo siempre—. ¡Si tuviéramos el pasaporte Nansen!» Era un pasaporte especial que concedían a algunos apátridas importantes. En una ocasión me habían hablado de él. Tener el pasaporte Nansen me parecía lo mejor del mundo, y, sin embargo, ni él ni yo nos hubiéramos querido marchar de Italia. Cuando todavía le hubiera sido posible hacerlo, le ofrecieron trabajar en París en el grupo que antes era de Rosselli. Lo rechazó. No quería convertirse en un exiliado, en un desterrado.

Pero pensábamos en los desterrados de París como si fueran seres maravillosos, milagrosos, y nos parecía extraordinario el hecho de que allí alguien pudiera verles por la calle, tocarles y estrecharles las manos. Yo no veía a Mario desde hacía años, no sabía cuándo lo volvería a ver. Él también formaba parte de aquella gente maravillosa. Además, estaban Garosci,[76] Lussu,[77] Chiaromonte y Cafi. Excepto a Chiaromonte, a quien había conocido en la costa por medio de Paola, a los demás nunca les había visto. París estaba allí, no demasiado lejos, pensaba mientras iba por la avenida. Imaginaba que estaba justo al final de la avenida, al otro lado de las montañas, en aquel velo de neblinas azules. Y, sin embargo, un abismo nos separaba de París, un abismo.

Igual de inalcanzables y de milagrosos nos parecían los que se hallaban en la cárcel: Bauer y Rossi, Vinciguerra y Vittorio parecían cada vez más lejanos, parecían hundirse en una lejanía cada vez más oscura, semejante a la lejanía de los muertos. ¿Era posible que en un pasado aún tan cercano Vittorio caminara por la avenida Re Umberto con su prominente barbilla? ¿Era posible que hubiéramos jugado con él y con Mario al juego de los vegetales y de los minerales?

Mi padre también había perdido la cátedra. Le invitaron a Lieja, a trabajar en un instituto. Se marchó, y lo acompañó mi madre.

Mi madre estuvo en Bélgica durante algunos meses, pero estaba tristísima y escribía cartas desesperadas. En Lieja llovía siempre. «¡Endiablada Lieja! —decía mi madre—. ¡Endiablada Bélgica!» Mario le escribió desde París diciéndole que Baudelaire tampoco podía soportar Bélgica. A mi madre no le gustaba demasiado Baudelaire, su poeta era Paul Verlaine, pero inmediatamente sintió una gran simpatía por Baudelaire. En cambio mi padre trabajaba a gusto en Lieja y tenía hasta a un joven alumno que se llamaba Chèvremont.

«Excepto Chèvremont y la dueña de la casa, los belgas no me gustan», dijo mi madre al regresar a Italia.

Regresó a su vida de siempre. Me venía a ver, iba a ver a Miranda y a Paola Carrara, e iba al cine. Paola, mi hermana, había alquilado un apartamento en París y pasaba los inviernos allí.

«Ahora que no está Beppino y estoy sola ahorraré —decía mi madre a cada momento, porque se sentía pobre—. Comeré poco, una sopita, una chuleta, una pieza de fruta.»

Recitaba este menú todos los días. Creo que le gustaba decir «una pieza de fruta» porque le daba la sensación de frugalidad. Solía comprar siempre unas manzanas que en Turín llamaban *carpandue*. Decía «son *carpandue*» como decía de un jersey «es de Neuberg», y «¡es del señor Belom!» de un abrigo. Y cuando mi padre se quejaba de las manzanas que traían a la mesa porque le parecía que estaban malas, mi madre decía sorprendida: «¿Malas? ¡Son *carpandue*!».

«No sé por qué me gusta tanto gastar», suspiraba a veces mi madre. No conseguía ceñirse al plan de ahorro que se imponía. Por las mañanas, después de los *solitaires*, hacía cuentas con Natalina en el comedor, y las dos se peleaban, porque a Natalina también le gustaba gastar, era una manirrota. Según mi madre, cuando Natalina hacía la comida, la hacía también para los pobres de la parroquia.

«¡Ayer hiciste un plato de carne con el que había hasta para los pobres de la parroquia!», decía. «Si hago poco él me regaña, si hago de más él me regaña, ayer él me dijo que vendría Tersilla», decía Natalina moviendo sus gordos labios y gesticulando nerviosa. «¡Estate quieta! ¡No agites las manos! Llevas el delantal sucio, ¿por qué no te lo cambias? Con todos los delantales que te he comprado tienes hasta para los pobres de la parroquia.»

«Oh, pobre Lidia —suspiraba mi madre barajando las cartas y sirviéndose más café—. Me has hecho un café que es una bazofia. ¿No podrías hacerlo más fuerte?» «Es la maquinita, que no es buena. Si él me comprase otra maquinita… Se lo he dicho cien mil veces, ésta tiene los agujeros demasiado gordos, pasa demasiado rápido; en cambio él debe pasar despacio, él es delicado, el café.»

«¡Cómo me gustaría ser un rey jovencito!», decía mi madre con un suspiro y una sonrisa, porque las cosas que más le seducían del mundo eran el poder y la infancia, pero le gustaban las dos juntas, de tal modo que la segunda suavizase a la primera con su gracia, y la primera enriqueciera a la segunda con su autonomía y prestigio. «¡Pero mira en qué "vieja" más fea me he convertido!», decía al ponerse el sombrero delante del espejo, sombrero que se ponía sencillamente porque se lo había comprado y le había costado muy caro, pero que se quitaría en la primera esquina nada más salir a la calle. «¡Y pensar que me gustaba tanto ser joven! ¡Hoy me parece que tengo cuarenta años!», decía a Natalina en la puerta de la calle. «Él tiene más de cuarenta, él tiene casi sesenta, porque tiene seis años más que yo», decía Natalina blandiendo la escoba amenazadoramente, porque solía hablar siempre en un tono nervioso y con una expresión amenazadora. «Con ese pañuelo —le decía mi madre—, no pareces Luis XI, pareces Marat.» Y se iba de casa.

Pasaba a ver a Miranda, y se la encontraba dando vueltas por la casa, cansada, exangüe, con su pelo rubio cayéndole sobre las mejillas: parecía la superviviente de un naufragio.

«¡Pero lávate la cara con agua fresca! ¡Pero vente de paseo!», le decía mi madre.

Para mi madre, el agua fresca era un remedio infalible contra la pereza, las tristezas y el malhumor. Ella misma se lavaba la cara con «agua fresca» varias veces al día.

«Gasto poco. Natalina y yo solas gastamos poco. Una sopita, una chuleta, una pieza de fruta», recitaba mi madre. «¿Que gastas poco? ¡Con lo gastadora que eres! —decía Miranda. Y añadía—: Yo he comprado un pollo para hoy. El pollo me parece conveniente.» Miranda decía «el pollo» con una entonación especial, con una cantilena arrastrada y nasal que utilizaba cuando comparaba las costumbres de su casa con las nuestras y cuando sentía con respecto a nosotros una sensación de superioridad. «Además estar sola como estás tú, además tener a Alberto, que nunca está satisfecho», continuaba Miranda, que decía siempre «además» en lugar de «es distinto» cuando quería comparar dos situaciones diversas.

Mi padre permaneció en Bélgica dos años. Durante esos dos años sucedieron muchas cosas.

Al principio mi madre iba a verlo de vez en cuando, pero, además de que Bélgica la entristecía, siempre temía que los acontecimientos internacionales «la separaran» de Italia y de mí. Mi madre albergaba hacia mí un sentimiento protector que no albergaba hacia sus otros hijos, quizá porque yo era la más pequeña. Y cuando nacieron mis niños extendió hacia ellos el mismo sentimiento protector. Además, siempre le parecía que yo corría peligro, porque de vez en cuando detenían a Leone. Lo detenían por precaución cada vez que venía a Turín alguna autoridad política o el rey. Lo retenían en la cárcel durante tres o cuatro días, y después, en cuanto se marchaba aquella autoridad, lo soltaban; y Leone volvía a casa con sus mejillas oscurecidas por la barba y con un paquete de ropa interior bajo el brazo. «¡Endiablado rey! ¡Que se quede un poco en su casa!», decía mi madre. El rey normalmente le hacía gracia y no le resultaba antipático; le gustaba que tuviera las piernas tan cortas y tan torcidas y que fuera tan arisco, pero le molestaba que detuvieran a Leone cada vez «por culpa de aquel tonto». En cuanto a la reina Elena, no la podía soportar. «¡Una guapetona! —término para ella despreciativo—. ¡Una pueblerina! ¡Una estúpida!»

Mis dos hijos nacieron con un año de diferencia, mientras mi padre estaba en Bélgica. Mi madre, junto con Natalina, dejó su casa y se vino a vivir conmigo.

«¡Estoy de nuevo en la calle Pallamaglio! —dijo mi madre—. Pero ahora me parece un poco menos fea, quizá porque la comparo con Bélgica. ¡Lieja es peor que la calle Pallamaglio!»

Mis dos hijos le gustaban mucho: «Me gustan los dos, no sabría a cuál escoger», como si estuviera obligada a escoger a alguno de los dos. «¡Hoy está guapísimo!», decía, y yo preguntaba: «¿Cuál?». «¿Cuál? ¡El mío!», decía mi madre, y yo seguía sin comprender a cuál de los dos se refería, porque cambiaba su predilección del uno al otro a cada momento. Natalina, por su parte, decía «ella» para referirse a cualquiera de los dos niños,

porque ambos eran varones. Decía: «A ella no hay que despertarlo, se queda raro si se le despierta; a ella después hay que estarlo paseando dos horas, porque se queda raro».

Como yo me fatigaba con aquellos dos niños pequeños y Natalina era demasiado descuidada y nerviosa para ocuparse de ellos, mi madre me aconsejó que cogiera a un ama seca. Ella misma escribió a algunas de sus antiguas amas de la Toscana, con las que seguía manteniendo relación. Y el ama vino, pero precisamente en los días en que los alemanes habían invadido Bélgica, por lo cual todos estábamos angustiados y poco dispuestos a hacer caso a un ama y a sus exigencias de delantales bordados y de faldas acampanadas. Pero mi madre, a pesar de estar angustiada por mi padre, del que no tenía noticias, encontró el modo de comprar los delantales y hasta de alegrarse viendo a la gran ama toscana con su larga falda haciendo «frufrú» dando vueltas por la casa. Yo en cambio me sentía muy a disgusto con aquella ama, y echaba de menos a mi antigua Martina, que había vuelto a su pueblo de Liguria porque no se llevaba bien con Natalina. Me sentía a disgusto porque siempre tenía miedo de perder a aquella ama, miedo de que por nuestras modestas costumbres nos juzgase indignos de ella. Y además, aquella ama grande con sus delantales bordados y sus mangas de farol me recordaba lo precario de mi situación, me recordaba que era pobre y que sin la ayuda de mi madre no habría podido tener un ama. Y me parecía ser la Nancy de *Los devoradores*,[78] cuando ve desde la ventana a su niña caminando de la mano de la suntuosa ama por el paseo y ya sabe que han perdido todo su dinero en el casino.

Cuando la invasión de Bélgica nosotros estábamos asustados, pero aún confiábamos en que el avance alemán se detuviera; y por la noche escuchábamos la radio francesa, esperando siempre alguna noticia tranquilizadora. Nuestra angustia aumentaba a medida que los alemanes avanzaban. Por la noche venían a casa Pavese y Rognetta, un amigo nuestro al que entonces veíamos a menudo. Rognetta era un chico alto y con muchos colores en la cara que hablaba con la erre a la francesa. Se ocupaba de no sé qué industria, y viajaba mucho entre Turín y Rumanía. Y nosotros, que llevábamos una vida sedentaria, admirábamos su aspecto de estar siempre a punto de subir a un tren, o de acabar de bajarse de él en ese mismo momento. Y él, seguramente consciente de nuestra admiración, exageraba con nosotros ese aspecto, jugaba un poco a hacerse pasar por un importante hombre de negocios y por un gran viajero. Rognetta recogía noticias en sus viajes. Hasta el momento de la invasión de Bélgica sus noticias habían sido siempre optimistas; pero después, se tiñeron de un pesimismo negro como el carbón.

Rognetta decía que Alemania invadiría dentro de poco no sólo Francia e Italia, sino todo el mundo, por lo cual en él no quedaría ni un palmo de tierra donde sobrevivir. Antes de irse me preguntaba por mis niños, y yo le contestaba que estaban bien; y una vez mi madre le dijo: «¿Qué más da que estén bien si dentro de poco vendrá Hitler y nos matará a todos?». Rognetta era muy cumplido, y acostumbraba besar la mano de mi madre antes de irse. Aquella noche, al besarle la mano, le dijo que siempre había la posibilidad de irse a Madagascar. «¿Por qué precisamente a Madagascar?», le preguntó mi madre. Rognetta respondió que se lo explicaría en otro momento, que ahora no tenía tiempo porque si no perdería el tren. Y mi madre, que confiaba mucho en él y que en esa temporada a causa de su angustia bebía todas las palabras que los otros decían, aquella noche y todo el día siguiente siguió repitiendo: «¡Vete a saber por qué precisamente a Madagascar!».

Rognetta nunca tuvo tiempo de explicarnos el porqué. Yo no lo volvería a ver hasta muchos años después, y creo que Leone nunca volvió a verlo. Mussolini declaró la guerra. Hacía varios días que nos lo esperábamos. Esa misma tarde el ama se marchó, y yo vi con un gran alivio desaparecer en el fondo de las escaleras su ancha espalda, ya sin su atuendo de ama y vestida de percal negro. Vino a vernos Pavese. Nos despedimos de él con la idea de que no lo volveríamos a ver en mucho tiempo. Pavese odiaba las despedidas, y al irse se despidió como siempre, tendiendo apenas los dedos de su huraña mano.

Pavese… aquella primavera solía llegar a nuestra casa comiendo cerezas. Le gustaban las primeras cerezas, las pequeñas y jugosas que, según él, tenían «sabor a cielo». Desde la ventana lo veíamos aparecer por el fondo de la calle, alto, con su rápida forma de caminar: venía comiendo cerezas y arrojando los huesos contra la pared con un tiro seco y fulminante. Para mí la derrota de Francia quedó unida para siempre a aquellas cerezas que él nos hacía probar cuando llegaba, sacándoselas una a una del bolsillo con su mano parsimoniosa y huraña.

Nosotros pensábamos que la guerra transformaría inmediatamente la vida de todos. Sin embargo, durante años mucha gente se quedó en su casa sin ser molestada, haciendo aquello que había hecho siempre. Pero cuando ya todos pensaban que al fin y al cabo se las habían arreglado con poco y que no habría cambios, casas destruidas, fugas ni persecuciones, de pronto comenzaron a explotar bombas y minas por todas partes, las casas se derrumbaron y las calles se llenaron de escombros, de soldados y de prófugos. Ya no había nadie que, haciendo como que no pasaba nada, pudiera cerrar los ojos, taparse los oídos y esconder la cabeza debajo de la almohada. En Italia la guerra fue así.

Mario volvió a Italia en el 45. Debía de sentirse conmovido y triste, pero no lo dejó traslucir, y cuando mi madre lo abrazó, aproximó a ella su sarcástica mandíbula y su frente tostada y surcada de irónicas arrugas. Ahora estaba completamente calvo, con el cráneo desnudo y como de bronce, y llevaba una bonita chaqueta

de una seda gris que parecía de forro, como las que llevan en las películas algunos comerciantes chinos.

Ahora adoptaba una expresión grave, con el rostro arrugado, cuando daba el visto bueno a personas o cosas que le parecían serias, o cuando quería demostrar su aprecio a nuevos novelistas o a nuevos poetas. Decía de una novela: «¡Es buena! ¡No está mal, es bastante buena!». (Siempre hablaba como si tradujese del francés.) Había dejado de leer a Herodoto y a los clásicos griegos, o por lo menos ya no hablaba de ellos. Las novelas nuevas que apreciaba eran en general novelas francesas sobre la Resistencia. Parecía haberse vuelto más cauto en sus apreciaciones, o al menos en sus simpatías, y no se dejaba llevar como antes por repentinos entusiasmos. Sin embargo, no era más prudente en sus desprecios y en sus condenas, y mostraba en su odio su antigua e incontrolada violencia.

No le gustaba Italia. Casi todo en Italia le parecía ridículo, fatuo, mal ideado y mal llevado a cabo. «¡En Italia la escuela da pena! ¡En Francia es mejor! ¡En Francia no es que sea perfecta, pero es mejor! Ya se sabe, aquí hay demasiados curas. ¡Todo está en manos de los curas!»

«¡Cuántos curas! —decía cada vez que salía a la calle—. ¡Cuántos curas tenéis en Italia! ¡En Francia podemos hacer kilómetros sin ver a un solo cura!»

Mi madre le contó lo que le había sucedido al hijo de una amiga suya hacía muchos años, antes de la guerra y de la persecución racial. Este niño era judío, y su familia lo llevó a la escuela pública, pero pidieron a la maestra que le eximiera de las clases de religión. Un día su maestra no fue a clase, y en su lugar fue una suplente que no había sido advertida, y cuando llegó la hora de religión le sorprendió ver que aquel niño cogía la cartera y se disponía a marcharse. «¿Tú por qué te vas?», le preguntó. «Me voy —contestó el niño— porque durante la hora de religión siempre me voy a casa.» «¿Y por qué?», preguntó la suplente. «Porque yo —respondió aquel niño— no quiero a la Virgen.» «¡No quieres a la Virgen! —gritó escandalizada la maestra—. Niños, ¿habéis oído? ¡No quiere a la Virgen!» «¡No quieres a la Virgen! ¡No quieres a la Virgen!», comenzó a gritar toda la clase. Los padres del niño se vieron obligados a sacarlo de aquella escuela.

A Mario le gustó muchísimo aquella historia. No acababa nunca de extasiarse con ella y preguntaba si era verdad. «¡Inaudito! —decía, dándose golpes en la rodilla con las manos—. ¡Es algo inaudito!»

Mi madre estaba contenta de que su historia le hubiera gustado tanto, pero al final se cansó de oírle repetir que en Francia no existían maestras así y que ni siquiera eran imaginables. Estaba harta de oírle decir: «En Francia», y de oírle hablar de los curas. «¡Siempre es mejor un gobierno de curas que el fascismo!», decía mi madre. «¡Es lo mismo! ¡No entiendes que es lo mismo! ¡La misma cosa!»

Mario se había casado durante aquellos años de la guerra en que no lo vimos. La noticia de su boda les llegó a mis padres poco antes de que finalizara la guerra. Alguien nos contó que se había casado con la hija del pintor Amedeo Modigliani. Mi padre, por vez primera ante la noticia de la boda de uno de nosotros, no se inmutó, lo cual a nosotros y a nuestra madre nos pareció extrañísimo. Jamás tuvo explicación alguna. Pero puede ser que mi padre hubiera sentido tanto miedo por Mario durante aquellos años, imaginándoselo prisionero de los alemanes o muerto, que el hecho de que sólo estuviese casado le parecía un incidente que no tenía la más mínima importancia. Mi madre estaba muy contenta y elucubraba sobre aquel matrimonio y sobre aquella Jeanne. Nunca la había visto, pero le habían dicho que parecía sacada de un cuadro de Modigliani, porque iba peinada como las mujeres de aquellas pinturas. Mi padre tan sólo señaló que los cuadros de Modigliani eran un horror: «¡Garabatos! ¡Cochinadas!», y no dijo nada más, pero pareció aprobar vagamente aquella boda.

Al acabar la guerra, llegó una carta de Mario con unas breves y lacónicas líneas. Decía que se había casado por motivos relacionados con su residencia en Francia y que ya se había divorciado. «¡Qué pena! —dijo mi madre—. ¡Cómo lo siento!» Mi padre no dijo nada.

Cuando lo volvieron a ver, Mario no parecía dispuesto a hablar de aquella boda ni de aquel divorcio. Daba a entender que todo, matrimonio y divorcio, se había dado por descontado desde un principio, y parecía querer afirmar que casarse y después divorciarse era lo más sencillo y natural del mundo. Por otra parte, no parecía dispuesto a hablar de nada de lo que le hubiera ocurrido en aquellos años. Y si había sufrido privaciones o miedo, desilusiones o mortificaciones, no lo dijo; pero en ocasiones aparecían sobre su endurecido rostro unas melancólicas arrugas, mientras descansaba con las manos unidas y apretadas entre las rodillas, con aquella forma de estar que siempre había sido normal en él, con su bronceado cráneo apoyado en el respaldo del sillón, la boca torcida con un gesto desilusionado, y una especie de sonrisa ligera y amarga.

«¿No vas a ir a ver a Sion Segre?», le preguntó mi padre. Se había imaginado que Mario iría enseguida a visitar a Sion Segre, compañero suyo en aquella antigua aventura. «No voy. No sabríamos qué decirnos», dijo Mario.

Tampoco quiso ir a ver a sus hermanos a las distintas ciudades donde vivían, a pesar de que hacía muchos años que no los veía. Dijo lo mismo que de Sion Segre: «¡Ya no sabríamos qué decirnos!».

Sin embargo, pareció alegrarse de ver a Alberto, que había vuelto a Turín después de la guerra. Ahora ya no lo despreciaba. «¡Debe de ser un buen médico! —dijo—. ¡No está mal, como médico debe de ser bastante bueno!»

Le pidió algunas informaciones en relación con la enfermedad de Cafi, describiéndole los síntomas y refiriéndole las opiniones de los médicos que le trataban. Cafi vivía en Burdeos, y ahora ya no se podía mover de la cama, había perdido todas sus fuerzas y casi no hablaba.

De cómo había vivido Mario durante esos años nos fuimos enterando poco a poco, a retazos, a través de las

lacónicas e impacientes frases que de cuando en cuando decía resoplando y encogiéndose de hombros, casi irritado de que no supiéramos nada. Durante el avance alemán se hallaba en París, pues había dejado aquel internado en el que enseñaba en el campo y había vuelto a vivir, con el gato, en su buhardilla. Los alemanes avanzaban día a día, y Mario le dijo a Cafi que había que abandonar París, pero éste tenía un pie enfermo y no quería moverse. Justo en esos días la mujer de Chiaromonte murió en el hospital y él decidió marcharse a América. Se embarcó en Marsella, en el último barco civil que aún zarpaba.

Por fin Mario convenció a Cafi de que se fuera. Dejaron París a pie, cuando los alemanes estaban ya a un kilómetro y era imposible encontrar un medio de transporte. Cafi cojeaba y se apoyaba en Mario, y avanzaban con una lentitud exasperante. De vez en cuando Cafi se sentaba a descansar en el borde de la carretera y Mario le arreglaba la venda. Después volvían a caminar y Cafi arrastraba por el polvo su dolorido pie calzado con un calcetín remendado con hilo rojo y una zapatilla.

Acabaron en un pueblo de los alrededores de Burdeos. Mario fue internado en un campo de prófugos extranjeros. Al ser liberado, entró en el maquis. Al final de la guerra vivía en Marsella y formaba parte del Consejo de Depuración. Chiaromonte abandonó América y regresó a París; él, Mario y Cafi seguían siendo amigos. Mario no pensaba volver a establecerse en Italia. Es más, había solicitado la nacionalidad francesa.

Era consultor económico de un industrial, un francés. Vino en coche con él a Italia y lo llevó a visitar los museos y las fábricas, pero el francés era quien conducía el coche, pues Mario seguía sin saber conducir. Mis padres se preguntaban inquietos si aquel empleo tendría algún tipo de estabilidad o si sería algo temporal y precario.

«Tengo miedo de que haya acabado por hacer un trabajucho —decía mi madre—. ¡Qué pena! ¡Él es tan inteligente!» «Pero ¿quién es ese francés? —decía mi padre—. ¡Me parece que tiene un aspecto equívoco!»

Mario se quedó en Italia no más de una semana. Después se marchó de nuevo con aquel francés y no lo volvimos a ver en mucho tiempo.

La pequeña editorial de antaño era ahora grande e importante. Trabajaba en ella mucha gente. Tenía una nueva sede en la avenida Re Umberto, porque la antigua había sido destruida en un bombardeo. Ahora Pavese tenía un despacho para él solo, y en su puerta había un cartelito que decía «Dirección editorial». Pavese estaba detrás de su mesa, con su pipa, y volvía a corregir pruebas con la rapidez de un rayo. Leía la *Ilíada* en griego durante las horas de descanso, recitando los versos en voz alta con una triste cantilena. O bien escribía sus novelas, tachando con rapidez y con violencia. Se había convertido en un escritor famoso.

En el despacho contiguo se hallaba el editor, guapo, sonrosado, con su largo cuello y sus cabellos levemente agrisados como alas de tórtola cayéndole sobre las sienes. Ahora tenía muchos timbres y teléfonos en su mesa, y ya no gritaba: «¡Coppaaa!», porque la señorita Coppa ya no estaba, ni tampoco el antiguo almacenista. Ahora cuando quería llamar a alguien apretaba un botón, y hablaba por el teléfono interior con el piso de abajo, donde había muchas dactilógrafas y muchos almacenistas. De vez en cuando el editor se ponía a pasear de un lado a otro del pasillo con las manos a la espalda y la cabeza un poco inclinada sobre el hombro, se asomaba a los despachos de los empleados y decía algo con su voz nasal. El editor ya no era tímido, o mejor dicho, su timidez sólo reaparecía en algunos momentos, cuando debía mantener conversaciones con desconocidos. Y ya no parecía timidez, sino un frío y silencioso misterio. Por lo cual su timidez intimidaba a los desconocidos, los cuales se sentían envueltos por una mirada azul, luminosa y glacial que los escrutaba y los sopesaba desde el otro lado de la gran mesa de cristal, a una glacial y luminosa distancia. De esa forma aquella timidez suya se había convertido en un gran instrumento de trabajo. Se había convertido en una fuerza contra la cual los desconocidos chocaban como lo hacen las mariposas deslumbradas bajo una lámpara. Y si habían ido allí seguros de sí mismos y con montones de propuestas y de proyectos, al final de la conversación estaban extrañamente cansados y desconcertados, con la desagradable sensación de ser tal vez un poco ingenuos y estúpidos y de haber estado dando vueltas a proyectos sin ningún fundamento ante la presencia de una fría indagación que les había escrutado y discriminado en silencio.

Pavese raramente aceptaba recibir a desconocidos. Decía: «¡Tengo cosas que hacer! ¡No quiero ver a nadie! ¡Que se ahorquen! ¡Me importan un bledo!».

En cambio los empleados nuevos, los jóvenes, se mostraban partidarios de mantener conversaciones con los desconocidos. Los desconocidos podían aportar ideas.

Pavese decía: «¡Aquí no hacen falta ideas! ¡Tenemos ya demasiadas!».

Sonaba el teléfono interior en su mesa, y la conocida voz nasal decía en el aparato: «Abajo está fulano. Recíbelo. Puede que tenga alguna propuesta».

Pavese decía: «¿Qué necesidad hay de propuestas? ¡Estamos de propuestas hasta el cuello! ¡Me importan un bledo las propuestas! ¡No quiero ideas!».

«Mándaselo entonces a Balbo», decía la voz.

Balbo hacía caso a todo el mundo. Nunca rechazaba un encuentro nuevo. Balbo carecía de defensa contra las propuestas y las ideas. Todas las ideas y todas las propuestas le gustaban, le interesaban, le ponían en ebullición e iba a exponérselas a Pavese. Iba así, bajito, con su nariz roja, serio, como siempre que tenía una propuesta que exponer, cuando creía haber puesto los ojos en un nuevo caso humano, sorprendido como siempre le sucedía ante una nueva forma humana que se delineaba en su horizonte, siempre dispuesto a

percibir la inteligencia por doquier, a verla pulular en todos los rincones donde se habían posado sus pequeños ojos celestes, penetrantes e ingenuos, desprevenidos y profundos. Balbo hablaba y hablaba, y Pavese fumaba su pipa y se enrollaba el pelo alrededor del dedo.

Pavese decía: «¡Me parece una propuesta cretina! ¡Defiéndete de los cretinos!».

Y Balbo respondía que sí, que efectivamente era una propuesta cretina, pero que al mismo tiempo no lo era tanto y que tenía un fondo bueno, vital, fecundo. Y Balbo hablaba y hablaba, porque hablaba siempre, sin parar, no callaba nunca. Cuando había terminado de hablar con Pavese iba al despacho del director y hablaba: bajito, serio, con su pequeña nariz roja; y el editor se balanceaba en el sillón, clavando de vez en cuando en él su mirada clara y fría y garabateando signos geométricos en un folio, con el cigarrillo apagado en los labios y las piernas cruzadas.

Balbo nunca corregía las pruebas: «¡No soy capaz de corregir las pruebas! ¡Voy demasiado despacio! ¡No es culpa mía!».

Nunca leía un libro hasta el final. Leía algunas frases aquí y allá, y de pronto se levantaba para ir a hablar de él a alguien, porque bastaba una minucia para interesarlo, para hacerlo bullir, para poner en movimiento su pensamiento, que enseguida corría y corría. Y él se quedaba allí, hablando entre las mesas, hasta las nueve de la noche, porque no tenía horarios y nunca se acordaba de ir a comer, hasta que llegaba un momento en que las mesas se quedaban vacías y la oficina desierta. Entonces miraba el reloj, se sobresaltaba, se ponía el abrigo y se colocaba su sombrero verde bien calado hasta la frente. E iba por la avenida Re Umberto, bajito, erguido y con su cartera debajo del brazo, y se ponía a mirar las motocicletas y las motitos en los aparcamientos, porque sentía una gran curiosidad por todos los coches y una ternura especial por las motocicletas.

Pavese decía de él: «Pero ¿por qué siempre tiene que hablar mientras los demás trabajan?».

Y el editor decía: «¡Déjale en paz!».

El editor había colgado en la pared de su despacho un pequeño retrato de Leone, con la cabeza gacha, sus gafas caídas sobre la nariz, su espeso cabello negro, su profundo hoyuelo en la mejilla, su mano femenina. Leone había muerto un gélido febrero en el sector alemán de la cárcel de Regina Coeli, en Roma, durante la ocupación alemana.

Después de aquella primavera en que los alemanes tomaron Francia, sólo una vez volví a ver juntos a Leone, al editor y a Pavese. Una sola vez, fue Leone y yo vinimos del confinamiento, donde lo habían enviado inmediatamente después de que la guerra invadiera Italia. Vinimos con un permiso de algunos días y cenamos varias veces con Pavese, con el editor y con otras personas que comenzaban a ser importantes en la editorial y que llegaron de Milán y de Roma con proyectos e ideas. A Balbo no lo vimos, pues entonces estaba en la guerra, en el frente albanés.

Pavese casi nunca hablaba de Leone. No le gustaba hablar de los ausentes ni de los muertos. Lo decía. Decía: «Cuando alguien se marcha o se muere trato de no pensar en él, porque no me gusta sufrir».

Pero a veces es posible que sufriera por haberlo perdido. Había sido su mejor amigo. Seguramente enumeraría aquella pérdida entre las cosas que lo desgarraban. Era claramente incapaz de sustraerse al dolor y caía en los más amargos y crueles sufrimientos cada vez que se enamoraba.

Acogía el amor como un trabajo febril. Le duraba un año, dos años. Después se curaba, pero se quedaba trastornado y extenuado, como quien vuelve a levantarse tras una grave enfermedad.

Aquella primavera, la última primavera que Leone había trabajado de forma estable en la editorial, cuando los alemanes tomaron Francia y en Italia la guerra era inminente, parecía cada vez más lejana. También la guerra se iba haciendo poco a poco más lejana. En la editorial hubo durante mucho tiempo estufas de ladrillos, cuando la calefacción no funcionaba a causa de la guerra. Después fueron arregladas las calderas del termosifón, pero aquellas estufas se quedaron allí durante largo tiempo. Más tarde el editor ordenó que se las llevaran. En las oficinas estaban todos los manuscritos amontonados, en desorden, porque no había suficientes estanterías; al final se hicieron unas estanterías suecas con tableros intercambiables que llegaban hasta el techo. En el fondo del corredor se pintó una pared de negro y en ella se clavaron con chinchetas estampas y reproducciones de cuadros. Después se tiraron las chinchetas y se colgaron cuadros de verdad con brillantes marcos.

Durante la invasión alemana, mi padre se hallaba en Bélgica. Se quedó en Lieja hasta el final, trabajando en su instituto, convencido de que los alemanes no llegarían tan pronto, pues se acordaba de la otra guerra, cuando se quedaron detenidos a las puertas de Lieja durante quince días. Pero ahora estaban a punto de entrar en la ciudad, y por fin se decidió a cerrar el instituto, ahora desierto, e irse de allí. Y se fue a Ostende, algunos trechos a pie y otros con los medios que le proporcionó la fortuna, entre la multitud que invadía las calles. En Ostende fue recogido por una ambulancia de la Cruz Roja, en la que iba alguien que le reconoció. Le hicieron ponerse una bata y llegó en ella hasta Boulogne. Allí la ambulancia fue retenida por los alemanes. Mi padre fue a presentarse ante ellos y les dijo su nombre, pero no dieron ninguna importancia a su nombre, inconfundiblemente judío, y le preguntaron qué pensaba hacer. Él respondió que pensaba regresar a Lieja. Lo volvieron a llevar allí.

En Lieja se quedó aún un año. Aquel año estuvo solo en el instituto; ni siquiera tenía a su alumno y amigo

Chèvremont. Más tarde le aconsejaron que volviera a Italia, y entonces regresó a Turín con mi madre.

Él y mi madre se quedaron en Turín hasta que los bombardeos dañaron su casa. En Turín, durante los bombardeos, él nunca quería bajar al sótano. Mi madre siempre tenía que suplicarle que bajara, y le decía que si él no bajaba, ella tampoco lo haría. «¡Tonterías! —decía él por las escaleras—. ¡Si se derrumba la casa, se derrumbará también el sótano, seguro! ¡En el sótano no hay ninguna seguridad! ¡Es una tontería!»

Después se refugiaron en Ivrea. Llegó el armisticio. Mi madre en aquellos días se hallaba en Florencia, y él mandó que le dijeran que no se moviera de allí. Él se quedó en Ivrea, en la casa de una tía de Piera, que estaba refugiada en otro lugar. Fueron a decirle que se escondiera, porque los alemanes estaban buscando y deteniendo a los judíos. Se ocultó en el campo, en una casa vacía que le prestaron unos amigos. Al final aceptó hacerse un documento de identidad falso en el que se llamaba Giuseppe Lovisatto. Pero cuando iba a visitar a sus conocidos y la mujer que le abría la puerta le preguntaba a quién debía anunciar, él decía su verdadero nombre; decía: «Levi. No, es decir, Lovisatto». Después le avisaron de que le habían reconocido y se fue a Florencia.

Mis padres se quedaron en Florencia hasta que el Norte fue liberado. En Florencia se encontraban pocas cosas para comer, y mi madre, al final de las comidas, daba a cada uno de mis hijos una manzana y decía: «A los pequeños una manzana, a los mayores el diablo que los pela». Y contaba que Grassi, en la otra guerra, cogía todas las noches una nuez y la dividía en cuatro: «¡Una nuez, Lidia!», y daba un trozo a cada uno de sus cuatro hijos: Erika, Dina, Clara y Franz.

Cuando Leone y yo vivíamos en el confinamiento, en Abruzzo, a mi madre le gustaba mucho venir a vernos. Y también iba a ver a Alberto, que vivía cerca, en Rocca di Mezzo. Y comparaba un pueblo con otro y declamaba *La hija de Jorio*, que le venía a la mente en aquellos lugares.

Cuando venía a vernos dormía en el hotel, pues en nuestra casa no había sitio. Era el único hotel del pueblo y consistía en algunas habitaciones agrupadas en torno a una cocina, una parra, un huerto y una terraza; por la parte de atrás daba a los campos y a unas colinas bajas y desnudas azotadas por el viento. Las propietarias del hotel, madre e hija, se habían hecho amigas nuestras; y nosotros, estuviese o no mi madre, solíamos pasar los días en aquella cocina y en aquella terraza. En aquella cocina durante las tardes invernales, y en la terraza durante el verano, se pasaba revista a todo el pueblo y a los confinados que como nosotros habían venido con la guerra a mezclarse en la vida del pueblo, compartiendo su suerte y sus problemas. Mi madre, lo mismo que nosotros, se había aprendido los apodos que solían dar en el pueblo a los confinados y a los paisanos. Los confinados eran muchos, y los había ricos y pobrísimos. Los ricos comían mejor, pues compraban harina y pan en el mercado negro, pero, aparte de comer mejor, hacían la misma vida que los pobres y se sentaban unas veces en la cocina o en la terraza del hotel y otras en la tienda de Ciancaglini, que era un mercero.

Estaban los Amodaj, unos ricos comerciantes de medias de Belgrado, un zapatero de Fiume, un cura de Zadar, un dentista y dos hermanos judíos alemanes, uno profesor de baile y el otro filatélico, que se llamaban Bernardo y Villi. Y había además una vieja holandesa loca a la que los del pueblo llamaban «Tobillos Ligeros», porque tenía los tobillos muy delgados. Pero, aparte de éstos, había muchos más confinados.

Tobillos Ligeros había publicado libros de poesía en loor a Mussolini durante los años anteriores a la guerra.

«¡He escrito versos para Mussolini! ¡Qué equivocación!», decía a mi madre cuando se encontraban por la calle, y alzaba al cielo sus largas manos enfundadas en unos guantes blancos tipo mosquetero, que le había regalado no sé qué asociación para los prófugos judíos. Durante todo el día, Tobillos Ligeros iba calle arriba y calle abajo, caminando alucinada y deteniéndose a hablar con la gente, a la que contaba sus desgracias alzando al cielo sus manos enguantadas. Todos los confinados caminábamos así —calle arriba y calle abajo—, haciendo y deshaciendo el mismo recorrido cien veces al día, porque nos tenían prohibido adentrarnos en el campo.

«¿Te acuerdas de Tobillos Ligeros? ¿Qué habrá sido de ella?», me decía mi madre muchos años después.

Cuando mi madre venía a vernos al Abruzzo, se traía siempre una bañera de plástico, porque allí no había, y su constante preocupación era poder tomar de algún modo un baño por la mañana. Nos trajo también una a nosotros, y me hacía lavar a los niños varias veces al día, porque mi padre en todas las cartas que escribía nos recomendaba que los laváramos muchísimo, al tratarse de un pueblo primitivo y sin normas higiénicas. Y una mujer que teníamos por entonces decía disgustada cuando veía que lavábamos a los niños: «Están limpios como el oro. Los están lavando siempre».

Esta mujer gorda y vestida de negro, que debía rondar los cincuenta años, tenía aún vivos a sus padres, y los llamaba «el viejo» y «la vieja». Por las noches, antes de irse, envolvía en un paquete unos cucuruchos de azúcar y de café, y se metía debajo del brazo una botella de vino: «¿Permitís? ¡Le llevo algo a la vieja! ¡Le llevo un poco de vino a ese viejo al que tanto le gusta el vino!».

A Alberto le trasladaron a un lugar de confinamiento más al Norte. Ser trasladado al Norte era considerado como algo bueno. Quien era trasladado al Norte tenía todas las probabilidades de que lo liberaran pronto. Nosotros también de vez en cuando hacíamos solicitudes para que nos trasladaran al Norte, pero nos habríamos ido del Abruzzo con pena, como se habían ido con pena Miranda y Alberto, que consideraban estúpido su nuevo confinamiento en el Canavese. En cualquier caso, nuestras solicitudes de traslado no fueron atendidas.

Mi padre también venía a vernos a veces. Aquel pueblo le parecía sucio, le recordaba a la India.

«¡Es como la India! —decía—. ¡La suciedad que hay en la India es inimaginable! ¡La suciedad que pude ver en Calcuta! ¡En Bombay!»

Y se ponía muy contento hablando de la India. Cuando nombraba Calcuta se sentía feliz.

Cuando nació mi hija Alessandra, mi madre se quedó bastante tiempo con nosotros. No le apetecía marcharse. Era el verano del 43. Se confiaba en un próximo final de la guerra. Fue una temporada serena, y también los últimos meses que Leone y yo pasamos juntos. Al final mi madre se marchó, y fui a acompañarla hasta Aquila, y mientras esperábamos el autobús en la plaza tuve la sensación de estar preparándome para una larga separación. Tenía la confusa sensación de que nunca más la volvería a ver.

Después llegó el 25 de julio, y Leone dejó el confinamiento y se fue a Roma. Yo me quedé todavía allí. Había un prado que mi madre llamaba «del caballo muerto», porque en él una mañana habían hallado un caballo muerto. Solía ir allí todos los días con los niños. Echaba de menos a Leone y a mi madre; y aquel prado, donde había estado tantas veces con ellos, me producía una gran tristeza. Tenía el ánimo embargado de los más tristes presentimientos. A lo largo de la calle polvorienta, entre las colinas abrasadas por el sol del verano, pasaba y volvía a pasar Tobillos Ligeros, con su forma de caminar torcida y veloz y con su sombrero de paja; y también los hermanos Bernardo y Villi, vestidos con largos abrigos que les había regalado alguna asociación judía y que llevaban incluso en pleno verano, pues tenían los trajes rotos. Excepto Leone, los demás confinados, no sabiendo adónde ir, se habían quedado allí.

Luego llegó el armisticio: la breve exaltación y el delirio del armisticio. Y a continuación, dos días después, los alemanes. Por la carretera corrían camiones alemanes, y las colinas y el pueblo estaban llenos de soldados. Había soldados en el hotel, en la terraza, bajo la parra y en la cocina. El pueblo estaba petrificado por el miedo. Seguía llevando a los niños al prado del caballo muerto, y cuando pasaban los aeroplanos nos tirábamos a la hierba. Veía siempre en la carretera a los demás confinados, y nos interrogábamos en silencio, con la mirada, adónde ir y qué hacer.

Recibí una carta de mi madre. Ella también estaba asustada y no sabía cómo ayudarme. Por primera vez en mi vida pensé que para mí no había protección posible, que debía arreglármelas sola. Comprendí que en el afecto que sentía hacia mi madre siempre había tenido la sensación de que ella me protegería y me defendería en las desgracias. Pero ahora sólo me quedaba el afecto; toda petición y espera de protección habían desaparecido; y pensaba que en el futuro debería ser yo quien la defendiera y la protegiera, porque mi madre ya era muy mayor, le faltaba el ánimo y estaba indefensa.

Me marché del pueblo el 1 de noviembre. Había recibido una carta de Leone —traída en mano por una persona que vino de Roma—, en la cual me decía que abandonara el pueblo inmediatamente, porque allí era difícil esconderse y los alemanes nos identificarían y nos llevarían a otra parte. Ahora los otros confinados también se habían escondido aquí y allá, en el campo o en las ciudades más próximas.

Vino a ayudarme la gente del pueblo. Se pusieron de acuerdo y entre todos cooperaron. La propietaria del hotel contó a aquellos soldados alemanes, que tenía instalados en las escasas habitaciones y sentados en la cocina alrededor del hogar donde tantas veces habíamos estado nosotros tranquilamente, que yo era una pariente suya que había huido de Nápoles, que había perdido la documentación durante los bombardeos y que debía llegar hasta Roma. A Roma iban camiones alemanes todos los días. Y así subí a uno de aquellos camiones una mañana, y la gente vino a besar a mis hijos, a quienes habían visto crecer, y nos despidió para siempre.

Al llegar a Roma respiré, y pensé que comenzaría una época feliz para nosotros. No tenía motivos para pensarlo, pero lo hice. Teníamos un alojamiento en los alrededores de la plaza Bologna. Leone dirigía un periódico clandestino y estaba siempre fuera de casa. Lo detuvieron a los veinte días de nuestra llegada y no lo vi nunca más.

Volví a ver a mi madre en Florencia. En los infortunios tenía siempre mucho frío y se envolvía en su chal. No intercambiamos demasiadas palabras sobre la muerte de Leone. Ella le había querido mucho, pero no le gustaba hablar de los muertos, y su constante preocupación era lavar, peinar y tener bien abrigados a los niños.

«¿Te acuerdas de Tobillos Ligeros? ¿Y de Villi? —decía—. ¿Qué habrá sido de ellos?»

Tobillos Ligeros, según supe más tarde, había muerto de pulmonía en una casa de campesinos. Los Amodaj, Bernardo y Villi se habían escondido en Aquila. Los otros confinados fueron apresados, esposados y cargados en un camión, y desaparecieron en el polvo de la carretera.

A mis padres se les veía muy envejecidos al final de la guerra. A mi madre los sobresaltos y las desgracias la envejecían de golpe, en el espacio de un día. Durante aquellos años llevaba siempre un chal violeta de angora comprado a la Parisini, y se envolvía en él durante los sobresaltos y en las desgracias. Sentía frío, empalidecía y se le marcaban grandes cercos oscuros debajo de los ojos. Las desgracias la abatían y la desanimaban, la hacían caminar despacio, mortificando su paso triunfante, y le excavaban en las mejillas dos profundos agujeros.

Volvieron a Turín, a la casa de la calle Pallamaglio, que ahora se llamaba calle Morgari. La fábrica de barnices de la plaza había ardido durante un bombardeo, y también el establecimiento de baños públicos.

Pero la iglesia apenas había sido dañada y aún estaba allí, sostenida con vigas de hierro.

«¡Qué pena! —dijo mi madre—. ¡Ya podría haberse derrumbado! ¡Es tan fea! ¡Pero no señor, ha tenido que permanecer en pie!»

Nuestra casa fue reparada y se volvió a poner en orden. Había madera contrachapada en lugar de algunos cristales rotos, y mi padre hizo colocar estufas en las habitaciones, porque los radiadores no funcionaban. Mi madre llamó enseguida a Tersilla, y cuando la tuvo en el cuarto de la plancha, sentada ante la máquina de coser, respiró, y le pareció que la vida podría volver a recuperar su antiguo ritmo. Compró telas de flores para tapar los sillones, que habían estado en el sótano y tenían manchas de moho por algunos sitios. Por último, se colgó de nuevo en el comedor, encima del sofá, el retrato de la tía Regina, que ahora volvía a observarnos desde lo alto con sus ojos redondos y claros, sus guantes, su papada y su abanico.

«¡A los pequeños una manzana, a los mayores el diablo que los pela!», decía siempre mi madre al final de las comidas. Después dejó de decirlo, porque volvió a haber manzanas para todos. «¡Estas manzanas no saben a nada!», decía mi padre. Y mi madre decía: «¡Pero Beppino, si son *carpandue*!».

Mi padre comunicó a Chèvremont que pensaba donar a la Universidad de Lieja su biblioteca, que se había quedado allí. Lo hacía como muestra de agradecimiento por haberle alojado durante la persecución racial que había habido en Italia.

Seguía manteniendo correspondencia con Chèvremont. Se escribían y éste le enviaba sus publicaciones.

Mi madre sólo pensaba en los sitios en función de la gente que conocía en ellos. Para ella en toda Bélgica sólo existía Chèvremont. Cuando sucedía algo en Bélgica, como inundaciones o cambios de gobierno, mi madre decía: «¿Qué dirá Chèvremont?».

En Francia, antes de que Mario fuese allí, sólo existía para ella un tal señor Polikar, al que ella y mi padre habían conocido en un congreso. Decía siempre: «¿Qué será de Polikar?».

En España conocía a un señor que se llamaba De Castro. Si leía que había temporales o marejadas en España, decía: «¿Qué será de De Castro?».

Aquel De Castro cayó enfermo durante una de las temporadas que pasó en Turín, y no se sabía qué enfermedad tenía. Mi padre lo mandó ingresar en una clínica y llamó a un montón de médicos para que le vieran. Alguien dijo que seguramente tendría algo de corazón. De Castro tenía una fiebre muy alta, deliraba y no reconocía a nadie. Su mujer, que había venido de Madrid, repetía constantemente: «¡No es el *corazón*! ¡Es la *cabeza*!».

De Castro regresó a España una vez curado. Llegó el gobierno franquista y después la Segunda Guerra Mundial, y no se volvió a saber nada de él. «¡No es el *corazón*! ¡Es la *cabeza*!», decía siempre mi madre evocando a España y a la señora De Castro. La guerra se tragó también al señor Polikar. Tampoco se supo nada más de Grassi, que vivía en Friburgo, en Alemania. Mi madre se acordaba frecuentemente de ella. Decía: «¿Qué estará haciendo en este momento Grassi?».

«Habrá muerto —decía a veces—. ¡Oh, qué impresión, quizá Grassi esté muerta!»

Su geografía estaba totalmente revuelta después de la guerra. Ya no podía evocar tranquilamente a Grassi y al señor Polikar. Éstos habían tenido durante una época el poder de transformar a los ojos de mi madre los países lejanos e ignotos en algo doméstico, usual y alegre; de convertir el mundo en una aldea o en un camino que podía recorrerse en un momento con el pensamiento, siguiendo las huellas de aquellos pocos nombres corrientes y tranquilizadores.

En cambio, después de la guerra, el mundo se presentaba enorme, ignoto y sin confines. Mi madre sin embargo volvió a vivirlo como pudo. Volvió a vivirlo con alegría, porque tenía un carácter alegre. Su espíritu no sabía envejecer y no conoció nunca la vejez, que consiste en quedarse humillado en un rincón llorando el desmoronamiento del pasado. Mi madre asistió sin lágrimas al desmoronamiento de su pasado y no llevó luto por él. No le gustaba vestirse de luto. Cuando su madre murió sola y de improviso, mi madre estaba en Palermo y fue a Florencia. Sufrió mucho al verla muerta. Después salió en busca de un vestido de luto, pero en lugar de comprarse un vestido negro como era su intención, se quedó con uno rojo y regresó a Palermo con él en la maleta. Le dijo a Paola: «¡Qué quieres! ¡Mi madre no soportaba los vestidos negros, y se pondría contentísima si me viera con este precioso vestido rojo!».

A la Cía le dolía un pie;
a veces le salía pus por la tarde.
La Mutua la mandó a Vercelli.

Jóvenes poetas escribían versos de este tipo y los llevaban a la editorial para que los leyeran. Concretamente, el terceto sobre la Cía formaba parte de un largo poema sobre las castañas pilongas. La posguerra fue una época en que todos creían ser poetas, y todos pensaban ser políticos. Después de tantos años en que pareció que el mundo había quedado enmudecido, petrificado, y en que la realidad había sido observada como desde el otro lado de un cristal, en una vítrea, cristalina y muda inmovilidad, todos imaginaron que se podía y se debía hacer poesía de todo. Durante los años del fascismo, los novelistas y los poetas se habían quedado faltos de palabras, pues a su alrededor no había muchas que estuviera permitido

usar, y los pocos que habían continuado utilizándolas las habían escogido con sumo cuidado del pobre patrimonio de briznas que aún quedaba. Durante la época del fascismo los poetas habían expresado tan sólo el mundo árido, cerrado y sibilino de los sueños. Ahora volvía a haber muchas palabras en circulación, y la realidad se ofrecía de nuevo al alcance de la mano. Por lo cual, aquellos que antes habían carecido de palabras se pusieron a vendimiar en ella con delicia. La vendimia fue general, porque a todos se les ocurrió participar en ella, y esto determinó una confusión entre el lenguaje de la política y el de la poesía, que aparecieron mezcladas entre ellas. Pero después la realidad se mostró compleja y secreta, no menos indescifrable y oscura que el mundo de los sueños, y se siguió revelando situada al otro lado del cristal, y la ilusión de haber roto aquel cristal se mostró efímera. De este modo, muchos se alejaron enseguida desconsolados y tristes, y volvieron a derrumbarse en una amarga carencia y en un profundo silencio. Por ello, tras las alegres vendimias de los primeros tiempos, la posguerra fue triste y llena de desconsuelo. Muchos se apartaron y se volvieron a aislar en el mundo de sus sueños, o en un trabajo cualquiera que les diese para vivir, un trabajo asumido así como así y rápidamente, y que parecía pequeño y gris tras tanto clamor; y por doquier todos olvidaron aquella breve e ilusoria participación en la vida del prójimo. Ciertamente durante muchos años nadie hizo su propio oficio, pero todos creyeron poder y tener que hacer otros mil al mismo tiempo. Y transcurrió algún tiempo antes de que cada uno volviese a tomar sobre sus hombros el propio trabajo y aceptase su peso, la fatiga cotidiana y su cotidiana soledad, que es el único medio que tenemos de participar en la vida del prójimo, perdido y oprimido en una soledad igual.

En cuanto a los versos de la Cía a la que le dolía un pie, entonces no nos parecieron bonitos; al contrario, nos parecieron, pues lo son, feísimos. Sin embargo, hoy nos parecen conmovedores, pues nos hablan en el lenguaje de aquella época.

En aquel tiempo había dos formas de escribir. Una de ellas consistía en una simple enumeración de acontecimientos, siguiendo el rastro de una realidad gris, lluviosa, avara, sobre el telón de fondo de un paisaje austero y mortificado. La otra era un entremezclarse en los acontecimientos con violencia y con delirio de lágrimas, de suspiros convulsivos, de sollozos. Ni en un caso ni en el otro se escogían ya las palabras, porque en un caso las palabras se confundían con lo gris y en el otro se perdían entre los gemidos y los sollozos. Pero el error general consistía siempre en creer que todo se podía transformar en poesía, en palabras. Lo cual trajo aparejado una aversión tan fuerte hacia la poesía y las palabras que llegó a incluir a la auténtica poesía y a las auténticas palabras, por lo que al final todos callaron petrificados por el aburrimiento y la náusea. Era necesario volver a escoger las palabras, a escrutarlas para sentir si eran falsas o auténticas, si tenían verdaderas raíces en nosotros o si tenían tan sólo las efímeras raíces de la ilusión general. Era, pues, necesario, si uno escribía, volver a asumir el propio oficio que había olvidado en la general borrachera. Y el tiempo que siguió fue como el tiempo que sigue a la borrachera, que es de náusea, de languidez y de tedio. Y todos se sintieron engañados y traicionados de alguna forma: tanto los que vivían en la realidad como los que poseían, o creían poseer, los medios para contarla. De esta forma, cada uno volvió a tomar, solo y descontento, su propio camino.

Adriano iba a veces por la editorial. Le gustaban las editoriales y él también quería montar una. Pero la que él tenía en mente era distinta a aquélla, pues él no pensaba publicar ni poemas ni novelas. En su juventud sólo le había gustado una novela: *I sognatori del ghetto*, de Israel Zangwill.[79] Ninguna de las novelas que leyó después le había impresionado. Mostraba un gran respeto hacia los novelistas y hacia los poetas, pero no los leía, y lo único que le atraía de este mundo era el urbanismo, el psicoanálisis, la filosofía y la religión.

Adriano era ahora un famoso e importante industrial, pero en su aspecto seguía conservando algo de vagabundo, como cuando hacía el servicio militar y se movía siempre con el paso arrastrado y solitario de un vagabundo. También seguía siendo tímido, pero no sabía aprovecharse de su timidez como de una fuerza al igual que hacía el editor, por lo cual solía ocultarla ante las personas que veía por vez primera, ya fueran autoridades políticas o pobres chicos que iban a pedirle un puesto de trabajo en la fábrica. Echaba hacia atrás los hombros, erguía la cabeza e iluminaba sus ojos con una mirada inmóvil, fría y dura.

Un día lo vi en Roma por la calle, durante la ocupación alemana. Iba a pie: caminaba solo, con su forma de andar de vagabundo y los ojos velados de nieblas azules por hallarse perdidos en sus sueños perennes. Iba vestido como todo el mundo, pero parecía un mendigo en medio de la multitud y al mismo tiempo un rey. Parecía un rey en el exilio.

Leone fue detenido en una imprenta clandestina. Yo estaba sola en casa con los niños en aquel piso que teníamos en los alrededores de la plaza Bologna, y esperaba, y las horas pasaban, y al ver que no regresaba comprendí poco a poco que lo habían detenido. Pasó todo aquel día y toda aquella noche, y a la mañana siguiente vino a verme Adriano y me dijo que me fuera rápidamente de aquella casa, porque a Leone le habían detenido y la policía podía venir de un momento a otro. Me ayudó a hacer las maletas y a vestir a los niños. Salimos de allí corriendo y me llevó a casa de unos amigos suyos que aceptaron alojarme.

Me acordaré siempre, toda la vida, de la enorme tranquilidad que sentí aquella mañana al ver su figura, que para mí era tan familiar y conocida desde la infancia, después de haber pasado tantas horas de soledad y de miedo, horas en las que había pensado en los míos, que estaban lejos, en el Norte, y a los que no sabía si volvería a ver alguna vez. Y recordaré siempre su espalda inclinada recogiendo por las habitaciones nuestras

ropas esparcidas y los zapatos de los niños, con un gesto de bondad humilde, compasivo y paciente. Cuando huimos de aquella casa, tenía la misma mirada que aquella vez que vinieron a recoger a Turati a nuestra casa, la mirada jadeante, asustada y feliz de cuando ponía a salvo a alguien.

Cuando Adriano venía a la editorial solía quedarse hablando con Balbo, porque éste era un filósofo, y él sentía una gran atracción por los filósofos. Balbo por su parte sentía una profunda atracción por todos los industriales e ingenieros, por las fábricas, los problemas de las fábricas, los coches y los motores: atracción y pasión de la que presumía ante nosotros, ante Pavese y ante mí, diciéndonos que éramos unos intelectuales y que él no lo era, porque nosotros no entendíamos nada ni de fábricas ni de coches. Atracción y pasión que acababan en la contemplación de las motocicletas en los aparcamientos cuando volvía a su casa por la noche.

Adriano y Paola se divorciaron finalizada la guerra. Ella vivía en Florencia, en las colinas de Fiesole, y él en Ivrea. Él seguía siendo amigo de Gino y se veían siempre, a pesar de que este último, después de la guerra, hubiera dejado Ivrea y la fábrica y trabajase en Milán. Es más, Gino era probablemente uno de sus poquísimos amigos, porque él era fiel a los amigos y a todo lo que había descubierto y conocido en su juventud. Lo mismo que había permanecido fiel en el interior de su espíritu al novelista Israel Zangwill. Sin embargo, su fidelidad era puramente afectiva y no se traducía en la práctica, donde en cambio estaba siempre dispuesto a deshacer lo que había hecho y a buscar siempre nuevos y más modernos caminos y técnicas; pareciéndole que las cosas que realizaba le envejecían en las manos. Y en esto se parecía al editor, siempre dispuesto también a deshacer lo que el día anterior había elegido y creado. Siempre ansioso e inquieto por la investigación de lo nuevo, anteponiéndola a todo, y ante la cual no había nada que lo detuviese, ni la consideración de la fortuna obtenida con sus antiguos hallazgos, ni el espanto ni las protestas de cuantos le rodeaban y que se habían encariñado con aquellos antiguos hallazgos, no entendiendo por qué debían desecharse.

Ahora yo también trabajaba en la editorial. La editorial y el hecho de que yo trabajase en ella eran vistos por mi padre con aprobación y simpatía, pero en cambio mi madre lo veía con desconfianza y recelo. Le parecía que allí había un ambiente demasiado de izquierdas, porque después de la guerra había comenzado a temer el comunismo, en el que antes nunca había pensado. Tampoco le gustaba el socialismo de Nenni,[80] que le parecía demasiado semejante al comunismo; prefería a los saragatianos, pero tampoco le iban mucho, y le parecía que Saragat[81] «tenía cara de no saber nada».[82]

«¡Turati! ¡Bissolati! —decía—. ¡Anna Kuliscioff! ¡Aquéllos sí que eran simpáticos! ¡La política de hoy no me gusta!»

Iba a ver a Paola Carrara, que estaba en su salón, siempre oscuro y lleno de pajaritos de mentira, de postales y de muñecas. Se la encontraba enfadada, porque ella también la tenía tomada con los comunistas; temía que se adueñaran de Italia. Su hermana y su cuñado habían muerto y ya no tenía ninguna razón para ir a Ginebra. Ya no leía el *Zurnàl de Zenève*, ni tampoco esperaba el final del fascismo o la muerte de Mussolini, porque hacía tiempo que Mussolini y el fascismo habían perecido. Pero conservaba una gran antipatía hacia los comunistas y la pena de que las obras de Guglielmo Ferrero, su cuñado, no hubieran sido revalorizadas en Italia como merecían después del final del fascismo. Ya no invitaba a la gente por las tardes a su salón; los habituales de su salón, los antifascistas de antes, se habían ido a vivir a Roma, porque habían recibido cargos políticos. Quedaban mis padres y muy pocos más, y ella algunas noches todavía los invitaba, pero ya sin el gusto de antes. A todos les encontraba demasiado de «izquierdas», excepto a mi madre. Por lo cual acababa quedándose adormilada, enfadada, con su vestido de seda gris y las manos recogidas en el chal del mismo color hecho a ganchillo.

«¡Dejas que Paola Carrara te ponga en contra de los comunistas!», decía mi padre a mi madre.

«¡A mí no me gustan los comunistas! —decía mi madre—. Paola Carrara no tiene nada que ver. ¡No me gustan! ¡Yo amo la libertad! ¡En Rusia no hay libertad!»

Mi padre admitía que en Rusia pudiera no haber demasiada libertad, pero se sentía atraído por la izquierda. Olivo, su antiguo asistente, que ahora tenía la cátedra en Módena, era de izquierdas.

«¡Hasta Olivo es de izquierdas!», decía mi padre a mi madre. Y mi madre decía: «¡Lo ves, tú eres el que te dejas convencer por Olivo!».

Mis padres después de la guerra habían vuelto a vivir en la calle Pallamaglio, que ahora se llamaba calle Morgari. Yo vivía con ellos y con mis hijos. Natalina ya no estaba, porque justo después de la guerra se había arreglado una buhardilla con algunos muebles que le había dado mi madre y servía por horas.

«¡No quiero ser una esclava! —dijo Natalina—. ¡Quiero la libertad!»

«¡Qué estúpida eres! —le decía mi madre—. ¡Yo tenerte como una esclava! ¡Eres más libre que yo!»

«¡Soy una esclava! ¡Soy una esclava!», decía Natalina con su tono nervioso y amenazador, blandiendo la escoba. Y mi madre entonces salía de casa diciendo: «¡Me voy porque no te puedo ni ver! ¡Te has convertido en una antipática!».

E iba a desahogarse con el verdulero y con el carnicero. «¡En mi casa se encuentra recogida, no le falta de nada! —explicaba—. ¡Es una estúpida!»

Iba a casa de Alberto y de Miranda, que no vivían lejos, en la avenida Valentino, y también se desahogaba con ellos. «¿No tiene toda la libertad que quiere? ¡Yo no tengo a nadie en esclavitud!», decía.

Y decía: «Pero ¿qué haré yo sin Natalina?».

Natalina se mudó a su buhardilla. Pero venía constantemente a ver a mi madre, que en un principio había confiado en que se arrepintiera y volviera con ella, pero después se había resignado y ahora tenía a otra

criada.

«Adiós, Luis XI», decía a Natalina cuando ésta se iba a su buhardilla, que, según contaba ella, era «espléndida», y a la que invitaba por las tardes a Tersilla y a su marido a tomar café. «¡Adiós, Luis XI! ¡Adiós, Marat!»

Muchos de los amigos de mis padres habían muerto. Antes de la guerra ya había muerto Carrara, el marido de Paola Carrara: un hombre alto, delgado y con un blanco bigote a cepillo, que iba siempre en bicicleta con una mantelina negra revoloteante. Mi madre decía siempre que era un hombre de bien, «tan hombre de bien como Carrara» decía cuando quería indicar el máximo de rectitud; e incluso después de que Carrara hubiera muerto siguió diciéndolo. También habían muerto los padres de Adriano, el viejo ingeniero Olivetti y su mujer. Murieron justo en los meses que siguieron al armisticio, en una finca cerca de Ivrea, donde estaban escondidos. Primero murió él y poco después ella. También habían muerto Lopez y Terni. Lopez nada más volver de Argentina al acabar la guerra y Terni en Florencia. Mi padre continuaba manteniendo correspondencia con su mujer, Mary, a la que no veía desde hacía muchos años.

«¿Has escrito a Mary? —decía a mi madre—. ¡Hay que escribir a Mary! ¡Acuérdate de escribir a Mary!»

«¿Has ido a ver a Frances? —le decía—. ¡Vete a ver a Frances! ¡Hoy vas a ver a Frances!»

«¡Escribe a Mario! —le decía—. ¡Ay de ti si hoy no escribes a Mario!»

Mario ya no trabajaba con aquel francés. Ahora tenía un empleo en la radio. Tenía la nacionalidad francesa y se había vuelto a casar.

Cuando anunció esto último, esta vez mi padre sí que se enfadó, pero no demasiado. Él y mi madre fueron a París a conocer a su nueva mujer. Mario vivía en una casa de los alrededores del Sena. Aquella casa era más bien oscura, y mi padre no consiguió ver bien a la mujer de Mario. Sólo vio que era bajísima y que tenía un flequillo que le caía sobre los ojos. En un momento en que ella no estaba, preguntó a Mario: «Pero ¿por qué te has casado con una mujer mucho mayor que tú?».

En realidad, la mujer de Mario no tenía ni siquiera veinte años. Mario entonces tenía cuarenta.

Tuvieron una niña. Mi padres volvieron a París con motivo del nacimiento de la niña. Mario estaba como loco con ella, y la acunaba de un lado para otro de la habitación. *Elle pleure, il faut lui donner sa tétée!*, le decía nervioso a su mujer. Y mi madre decía: «¡Pero qué francés se ha vuelto!».

Aquella vez mi padre se enfureció, porque vio un día en casa de Mario, con su niña y su mujer, a la ex mujer de Mario, aquella Jeanne de la que se había divorciado y con la que había seguido manteniendo una relación amistosa.

A mi padre no le gustaba aquella casa del Sena. Decía que era oscura y que debía de ser húmeda. En cuanto a la mujer de Mario, le parecía demasiado bajita. «¡Es demasiado bajita!», seguía diciendo. Mi madre decía: «¡Es bajita pero salada! Tiene los pies demasiado pequeños. A mí no me gustan los pies pequeños».

Mi padre no estaba de acuerdo con esto. Su madre había tenido los pies pequeños.

«¡Estás equivocada! ¡Los pies pequeños en las mujeres son algo precioso! ¡Mi madre, pobrecita, siempre estuvo orgullosa de tener los pies pequeños!»

«¡Hablan demasiado de la comida! —decía mi padre de Mario y su mujer—. ¡Tienen una casa demasiado húmeda! ¡Diles que se cambien de casa!»

«¡Estás loco, Beppino! ¡A ellos les gusta mucho vivir allí!»

«¡Tengo miedo de que lo de la radio sea también otro trabajucho!», decía mi madre. Y mi padre decía: «¡Qué pena! ¡Con su inteligencia! ¡Habría podido crearse una magnífica posición!».

Cafi había muerto en Burdeos. Mario y Chiaromonte habían reunido todos sus folios desperdigados escritos a mano y trataban de descifrarlos.

Chiaromonte se había vuelto a casar en América. Dejó París y vino a establecerse con su mujer a Italia.

Mario pensó que era una estupidez, que no podía haber hecho nada más estúpido; pero continuaron siendo muy amigos y se veían todos los veranos en Bocca di Magra. Jugaban al ajedrez. Mario tenía ahora dos niños y trabajaba en la Unesco. Mi padre escribió a Chiaromonte para preguntarle por el tipo de trabajo que desempeñaba Mario y para ver si era seguro.

«¡Puede que éste no sea un trabajucho! ¡Puede que sea un buen trabajo!», dijo mi madre. Pero mi padre, a pesar de haber recibido de Chiaromonte informaciones tranquilizadoras, movía la cabeza desilusionado, porque mi padre era muy testarudo e incapaz de cambiar de idea, por lo cual mantuvo siempre la opinión de que Mario podría haberse labrado una brillante y rica posición.

Y aunque continuara estando orgulloso de que su hijo Mario hubiese sido conspirador, de que hubiera cruzado varias veces la frontera con propaganda clandestina, de que hubiera sido detenido y de su dramática fuga, siempre se quedó un poco disgustado ante la idea de que en aquella época hubiera puesto en peligro a los Olivetti y de que hubiera comprometido a la fábrica. Por lo cual, algunos años después, cuando murió Adriano y Mario envió desde París un telegrama a mi padre: «Dime si oportuna mi presencia funeral de Adriano», mi padre le respondió rápidamente con este brusco telegrama: «Inoportuna tu presencia funeral».

Mi padre siempre estaba preocupado por alguno de sus hijos. Se despertaba por la noche y pensaba en Gino. Después de dejar la Olivetti, Gino se había establecido en Milán y era director y consultor de grandes haciendas. «La última vez que vino me pareció sombrío —decía mi padre de Gino—. ¡No querría que tuviera problemas! ¡Sabes que tiene cargos de mucha responsabilidad!»

De todos nosotros, Gino era el más fiel a las antiguas costumbres familiares. Continuaba yendo los domingos

a la montaña, tanto en invierno como en verano. Seguía yendo a veces con Franco Rasetti, que ahora vivía en América pero que volvía a aparecer de vez en cuando por Italia.

«¡Qué bien se le da a Gino el montañismo! —decía mi padre—. ¡Se le da muy bien el montañismo! ¡Y también esquía muy bien!»

«No —decía Gino—, no esquío nada bien. Esquío a la antigua. ¡Los jóvenes de ahora sí que esquían bien!»

«¡Tú eres siempre muy modesto! —decía mi padre. Y cuando Gino ya se había ido, seguía repitiendo—: ¡Qué modesto es Gino!»

«¡Qué intolerante es Mario! —decía cada vez que este último venía de París—. ¡No hay nadie que le guste! ¡Sólo le gusta Chiaromonte!»

«¡No querría que le echaran de la Unesco! —decía—. ¡La situación política en Francia no es nada segura! ¡No estoy tranquilo! ¡Qué estúpido ha sido en adoptar la nacionalidad francesa! ¡Chiaromonte no la adoptó! Mario ha sido verdaderamente estúpido.»

Sin embargo, mi madre se enternecía cuando Mario le llevaba los niños. «¡Qué mono es Mario con sus niños! —decía—. ¡Cómo le gustan!»

«*Sa tétée. Il faut lui donner sa tétée!* —decía—. ¡Son franceses de verdad!»

«La niña es guapísima —decía—, pero está desenfrenada. ¡Es un verdadero demonio!»

«No los saben educar —decía mi padre—, están demasiado mimados.»

«¿Y de qué sirve tener niños si no se les mima?», decía mi madre.

«¡Me ha dicho que soy una burguesa! —decía mi madre cuando Mario ya se había marchado—. Le parezco burguesa porque tengo los armarios ordenados. Ellos tienen mucho desorden en su casa. ¡Mario, que era tan meticuloso, tan preciso! ¡Él, que era como Silvio! ¡Ahora se ha vuelto completamente distinto! ¡Pero está tan contento!»

«¡Estúpido! ¡Me ha dicho que soy demasiado de derechas! ¡Me trataba como si fuese una democratacristiana!»

«¡Pero es verdad que eres de derechas! —decía mi padre—.Tienes miedo al comunismo. ¡Dejas que Paola Carrara te convenza!»

«A mí no me gustan los comunistas —decía mi madre—. Me gustaban los socialistas de antes. ¡Turati! ¡Bissolati! ¡Qué gracioso era Bissolati! ¡Yo iba con mi padre a su casa los domingos!»

«Puede ser que ese Saragat no esté tan mal. ¡Qué pena que tenga esa cara tan ordinaria!», continuaba diciendo mi madre; y mi padre tronaba: «¡No digas tonterías! ¡No creerás que Saragat es socialista! ¡Saragat es de derechas! ¡El auténtico socialismo es el de Nenni, no el de Saragat!».

«¡Nenni no me gusta! ¡Nenni es como si fuera comunista! ¡Da siempre la razón a Togliatti![83] ¡Yo a ese Togliatti no lo soporto!»

«¡Porque eres de derechas!»

«Yo no soy de derechas ni de izquierdas. Yo estoy a favor de la paz.»

Y salía con su paso otra vez joven, rítmica, gloriosa, con sus cabellos ya blancos al viento y el sombrero en la mano.

Pasaba siempre un momento por casa de Miranda, por las mañanas cuando iba a encargar la compra y por las tardes cuando iba al cine.

«Te dan miedo los comunistas —le decía Miranda—, porque temes que te quiten la criada.»

«Ten por seguro que si viene Stalin a quitarme a la criada lo mato —decía mi madre—. ¿Qué haría sin criada yo, que no sirvo para nada?»

Miranda seguía hundida en su sillón, con la manta de viaje, con la bolsa de agua caliente, el cabello rubio cayéndole sobre las mejillas y su voz modulada, monótona e infantil.

A sus padres les habían apresado los alemanes. Los habían apresado como a muchos desventurados judíos que no habían creído en la persecución. Estaban en el gélido Turín, y se habían ido a Bordighera para no pasar tanto frío. Bordighera era un sitio pequeño y todos les conocían. Alguien les denunció a los alemanes y fueron apresados.

Cuando Miranda supo que se hallaban en Bordighera, les escribió diciéndoles que hicieran el favor de irse de allí, porque todos les conocían. Las ciudades grandes eran más seguras. Pero ellos le respondieron que no fuera estúpida.

«¡Nosotros somos gente tranquila! ¡A la gente tranquila nadie le hace daño!»

No quisieron saber nada de nombres ni de documentaciones falsos. Les parecía una incorrección. Decían: «¿Quién nos va a tocar a nosotros? ¡Somos gente tranquila!».

Así pues, los alemanes se los llevaron de allí: a la madre bajita, cándida, alegre y enferma del corazón; al padre alto, gordo y tranquilo.

Miranda tuvo noticias de que se encontraban en la cárcel de Milán. Ella y Alberto fueron allí y trataron de llegar hasta ellos con cartas, alimentos y ropa. No consiguieron ningún tipo de comunicación con el interior de la cárcel. Después supieron que todos los judíos de San Vittore habían sido enviados a destino desconocido.

Ella, Alberto y el niño se fueron a Florencia con un nombre falso. Tenían dos habitaciones cerca de Campo di Marte. El niño cogió el tifus. Cuando había bombardeos tenían que llevarlo con fiebre y envuelto en una manta al refugio.

Una vez acabada la guerra, volvieron a vivir en Turín. Alberto abrió de nuevo su consulta. En la antesala

había siempre muchos enfermos, y Alberto, con su bata blanca y el estetoscopio colgándole sobre el pecho, se escapaba de vez en cuando al salón para entrar en calor junto al radiador y ordenar que le hicieran un café.

Había engordado y se había quedado casi calvo, pero aún conservaba en la parte superior de la cabeza algunos mechones rubios, suaves y desordenados. A veces decidía hacer un régimen de adelgazamiento: se ponía a dieta y probaba consigo mismo algunas de las especialidades médicas que le regalaban. Pero durante la noche le entraba hambre e iba a la cocina a buscar en el frigorífico lo que había sobrado de la comida.

Tenían un frigorífico muy grande y muy bonito que les había regalado Adriano, porque Alberto le había curado en una ocasión que había estado mal. Y Miranda, que se quejaba siempre, se quejó también de aquel regalo: «¡Es demasiado grande! —decía—. ¿Qué voy a meter en él si lo único que compro siempre es cien gramos de mantequilla?».

Recordaba siempre aquellos años que habían estado en Abruzzo, en el confinamiento. Los dos añoraban continuamente aquellos años. «¡Qué bien se estaba en el confinamiento, en Rocca di Mezzo!», decía Alberto. «¡Sí que se estaba bien de verdad! —decía Miranda—. ¡Yo no era tan perezosa y esquiaba! ¡Me iba con el niño a esquiar! Por las mañanas me levantaba temprano y encendía la estufa. Nunca me dolía la cabeza. ¡Ahora vuelvo a estar siempre cansada!»

«¡No te levantabas tan temprano! —decía Alberto—. ¡No idealicemos! Y la estufa no la encendías tú. ¡Venía una criada!»

«¿Qué criada? ¡Si no teníamos ninguna criada!»

El niño, el antiguo ferroviario, era ya un mozo. Iba a jugar al fútbol con mis hijos al Valentino.

Era gordo y rubio y tenía una potente voz. Pero dentro de su potente voz tenía un eco de la cantilena de su madre.

«Mamá —decía—, ¿puedo ir al Valentino con los primitos?»

«¡Tened cuidado de no haceros daño!», decía mi madre. Miranda decía: «¡No tengas miedo! ¡Son prudentes como serpientes!».

«¡Es bastante educado! —decían Alberto y Miranda de su hijo—. ¿Quién le habrá educado? ¡Nosotros desde luego no! ¡Se ha debido de educar él solo!»

«El domingo seguramente iré a la montaña», decía Alberto frotándose las manos.

Alberto iba a la montaña, pero no como Gino, que lo hacía a la manera de mi padre. Gino iba solo, o todo lo más con su amigo Rasetti, y lo que le gustaba de la montaña era el frío, el viento, el cansancio, la incomodidad, el dormir poco y mal y el comer poco y deprisa. Alberto en cambio iba con grupos de amigos, se levantaba tarde y se quedaba largo tiempo en los recibidores de los hoteles, charlando y fumando. Comía platos calientes y buenos al calor de los restaurantes, descansaba en zapatillas y, por último, esquiaba. Cuando esquiaba lo hacía también con todas sus fuerzas, hasta agotarse, tal como había aprendido en su infancia. Y como no sabía dosificar su cansancio ni calcular sus propias fuerzas, volvía a casa agotado, nervioso y con profundos surcos alrededor de los ojos.

En cuanto a Miranda, no quería saber nada de la montaña, porque odiaba el frío y la nieve, excepto aquella antigua nieve de Rocca di Mezzo, en la que decía haber esquiado tan bien y que siempre añoraba.

«¡Qué estúpido es Alberto! —decía—. ¡Va a la montaña y espera siempre divertirse, pero después no se divierte tanto y se aburre! ¿Qué clase de diversión es ésa? ¿Cómo pretende divertirse ahora? ¡De jóvenes sí que nos divertíamos esquiando y haciendo cualquier cosa! ¡Pero ahora ya no somos tan jóvenes y no nos divertimos! ¡Además era hacer las cosas de jóvenes, además es hacerlas ahora!»

«¡Qué deprimente es Miranda! —decía Alberto—. ¡Me deprime! ¡Me corta las alas!»

Vittorio iba algunas noches a su casa cuando estaba de paso en Turín. Vittorio había salido de la cárcel durante el gobierno de Badoglio, y después había sido uno de los jefes de la Resistencia en el Piamonte. Pertenecía al Partido de Acción. Se había casado con Lisetta, la hija de Giua. Al desaparecer el Partido de Acción se había hecho socialista. Le habían elegido diputado. Vivía en Roma.

Lisetta no había cambiado demasiado desde la época en que montábamos en bicicleta y me contaba las novelas de Salgari. Seguía siendo delgada, esbelta y pálida, con sus ojos brillantes y sus mechones cayéndole por encima de ellos. A los catorce años soñaba con vivir aventuras, y durante la Resistencia había conseguido algo de aquello con lo que había soñado. Había sido detenida en Milán y encarcelada en Villa Triste, donde la había interrogado la Ferida.[84] Unos amigos disfrazados de enfermeros la habían ayudado a huir. Después se había aclarado el cabello para que no la reconocieran. Entre fugas y disfraces había tenido una niña. Después de acabar la guerra siguió conservando durante mucho tiempo algunos mechones rubios entre su corto pelo castaño.

A su padre también le habían elegido diputado e iba y venía de Roma a Turín. Su madre, la señora Giua, seguía viniendo a ver a mi madre, pero se peleaban, porque mi madre la encontraba demasiado de izquierdas. Discutían sobre los límites de Asia y la señora Giua le llevaba el calendario atlas de De Agostini para demostrarle, con la prueba en la mano, que estaba equivocada. La señora Giua se ocupaba de la niña de Lisetta, porque ésta, como era muy joven, no tenía demasiadas ganas de hacer de madre. Su hija había nacido sin que ella apenas tuviera tiempo de darse cuenta: de sus sueños juveniles había pasado de golpe a la vida adulta, sin haber tenido un momento para detenerse a pensar.

Lisetta era comunista, y veía en todas partes y en todas las personas peligrosos restos del Partido de Acción. Ahora ya no existía el Partido de Acción, el P. de A., como ella lo llamaba, pero veía perfilarse su sombra en

todas las esquinas. «Sois del P. de A. Tenéis una incurable mentalidad de P. de A.», les decía a Alberto y a Miranda. Vittorio, su marido, la miraba como se observa a un gato que juega con un ovillo de cuerda, y se reía de ella, temblándole su barbilla fuerte y prominente y sus gordos hombros.

«¡Ya no se puede vivir en Turín! ¡Qué ciudad más aburrida! —decía Lisetta—. ¡Una ciudad tan P. de A.! ¡Yo no podría vivir en ella!»

«¡Tienes mucha razón! —decía Alberto—. ¡Uno se muere de aburrimiento! ¡Siempre las mismas caras!»

«¡Qué estúpida es Lisetta! —decía Miranda—. ¡Como si hubiera algún sitio donde uno se pudiera divertir! ¡Uno ya no se divierte!»

«¡Vamos a comer caracoles!», decía Alberto frotándose las manos. Salían y atravesaban la plaza Carlo Felice y los soportales débilmente iluminados, prácticamente desiertos a las diez de la noche.

Entraban en una *trattoria* casi vacía. No había caracoles. Alberto pedía un plato de pasta.

«¿No estabas haciendo un régimen para adelgazar?», decía Miranda; y Alberto le decía: «¡Cállate! ¡Me cortas las alas!».

«¡Qué pesado es Alberto! —se quejaba Miranda a mi madre a la mañana siguiente—. ¡Está siempre inquieto! ¡Siempre quiere hacer algo! ¡Siempre quiere comer o beber cualquier cosa, o ir a alguna parte! ¡Espera siempre divertirse!»

«Es como yo —decía mi madre—. ¡Yo también querría divertirme! ¡Querría hacer algún bonito viaje!»

«¡Venga! —decía Miranda—. ¡Con lo bien que se está en casa!»

«Tal vez en Navidad vaya a San Remo, a casa de Elena —decía—. Pero no sé si ir. Al fin y al cabo, ¿qué voy a hacer allí? ¡Es mejor que me quede aquí!»

«¿Sabes que he jugado en el casino de San Remo? —le contaba a mi madre a su vuelta—. ¡He perdido! ¡Ese estúpido de Alberto también ha perdido! ¡Hemos perdido diez mil liras!»

«Miranda —contaba mi madre a mi padre— ha jugado en el casino de San Remo. Han perdido diez mil liras.»

«¡Diez mil liras! —tronaba mi padre—. ¡Qué imbéciles son! ¡Diles que no jueguen nunca más! ¡Diles que se lo prohíbo totalmente!»

Y escribía a Gino: «Ese estúpido de Alberto ha perdido una gran suma de dinero en el casino de San Remo».

Mi padre… Sus ideas sobre el dinero eran después de la guerra mucho más nebulosas y confusas que nunca. En una ocasión, todavía durante la guerra, pidió a Alberto que le comprara diez latas de leche condensada. Alberto se las consiguió en el mercado negro y las pagó a cien liras cada una. Mi padre le preguntó cuánto le debía. «Nada, no importa», contestó Alberto. Mi padre entonces le puso en la mano cuarenta liras y le dijo: «Quédate con el resto».

«¿Sabes que han bajado mucho mis Incet? —decía Miranda a mi madre—. ¡Tal vez las venda!», y sonreía alegre, aguda y maliciosamente, como cada vez que hablaba del dinero que había ganado o perdido.

«¿Sabes que Miranda va a vender sus Incet? —le contaba mi madre a mi padre—. Y dice que nosotros también haríamos bien vendiendo las Inmobiliarias.»

«¡Pero qué quieres que sepa esa tonta de Miranda!», gritaba mi padre.

Pero se quedaba pensando en ello. Le preguntaba a Gino: «¿Tú también crees que debería vender las Inmobiliarias? Lo ha dicho Miranda. Miranda, sabes, entiende de bolsa. Tiene mucha vista. Su padre, pobrecito, era un agente de cambio y bolsa».

Gino decía: «¡Yo de bolsa no entiendo nada!».

«¡Ya, es verdad, tú no entiendes nada! ¡En la familia tenemos poca vista para los negocios!»

«Nosotros sólo servimos para gastar dinero», decía mi madre.

«¡Tú seguro! —decía mi padre—. ¡Pero no dirás que yo gasto demasiado! ¡El traje que llevo puesto, hace siete años que lo tengo!»

«¡Y se nota, Beppino! —decía mi madre—. ¡Está todo estropeado, todo sobado! ¡Deberías hacerte uno nuevo!»

«¡No se me pasa por la cabeza! Éste está todavía muy bien. ¡Ay de ti si me dices que me haga un traje nuevo!»

«Gino tampoco es nada gastador —decía—. ¡Es humilde! ¡Tiene costumbres muy humildes! ¡Paola sí que gasta demasiado! ¡Todos vosotros, menos Gino, sois unos manirrotos! ¡Todos vosotros sois unos megalómanos!»

«¡Gino —decía— es generoso con los demás, pero es humilde consigo mismo! ¡El mejor de todos es Gino!»

A veces venía Paola de Florencia. Venía en coche, sola.

«¿Has venido sola? ¿En coche? —decía mi padre—. ¡Has hecho mal! ¡Es peligroso! ¿Qué haces si se te pincha una rueda? ¡Deberías haber venido con Roberto! Roberto entiende mucho de coches. Ya desde pequeño tenía la manía de los coches. ¡Recuerdo que no hablaba de otra cosa!»

Y decía: «¡Cuéntame cosas de Roberto!».

Roberto era ya un hombre e iba a la universidad.

«¡Roberto me gusta mucho! ¡Tiene un carácter tan dulce!», decía mi padre. Y decía: «Pero le gustan demasiado las mujeres. ¡Ten cuidado de que no se case! ¡Que no se le ocurra casarse!».

Roberto tenía una lancha motora y durante el verano solía salir en ella con su amigo Pier Mario. Una vez se les averió el motor y, como el mar estaba borrascoso, se las vieron y se las desearon para volver.

«¡No le dejes ir en la lancha motora solo con Pier Mario! ¡Es peligroso! —decía mi padre a Paola—. ¡Debes imponerte! ¡No tienes autoridad!»

«Paola no sabe educar a sus hijos —decía por la noche a mi madre—. ¡Los ha mimado demasiado, hacen lo que quieren! ¡Gastan demasiado! ¡Son unos megalómanos!»

«¡Está Tersilla! —decía Paola entrando en el cuarto de la plancha—. ¡Qué bien ver a Tersilla!»

Tersilla se ponía de pie, sonreía enseñando sus encías y preguntaba a Paola por sus hijos: por Lidia, por Anna y por Roberto.

Tersilla les hacía pantalones a mis hijos. Mi madre siempre temía que se quedaran sin pantalones. «¡Si no, irán con el culo al aire!», decía. Por miedo a que fueran «con el culo al aire» les hacía siempre cinco o seis pares cada vez. Mi madre y yo discutíamos sobre el tema de los pantalones: «¡No sirve de nada hacerles tantos pares!», decía yo. Y ella decía: «¡Claro, como tú eres soviética estás a favor de la vida austera! ¡Pero yo a mis niños les quiero ver ordenados! ¡No quiero que lleven el culo al aire!».

Cuando estaba Paola, mi madre se iba del brazo con ella bajo los soportales, a charlar y mirar los escaparates.

Cuando estaba con Paola se desahogaba metiéndose conmigo. «¡No me da cordel! —decía—. ¡No habla! ¡Y además es demasiado comunista! ¡Es una auténtica soviética!»

«¡Por suerte tengo a mis niños! —decía refiriéndose a mis hijos—. ¡Qué monos son! ¡Cómo me gustan! ¡Me gustan los tres! ¡No sabría a cuál escoger!»

«¡Por suerte tengo a los niños, así no me aburro! Si por Natalia fuera los llevaría siempre con el culo al aire, pero yo no, yo los llevo ordenados. ¡Yo hago venir a Tersilla!»

El viejo sastre Belom había muerto hacía tiempo. Ahora mi madre se mandaba hacer los vestidos en una tienda de los soportales que se llamaba Maria Cristina. Para comprar los jerséis y las blusas iba a la Parisini.

«¡Es de la Parisini! —decía a Paola enseñándole una blusa que se había comprado; del mismo modo que decía de las manzanas que se servían en la mesa—: ¡Son *carpandue*!»

«Ven —decía a Paola—. ¡Vamos a Maria Cristina! ¡Me gustaría que me hicieran un bonito traje de chaqueta!»

«Pero no te hagas un traje de chaqueta —le decía Paola—. ¡Ya tienes muchos! ¡No te vistas demasiado de suiza! ¡Hazte en cambio un bonito abrigo negro, elegante, una prenda importante para ponértela cuando vayas a casa de Frances por la noche!»

Mi madre se encargaba un abrigo negro. Pero después le parecía que le sentaba mal de hombros y hacía que Tersilla se lo arreglara en casa. Luego tampoco se lo ponía. «¡Es demasiado de señora! —decía—. ¡A lo mejor se lo regalo a Natalina!»

Nada más irse Paola, se encargaba un traje de chaqueta, y por la mañana aparecía con él en casa de Miranda.

«¡Pero cómo! —decía Miranda—. ¡Te has hecho otro traje de chaqueta!»

Y mi madre decía: «¡Muchos vestidos, mucho honor!».

Paola tenía amigas en Turín y a veces las veía. Y mi madre se ponía siempre celosa.

«¿Cómo es que no estás con Paola?», le preguntaba Miranda al verla llegar. Y mi madre decía: «Hoy se ha ido con Ilda. No me gusta demasiado esa Ilda. No es muy guapa. ¡Es demasiado alta! No me gustan las mujeres tan altas, y además habla demasiado de Palestina».

Ilda ya no vivía en Palestina, pero seguía hablando de ella. Su hermano, Sion Segre, tenía una industria de productos farmacéuticos. Él y Alberto continuaban siendo amigos.

Alberto decía a Paola: «¿Vamos esta noche con Ilda y Sion a comer caracoles?».

«A mí no me gustan los caracoles», decía mi madre. Y se quedaba en casa viendo la televisión. Mi padre despreciaba la televisión, decía que era una tontería, pero le parecía bien que mi madre la viese, pues era un regalo de Gino. Si ella una noche no la encendía y se quedaba leyendo un libro en la butaca, él decía: «¿Cómo es que no enciendes la televisión? ¡Enciéndela! Si no, no sirve para nada tenerla. ¡Gino te la ha regalado y tú no la ves! ¡Le has hecho tirar el dinero! ¡Ahora por lo menos vela!».

Mi padre por las noches leía en su despacho. Mi madre veía la televisión con la criada.

Después de Natalina, mi madre había tenido siempre a criadas del Véneto. Se las hacía traer de un pueblo llamado Motta di Livenza.

Había tenido una que vomitó sangre una noche. Todos nos asustamos muchísimo, y Alberto, al que llamaron urgentemente, dijo que debíamos mandarle hacer una radiografía al día siguiente. La mujer lloraba desesperada. Alberto dijo que no le parecía que tuviera una hemoptisis, sino un rasguño en la garganta.

Efectivamente, en la radiografía no apareció nada. Era un rasguño en la garganta. Pero la mujer seguía llorando desesperada, y mi padre dijo: «¡Estos proletarios qué miedo tienen de morirse!».

Mi madre, cada vez que Paola volvía a marcharse, la abrazaba llorando: «¡Qué pena me da que te vayas! ¡Ahora que me había acostumbrado a tenerte aquí!».

Y Paola decía: «¡Vente algunos días conmigo a Florencia!». «No puedo —decía mi madre—, papá no me deja. Y además Natalia se va a la oficina y yo debo cuidar a mis niños.»

Cuando Paola le oía decir «mis niños», se enfadaba, porque estaba un poco celosa de ellos: «¡No son tus niños! ¡Son tus nietos! ¡Además, mis hijos son también tus nietos! ¡Vente a pasar unos días con mis hijos!».

Mi madre a veces iba a casa de Paola. «¡Verás también a Mary! —le decía mi padre—. ¡Ve enseguida a hacer

una visita a Mary!»

«Iré seguro —decía mi madre—. ¡Tengo muchas ganas de ver a Mary! ¡Me gusta Mary!»

«¡Qué simpática es Mary! —decía a su vuelta—. ¡Es tan honrada! ¡No he visto nunca a nadie tan honrado como Mary! Me he divertido mucho en Florencia. Me gusta Florencia. ¡Y Paola tiene una casa tan bonita!»

«Yo en cambio no soporto Florencia. No soporto la Toscana», decía mi padre. Durante la guerra, cuando no se encontraba aceite, Paola se lo enviaba, porque ella tenía olivos en el terreno de su casa de Fiesole. Y mi padre se enfadaba: «¡No quiero aceite! ¡No soporto el aceite! ¡No soporto la Toscana! ¡No quiero amabilidades!».

«¿No habrá estado Paola borrica contigo?», preguntaba a mi madre.

«¡No! ¡Pobre Paola! Por las mañanas ordenaba que me llevaran el desayuno a la cama. Allí, dentro de la cama, al calorcito, desayunaba muy bien. ¡Me sentía perfectamente!»

«¡Menos mal! ¡Porque Paola algunas veces es una borrica!»

«¿Y quién te impide desayunar en la cama aquí también?», preguntaba Miranda a mi madre.

«¡Aquí no! ¡Aquí me levanto! Me doy rápidamente una buena ducha helada. Luego hago mis *solitaires*, bien envuelta, bien tapada, ¡y mientras tanto entro en calor!»

Mientras hacía sus *solitaires* en el comedor, entraba mi hija Alessandra, sombría, enfadada, porque no le gustaba levantarse por las mañanas ni ir a la escuela. Y mi madre decía: «¡Aquí está María Temporal!».

«Veamos si haré pronto un bonito viaje. Veamos si alguien me regala una bonita casa con jardín. Veamos si Gino se hace muy famoso. Veamos si a Mario en lugar de ese puesto en la Unesco le dan otro aún más importante.»

«¡Vaniloquio! —decía mi padre al pasar por allí—. ¡Siempre este eterno vaniloquio!», y se ponía su gabardina para ir al laboratorio. Ahora ya no iba a él antes de que amaneciera. Ahora iba a las ocho de la mañana. Ya en la puerta, alzaba los hombros y decía: «¿Quién quieres que te regale una casa con jardín? ¡Tonta! ¡Que no eres más que una tonta!».

Yo me pasaba las tardes en casa de los Balbo. Allí veía algunas veces a Lisetta, pero no a Vittorio, porque él venía muy poco a Turín, y cuando estaba en Turín prefería pasar la velada con Alberto, su viejo amigo.

Lisetta y la mujer de Balbo eran amigas. Lola, la mujer de Balbo, era aquella chica odiosa y guapísima que yo veía durante una época en la ventana o en la avenida Re Umberto caminando de forma altanera.

Lola y Lisetta se habían hecho amigas durante los años en que yo estuve en el confinamiento. Ignoro en qué momento dejó Lola de ser odiosa. Cuando nos hicimos amigas, me explicó que en aquella época sabía perfectamente que era odiosa y que, además, trataba de parecerlo lo más posible: se sentía anquilosada por la timidez, la inseguridad y el tedio. Y todavía ahora que somos amigas recuerdo siempre con profundo estupor a aquella antigua imagen odiosa y soberbia. Tan odiosa que yo me sentía un gusano bajo el rayo de su mirada, lo cual me inducía en ese instante a odiarnos a las dos, a ella y a mí. Vuelvo a aquella imagen y la comparo con la familiar y fraternal de mi amiga de hoy: una de las más fraternales y familiares que yo pueda tener en el mundo.

Durante el tiempo en que estuve en confinamiento, Lola trabajó durante un breve período como secretaria de la editorial. Pero era una pésima secretaria y se le olvidaba todo. Después la detuvieron los fascistas y estuvo dos meses en la cárcel. Se había casado con Balbo durante la ocupación alemana, entre fugas y disfraces. Seguía siendo muy guapa, pero ahora ya no llevaba el pelo cortado a tazón, compacto, como un yelmo de hierro. Ahora lo llevaba desordenado y cayéndole sobre las mejillas, de indio, no de mujer india sino de hombre indio azotado por el sol y por la lluvia. Y su antiguo perfil duro e inmóvil se había transformado en un rostro ansioso y malhumorado, desnudo y maltratado por la intemperie, la lluvia y el sol. Aún a veces, durante algunos momentos, reaparecían su antiguo perfil desdeñoso y su antigua forma de caminar contoneante y altanera.

Mi padre, cada vez que la nombraban, decía que era guapísima. «¡Es muy guapa esa Lola Balbo! ¡Es muy guapa!»

Y decía: «Me he enterado de que a los Balbo se les da muy bien el montañismo. Me he enterado de que son muy amigos de Mottura».

Mottura era un biólogo al que mi padre apreciaba mucho. La amistad de los Balbo con Mottura lo tranquilizaba con respecto a mis veladas. Cada vez que yo salía por la noche, le decía a mi madre: «¿Adónde va? ¿Va a casa de los Balbo? ¡Los Balbo son muy amigos de Mottura!».

Y decía: «¿Cómo es que son tan amigos de Mottura? ¿De qué se conocen?».

Mi padre siempre sentía curiosidad por saber por qué una persona era amiga de otra. «¿De qué lo conoce? ¿Cómo se conocieron? —preguntaba inquieto—. ¡Ah, seguramente por medio de la montaña! ¡Se habrán conocido en la montaña!» Y así, estableciendo el origen de la relación entre dos personas, se tranquilizaba, y si apreciaba a alguna de las dos, estaba dispuesto a acoger a la otra con una benévola aprobación.

«¿También Lisetta va a casa de los Balbo? ¿De qué los conoce?»

Los Balbo vivían en la avenida Re Umberto: tenían una casa en la planta baja y su puerta siempre estaba abierta. Salía y entraba gente continuamente: amigos de Balbo que le acompañaban a la editorial, le seguían al café Platti, donde él solía tomar su capuchino, volvían a casa con él y se quedaban hablando hasta altas

horas de la madrugada. Si no estaba en casa cuando venían, se sentaban igualmente en el salón y hablaban entre ellos, paseaban por los pasillos y se sentaban sobre la mesa del despacho, porque de él habían aprendido a no tener horarios, a no acordarse nunca de ir a cenar y a discutir continuamente.

Lola estaba hartísima de tener siempre a tanta gente en casa. Sin embargo, hacía lo que tenía que hacer y se ocupaba de su hijo con una mezcla de aprensión y de fastidio, porque ella, lo mismo que Lisetta, no sabía ejercer de madre demasiado bien, pues había pasado de las nieblas de la adolescencia a la intemperie de la vida adulta, bruscamente y sin solución de continuidad.

Algunas veces —cuando dejaba al niño a su madre o a su suegra— le gustaba vestirse alegremente, ponerse perlas y joyas y salir a la avenida Re Umberto como antes, caminando lentamente con los ojos entornados y cortando el aire con su perfil aquilino. Cuando volvía y se encontraba con que la gente que había dejado en su casa seguía allí discutiendo, sentada en el banco de la entrada o encaramada sobre las mesas, lanzaba un alarido exasperado, prolongado, gutural, al que nadie hacía ningún caso.

Cuando su marido no estaba, solía nombrarlo con dulces apelativos y quejarse de su momentánea ausencia con un chillido prolongado y gutural, pero tierno, como de paloma que llama a su compañero; pero después, nada más verle, lo regañaba, porque siempre llegaba tarde a comer, por haberse ido sin dejarle ni un céntimo para hacer la compra, porque decía que estaba exasperada por aquella puerta de su casa siempre abierta y por aquella gente que entraba y salía. Así empezaban a pelearse, él, armado de sutiles razonamientos y ella tan sólo de su furia; y las razones y las sinrazones del uno y de la otra se entremezclaban en un embrollo inextricable. Por otro lado, nunca estaban solos, ni siquiera cuando se peleaban, y ella lanzaba al azar algún insulto a los amigos allí presentes y les gritaba que se fueran; pero a ellos no se les pasaba por la cabeza moverse de allí, y esperaban, tranquilos y divertidos, a que pasara la tormenta.

Balbo comía siempre lo mismo en el almuerzo, esto es, arroz con mantequilla, un filete, una patata y una manzana. Debía comer estas cosas porque había tenido amebiasis durante la guerra. «¿Está el filete?», preguntaba inquieto, sentándose a la mesa; y apenas le tranquilizaban con respecto a este punto, comenzaba a comer distraído; al mismo tiempo seguía hablando con sus amigos, siempre presentes en su comida, y seguía peleándose con su mujer argumentando sutiles falacias. «¡Es aburrido! —decía Lola dirigiéndose a sus amigos —. ¡Lo encuentro aburrido! ¡Sí, está el filete! ¡Qué aburrimiento, siempre a vueltas con los filetes! ¡Si comiese alguna vez huevos al plato!» Y volvía a evocar la época de la Resistencia en Roma, cuando estaban escondidos y sin una lira, y ella debía recorrer la ciudad para buscarle la mantequilla, el filete y el arroz en el mercado negro. Balbo explicaba que él no podía comer huevos al plato porque le sentaban mal. Y comía serio, distraído, indiferente a la clase de filete que estaba comiendo, con tal de que fuese, sin ninguna duda posible, un filete a la plancha.

«¡No me gustan esos amigos tuyos! —se quejaba Lola—. No tienen vida privada, no tienen mujeres ni hijos, y si los tienen, no se ocupan de ellos. ¡Están siempre aquí!»

Los sábados y domingos la casa se quedaba desierta. Lola dejaba al niño a su suegra, y ella y su marido se iban a esquiar.

«¡Qué encantador estuvo ayer! —decía Lola de su marido la mañana del lunes, dirigiéndose a los amigos que volvían a aparecer—. ¡Estaba tan encantador! ¡Si lo hubieseis visto! ¡Sabe esquiar como un profesor de esquí! ¡Parece un bailarín! ¡Ya no estaba nada aburrido, nos hemos divertido mucho! ¡Pero ahora mira qué aburrido está otra vez!»

A veces ella y su marido iban a los *night clubs* a bailar. Y bailaban hasta altas horas de la noche. «¡Nos hemos divertido mucho! —decía Lola más tarde—. ¡Él baila tan bien el vals! ¡Baila tan ligero!» Y mientras colgaba en el armario su vestido de noche, lanzaba, dirigiéndoselo a su marido, que en aquel momento se hallaba en el despacho, aquel grito suyo de paloma gutural y tierno.

Balbo a veces le decía a su mujer: «Cómprate un vestido de noche nuevo. Me divierte». Ella entonces se lo compraba para divertirle, pero luego no se quedaba contenta, pues descubría que era un vestido absurdo y que nunca se lo pondría. «¡Ese estúpido! —decía—. ¡Para divertirle me he tenido que comprar un vestido falto de sentido!»

Lola, tras aquella breve temporada en que había sido secretaria en la editorial, no había vuelto a trabajar. Ella y su marido estaban de acuerdo en afirmar que había sido una pésima secretaria, pero también en que debía de haber algún trabajo para ella, no se sabía cuál, había que descubrirlo. Y Balbo me pedía que encontrara, entre los miles de trabajos que abundaban en la tierra, uno que Lola pudiese realizar bien.

Lola solía evocar con gran nostalgia la época que había pasado en la cárcel. «Cuando estaba en la cárcel», decía a menudo. En la cárcel, decía, se había sentido muy a sus anchas, por fin bien y en paz consigo misma, libre de complejos y de inhibiciones. Se había hecho amiga de unas chicas yugoslavas que estaban allí por motivos políticos, y también de unas presas comunes. Encontraba con ellas las palabras adecuadas y se había conquistado su confianza, y todas las demás presas se acercaban a ella buscando ayuda y consejos. Las conversaciones que mantenían Balbo y su mujer sobre un posible trabajo para ella finalizaban siempre en «la cárcel», y los dos llegaban a la conclusión de que había que buscar para ella un trabajo en el que se sintiera como cuando estaba en la cárcel, a sus anchas, libre y sin inhibiciones, y completamente dueña de sus fuerzas. Pero un trabajo así no parecía fácil de encontrar. Más tarde cayó enferma y tuvo que pasar una corta temporada en un hospital. Y allí, entre las chicas enfermas, encontró algo de su fuerza de cabecilla, que, evidentemente, renacía en los momentos dramáticos, de tensión, de riesgo y de emergencia.

Lisetta había encontrado un trabajo en Roma, se había colocado en la asociación Italia-Rusia. Había aprendido el ruso: se había puesto a estudiarlo con Lola y conmigo nada más acabar la guerra, pero ella lo había aprendido y en cambio nosotras lo habíamos dejado a la mitad. Por aquel entonces Lisetta iba todos los días a la oficina y conseguía llevar la casa y ocuparse de sus hijos. Sin embargo, de éstos fingía no ocuparse, y fingía que, a pesar de ser pequeñísimos, eran completamente independientes de ella. Seguía viniendo a Turín durante las vacaciones, y se los traía con ella. Cuando le preguntaban dónde estaban sus hijos, adoptaba una actitud distraída y ausente y decía que no se acordaba bien de dónde los había dejado. Le gustaba hacernos creer que los mandaba a jugar solos a la calle, pero en realidad estaban en el parque con su abuela y su niñera. Los iba a recoger con bufandas y gorritos apenas oscurecía, porque, sin darse cuenta y sin confesárselo ni a sí misma ni a nadie, se había convertido en una madre tierna, melindrosa y aprensiva.

Además fingía estar siempre en desacuerdo con su marido, por motivos políticos. En realidad con su marido era como un cordero, y absolutamente incapaz de tener una opinión distinta a la suya. Por otra parte, entre sus opiniones políticas no había ninguna diferencia sustancial. Del Partido de Acción, el P. de A., no se había vuelto a saber nada, ya no quedaba ni rastro de él; pero Lisetta siempre estaba diciendo que veía su sombra perfilarse en todas partes, sobre todo entre las cuatro paredes de su casa. Apenas sus hijos empezaron a razonar, ella tampoco estuvo de acuerdo con ellos; sobre todo con su hija mayor, que era sentenciosa y sarcástica y le contestaba con dureza. Madre e hija discutían durante largo tiempo ante un plato de carne, y sus temas de discusión eran los pobres y los ricos, la izquierda y la derecha, Stalin, los curas y Jesús.

«¡No te hagas tanto la condesa!», decía Lisetta a su amiga Lola cuando la veía enjoyarse y maquillarse delante del espejo. Al final ella también acababa dándose un poco de sombra en los ojos, muy poco, casi nada. Y salían por la avenida Re Umberto, por los paseos; Lisetta con la gabardina desabrochada y sus delgados pies desnudos de chiquilla, calzados con sandalias, y Lola con su ceñido abrigo negro de grandes botones, el alfiler prendido en la solapa, su nariz aquilina cortando el aire y su antigua forma de caminar contoneante y altanera.

Iban a la editorial y encontraban a Balbo en el pasillo hablando o con algún cura, o con Mottura, o con uno de aquellos amigos que le seguían desde su casa.

«Está demasiado con los curas —decía Lisetta de Balbo—. ¡Tiene demasiados!» De él no decía «tiene una mentalidad P. de A.»; al contrario, era una de las pocas personas de la cual no lo decía. Balbo a veces la acusaba de ser ella misma «un poco P. de A.», la acusaba de ser tal vez el último P. de A. que quedaba por ahí. Ella en cambio le acusaba de ser demasiado católico. No se lo hubiera perdonado a nadie en el mundo, pero a él sí, porque aún conservaba de su propia infancia el recuerdo de cuando Balbo le llevaba los libros de Croce los domingos y la fascinaba con su lenguaje.

«¡Un conde! ¡En el fondo es un conde! ¡En el fondo son un conde y una condesa!», decía acordándose de los Balbo cuando estaba en Roma, lejos de ellos. En Roma veía a otros amigos que le gustaban mucho menos, y con los cuales no tenía discusiones, pero tampoco estrechos vínculos de recuerdos. En realidad con ellos se aburría un poco, pero no se lo confesaba a sí misma. En la lejanía le parecía que el hecho de que Balbo fuera de familia noble y católico hacía que todos los razonamientos que sostenía cuando se veían se tambalearan. Cada vez que volvía a Turín, la casa de los Balbo la atraía con fuerza, y sin embargo no era capaz de decirse a sí misma la verdad, y decirse: «Son mis amigos y les quiero, y no me importa nada que sus opiniones sean verdaderas o falsas, no me importa nada que a él le gusten tanto los curas». Porque en su carácter ingenuo, tierno, infantil, sus opiniones e ideas y las de los demás germinaban y se ramificaban como grandes árboles frondosos, ocultando y cubriendo a su mirada el claro espejo de su misma alma.

Mottura pasaba tanto tiempo con Balbo, que en la editorial se inventaron el verbo «motturar». «¿Qué hace Balbo?» «¡Está motturando! ¡Por supuesto, está motturando!», decíamos. Después de haber estado conversando con él, Balbo iba a ver al editor para referirle las propuestas que le había hecho Mottura con respecto a la colección científica. Balbo no tenía ninguna obligación de ocuparse de ella, pero siempre solía meter la nariz en las colecciones más diversas y decir lo que pensaba. Balbo no tenía ninguna noción científica, a pesar de que antes de matricularse en Derecho, y en su juvenil desorientación, hubiera estudiado dos años de Medicina, de los que no conservaba el más mínimo recuerdo. Mottura era al único científico que conocía, aparte de mi padre, con el que se había examinado de anatomía en aquellos lejanos años. Las conversaciones con Mottura le estimulaban para buscar libros de ciencia que no leía y en los que metía un momento, aquí y allá, su nariz roja. Sin embargo, estaba preparadísimo para coger al vuelo los juicios e ideas de éste, con él que conversaba por puro placer, y no con la finalidad de obtener juicios y propuestas. Por otra parte, nunca tenía una finalidad determinada cuando hablaba con la gente y, aunque la tuviera al inicio, la olvidaba enseguida. Sus conversaciones discurrían sobre la base de una búsqueda desinteresada, pura, sin ningún objetivo. A pesar de eso, solía hacer fluir hacia la editorial una parte de lo que había retenido, como quien cagando por pura necesidad de cagar sabe que está abonando un campo. Su concepción del trabajo hubiera sido inimaginable e intolerable en otro lugar distinto a aquella editorial. De hecho, más tarde aprendió en otros sitios a trabajar de otra forma. Pero entonces trabajaba así, y no se daba cuenta de que estaba cansado hasta por la noche, cuando le llegaba el momento de acostarse y se sentía exhausto. En aquella época también escribía un libro. No se podía entender de dónde sacaba el tiempo, pero lo escribía, porque en un determinado momento lo hizo publicar pidiendo a otros que le corrigieran las pruebas, porque él no sabía hacerlo: estaba encima de ellas durante meses y no veía los errores.

Yo me quedaba por las noches en casa de los Balbo. Allí había siempre tres amigos fijos: uno bajito con bigotitos, uno alto que de cara se parecía un poco a Gramsci[85] y otro[86] sonrosado y de cabello rizado que sonreía siempre. El que sonreía siempre vino más tarde a trabajar a la editorial y se le encargó que se ocupara de la colección científica; lo cual parecía muy extraño, porque no se sabía que se hubiera ocupado nunca de algo relacionado con la ciencia; pero, evidentemente, lo hacía bien, porque conservó durante años aquel empleo y más tarde se convirtió en el director de aquella colección, siempre con su sonrisa suave, desarmada y triste, siempre abriendo de par en par los brazos y afirmando no saber nada de ciencia. Al final se fue y montó una editorial de libros científicos por su cuenta.

Cuando Balbo dejaba en algún momento de hablar con aquellos amigos suyos, nos exponía a Pavese y a mí sus ideas sobre nuestra forma de escribir. Pavese le escuchaba sentado en el sillón, bajo la lámpara, fumando su pipa, con una sonrisa maligna, y a todo lo que Balbo le decía, respondía que él ya lo sabía desde hacía muchísimo tiempo.

No obstante, escuchaba con mucho agrado. Sus relaciones con nosotros, sus amigos, siempre tenían un fondo irónico mediante el que solía retratarnos y hacernos comentarios. Y esta ironía, que seguramente era una de las cualidades más bellas que él poseía, nunca sabía trasladarla a las cosas que más le importaban, a las relaciones con las mujeres de las que se enamoraba, a sus libros. Sólo la aplicaba a la amistad, porque la amistad era un sentimiento natural en él y de alguna forma despreocupado, es decir, algo a lo que no daba excesiva importancia. Al amor y a la escritura se entregaba sin embargo con un estado de ánimo tan enfebrecido y tan calculado que nunca sabía reírse de ellos ni llegar a ser él mismo por completo. Y a veces, cuando ahora pienso en él, su ironía es lo que más recuerdo y lloro, porque ya no existe: de ella no queda ningún rastro en sus libros, y sólo es posible hallarla en el relámpago de aquella maligna sonrisa suya.

En cuanto a mí, estaba profundamente sedienta de oír hablar de mis libros. Las palabras de Balbo en ocasiones me parecían de una penetración fulgurante, pero yo sabía que de los libros acostumbraba a leer sólo algunas líneas, pues durante el día no tenía ni tiempo ni espacio para la lectura. No obstante, suplía su falta de tiempo y de espacio con una intuición preparadísima y agudísima, la cual le permitía formarse una opinión con la simple ayuda de algunas frases. A veces, en la distancia, yo odiaba aquella manera suya de formarse una opinión y lo acusaba de superficialidad, pero estaba equivocada, porque él podía ser de todo menos genérico y superficial. De una atenta lectura no habría podido extraer un juicio más completo y profundo. Lo único genérico y superficial de sus comentarios sobre los libros o sobre las personas eran sus consejos prácticos, pues no sabía dárselos a los demás ni a sí mismo. El que a mí me daba cuando comentaba mis libros o cuando me veía triste era que frecuentase más activamente las reuniones de célula o de sección del partido comunista, al que yo por entonces pertenecía. Aquello le parecía un medio para que yo me abriera paso en el mundo real, del que decía que estaba separada; por otra parte, en aquellos años de la posguerra estaba bastante extendida la opinión de que los escritores, a través de los partidos de izquierda, debían romper su cerco de sombra y mezclarse con la viva realidad. Yo por entonces era incapaz de pensar que este consejo pudiera ser equivocado, simplemente me sentía más infeliz y totalmente desorientada; y, sin embargo, le obedecía e iba a aquellas reuniones, que en mi interior encontraba tristes y aburridas, aunque no fuera capaz de confesarlo.

Comprendí más tarde que sus consejos prácticos no había que seguirlos de ningún modo. Era necesario liberar sus palabras de cualquier sugerencia práctica. Desnudas de todo contenido práctico, sus palabras eran indicadoras y fecundas. Pero yo entonces me sentía empujada a seguirle paso a paso, y a cometer, paso por paso, los mismos errores que él. Por lo que se refería a Pavese, cometía otros errores por su cuenta, pero no los mismos, y se tropezaba en otros caminos, que él recorría solo, con una actitud despreciativa y testaruda y con ánimo doliente y suave.

Pavese cometía errores más graves que los nuestros, porque los nuestros se debían a la impulsividad, a la imprudencia, a la estupidez y al candor. En cambio, los suyos nacían de la prudencia, de la sagacidad, del cálculo y de la inteligencia. No hay nada más peligroso que esta clase de errores. Pueden ser mortales, como lo fueron para él, porque de los caminos en que uno se equivoca por sagacidad es difícil regresar. Los errores que se cometen por causa de ésta se enredan estrechamente: la sagacidad echa en nosotros raíces más fuertes que la irreflexión o la imprudencia. ¿Cómo liberarse de esas ataduras tan tenaces, tan fuertes, tan profundas? La prudencia, el cálculo, la sagacidad tienen el rostro de la razón, su voz amarga, que argumenta con su lógica infalible, a la que no hay nada con qué responder, sólo se puede asentir.

Pavese se suicidó un verano, cuando ninguno de nosotros estaba en Turín. Había preparado y calculado las circunstancias de su muerte como alguien que prepara y dispone el transcurso de un paseo o de una velada. No le gustaba que hubiera nada imprevisto o casual en sus paseos y en sus veladas.

Cuando él, los Balbo, el editor y yo íbamos a pasear por la colina se irritaba muchísimo si algo se apartaba de lo que él había dispuesto con anterioridad, si alguno llegaba tarde a la cita, si cambiábamos de repente el programa, si se sumaba a nosotros una persona imprevista, si una circunstancia fortuita hacía que comiéramos, en lugar de en la *trattoria* que él había elegido, en la casa de algún conocido al que nos encontrábamos inesperadamente por el camino. Lo imprevisto le ponía nervioso. No le gustaba ser cogido por sorpresa.

Había hablado durante años de suicidarse. Jamás le creyó nadie. Cuando los alemanes invadieron Francia y venía a vernos a Leone y a mí comiendo cerezas, ya hablaba de ello. Pero no por Francia, no por los alemanes,

no por la guerra que avanzaba hacia Italia. La guerra le producía miedo, pero no lo bastante como para suicidarse por su causa. Sin embargo siguió temiéndola incluso cuando ya hacía tiempo que había finalizado, lo mismo que todos nosotros. Porque nos sucedió esto, que nada más acabar la guerra volvimos a temer una nueva guerra y a pensar continuamente en ella. Él la temía más que todos nosotros, su miedo era mayor que el nuestro. El miedo en él era el vórtice de lo imprevisible y de lo oculto, que parecía horrendo a la lucidez de su pensamiento: aguas tenebrosas, vertiginosas y venenosas en las desnudas orillas de su vida.

En el fondo no tenía ninguna causa real para suicidarse. Pero compuso varios motivos y calculó su suma con una precisión fulminante, y los volvió a componer y volvió a ver, asintiendo con su sonrisa maligna, que el resultado era idéntico y por lo tanto exacto. Pensó incluso más allá de su vida, en nuestros días futuros, consideró cómo se comportaría la gente ante sus libros y su memoria. Observó más allá de la muerte, como los que aman la vida y no saben separarse de ella y que, aun pensando en la muerte, van imaginando no la muerte, sino la vida. Sin embargo él no amaba la vida, y aquel mirar suyo más allá de su propia muerte no era amor por la vida, sino un preparado cálculo de circunstancias, para que nada, ni siquiera después de muerto, pudiese cogerlo por sorpresa.

Balbo se fue a vivir a Roma y dejó la editorial. Después estuvo durante años de aquí para allá entre proyectos absurdos y errores. Al final tuvo un verdadero trabajo. Aprendió a trabajar como las demás personas, pero se seguía olvidando de las horas de la comida y de irse cuando la oficina se quedaba vacía, como le sucedía antes en la editorial. Por tanto trabajaba más que los otros, pero sin entenderlo y dándose cuenta por la noche con estupor de que se sentía exhausto.

Ahora los Balbo tenían tres hijos, e intentaron convertirse en un verdadero padre y en una verdadera madre, pero los dos eran incapaces, y eso les pesaba. Solían acusarse recíprocamente todos los días de esta incapacidad. Ninguno de los dos pretendía saber educar a sus hijos, pero cada uno de ellos pedía al otro que fuera lo que el otro no era. Balbo trataba de enseñar a sus hijos lo único que sabía bien, es decir, la geografía, porque de todas las demás asignaturas que se estudiaban en la escuela no recordaba nada, a pesar de haber sido, según decía, un excelente alumno.

En cambio nunca tocaba con ellos temas de historia, en parte porque no sabía historia y en parte porque temía que al hablar de ellos se le pudieran escapar sus juicios y opiniones políticas, y él no quería dar a sus hijos juicios ya formulados: pensaba que ellos mismos debían formarse sus propias opiniones y juicios. Lo cual resultaba extraño en una persona como él, que había sido durante tanto tiempo agresivo y entrometido con sus amigos a la hora de dar sus ideas y opiniones; y también agresivo y entrometido en el momento de recibirlas, es decir, en hacer suyas las opiniones de los demás, en fundirlas y mezclarlas, y en imprimirles la marca de su pensamiento. Con sus hijos se mostraba muy cauto a la hora de suministrarles el alimento de su pensamiento.

Lola y su marido no hablaban por tanto nunca de política en presencia de sus hijos; ella porque odiaba el sectarismo; él porque pensaba que había que abstenerse de tocar con los niños temas complicados. Y como ambos temían confundirles las ideas e inspirarles desconfianza e incertidumbre en relación con la autoridad constituida, en presencia de los niños no hablaban de la historia de la cárcel.

Lola tenía un ideal de hijos que no coincidía en nada con los que ella tenía, y comparaba en todo momento ese ideal con sus propios hijos, perezosos, desordenados y distraídos. Por lo cual no hacía más que regañarles a su manera ruda y caótica que no daba miedo a nadie, y que sólo introducía en la casa una confusa sensación de malestar, de ruido y de caos. Al mismo tiempo, se forjaba un ideal de marido y de padre completamente distinto de lo que Balbo era y de lo que nunca podría proponerse ser, y lanzaba de vez en cuando un grito prolongado, gutural y exasperado dedicado a su marido y a sus hijos, idéntico al grito con el que en otra época se quejaba de la gente que merodeaba por su casa.

En su casa de Roma no había gente que entrara y saliera como en la de Turín, en la avenida Re Umberto. Al contrario, ahora tenían pocos amigos y los veían a horas razonables. Se trataba de personas a las que Balbo en algunas ocasiones no tenía nada especial que decirles, con las que en algunos momentos se quedaba callado o hablaba bromeando. Se había aplacado en él su antigua y prepotente forma de hablar. Ahora dirigía su propia inteligencia a fines determinados, la guiaba hacia determinadas personas y sólo en determinados momentos del día, para sumergirse después en el silencio, como se cierra una persiana cuando llega la noche.

Todavía a veces, cuando iban solos de viaje o cuando tenían a todos los chicos de vacaciones, Balbo y su mujer disfrutaban de los días y de las noches en su forma acostumbrada, descansaban libres, vagaban por las calles, él le hacía comprarse a ella los vestidos y los zapatos que le divertían, o se iban a bailar al *night club*.

Lola al final consiguió también un trabajo. No lo eligió ella, sino que más bien le vino a las manos en un momento en que no se lo esperaba. Quizá no era el trabajo que ella habría escogido si hubiese podido escoger, y no se parecía en nada a su cárcel, es decir, al momento que consideraba mejor y más importante de su vida. Sin embargo, aquel trabajo lo hacía bien y aportando un poco de su inteligencia. Aunque al mismo tiempo también aportara su desorden, su impaciencia y sus ganas de pelea, que desfogaba ante las ventanillas de las oficinas de correos, adonde iba a veces por su trabajo a enviar folletos y paquetes.

Trabajaba con unos magistrados. Normalmente realizaba su trabajo entre las cuatro paredes de su casa, y mientras tanto gritaba órdenes a la mujer de servicio y a los niños, telefoneaba a su suegra y a sus amigas y se

probaba sus vestidos. Este trabajo añadió caos al caos. A veces le tocaba hacer paquetes, y entonces de pronto decidía que los tenían que hacer sus hijos, porque de repente se forjaba la imagen de unos hijos diestros y hábiles para hacer paquetes. Por lo cual gritaba: «¡Lucaaa!», y Luca aparecía, gordo, todo manchado de tinta, perdido en las neblinas de su indolencia, y pausado e indiferente como un príncipe, y ella le ordenaba que le hiciera enseguida veinte paquetes. Y aunque Luca no hubiera hecho un paquete en su vida, ella le ponía en la mano un montón de papel y un ovillo de cuerda. Luca vagaba por la casa con aquella cuerda, ensimismado, olvidadizo e indolente, moviéndose lentamente y sin ningún objetivo, hasta que ella de pronto lo aturdía con sus gritos y le arrebataba el cordel de la mano. Él entonces la miraba con sus ojos verdes, nebulosos, inmóviles, desde la distancia de su real silencio.

En invierno los Balbo iban siempre a esquiar a la montaña. Se llevaban también a sus hijos. Pero debían llegar hasta el Norte, porque despreciaban las montañas bajas, ventosas y llenas de gente de los alrededores de Roma. Iban a Sestrières o incluso a Suiza. Allí, en las pistas de nieve, Lola se sentía libre, se olvidaba de sus magistrados, de los estudios de sus hijos, de la mujer de servicio que tal vez consumía demasiado aceite, de sus malhumores y de sus eternos resentimientos. Pero para conquistar aquella libertad, antes había habido en Roma días de completo caos, incontenible, de maletas hechas y deshechas, de jerséis perdidos y de gritos, de carreras a toda velocidad por la ciudad, de órdenes dadas y anuladas; todo ello en medio de la asustada mujer de servicio y de Luca impenetrable y manchado de tinta, de llamadas de teléfono y de citas con sus magistrados.

Lola veraneaba en Ostia. Iba sola, porque a su marido no le gustaba demasiado el mar, y sus hijos en ese período estaban generalmente fuera de Roma, en sus campamentos de *boy scouts*. Iba con gente eventual, utilizada simplemente para eso, para que la fueran a buscar en coche y para que la dejaran en casa a la vuelta. Con estas personas mantenía conversaciones que ni la aburrían ni la divertían, porque su carácter tenía una parte mundana, ajena a la diversión y al aburrimiento y normalmente unida a un interés inmediato, como el de que la acompañaran en coche o conseguir señas de tapiceros. Solía complicar su vida práctica buscando tapiceros lejanos, carpinteros que cobraban poco pero que no tenían teléfono y tiendas de telas en el quinto pino, donde podía obtener, gracias a aquella gente que había conocido eventualmente, pequeños descuentos. Sin embargo, en Ostia, en el mar, disfrutaba sola, nadando lejos, secándose al sol y bronceándose de un modo inverosímil a pesar de que el médico le hubiera aconsejado no tomar demasiado el sol a causa de aquella enfermedad que había tenido en una ocasión y que a ella siempre la atemorizaba, pero no lo bastante para evitar el mar, el sol y la arena. Volvía a comer a las cuatro, y lanzaba por la casa, dedicándoselo a su marido, su grito gutural y tierno, pues se sentía pacificada por esa mañana de libertad y de vacación, y porque le gustaba el verano, el calor, el tener a sus hijos en el campamento y el dar vueltas por la casa en traje de baño con los pies descalzos.

Yo vivía aún en Turín, pero iba a Roma con frecuencia y me disponía a vivir allí definitivamente. Me había vuelto a casar y mi marido daba clases en Roma. Buscábamos una casa; dentro de poco llevaría a los niños y nos instalaríamos en Roma para siempre.

Iba a ver a Balbo. Seguíamos siendo amigos y hablábamos del pasado. Yo le decía: «¿Te acuerdas de cuando hacíamos la autocrítica?».

En una época, en los años de la posguerra, era costumbre entre nosotros hacer la autocrítica, que consistía en analizar y en diseccionar en voz alta los errores que habíamos cometido. Entrelazábamos unos errores con otros y la autocrítica se superponía, se entrelazaba y se confundía con ellos, del mismo modo que la música se confunde con la letra de una ópera, oscurece su sentido y la hace desaparecer en su ritmo glorioso.

Decía: «¿Te acuerdas de cuando pronunciábamos los mítines?».

Lola, recordando los mítines de su marido, todavía lloraba de pena. Porque se acordaba de él, bajito sobre el palco de madera, entre las banderas ondeantes, por encima de la plaza llena de gente. Él soltaba frases con la voz indecisa y se rascaba de vez en cuando la coronilla con el dedo índice. El frío y la oscuridad de la noche iban aumentando, y él seguía soltando frases, absorto en seguir el rastro tortuoso y sutil de su pensamiento, convencido de que la gente que le escuchaba le seguía a través de los recovecos pedregosos e impenetrables por donde se había adentrado. La gente esperaba en vano las palabras resonantes que estaba acostumbrada a oír y a aplaudir. Sin embargo, aplaudía igualmente, tal vez por simpatía e indiscutible confianza, o tal vez para que se callara de una vez.

En aquellos años mi padre también había pronunciado en una ocasión un mitin. Le pidieron que pusiera su nombre en la lista de los candidatos al Frente Popular, en el cual se presentaban unidos comunistas y socialistas, y él aceptó. Le dijeron que debía pronunciar al menos un mitin, sólo uno, y le invitaron a decir lo que le pareciera. Lo llevaron a un teatro, le hicieron subirse a un palco, y mi padre comenzó su mitin con estas palabras: «La ciencia es la búsqueda de la verdad».

Durante veinte minutos estuvo hablando sólo de la ciencia, y la gente, perpleja, callaba. En un determinado momento dijo que la investigación científica estaba más adelantada en América que en Rusia. La gente, cada vez más desorientada, seguía callada. Pero, de pronto, incidentalmente, nombró a Mussolini, al cual, según dijo, él solía llamar el asno de Predappio. Entonces estalló un estruendoso aplauso, y mi padre miró a su alrededor asombrado y al mismo tiempo lleno de desconcierto. Éste fue el mitin de mi padre.

Balbo, que había estado presente en aquel mitin, se reía al recordarlo. Mi padre le gustaba mucho: de aquellos dos años de Medicina que había estudiado sólo se acordaba de él. Al inicio del año académico, ante la puerta del departamento se producían griterío y peleas para matricularse, y Balbo contaba que mi padre se arrojaba en medio de aquellas peleas agachando la cabeza, como un búfalo se arroja al asalto de una manada, para abrirse camino entre la multitud y poder pasar.

Yo recordaba que mi padre corría así, con la cabeza agachada como un búfalo, cuando, durante la guerra, los bombardeos lo sorprendían en la calle. Mi padre no bajaba a los refugios, y cuando sonaba la sirena de alarma se ponía a correr, pero no al refugio, sino en dirección a su casa. Corría pegado a las paredes, con la cabeza agachada, entre el estruendo de los aeroplanos y el silbido, feliz en el peligro, porque el peligro era algo que le gustaba.

«¡Tontos! —decía más tarde—. ¡Qué voy a ir yo al refugio! ¡Pues sí que me importa a mí mucho morirme!»

Cuando le dije a mi madre que me marcharía de Turín y me iría a vivir a Roma, se llevó un gran disgusto. «¡Te me llevas a los niños! —dijo—. ¡Mira que eres perra!»

«Me los llevará por ahí todos rotos —le decía a Miranda—. ¡Me los llevará sin botones! ¡Con el culo al aire!»

Se acordaba de cuando me venía a ver al confinamiento y yo tenía en la cocina una cesta con la ropa que tenía que coser y que nunca cosía. Me ponía un momento, pero después lo dejaba y decía: «Ya no puedo coser. He perdido la aguja».

Hacía muchos años que no tenía una casa propia, ni un armario con sábanas, ni un cesto con la ropa para coser que luego no cosía. Hacía muchos años que vivía con mis padres y mi madre era la que pensaba en todo.

Mi padres eran quienes en verano se encargaban de llevar a los niños a la montaña, y normalmente los llevaban a Perlotoa, donde alquilaban la misma casa de siempre con aquel prado delante. Yo me quedaba sola en la ciudad, y sólo me marchaba algunos días cuando la editorial cerraba.

«¡Vamos a caminar! —decía mi padre en la montaña por la mañana temprano, con su antigua chaqueta de color hollín, sus medias y sus zapatos de clavos—. ¡Venga, vamos a caminar! ¡No hay que apoltronarse! ¡No quiero que estéis siempre en el prado!»

Regresaban en septiembre, y mi madre llamaba a Tersilla para que les hiciera a los niños pantalones, las batas de la escuela, pijamas y abrigos.

«¡Quiero que vayan ordenados! ¡A mí me gusta llevarlos ordenados! ¡Que tengan preparada su ropita! ¡Me reconforta pensar que van bien abrigados!»

Por la noche, mi madre leía a los niños *Sin familia*.[87] «¡Qué bonito es el *Sin familia*! —decía siempre—. ¡Es uno de los libros más bonitos que existen!»

«También eran muy bonitos los libros de la marquesa Colombi —decía—. ¡Qué lástima que ya no se encuentren por ahí! Deberías proponer a tu editor —me decía— que volviese a publicar los libros de la marquesa Colombi. ¡Eran preciosos!»

Yo les había regalado a los niños *Incomprendido*.[88] Cuando yo era pequeña me lo había leído Paola, a la que en esa época le gustaban las historias muy tristes, conmovedoras, que hicieran llorar y que acabaran mal. A mi madre no le gustaba *Incomprendido*, lo encontraba demasiado triste. «Es más bonito *Sin familia* —decía—, no hay ni punto de comparación. *Incomprendido* es demasiado sentimental. No me gusta mucho. ¡Y en cambio *Sin familia*! ¡Capi! ¡El señor Vitali! “¡Las bellas cintas han mentido!” “¡Honra al padre y a la madre!” “¡Las bellas cintas han dicho la verdad!”.» Y seguía enumerando los personajes de *Sin familia* y los títulos de los capítulos, que se sabía de memoria, porque había leído aquel libro muchas veces a sus hijos y ahora les leía a los míos un capítulo cada noche, volviéndose a sumergir en la fascinación de aquellas historias, que en algunos momentos tomaban visos dramáticos, pero que no acababan mal; y sintiéndose de nuevo fascinada por el perro Capi, al que ella tenía mucha simpatía, porque quería mucho a los perros. «¡A mí me gustaría tener un perro como él! Pero figúrate si tu padre me iba a dejar tener un perro.»

«¡También me gustaría tener un bonito león! ¡Me gustan tanto los leones! ¡Me gustan todos los animales feroces!», decía. Y en cuanto podía iba corriendo al circo con la excusa de llevar a los niños. «¡Cómo lamento que en Turín no haya un zoológico! Iría todos los días. ¡Tengo siempre tantas ganas de ver la cara de algún animal feroz!»

«*Incomprendido* no es demasiado bonito. A Paola le gustaba cuando era pequeña, porque a ella y a Mario les daba por las cosas tristes. ¡Pero ahora por suerte se les ha pasado!»

«Mario y Paola formaron una gran alianza cuando eran pequeños —decía mi padre—. ¿Te acuerdas de cuando estaban siempre confabulando con el pobre Terni? Tenían la manía de Proust, no hablaban de otra cosa. Ahora Paola y Mario están muy fríos el uno con el otro, ni siquiera se miran a la cara. Él la considera una burguesa. ¡Qué borricos!»

«¿Cuándo sale tu traducción de Proust? —me decía mi madre—. Hace tiempo que no he vuelto a leer a Proust, pero lo recuerdo, ¡es precioso! ¡Me acuerdo de madame Verdurin! ¡De Odette! ¡De Swann! ¡Madame Verdurin debía de ser un poco como Drusilla!»

Cuando volví a casarme y pasado algún tiempo me fui a vivir a Roma, mi madre me guardó rencor durante

una breve temporada, pero el rencor nunca echaba raíces amargas y profundas en su ánimo. Yo iba y venía de Roma a Turín. Me disponía a dejar Turín para siempre.

Decía adiós en mi corazón a la editorial, a la ciudad. Mi intención era seguir trabajando en la sede de la editorial en Roma, pero pensaba que sería muy distinto. La editorial que yo amaba era la que se hallaba en la avenida Re Umberto, a pocos metros del café Platti, a pocos metros de donde vivían los Balbo cuando estaban aún en Turín y a pocos metros de aquel hotel de los soportales donde había muerto Pavese.

Quería a mis compañeros de trabajo de aquella editorial, a aquéllos y no a otros. Pensaba que no sabría trabajar con otra gente. De hecho, cuando después fui a Roma, acabé dejando la editorial, porque era incapaz de trabajar sin el editor y sin mis antiguos compañeros.

Gabriele, mi marido, me escribía desde Roma diciéndome que me diese prisa en ir allí con los niños. Se había hecho amigo de los Balbo y cuando estaba solo los iba a ver por la noche.

«¡Pero en Roma tendrás que aprender a coser! —dijo mi madre—. Si no, ¡tienes que buscar a una mujer que cosa bien! ¡Búscate a una costurera que te vaya a casa, un poco como Tersilla! Pregúntale a Lola. ¡Lola tendrá alguna costurera durante el día! O pregunta a Adele Rasetti. ¡Vete a ver a Adele Rasetti, que es tan simpática! ¡Me gusta mucho Adele!»

«Apúntate la dirección de Adele Rasetti —dijo mi padre—. ¡Te la escribo yo! ¡No la pierdas! ¡Te escribo también la dirección de mi primo, el hijo del pobre Ettore! ¡Es un médico buenísimo! ¡Puedes llamarle!»

«¡Vete enseguida a ver a Adele! —dijo mi padre—. ¡Ay de ti si no vas! ¡No quiero que te comportes como una borrica con Adele! Vosotros sois todos unos borricos con la gente. Mario es un borrico. ¡Debió de estar borriquísimo con Frances cuando fue a París a verles! Le debió de dar poco cordel. Y ella me dio a entender que la casa estaba muy desordenada. ¡Como siempre!»

«¡Y pensar que Mario era antes tan ordenado! —dijo mi madre—. ¡Era tan meticuloso y tan plomo! ¡Era como Silvio!»

«Pero ahora ha cambiado —dijo mi padre—. Frances me dio a entender que en su casa había mucho desorden. ¡Todos vosotros sois desordenadísimos!»

«Yo no. Yo soy ordenada —dijo mi madre—. Mira mis armarios.» «¡Tú eres una embarulladora! ¡No encontrabas mi traje de invierno!»

«¡Sí que lo encontré! ¡Sabía perfectamente dónde estaba! Pero lo había dejado aparte para regalarlo, porque está viejo. ¡Ya no lo puedes llevar, Beppino!»

«¡Ni que te pienses que voy a tirarlo! ¡No se me pasa por la cabeza! ¡Prefiero morirme a hacerme un traje nuevo!»

«¡Te lo hiciste cuando fuiste a Lieja! ¡Lo has llevado durante toda la guerra! ¡Ahora ya hace casi diez años que lo tienes!»

«¿Qué tiene que ver que lo haya llevado tanto tiempo? Es un traje que todavía está muy bien. ¡Yo no tiro el dinero como vosotros! ¡Vosotros sois todos unos megalómanos!»

«También mi madre, pobrecita —dijo—, siempre me insistía en que me hiciera trajes nuevos. ¡No quería que yo quedara mal cuando iba a casa de Vandea! El pobre Ettorino, mi primo, era muy elegante, ¡y no quería que yo quedase mal a su lado!»

«En casa de Vandea —dijo—, había comidas de cincuenta, de sesenta invitados. Había todo un séquito de coches de caballos. Servía la mesa Beppo el Mozo. ¡Una vez se cayó por las escaleras y rompió una enorme pila de platos! ¡Mi hermano, el pobre Cesare, cuando se pesaba después de las comidas había engordado cinco o seis kilos!»

«El pobre Cesare, mi hermano, estaba muy gordo. Comía demasiado. ¡No me gustaría que Alberto, que come tanto, se pusiese tan gordo como el pobre Cesare!»

«Todos comían demasiado. En aquella época se comía demasiado. Me acuerdo de la abuela Dolcetta, ¡cuánto comía!»

«Mi madre, pobrecita, en cambio, comía poco. Era delgada. Mi madre de joven, pobrecilla, era muy guapa. Tenía una preciosa cabeza. Todos decían que tenía una preciosa cabeza. También ella daba comidas de cincuenta y de sesenta invitados. Había helado caliente y helado frío. ¡Se comía muy bien!»

«Mi prima Regina, a aquellas comidas, iba elegantísima. Era guapa. ¡Ah, era muy guapa Regina!»

«No, Beppino —dijo mi madre—, ¡era una belleza artificial!»

«¡Ah, no, te equivocas, era muy guapa! Me gustaba mucho. Al pobre Cesare también le gustaba mucho, pero de joven era un poco ligera. ¡Era muy ligera! ¡También mi madre decía siempre que Regina era muy ligera!»

«Mi tío el Demente también iba a veces a aquellas comidas de tu madre», dijo mi madre.

«A veces, pero no siempre. El Demente se daba muchos aires, le parecía que era un ambiente demasiado burgués, reaccionario. Tu tío se daba muchos aires.»

«¡Era tan simpático! —dijo mi madre—. ¡Qué simpático era el Demente, qué gracioso! ¡Era como Silvio! ¡Silvio valía mucho!»

«Distinguido señor Lipmann —dijo mi madre—, ¿te acuerdas de cómo lo decía? Y además decía siempre: "¡Felices los huérfanos!". Decía que muchos locos lo estaban por culpa de sus padres. Felices los huérfanos, decía siempre. En el fondo había entendido el psicoanálisis, que aún no se había inventado.»

«Distinguido señor Lipmann —dijo mi madre—. ¡Me parece estar oyéndolo todavía!»

«Mi madre, pobrecita, tenía coche de caballos —dijo mi padre—. Todos los días daba su paseo en el coche de caballos.»

«Llevaba siempre a Gino y a Mario en su coche de caballos —dijo mi madre—. ¡Y ellos enseguida se ponían a vomitar porque les molestaba el olor del cuero, y manchaban todo el coche, y ella se enfadaba!»

«¡Pobrecilla! —dijo mi padre—. Le dio mucha pena tener que deshacerse del coche.»

«¡Pobrecilla! —dijo mi padre—. Cuando volví de Spitzberg, donde estuve en el cráneo de la ballena buscando los ganglios cerebroespinales, traje una bolsa con mis trajes sucios de sangre de ballena, y a ella le dio asco tocarlos. Los llevé a la buhardilla y apestaba todo de una forma horrible.»

«Los ganglios cerebroespinales no los encontré —dijo mi padre—. Mi madre decía: "¡Ha ensuciado trajes buenos para nada!".»

«¡Tal vez no los buscaste bien, Beppino! —dijo mi madre—. ¡Tal vez los deberías haber seguido buscando!»

«¡Tonta, que no eres otra cosa! ¡No era tan sencillo! Estás siempre dispuesta a dejarme mal. ¡Pero mira que eres borrica!»

«A mí, cuando estaba en mi internado —dijo mi madre—, también me hacían estudiar las ballenas. Enseñaban bien la historia natural, a mí me gustaba mucho. Pero en el internado nos llevaban demasiado a misa. Había que estar siempre confesándose. Algunas veces no sabíamos de qué confesarnos, y entonces decíamos: "¡He robado nieve!".»

«"¡He robado nieve!" ¡Ah! ¡Qué bonito era mi internado! ¡Cómo me divertía!»

«Todos los domingos —dijo—, iba a casa del Bigotudo.» A las hermanas del Bigotudo las llamaban «las Beatas», porque eran muy mojigatas. El Bigotudo; su verdadero nombre era Perego. Sus amigos le habían hecho esta poesía:

Por la mañana y al atardecer
la casa y la bodega de Perego son dignas de ver.

«¡Ay, no empecemos otra vez con el Bigotudo! —dijo mi padre—. ¡La de veces que he oído contar esa historia!»

Notas de la traductora

[1] Giuseppe Levi, nacido en Trieste en 1872 y muerto en Turín en 1965. Profesor de Anatomía muy conocido por sus investigaciones en Histología y Biología.

[2] Partidario de la liberación de los territorios de lengua italiana, pertenecientes a Austria antes de la guerra de 1914-1918.

[3] Departamento francés situado en la costa atlántica. Vandea defendió la monarquía durante la Revolución francesa, es decir, las ideas conservadoras.

[4] Tomate.

[5] En dialecto milanés en el original: *Bella, bella, bella. Troppo lunga de col*.

[6] En dialecto milanés: «¡Ella es, ella es, ella es la hermana de mi perra!». Frase conservada en el idioma original para que no pierda su expresividad fónica al ser traducida.

[7] Pietro Trapassi, llamado Metastasio (1698-1782). Poeta y creador del melodrama italiano.

[8] «Si a cada uno el interior afán / se le leyese en la frente escrito / cuántos que alguna vez nos dan envidia / nos darían pena», de *José reconocido*, parte I.

[9] En dialecto milanés en el original: *Quello lo mangeremo mi e ti doman matina*.

[10] Óxido de bario.

[11] En dialecto milanés en el original: *Ti te vedet quel pan lì? L'è tutta barite.*

[12] En dialecto milanés en el original: *Lidia, mi e ti che sem la chimica, de cosa spussa l'acido solfidrico? El spussa de pet. L'acido solfidrico el spussa de pet.*

[13] En dialecto triestino en el original: *E cosa g'avevate a pranzo, risi o pasta?*

[14] En dialecto milanés en el original: *Bon che non avevate risi, perché sennò chissà che lunghi ch'el diventava.*

[15] Cartas. En italiano se escribe y se pronuncia con doble «t»: *lettere*.

[16] Leonida Bissolati Bergamaschi (1857-1920), político nacido en Cremona. Fue expulsado del Partido Socialista tras su discurso sobre la conveniencia de la guerra para conquistar Libia (1912) y por sus dos visitas al rey. Fue uno de los fundadores del Partido Socialista Reformista.

[17] Filippo Turati (1857-1932), político nacido en Canzo (Como). Fue uno de los fundadores del Partido Socialista Italiano. Perseguido por el fascismo en 1927, protagonizó una fuga memorable. En este libro se recuerdan algunos momentos de su fuga, organizada por los hermanos Rosselli y por Ferruccio Parri. Consiguió llegar a Córcega en una lancha motora y después se refugió en Francia, donde murió.

[18] Anna Michailovna Kuliscioff (1857-1925), revolucionaria rusa bajo el régimen zarista, se refugió en Suiza y después en Italia. Fue compañera de Andrea Costa, con el que tuvo una hija. A partir de 1885 fue también compañera de Filippo Turati, con el cual dirigió la revista socialista *Crítica Social.* Tuvo una enorme influencia en el socialismo italiano.

[19] En dialecto milanés en el original: *Dis no che son i dent.*

[20] En dialecto milanés: «Todos los días sucede algo, todos los días sucede algo, Drusilla ha vuelto a romper las gafas». Se ha dejado en el idioma original para respetar su expresividad fónica.

[21] En dialecto triestino en el original: *Il xè fresco.*

[22] En dialecto triestino en el original: *Cossa gà oggi la nostra Rosina, che no la xè del suo solito umor?*

[23] Durante la Primera Guerra Mundial esta región de los Alpes fue escenario de sangrientos combates entre austriacos e italianos.

[24] Drama del poeta, novelista y dramaturgo Gabriele d'Annunzio (1863-1938), nacido en Pescara.

[25] Drama del noruego Henrik Ibsen (1828-1906).

[26] Andrea Costa (1851-1910), político, propagador de las teorías internacionalistas, sufrió varias detenciones y condenas. Refugiado en Suiza, conoció a Anna Kuliscioff, que fue determinante para su cambio a favor de la ideología socialista. Al volver a Italia se dedicó a propagar las ideas socialistas y fue el primer diputado socialista que se sentó en la Cámara. Es considerado como el creador del socialismo italiano.

[27] El archipiélago de Spitzberg se encuentra en Svalbard, posesión noruega en el océano Ártico situada al noroeste de Groenlandia. En él hay mucha pesca de ballena.

[28] Giovanni Semeria (1867-1931), nacido en Coldirodi (Imperia), religioso de la orden barnabita, literato y filántropo.

[29] Franco Rasetti (1901-2001), físico nacido en 1901 en Pozzuolo Umbro, que se licenció en Pisa en 1923. En 1939 marchó a Canadá y después a Estados Unidos. Ha realizado investigaciones fundamentales en varios campos de la física nuclear, algunas de ellas con Fermi.

[30] Felice Casorati (1886-1963), pintor piamontés.

[31] Ettore Petrolini (1886-1936), gran actor cómico.

[32] *La petite phrase* es un pasaje musical de la sonata de Vinteuil, personaje de *En busca del tiempo perdido*,

de Proust.

[33] Giancarlo Pajetta, nacido en Turín el 1 de octubre de 1915 y muerto en Livorno el 15 de agosto de 1988. Miembro del Comité Central del Partido Comunista Italiano (PCI) y presidente de la Asociación Nacional Italiana de los Ex Garibaldinos de España. Arrestado a los quince años por actividades antifascistas, estuvo exiliado en la Unión Soviética y en España, donde fue uno de los más destacados comandantes de las Brigadas Garibaldi que combatieron en la Guerra Civil española. Participante en la resistencia italiana, fue detenido por los nazis y enviado al campo de concentración de Mauthausen, de donde fue liberado en mayo de 1945. Fue diputado en la Asamblea Constituyente de la República de Italia y posteriormente elegido senador en todas las legislaturas hasta 1972.

[34] Leo Pestelli (1906-1976), periodista y crítico de cine nacido en Turín.

[35] Gino Pestelli (1885-1965), periodista, nacido en Florencia.

[36] Casola-Prospasi (1883-1981), novelista, nacida en Turín.

[37] Adriano Olivetti (1901-1960), industrial que dio un gran impulso a la fábrica de máquinas de escribir creada por su padre en Ivrea. Fue un activo antifascista. Fundó el movimiento liberalsocialista de *Comunità* y la edición de *Comunità*.

[38] Paola Carrara (1872-1954), hija del célebre antropólogo Cesare Lomboso, casada con Mario Carrara (1886-1937), profesor de Antropología Criminal de la Universidad de Turín, al que se le quitó la cátedra por haberse negado a prestar juramento al fascismo. Paola Carrara, bajo el seudónimo de tía Mariú, escribió libros para niños.

[39] Carlo Rosselli (1899-1937), pensador y político nacido en Roma, que luchó contra el fascismo. Fue encarcelado y después confinado en Lipari por haber participado en la huida de Turati. Consiguió expatriarse y se refugió en Francia, donde fundó en París el movimiento antifascista Justicia y Libertad. Él y su hermano fueron asesinados en Bagnoles-de-l'Orne en junio de 1937 por los fascistas.

[40] Ferruccio Parri (1890-1981), político, militante antifascista nacido en Pinerolo (Turín), arrestado y procesado por haber organizado la fuga de Turati. Al ser puesto en libertad, participó en la organización en Milán del movimiento antifascista clandestino. Fue uno de los fundadores del Partido de Acción (1942), y desde el año 1943 hasta 1945 estuvo en la Resistencia.

[41] Tribunal político instituido por el fascismo en 1926 para juzgar todos los delitos contra la «Personalidad del Estado». Sus sentencias no podían ser impugnadas. Fue abolido tras la caída del fascismo.

[42] Vittorio Foa, nacido en Turín en 1910, se adhirió en el año 1932 al grupo de Justicia y Libertad de Turín. Especialista en temas económicos, fue un activísimo colaborador de la imprenta clandestina de Justicia y Libertad. Detenido en el año 1935, fue condenado a quince años de reclusión. Formó parte del Partido de Acción hasta su disolución, pasándose después al Partido Socialista. Fue secretario de la CGIL (Confederación General Italiana de los Trabajadores) hasta 1970.

[43] Luigi Salvatorelli (1888-1974), historiador y publicista, nacido en Marsciano (Perugia). Fue durante algunos años director del diario *La Stampa* de Turín. Antifascista, fue uno de los fundadores del Partido de Acción.

[44] Mario Vinciguerra (1887-1972), historiador y ensayista nacido en Nápoles. Antifascista, fue condenado a quince años de reclusión «por actividades subversivas». Durante los primeros tiempos de su condena a trabajos forzados le infligieron tremendas torturas, lo cual provocó las protestas de los periodistas extranjeros.

[45] Ricardo Bauer (1896-1982), periodista y antifascista militante, nacido en Milán, apoyó la fuga de Turati. Condenado varias veces por los tribunales fascistas, fue uno de los fundadores del Partido de Acción y uno de los principales organizadores de la Resistencia.

[46] Ernesto Rossi (1897-1967), periodista y economista, nacido en Caserta. Antifascista desde su juventud. En el año 1924, después del asesinato de Matteotti, colaboró con Carlo Rosselli y con Gaetano Salvemini (antifascista) y publicó el periódico clandestino *No Ceder*. Muy pronto se hizo jefe de la organización Justicia y Libertad en Italia. Condenado en el año 1930 a veinte años de cárcel, le rebajaron nueve y fue confinado. Colaboró en varios periódicos (*Il Mondo*, *Il Corriere della Sera*, *La Stampa*) y escribió varios libros (*I padroni del vapore*, *Settimo: non rubare*).

[47] Guglielmo Ferrero (1871-1942), historiador y sociólogo, nacido en Portici (Nápoles). Enseñó Historia Moderna en la Universidad de Ginebra, donde se había refugiado a causa de las persecuciones fascistas.

[48] Leone Ginzburg (1909-1944), nacido en Odessa. Lector de literatura eslava en la Universidad de Turín, dirigió el grupo de Justicia y Libertad de Turín. Murió en la cárcel de Roma el 5 de febrero de 1944.

[49] Los judíos askenazi son originarios de Centroeuropa, mientras que los judíos sefarditas son de origen hispánico.

[50] «Hay que saber que el hombre está animado por una triple alma, es decir, vegetativa, animal y racional…» (*De vulgari eloquentia*, parte II, parágrafo II).

[51] Sion Segre Amar, nacido en 1910 en Turín, condenado en 1933 a tres años de cárcel por actividades antifascistas.

[52] Pitigrilli, seudónimo de Dino Segre (1893-1975), novelista nacido en Turín.

[53] *Grandes Firmas*, revista de relatos dirigida por Pitigrilli.

[54] Alfred Dreyfus (1859-1935), oficial francés, de origen judío. Fue acusado injustamente de espionaje, procesado y condenado. Más tarde fue rehabilitado y se condenó al verdadero culpable.

[55] Margherita Sarfati (1883-1961). Hasta 1936 estuvo muy unida a las vicisitudes personales y políticas de Mussolini, del que escribió una biografía.

[56] Carlo Levi (1902-1975), escritor y pintor nacido en Turín. Fue confinado en Lucania (1935-1936) por haber formado parte del movimiento clandestino de Justicia y Libertad. Allí escribió su primera y más conocida obra literaria, *Cristo se detuvo en Éboli.*

[57] Michele Giua (1889-1966), nacido en Castelsardo (Sassari). Profesor de Química de la Universidad de Turín. Colaboró en Justicia y Libertad. Arrestado en 1935, fue condenado a quince años de cárcel. En la posguerra fue senador socialista.

[58] Giulio Einaudi (1912-1999), editor en Turín, nacido en Dogliani.

[59] Cesare Pavese (1908-1950), poeta y novelista, nacido en Santo Stefano Belbo (Cuneo).

[60] *La Cultura*, revista crítica mensual fundada y dirigida por Cesare de Lollis (1863-1928). A la muerte de éste, la revista continuó bajo la dirección de otras personas. Giulio Einaudi fue su editor hasta que en el año 1935 el gobierno fascista la suprimió.

[61] Dante Alighieri, *Divina Comedia*, «Infierno», canto XV, vv. 65-66: «Porque entre los ácidos arándanos / no conviene que madure el dulce higo».

[62] Giovanni Pascoli (1912-1955), poeta nacido en San Mauro de Romagna (Forlì).

[63] Giosué Carducci (1825-1907), poeta y prosista nacido en Valdicastello (Lucca).

[64] Margarita de Saboya (1851-1926), casada con el rey Humberto I, fue la primera reina de Italia. Carducci le dedicó una oda.

[65] Giacomo Leopardi (1798-1837), poeta nacido en Recanati (Macerata).

[66] Andrea Cafi (1887-1951), socialista nacido en Pietroburgo. Fue detenido y condenado a tres años de cárcel. Se exilió en Francia.

[67] Renzo Giua nació en 1914 y murió en España en 1938, combatiendo contra las tropas del general Franco.

[68] Nicola Chiaromonte (1905-1972), ensayista nacido en Rapolla (Potenza). Fue uno de los colaboradores de Justicia y Libertad.

[69] Enrico Fermi (1901-1954), físico. Premio Nobel de Física (1938). En el año 1939 se trasladó a Estados Unidos en señal de protesta contra las leyes raciales. Inventó y construyó la primera pila atómica.

[70] Giulio Einaudi.

[71] Angiola Jolanda Coppa, dactilógrafa en esa época de la editorial Einaudi.

[72] Benedetto Croce (1866-1952), filósofo, historiador y crítico literario nacido en Pescasseroli (L'Aquila).

[73] Felice Balbo (1913-1964), filósofo y ensayista.

[74] «Soy negra, pero bella», Cantar de los cantares 1, 5.

[75] De la *Eneida*, de Virgilio, Libro I, v. 118.

[76] Aldo Garosci di Meana (1907-2000), periodista e historiador, nacido en Susa. Siendo estudiante universitario organizó los primeros grupos de Justicia y Libertad. Se exilió en Francia, donde, con Carlo Rosselli, participó en las actividades clandestinas de los exiliados. En 1943 regresó a Italia para tomar parte en la lucha partisana.

[77] Emilio Lussu (1890-1975), político nacido en Armunglia (Cagliari). Activo antifascista, fue arrestado, procesado y deportado a Lipari, de donde huyó en 1929. Refugiado en Francia, en París, fue uno de los fundadores de Justicia y Libertad. Escribió *Un anno sull'Altipiano.* Fue uno de los dirigentes de la Resistencia desde las filas del Partido de Acción.

[78] *Los devoradores*, novela de la escritora italiana Annie Vivanti (1868-1942).

[79] Israel Zangwill (1864-1926), escritor inglés judío, novelista y pensador. Dedicó todas sus energías al problema principal del pueblo hebreo: la búsqueda de una patria.

[80] Pietro Nenni (1891-1980) político socialista y activo antifascista, nacido en Faenza (Rávena). Estuvo exiliado en Francia en 1926, y participó en la Guerra Civil española. Después de la liberación, fue nombrado secretario del Partido Socialista Italiano.

[81] Giuseppe Saragat (1898-1988), político socialista y activo antifascista, nacido en Turín. Durante el fascismo vivió exiliado primero en Austria y después en Francia, donde participó en los movimientos antifascistas. Regresó a Italia en 1943. Desde 1952 hasta 1963 fue secretario del Partido Socialista Democrático. Fue presidente de la República desde 1964 hasta 1971.

[82] En 1947 el Partido Socialista se dividió en dos en Italia: el Partido Socialista Italiano, dirigido por Nenni, que siguió una política de unidad de acción con el Partido Comunista, y el Partido Socialista Democrático Italiano, dirigido por Saragat, partidario de la colaboración con los partidos tradicionales de democracia parlamentaria.

[83] Palmiro Togliatti (1893-1964), nacido en Génova. Fue uno de los fundadores del Partido Comunista Italiano en 1921. Refugiado en el extranjero a la llegada del fascismo, continuó dirigiendo su partido como secretario general, cargo que conservó hasta su muerte.

[84] Luisa Manfrini, de nombre artístico Luisa Ferida, actriz de cine nacida en Bolonia en 1914. Acusada de ser culpable de torturas y de cometer agresiones contra los partisanos prisioneros en Villa Triste, fue fusilada el 30 de abril de 1945.

[85] Antonio Gramsci (1891-1937), nacido en Ales (Cagliari). Uno de los fundadores del Partido Comunista

Italiano. En 1926 fue condenado por los tribunales fascistas a veinte años de prisión. Gravemente enfermo, le permitieron salir de la penitenciaría en 1937, y poco después murió en una clínica de Roma.

[86] Paolo Boringhieri (1921-2006), nacido en Turín. Editor de Ediciones Científicas Boringhieri, Turín.

[87] *Sin familia, novela para niños del escritor francés Hector Henri Malot (1830-1907).*

[88] *Incomprendido, novela para niños de la escritora inglesa Florence Montgomery (1843-1923).*

«Aunque esté basado en hechos reales, me gusta pensar que Léxico familiar *va a leerse como una novela, pidiéndole a este libro todo lo que solemos pedir a la ficción.»*

Así se expresaba Natalia Ginzburg hablando de este magnífico texto que cuenta su infancia y su juventud, y donde aparecen los nombres reales de parientes y amigos, entre ellos Cesare Pavese y Elio Vittorini.

Léxico familiar habla de los Levi, una familia judía y antifascista que vivió en Turín desde 1930 hasta 1950. Natalia era una de las hijas del profesor Levi y fue testigo privilegiado de los momentos íntimos de la familia, de ese parloteo entre padres y hermanos que se convierte en un idioma secreto.

A través de este léxico tan peculiar vamos conociendo al padre y a la madre de Natalia, unas personas que inundan de vitalidad el libro; veremos también a los hermanos de la autora, a su primer esposo, y a políticos e intelectuales de gran valía.

Así es como la historia de la Italia antifascista se pasea en bata por las páginas de un libro fascinante, falsamente simple, donde las anécdotas cotidianas se mezclan sin pudor con reflexiones de mucho calado, y donde el talento de Natalia Ginzburg llega a su expresión más libre.

Día tras día el silencio cosecha sus víctimas. El silencio es una enfermedad mortal.
NATALIA GINZBURG

Oriana Fallaci, que entrevistó a la autora, describió a **Natalia Ginzburg** con estas palabras: «Ni guapa ni elegante, con rebeca y falda de color azul ceniza, con ese aire un pelín apagado de tía soltera y sin edad definida… Sorprende su voz, como de *femme fatale*. Es como si fuera la voz de otra, y te atrapa, te fascina…».

Pues esa mujer ni guapa ni elegante fue una de las voces más importantes de la literatura italiana del siglo XX. Nacida en Palermo en 1916, pronto se trasladó a vivir a Turín y luego, ya casada con Leone Ginzburg, vivió en Roma hasta que su marido fue asesinado en una cárcel de la capital por las fuerzas fascistas. Entre sus obras más conocidas, además de *Léxico familiar*, que en 1963 fue galardonado con el Premio Strega, destacan *Las pequeñas virtudes*, *Querido Miguel*, *Todos nuestros ayeres*, *La ciudad y la casa* (de próxima publicación en Lumen) y su colección de ensayos.

Ginzburg trabajó muchos años como redactora para la editorial Einaudi, en su sede de Roma, y allí murió en 1991. En esta ocasión, cuando se cumplen los cien años de su nacimiento, Lumen ha querido rendir homenaje a la gran autora rescatando alguna de sus obras más importantes, con nuevos prólogos a cargo de Elena Medel y nuevas ilustraciones de cubierta firmadas por Oscar Tusquets Blanca.

Título original: *Lessico famigliare*

Edición en formato digital: febrero de 2016

© 1963, 1999, Natalia Ginzburg
© 1963, 1999, Giulio Einaudi Editore, s.p.a.
© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2005, 2007, Mercedes Corral Corral, por la traducción
© 2016, Elena Medel, por el prólogo

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Nora Grosse
Fotografía de portada: © Oscar Tusquets Blanca

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0321-6

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Penguin Random House Grupo Editorial

Índice

Léxico familiar

Me llamo Natalia Ginzburg…

Nota de la autora

Léxico familiar

Notas de la traductora

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos